LAYLA HAGEN

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR



Coqueteando CON EL CEO

Coqueteando con el CEO

Colton & Zoey ~ Los Hermanos Whitley

Libro 4

Layla Hagen

Coqueteando con el CEO
Copyright ©2025 Layla Hagen
Portada: Uplifting Designs
Traducido por HANA FOX LITERARY BOUTIQUE

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro de cualquier forma o medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso escrito y expreso del autor, excepto para el uso de citas breves en evaluaciones del libro. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales es pura coincidencia.

Inhalt

Capítulo Uno
Colton
Capítulo Dos
Zoey
Capítulo Tres
Zoey
Capítulo Cuatro
Colton
Capítulo Cinco
Zoey
Capítulo Seis
Colton
Capítulo Siete
Colton
Capítulo Ocho
Zoey
Capítulo Nueve
Zoey
Capítulo Diez
Colton
Zoey
Capítulo Once
Colton
Capítulo Doce
Colton
Capítulo Trece
Colton
Capítulo Catorce
Zoey
Capítulo Quince
Colton
Capítulo Dieciséis
Zoey

Colton
Capítulo Diecisiete
Colton
Capítulo Dieciocho
Zoey
Capítulo Diecinueve
Zoey
Colton
Capítulo Veinte
Zoey
Colton
Capítulo Veintiuno
Colton
Capítulo Veintidós
Zoey
Capítulo Veintitrés
Colton
Capítulo Veinticuatro
Colton
Capítulo Veinticinco
Zoey
Capítulo Veintiséis
Colton
Zoey
Capítulo Veintisiete
Colton
Capítulo Veintiocho
Zoey
Capítulo Veintinueve
Colton
Capítulo Treinta
Zoey

Capítulo Uno

Colton

—Venga ya, Colton. ¿No te cansas de ser tan gruñón? —dijo Gabe, mi hermano menor.

Me estaba dando la lata, pero cuando miré al resto de mis hermanos, noté que todos parecían coincidir con él.

—¿Qué? ¿Habéis venido hasta aquí solo para darme el coñazo? —dije.

—No —corrigió Gabe—, hemos venido a celebrar.

—Eres tú el que está de un humor de perros —me respondió Jake. Era el segundo de los hermanos, y el menos molesto de todos… *normalmente*.

Cuando Spencer, el hermano del medio, intervino, no tuve más remedio que reírme:

—Tío, por favor. He dejado a Penny sola con Ben para venir aquí. Más te vale que cambies ese careto.

—Tú eres el que ha empezado todo esto, y ni siquiera me has preguntado por qué estoy fastidiado —repliqué con exasperación.

—Espero que algún día entiendas el significado de una pregunta retórica —señaló Gabe, y luego se dirigió a todo el grupo —: Entonces, ¿chupitos para todo el mundo?

—Sí —respondí, y mis hermanos asintieron.

Nos habíamos reunido los cinco para celebrar que *Whitley Distillery & Bar*, el local de Gabe, había sido incluido en la lista de los cinco mejores de Boston. Llevaba abierto hacía solo unos meses, pero no me sorprendía: cuando mi hermano se proponía algo, lo hacía por todo lo alto. Un rasgo que nos caracterizaba a todos los Whitley.

Me bebí el chupito rápidamente. Me quemó la garganta, pero tuvo el efecto calmante que buscaba.

—Tienes una gran selección de bebidas —elogié a mi hermano.

—Gracias. ¿Os vais a quedar mucho rato?

El bar estaba abarrotado y no creía que nos quedáramos mucho tiempo. Tenía que madrugar, al igual que el resto de mis hermanos. Además, Gabe estaba muy ocupado con los clientes. Durante el día cumplía su rol de CEO en la destilería, y por las noches se ocupaba del bar. Lo había llamado *Whitley Distillery & Bar* porque todo estaba en el mismo sitio, el bar delante y la destilería detrás.

—¿Acabamos de llegar y ya quieres echarnos? —preguntó Jake, con tono divertido.

—Solo quería averiguar cuánto tiempo tengo para emborracharos.

—No cuentes conmigo —respondí.

Spencer puso los ojos en blanco:

—¡Lo ha dicho en broma, tío! Aunque, ahora que lo pienso, te vendría bien pillar una buena borrachera para que cambies esa cara.

—¿Por qué tanta negatividad con eso de la consultora? —me preguntó Cade. Era el gemelo de Spencer, pero sus personalidades eran muy distintas. Aunque en ese momento, estaban mimetizados.

—Porque van a enviar a una tal Zoey Thomas para que me haga de "niñera", y eso no puede salir bien. Ya sabéis que me gusta ser el que manda.

—Como a todos los Whitley —respondió Cade.

Los cinco hermanos nos habíamos puesto al frente, cada uno en una rama diferente, de *Whitley Industries*, un peso pesado en el mundo de los negocios. Previamente, cuando nuestro padre estuvo al mando, tiró por la borda gran parte del legado que nuestro abuelo había erigido con un enorme esfuerzo, y estuvo a punto de llevarlo a la ruina. Pero mis hermanos y yo trabajamos duro para salvar los negocios.

Resultó que nuestro padre tenía otra familia en paralelo, una larga y deprimente historia en la que prefería no pensar. En cierto momento, decidimos repartirnos los negocios: Cade se hizo cargo de la producción de café, Spencer de la editorial, y Gabe dirigía la destilería artesanal que había expandido de una forma que ninguno de nosotros habría imaginado. Jake había vuelto a Boston hacía poco y ahora estaba al frente de *Whitley Advertising*.

Coincidía con Cade: a todos nos gustaba mandar. A mí probablemente más que al resto, en parte por ser el hermano mayor. Llevaba dos años desarrollando una fórmula en mi empresa de biotecnología y, hacía unos meses, por fin la había conseguido. Estábamos a punto de sacar al mercado un suplemento para reforzar el sistema inmunitario. *Whitley Biotech* no tenía instalaciones para fabricar el producto —nos dedicábamos exclusivamente a la investigación y el desarrollo—, así que tuvimos que asociarnos con otra empresa farmacéutica para realizar la producción.

El negocio iba bien, al menos desde mi punto de vista. En cuanto a la gestión empresarial, delegaba en los directivos la mayor parte de la comunicación interna y externa. Se ponían en contacto conmigo a través de correos electrónicos, solicitudes de reuniones y llamadas según fuera necesario… que en gran parte ignoraba. Yo era un científico e investigador por naturaleza, y no podía perder tiempo con asuntos triviales.

Pero nuestros socios, sobre todo los del sector farmacéutico, no estaban de acuerdo. Me tacharon de poco colaborador y difícil, y probablemente tenían razón porque siempre estaba muy ocupado. Así que me pusieron como condición indispensable para seguir colaborando en nuestro proyecto que aceptara el asesoramiento de una experta en gestión organizativa —o como coño se llamara— y trabajar con ella durante un tiempo. Zoey Thomas debía ayudarme a desarrollar mis habilidades de organización y comunicación. En otras palabras, iba a hacer de niñera, y no me gustaba un pelo.

Me volví hacia Jake:

—Aprovecho para volver a disculparme contigo por haber sacado el tema del trabajo la semana pasada en tu boda.

—No pasa nada —respondió.

Me sentía culpable, porque la primera vez que me enteré que Zoey iba a trabajar conmigo fue justo en el día de su boda. Estaba decidido a evitar el tema, pero mis hermanos siempre se daban cuenta cuando me pasaba algo.

—Menos mal que lo hiciste… nos diste material para meternos contigo un rato. Sigo pensando lo mismo que dije aquel día —dijo Gabe, mirando de reojo a los camareros que corrían de un lado a

otro. Estaba claro que necesitaban a Gabe y nosotros estorbábamos. Mi hermano se volvió para mirarme—: Al menos está buena.

—¿Y a mí qué más me da? —dije con un resoplido.

—Nuestro hermano tiene razón —añadió Cade—. Ya que tienes que aguantar a una desconocida en el trabajo, al menos que sea agradable a la vista.

—Asegúrate de que la abuela no se entere de esta conversación —dijo Spencer.

—¿Por qué? —pregunté.

—Estoy cien por cien seguro de que de algún modo se le ocurrirá que debe emparejarte con esa tal Zoey.

Hice un gesto con la mano:

—Estás equivocadísimo. La abuela no conoce a la señorita Thomas. ¡Ni siquiera yo la conozco!

—Eso no la detendrá. A las pruebas me remito —añadió Spencer y se señaló a sí mismo, después a Jake y luego a Cade.

Hacía tiempo que nuestra abuela soñaba con tener bisnietos, y decidió tomar cartas en el asunto. Cansada de nuestra eterna soltería, y al ver que ninguno de nosotros tenía una relación seria en aquel momento, se empeñó en buscarnos pareja. Su historial era perfecto: consiguió que tres de mis hermanos se casaran o prometieran. Pero yo creía que, con la llegada de su bisnieto, estaría más relajada.

Mejor no les digo a mis hermanos lo que pienso, porque no me dejarán en paz en toda la noche. Parece que han venido al bar solo para darme guerra.

—Gabe, si tienes que ir a la barra, ve, nosotros nos buscamos la vida —le aseguró Jake. Se había dado cuenta de las caras de pánico de los camareros.

—Vuelvo enseguida —dijo Gabe.

Después de que se fuera, Spencer dijo:

—Creo que la abuela podría probar suerte con Gabe antes que con Colton.

—¿Tú crees? —preguntó Cade, y me miró a los ojos—. Gabe es mucho más joven que el chico de oro. Si no actúa rápido, Colton va camino a convertirse en un lobo solitario.

Me quedé mirándolos a los dos:

—¿Esta conversación va en serio?

—Por supuesto. Además, tenemos la excusa del alcohol —aclaró Cade.

—Y queremos darte la lata —añadió Spencer.

—Tío, hoy nos lo estás dejando a huevo —dijo Jake negando con la cabeza.

—Creo que los dos estáis locos —dije, y me animé a compartir mi teoría—: La abuela quería un bisnieto y ahora tiene a Ben. Esa era su motivación. —Le di una palmada en el hombro a Spencer y añadí—: Le has dado lo que quería, y estoy totalmente convencido de que va a dejar el plan de celestina.

Mis tres hermanos guardaron silencio, y eso me dio la pista de que pensaban que estaba loco. Jake fue el primero en empezar a reírse. Cade fue el siguiente. Pero yo estaba convencido de que tenía razón. Y si no, que se ocupara de Gabe. O de nuestros tres hermanastros.

Spencer se rió entre dientes:

—Tú sigue repitiéndote ese mantra si te quedas más tranquilo. Pero como no te prepares, la bomba te va a estallar en toda la cara.

—¿Qué? —pregunté.

—Ya lo verás —respondió Jake.

—Por Dios, ¿qué os pasa a todos?

—Jake tiene razón: hoy nos lo estás poniendo a huevo para que te demos la lata —concluyó Cade.

Durante los últimos años había estado tan inmerso en el trabajo que me había quedado un poco fuera de la vida familiar. Los veía siempre que podía, pero no lo suficiente. Y estaba claro que había perdido la práctica de meterme con mis hermanos, pero pronto volvería a cogerle el punto. Estaba seguro.

—Creo que deberíamos echarle una mano a Gabe —sugerí.

La sonrisa de Jake se desvaneció. Se inclinó sobre la barra y miró a Gabe, que estaba preparando bebidas junto a los camareros. ¿No tenía personal suficiente o le había fallado un empleado? Tenía que hablar con él para que no le diera un pico de estrés.

Un adicto al trabajo reconoce fácilmente a otro.

—¿Por qué está tan lleno esta noche? —preguntó Spencer.

—Porque ayer se publicó esa famosa lista, y la gente quiso venir a conocer el sitio —dedujo Jake.

Había una larga cola para conseguir bebidas. Gabe y los camareros no daban abasto.

—¿Cuento con vosotros para echar una mano en la barra? —pregunté.

—Sí, puedo servir copas sin problemas —dijo Cade.

—Yo también —respondió Jake.

Spencer negó con la cabeza:

—Yo no puedo quedarme. Le prometí a Penny que volvería temprano a casa.

—Vete a casa, que tu hijo te espera. Nosotros tres podemos quedarnos y ayudar a Gabe, ¿verdad? —pregunté, mirando a Jake y Cade.

—Buena idea —dijo Jake—. Pero antes voy a enviarle un mensaje a Natalie.

Cade asintió:

—Le diré a Meredith que llegaré más tarde.

De pronto me sentí culpable; estaba acostumbrado a mandar pero tampoco era un imbécil, y ellos tenían su vida.

—Si tenéis planes con vuestras chicas, iros. Yo me quedaré a ayudar a Gabe.

—No, las chicas lo entenderán —dijo Cade.

Aún no me acostumbraba a que tres de mis hermanos tuvieran pareja. Desde que tenía memoria, habíamos estado los cinco solteros. Por supuesto que salíamos con chicas, pero hasta el año anterior, ninguna mujer había sido partícipe del grupo. Natalie, Meredith y Penny ya eran parte de la familia, y me caían muy bien.

—¿Por qué no le preguntamos a Gabe si de verdad necesita *tu* ayuda? —sugirió Spencer. Sabía que estaba bromeando, pero a medias.

—Todos sabemos que te gusta estar al mando, Colton, pero quizá deberías consultarlo con él —añadió Cade.

Pasé al otro lado de la barra para tocarle el hombro a mi hermano menor. Gabe me miró de reojo y dijo:

—Lo siento. Enseguida vuelvo con vosotros.

—¿Qué tal si Jake, Cade y yo te echamos una mano?

—¿Lo dices en serio? ¡Eso sería increíble!

Gabe no era de los que aparentaban tener las cosas bajo control. Si le ofrecíamos ayuda y la necesitaba, la aceptaba sin más. Al resto, nos resultaba más complicado, especialmente a mí. Odiaba pedir ayuda.

Miré a mis otros dos hermanos y les indiqué con la cabeza que se acercaran a la barra.

Spencer se despidió con la mano antes de irse, y Jake y Cade se colocaron justo a mi lado.

—Vale. ¿Dónde tienes los medidores de las copas? —preguntó Cade de inmediato.

Gabe asintió y llamó a dos camareros:

—¡Chicos! Mis hermanos nos van a dar una mano. Haremos lo siguiente: vosotros dos os encargaréis de los cócteles de autor que tenemos en el menú, y mis hermanos prepararán las bebidas más comunes. Ahí están las instrucciones. —Señaló una pila de cartas escondida bajo la barra. Cogí la caja para que todos pudiéramos alcanzarla fácilmente.

—Manos a la obra —dije.

Gabe guiñó un ojo:

—Puedes sacar al adicto al trabajo de la oficina, pero no puedes quitar el trabajo del adicto, ¿eh?

Puse los ojos en blanco:

—No soy un adicto al trabajo. Solo me gusta estar ocupado.

—Claro, por eso hacía mil años que no te veíamos —respondió Gabe.

—Basta de parloteo y a trabajar —dije.

Empezamos a preparar las bebidas y se redujo considerablemente el tiempo de espera de los clientes. La mayoría de los pedidos eran de vino o cerveza, muy fáciles de servir.

Mientras trabajábamos, no pude evitar pensar que en verdad no era un adicto al trabajo… tenía un propósito muy importante en

la vida. Tras la muerte de mi madre, me prometí a mí mismo que mi trabajo en el laboratorio marcaría la diferencia. Y lo cumplí. A menudo se me ocurrían ideas revolucionarias que mantenían fuerte el negocio. Algunos descubrimientos eran más fáciles de crear y materializar que otros. Pero ese último me había llevado mucho tiempo. Sin embargo, no me rendí, y estaba deseando ver el nuevo medicamento en el mercado, y presumir de mi logro. Si eso significaba aguantar a una consultora externa respirándome en la nuca, que así fuera. Ya había tenido que soportar muchas cosas malas en mi vida. También podía con eso.

Sabía que sería capaz de lidiar con Zoey Thomas durante un año. Pero tenía la corazonada de que ella no aguantaría tanto.

Capítulo Dos

Zoey

—¿Ya has llegado? —preguntó Hans, mi jefe, por teléfono.

—Sí, acabo de llegar a la empresa.

Whitley Biotech estaba ubicada en uno de los edificios de cristal más bonitos de Congress Street.

—Estupendo. Buena suerte.

Hans me caía bien. Me había llamado para darme ánimos, aunque no me hacía falta. *Puedo con esto y mucho más.*

—Gracias. Estamos en contacto, ¿vale?

—Claro. Y si te vuelve loca, puedo enviar a otra persona para reemplazarte.

Puse los ojos en blanco y respondí:

—Sabes que no me rindo así de fácil, Hans.

—Lo sé. Por eso te envié a ti.

—Vale, tengo que entrar. Te enviaré un informe cuando lo tenga —dije justo antes de colgar.

Bebí un sorbo de mi taza de Starbucks, mirando de arriba abajo el edificio. Mi jefe me advirtió que Colton Whitley sería difícil. A decir verdad, todo el mundo me lo dijo. Durante el último mes, había hablado con varias personas de su Departamento de Recursos Humanos, y todos coincidían en lo mismo.

Pero también sabía por qué Hans me había enviado allí: era muy buena en mi trabajo. Después de terminar la universidad, me dediqué a la consultoría porque estaba bien retribuido. Luego me especialicé en gestión organizativa, y en los últimos años, me había volcado por completo en la organización personal. Presumía de tener una amplia experiencia ayudando a CEOs de gran éxito, y no dejaban de asignarme clientes cada vez más difíciles.

Comprendía sus reticencias; a mí tampoco me agradaría que un desconocido irrumpiera en mi despacho y tuviera que estar bajo escrutinio durante meses. Pero era lo que había. No me importaba tratar con clientes difíciles, porque tenía una gran capacidad de negociación y, normalmente, conseguía imponer mi criterio. Puede

que el origen de todo estuviera en que me había criado con dos hermanos bastante pesados.

Llegué cinco minutos antes de lo previsto y un asistente me condujo a la oficina de Recursos Humanos. Aunque yo era una consultora externa, no una empleada propiamente dicha, la directora del departamento laboral era mi contacto principal. Media hora más tarde, estaba lista para empezar a trabajar.

Me gustaba el despacho que me habían asignado. No era muy grande, pero tenía una vista estupenda del río. El espacioso edificio, la luminosidad y la decoración eran exquisitas. Me habían dicho que en la última planta constaba de viviendas, pero no entendía que alguien quisiera vivir encima de unas oficinas. Carecía de esa calidez que caracteriza un hogar.

Durante las primeras horas, la gente no dejaba de asomarse a mi despacho para presentarse, lo cual me resultó agradable y amistoso. Probablemente no tendría mucho que ver con ninguno de ellos, pero entendía que sintieran curiosidad.

El hombre en cuestión aún no había aparecido. Para la hora del almuerzo, habría apostado que no vería a Colton Whitley en todo el día, pero no me hice mala sangre. Al fin y al cabo, tendría un año entero para trabajar allí, y tomarme un día para conocer la empresa facilitaría mi labor de mejorar la comunicación del señor Whitley con su entorno.

De camino, había visto un bonito y acogedor restaurante junto al río, y me apeteció salir a comer sola. Antes me miré en el espejo del baño. Hacía mucho viento esa mañana, mi pelo castaño oscuro estaba un poco rebelde, pero me gustaba ese aspecto salvaje. Pensaba que me sentaba bien y, de alguna manera, resaltaba más mis ojos verdes.

Llevaba un vestido verde oscuro de manga larga y con un cinturón de cuero negro. En varias ocasiones, muchas personas habían deslizado que los vestidos eran "demasiado femeninos". Pero era mi estilo, y a mis treinta y dos años, no me importaba lo que pensaran los demás. Además, ¿por qué lo femenino supondría algo negativo? De modo que hice caso a mi corazón y sentido de la moda, y me puse el vestido que me apetecía. Sin embargo, con los

tacones de aguja puede que me hubiese equivocado. Quería causar buena impresión en mi primer día, pero me dolían los pies.

Volví a mi despacho, cogí el abrigo y me detuve un momento a recorrer la habitación. Estaba tan contenta que decidí enviarle una caja de bombones, o algo por el estilo, a la directora de Recursos Humanos. Estaba convencida de que había tenido algo que ver en que me asignaran mi propio despacho, y quería tener un detalle bonito con ella.

Justo cuando salí y cerré la puerta, oí una voz atronadora.

—Hoy no tengo tiempo para ella.

—Colton, de verdad. Deberías conocerla. Es su primer día, y está aquí por ti. Es muy maja, te gustará.

Era Sandra, la directora de Recursos Humanos y mi persona favorita en *Whitley Biotech*. Y la voz alta y en apariencia enfadada pertenecía a quien se había convertido en mi persona menos favorita: Colton Whitley.

—Hoy tengo la agenda llena y no tengo tiempo para estas cosas —dijo.

—He visto tu agenda, pero estoy segura de que puedes tomarte cinco minutos para conocerla.

Escuché el sonido de unos pasos acercándose y dos figuras aparecieron en el pasillo.

¿Ese es Colton Whitley? No podía ser. Por alguna razón, había imaginado a alguien más bajo, incluso con un poco de entradas. Alguien mayor, seguro. Porque además de ser el CEO, era un científico.

Eso te pasa por tener prejuicios contra los científicos, Zoey. Ahora levanta la mandíbula del suelo.

No podía ser tan guapo. Lo busqué en Google cuando me asignaron el trabajo, pero no encontré ninguna foto. Cuando los de Recursos Humanos me facilitaron información, biografía incluída, no se especificaba la edad.

—He dicho que no, Sandra —retumbó su voz. Sí, no había duda: era él.

Afortunadamente, ninguno de los dos me vio. Quería pillarle desprevenido y ser la primera en saludarlo.

Me aclaré la garganta y me acerqué con pasos cortos y la barbilla en alto, como si no hubiese escuchado su conversación:

—Señor Whitley, soy Zoey Thomas. Un placer conocerle por fin.

Sandra alternó la mirada entre Colton y yo, y se alejó con pasos rápidos.

Genial, hasta sus propios empleados huyen de él. Eso no puede ser nada bueno.

Me miró de arriba abajo con desprecio. ¿A qué venía eso? Yo también decidí mirarle más de cerca. De lejos no me había dado cuenta de que sus ojos eran de un azul intenso. Por unos segundos, olvidé por completo para qué estaba allí, y eso nunca me había pasado. Yo era una profesional.

—Estoy a punto de salir a comer y me preguntaba si querría acompañarme —continué.

—Tengo la agenda completa todo el día —contestó rápidamente, y luego añadió—: Espero que mi equipo le haya hecho sentirse bienvenida.

Así es. A diferencia de ti.

Por suerte, se había dado cuenta de que estaba siendo grosero.

—Hasta luego, señorita Thomas —dijo antes de entrar en su despacho y cerrar la puerta. Segundos después, volví a oír su voz al teléfono.

Al menos no se estaba inventando una excusa. Parecía que estaba en una llamada de negocios, así que tal vez su agenda estaba llena. Aún así, sus modales eran atroces. Sabía que no le haría ninguna gracia tenerme como consultora durante un año, pero pensé que sería más amable. Nunca había trabajado con alguien que tuviera modales tan hostiles como Colton Whitley… ni con alguien tan guapo. Pero eso no venía a cuento. La apariencia era lo de menos.

Bueno… puede que importara un poco, pero no estaba dispuesta a admitirlo.

Me apresuré a salir, decidida a seguir adelante con mi plan para el almuerzo. Cogí una hamburguesa del restaurante y me senté

en un banco frente al río. Trabajara donde trabajara, intentaba comer al aire libre todos los días, aunque solo fuera quince minutos. Agosto estaba llegando a su fin, y quedaban pocos días cálidos. Pasar un rato al sol me llenaba de energía para el resto de la tarde.

Mi teléfono sonó justo cuando terminé la hamburguesa. Sonreí al ver que era mi hermano Alex, que estaba al tanto de mi primer día en ese nuevo proyecto. Contesté después de terminar el último bocado.

—Hola —saludé.

—¿Qué tal tu día? ¿El nuevo jefe le hace honor a su fama?

Le había contado a mi hermano los comentarios que recibí sobre Colton, así que él sabía a lo que me enfrentaba.

—Creo que sí. Pero como lo vi apenas dos minutos, no puedo sacar una conclusión todavía.

—Haz caso a tu primera impresión —dijo Alex—. Tienes muy buena intuición con la gente.

—Lo sé, pero no quiero precipitarme. Aunque sus modales son terribles.

—Avísame si quieres que le dé una paliza, ¿vale?

—Sí, claro.

Me lo tomé a risa, aunque Alex no bromeaba en absoluto. No me cabía duda de que, si alguien me hacía pasar un mal rato, tanto Dean como él, le darían una paliza, aunque eso llevara aparejado mi despido. Así eran ellos: nadie se metía con su hermana pequeña. De niña, me encantaba sentirme protegida, y lo cierto era que en la actualidad me seguía gustando.

Me levanté del banco, aunque iba a quedarme fuera unos minutos más.

—¿Has hablado con papá y mamá últimamente? —pregunté.

—Ayer hablé con ellos.

—¿Siguen en Copenhague?

—No, se trasladaron a Estocolmo.

—Oh, vale.

Me costaba mucho saber dónde estaban. Mis padres eran pintores y se encontraban de gira por Europa. Me alegraba por ellos, tenían mucho talento y estaba encantada de que obtuvieran el

merecido reconocimiento. Tras muchos años de trabajo, los invitaban a exponer en galerías de todo el mundo.

—¿Quieres quedar esta noche para despotricar sobre el CEO maleducado? —preguntó.

—Venga, aunque no estoy segura de que sea esta noche. Es mi primera semana, y seguramente me quede hasta tarde para familiarizarme con todo.

—Claro. Avísame cuando puedas.

El hecho de haber crecido con dos hermanos hacía que me resultara más fácil relacionarme con los hombres que con las mujeres. Mi mejor amigo también era un chico. A veces echaba de menos tener una mejor amiga. La última vez que había tenido una fue en la universidad. Pero como tenía a mis hermanos, no me quedaba demasiado tiempo para otras amistades aparte de Tom, al que no veía desde hacía años.

La tarde transcurrió igual que la mañana. Pedí al equipo de Colton que preparara un PowerPoint con un resumen de los proyectos en curso para estar al tanto de todo. Pero en algún momento, tendría que abordar al hombre en persona para conocernos.

Estaba decidida a caerle en gracia a Colton Whitley, lo quisiera o no.

Capítulo Tres

Zoey

Durante la semana siguiente, vi muy poco a Colton, pero me dediqué de lleno a empaparme de la información de la empresa. Con la ayuda de su asistente, logré hacerme una idea de los proyectos en curso y del trabajo diario.

No me agradaba quedarme hasta tarde, pero solía hacerlo al principio de cada nuevo proyecto para aprender todos los entresijos del oficio. Era un esfuerzo extra, sí, pero me facilitaba el trabajo más adelante. Por ese motivo, aquel viernes a última hora, era la única persona que quedaba en la planta. O al menos eso creía. Había pasado un buen rato sin escuchar ni un solo ruido en la empresa.

Bostecé y miré el reloj: eran las ocho, pero aún tenía tiempo suficiente para salir a tomar algo con Alex. Al día siguiente podría dormir hasta tarde.

Me estaba levantando del escritorio, cuando de repente oí un ruido en el pasillo y me asusté. *Al final, parece que no soy la única que se ha quedado hasta tarde*, pensé para tranquilizarme.

Salí con la chaqueta en el brazo y me encontré cara a cara con Colton.

—Señorita Thomas… No sabía que estaba aquí.

—Yo también creí que estaba sola —respondí.

—De haber sabido que estaba usted…

—… no habría salido de la oficina por nada del mundo —terminé por él.

Colton entornó la mirada y respondió:

—Agradezco su compromiso como consultora, pero tampoco hace falta que se quede hasta tan tarde.

—Me preguntaba si me ha estado evitando a propósito.

Llevaba una bata blanca, lo que no hacía sino aumentar su atractivo. El blanco inmaculado contrastaba con sus ojos azules. No podía creer que ese hombre tan sexy fuera Colton Whitley.

—Ha sido una semana muy ajetreada, señorita Thomas.

—Lo sé. Lo ha sido para los dos. —Al igual que él, también entorné la mirada antes de decir—: ¿Es habitual que se encierre en su despacho o lo hace para no cruzarse conmigo?

—Pienso que cuanto menos interactuemos, mejor —respondió sin el menor atisbo de duda.

—Ah.

Me gustaba la sinceridad, pero ahora que lo había admitido, no sabía qué responder. Había lidiado con clientes difíciles, pero no estaba acostumbrada a ese nivel de antagonismo.

—Señor Whitley, no debe ser fácil para usted aceptar que un extraño se instale en su empresa de la noche a la mañana.

—No, no es nada fácil —respondió con voz cortante.

—Aún así, a ambos nos conviene mantener una relación cordial. —Estuve apunto de decir *amistosa*, pero por muy optimista que fuera, sabía que era una exageración cuando se trataba de Colton—. Tendremos que trabajar juntos en algún momento.

—Supongo que sí —dijo con una mueca de disgusto.

—¿Qué hace aquí tan tarde? —pregunté.

—Iba a entrar en el laboratorio —dijo, ajustándose su la bata blanca que revelaba la camisa de vestir que llevaba debajo.

La mezcla de científico y director ejecutivo resultaba sumamente sexy.

—¿Puedo entrar con usted? —pregunté sin poder evitarlo.

—No. Muy pocas personas tienen permitido el acceso. —Cuando pareció encontrar las palabras adecuadas, añadió—: Por seguridad.

—Entonces, ¿podemos hablar en su despacho?

No dijo nada durante unos segundos, y estaba segura de que me mandaría a freír espárragos, pero entonces me sorprendió:

—De acuerdo, ¿por qué no? Vamos.

Empezamos a caminar uno al lado del otro y, a pesar de que en ese preciso instante no estaba siendo descortés conmigo, su presencia me abrumaba. De hecho, estaba totalmente callado y aún así era un hombre intimidante. Era mucho más alto que yo, debía de medir al menos un metro noventa.

Mientras entrábamos en su despacho no podía dejar de pensar en que Colton no tenía pinta de científico. Tampoco de CEO, a pesar del traje. Todas esas capas de ropa no lograban ocultar los músculos de sus brazos, y podía apostar a que todo su cuerpo estaría igual de tonificado. Sus rasgos eran atractivos, pero también aguerridos. Su mandíbula era angulosa, al igual que sus pómulos, y sus ojos eran francamente hipnotizantes.

Su despacho era de un blanco tan impoluto como suponía que sería el laboratorio.

—¿Por qué tiene una pizarra aquí? —pregunté.

—La uso para escribir fórmulas. Tengo otra en el laboratorio. Las matemáticas y la química son mi pan de cada día.

—¿Entonces por qué utiliza una bata?

—Porque muchas veces experimento con sustancias. Sobre todo cuando la fórmula no cuadra.

—¿No tiene ningún proyecto en marcha ahora mismo? —pregunté, señalando la pizarra vacía.

—Siempre borro los garabatos al final del día.

—¿Teme que alguien pueda robar sus secretos? —pregunté con tono de burla.

—Suelo empezar con la pizarra vacía. Me estimula el cerebro.

—¿Está trabajando en algo nuevo ahora?

—Siempre estoy desarrollando ideas nuevas. Esta semana me he quedado todas las noches a trabajar.

—¡Vaya! —exclamé—. Acaba de patentar una fórmula innovadora para reforzar el sistema inmunitario que saldrá al mercado el año que viene. ¿Alguna vez se toma un descanso?

Para mi sorpresa, Colton sonrió, y me dejó completamente hipnotizada. ¿Era consciente de lo seductora que era su sonrisa? ¿Era por eso que no la mostraba muy a menudo? ¿Quería evitar que los demás cayeran rendidos a sus pies?

—A veces, pero no mucho tiempo. Cuando me asalta una idea, tengo que ir al laboratorio a elaborarla. A veces termina en la nada, pero en la mayoría de los casos se convierte en el puntapié inicial de un producto. Mi equipo se encarga del resto.

—Se ve que tiene una mente brillante —murmuré.

Ni siquiera podía imaginar lo que era crear algo en el ámbito científico o tener el tipo de inteligencia que él aparentaba. A ver, no es que fuera ninguna tonta, pero lo suyo estaba a otro nivel.

—¿Y ese comentario? Parece sorprendida.

—No le dé importancia —me reí con nerviosismo.

—Señorita Thomas.

Al oír que me nombraba con tanta seriedad, no pude evitar poner los ojos en blanco:

—Dígame Zoey, por favor. "Señorita Thomas" me suena a mi madre, que la adoro, pero no quiero parecerme a ella. —Colton se rió entre dientes, y continué—: Con respecto a lo que me había preguntado antes, todo el mundo me ha dicho que Colton Whitley era un hombre extremadamente difícil, pero que tiene una mente brillante —continué—. Casi como si una cosa justificara la otra.

—¿Quién le ha dicho eso? —preguntó un poco ofendido.

Me aclaré la garganta:

—Eso no es relevante. —*Mierda*. Había sido Sandra, y me caía bien. No iba a chivarme.

—Zoey —instó con tono firme.

—No puedo revelar mis fuentes.

—Sí puede, porque debe ser alguien de mi equipo.

—Por favor, señor Whitley, no saque conclusiones precipitadas.

—Zoey… —Su tono me resultaba apenas intimidante, pero sumamente sensual.

Rodé los hombros, e hice el gesto de sellar los labios:

—No va a conseguir que diga una palabra.

Me miró intensamente durante unos segundos que parecieron alargarse hasta convertirse en minutos, pero no cedí. Maldita sea, estaba muy serio.

Cuando por fin se enderezó y desvió la mirada, comentó:

—Aprecio a quienes no pierden el tiempo con cotilleos.

Le guiñé un ojo:

—Cuente con ello, soy una tumba. Aunque, en honor a la verdad, su reputación no es ningún secreto. Todo el mundo me lo advirtió.

—Y aún así aceptó el trabajo.

Parpadeé:

—Claro que sí. No me intimidan los desafíos.

—Entonces usted cree que soy un desafío.

—Lo está demostrando a cada segundo que pasa. Me estoy labrando una carrera, y no puedo rechazar un trabajo por la reputación del cliente.

Levantó una ceja:

—¿Por qué eligió este tipo de trabajo? Me imagino que la mayoría de sus clientes son… complicados.

—Creo que tengo talento para mi trabajo. Crecí con dos hermanos y me entrenaron muy bien. Sé defenderme.

—¿Se lleva bien con ellos?

¡Por fin estamos teniendo una conversación de verdad! Tal vez esto funcione después de todo.

—Muy bien. Pero centrémonos en usted.

Colton no dijo nada durante unos segundos.

Miré a mi alrededor y pregunté:

—¿Qué le motiva a seguir desarrollando nuevas fórmulas?

—Me gusta crear cosas que ayuden a las personas —dijo en tono cortante y sin extenderse.

Estaba segura de que había algo más, pero no quería indagar. Además, no era asunto mío. Había avanzado más con Colton en esos pocos minutos que en toda la semana. No le iba a mirar el diente al caballo regalado, sino izar una bandera blanca y hablarle sin rodeos.

—Señor Whitley, comprendo que esta situación le resulte incómoda, pero le prometo que soy muy buena en mi trabajo —afirmé.

—No tengo la menor duda.

Fue entonces cuando cometí el error de mirarlo directamente a los ojos. Y todo pensamiento racional abandonó mi mente. Bajé la mirada para recomponerme antes de volver a establecer contacto visual. Estaba decidida a ser profesional por muy increíbles que fueran aquellos ojos azules.

—Entonces no entiendo el problema.

—El problema, Zoey, es que me gusta ser el que manda. Siempre. Yo dirijo este lugar. Asumo la responsabilidad de los éxitos, los fracasos y los desastres. No soporto que alguien me diga cómo debo trabajar.

Tragué saliva con dificultad, tratando de no fijarme en lo sexy que era su nuez subiendo y bajando.

—No estoy aquí para eso —dije.

—¿No?

—No, estoy aquí para hacerle la vida más fácil. La vida de todos. Mi trabajo no consiste en decirle cómo tiene que hacer las cosas, sino brindarle un nuevo punto de vista, y *alternativas* para optimizar el tiempo. ¿Lo entiende? —Señalé la pizarra—: Es como crear una nueva fórmula.

Ya estaba entendiendo quién era Colton Whitley. Por primera vez, comprendí por qué la gente decía que era difícil. No porque fuera un imbécil o porque se creyera el ombligo del mundo; solo le gustaba hacer las cosas a su manera.

Puede que terminara siendo mi cliente más difícil.

Pero también sabía que estaba preparada para asumir el reto.

Capítulo Cuatro

Colton

A las ocho de la mañana del día siguiente, Darla, mi asistente, asomó la cabeza en mi despacho:

—Buenos días, Colton. El señor Browning está aquí.

—Dile que pase.

Browning era el único que llegaba a la oficina tan temprano como yo. Era uno de los miembros del consejo y también mi mentor, alguien a quien admiraba inmensamente.

Me acerqué para tenderle la mano:

—Buenos días, Browning. —Su nombre de pila era Joel, pero le gustaba que le llamaran por su apellido—. ¿Qué te trae por aquí? —Trabajaba desde casa la mayor parte del tiempo, así que era agradable verlo en persona en lugar de por Zoom.

—Hacía tiempo que no venía, y quería ver cómo estabas.

Joel era como una figura paterna para mí. Llevaba muchos años en la empresa, había conocido a mi madre, y estaba muy unido a ella. Después de su muerte, me acogió bajo su ala.

—Estoy bien. Trabajando para desarrollar mi próxima idea.

Me dio una palmada en el hombro y sonrió ampliamente:

—Eso es lo que esperaba oír. Tu madre estaría muy orgullosa de ti y de la dedicación que pones en tu trabajo.

Sus palabras significaban mucho para mí.

—Gracias, Browning. *Whitley Biotech* es mi vida entera.

Estuvimos charlando durante quince minutos sobre proyectos pendientes, ganancias y presupuestos.

Después de hablar de la competencia, me di cuenta de que estaba listo para irse. Joel asintió y se levantó de golpe:

—Me marcho, no quiero robarte más tiempo de trabajo. He oído que ha empezado una nueva consultora.

—Así es. Ya sabes que era una de las condiciones de los farmacéuticos para seguir colaborando con nosotros: mejorar mi comunicación.

Browning frunció el ceño y señaló:

—Todo parece estar funcionando bien, pero ¿qué sabré yo? Si esto te ayuda a organizar mejor tu tiempo, adelante. ¿Te importaría enviarme tus comentarios cuando hayas avanzado en el proyecto?

—Claro.

A menudo compartía mis informes a lo largo del desarrollo de un producto. Joel era muy perspicaz a la hora de señalar aspectos que debía tener en cuenta cuando creaba una fórmula. También me hacía ser más responsable.

Cuando se fue, volví a mis asuntos. Estaba siendo un buen día. Hacía tiempo que no veía a Joel y pensé en invitarle a comer, pero ya había quedado con mi abuela, y no quería cancelar el plan. Sabía que le hacía mucha ilusión.

La primera reunión del día fue con George, el director del departamento científico. Le hice un resumen de mis avances.

—Colton, todo esto pinta muy bien. Pero quiero que sepas que el equipo y yo podemos involucrarnos más en las primeras fases de la investigación —dijo hacia el final de la reunión.

—Gracias, pero sabes que me gusta hacer esta parte del trabajo por mi cuenta. Prefiero centrarme en los detalles yo mismo y no supervisar los avances de un grupo de personas.

—Pero creo que sería más rápido: podríamos crear la fórmula, modificarla sobre la marcha, corregir los errores y volver a empezar. Ya conoces mis argumentos, no quiero parecer un disco rayado.

—Lo entiendo, pero estoy bien con nuestro sistema.

George entrecerró los ojos, abrió la boca pero la cerró sin decir nada. Acordamos los pasos a seguir y salió del despacho.

Entendía la ventaja de trabajar juntos en la fase inicial de una fórmula, pero yo era una persona muy pragmática, y no soportaba tener al equipo rondando a mi alrededor en esas primeras etapas.

Un rato antes del almuerzo, Darla volvió a entrar en mi despacho:

—Colton, tu abuela está aquí.

—Házla pasar, por favor.

Me sorprendió que hubiera ido a la oficina. Se suponía que nos encontraríamos directamente en el restaurante.

La puerta se abrió y Jeannie Whitley entró. Mi abuela tenía noventa y un años, pero no los aparentaba. Era ágil y avispada, y nos mantenía a mis hermanos y a mí a raya.

Me levanté de la silla, y me acerqué para besarle la mejilla:

—Hola abuela, creía que habíamos quedado en el restaurante. ¿Me he confundido?

—No, querido, eso fue lo que acordamos. Pero me aburrí de ir de compras, y pensé en visitarte aquí, en tu guarida. Hacía mucho que no venía a *Whitley Biotech*.

Whitley Biotech fue una de las primeras empresas que puso en marcha mi abuelo.

—Puedo hacerte un recorrido. ¿Quieres ver el laboratorio?

Mi abuela hizo un gesto con la mano al responder:

—No, sé que no quieres que entre mucha gente al laboratorio, pero sí me gustaría recorrer las oficinas.

—Vamos. Te enseñaré el lugar.

La cogí del brazo, caminamos juntos por el pasillo, y me detuve delante de cada despacho para explicarle brevemente qué función cumplía esa persona en la empresa. Ella sonreía, asentía y hacía las preguntas pertinentes. Era una de las cosas que más me gustaban de la abuela: no hablaba por hablar, y siempre tenía cosas interesantes que decir.

—Has hecho un trabajo impresionante —dijo mientras volvíamos a mi despacho—. Tu abuelo está muy orgulloso de ti, ¿sabes?

—Gracias.

Era muy importante para mí, y una de las grandes motivaciones detrás de todo mi trabajo: que mis abuelos se sintieran orgullosos. Y que a pesar de que mi padre estuvo a punto de echar todo a perder, el duro trabajo de mi abuelo no había sido en vano.

—¿Quieres que te haga un café? —ofrecí.

Tenía una cafetera en mi propio despacho para no tener que ir a la cocina, o dicho de otro modo, al centro de cotilleo. En ese sentido, me parecía a mi abuela y no soportaba la cháchara.

—Aún queda un rato para salir al restaurante.

—Gracias, pero hoy ya me he tomado dos. —Echó un vistazo al despacho y luego volvió la mirada hacia mí—. A tu abuelo también le gustaría venir aquí. Se está aburriendo en casa.

—Aburrirse es bueno —respondí—. Le mantendrá cuerdo y a salvo.

—A salvo no te lo discuto, pero en cuanto a la cordura… más bien todo lo contrario.

Ya casi se cumplía un año desde la última vez que ingresaron al abuelo, y todavía recordábamos el susto que nos dio.

Sus problemas de salud comenzaron años atrás, cuando nuestro padre nos abandonó. Por aquel entonces ya se había jubilado, pero tuvo que regresar para tomar las riendas y cargar con el peso de *Whitley Industries*. Tras sufrir un infarto, los médicos le prohibieron terminantemente volver al trabajo. A medida que nos hacíamos mayores, mis hermanos y yo fuimos tomando el relevo de los negocios lo mejor que pudimos. La única empresa que no estuvo al mando de un Whitley era la de publicidad, y como estaba a punto de quebrar, el abuelo volvió al ruedo para ocuparse él mismo. Pero entonces sufrió otro altibajo de salud, tras lo cual, mi hermano Jake se mudó de Nueva York a Boston para hacerse cargo. Con mis hermanos, nos aseguramos de mantener al abuelo alejado de las preocupaciones, pero le costaba la vida misma, se aburría y no sabía estar quieto. Empatizaba completamente con él.

—¿Lista para ir a comer? —pregunté—. Seguro que pueden atendernos antes de la hora de la reserva.

—No tengo prisa, y me gusta estar fuera de casa. Estoy tan contenta de que estés pasando más tiempo con nosotros, Colton. Te hemos echado de menos.

Intuí un posible chantaje emocional, pero no terminaba de descifrar a dónde quería llegar.

—Siento haber estado ausente estos últimos años, pero ya sabes cómo soy con el trabajo.

—Colton, siempre vas a tener trabajo. Sobre todo con lo que haces. Siempre será más fácil priorizar el desarrollo de un nuevo producto antes que tu vida personal.

—Cada vez lo equilibro mejor —contesté, aunque no fuera así.

A veces hay que decirle a la gente lo que quiere oír. Y así evitaba que la abuela se preocupara por mí.

—Tus hermanos están más felices que nunca.

Entrecerré los ojos. Empezaba a sospechar cuál era el mensaje que me quería transmitir.

—Cada uno encuentra la felicidad a su manera —respondí, en tono comedido.

—Bueno, sí, pero tienes que reconocer que Jake, Cade y Spencer son mucho más felices desde que encontraron a su alma gemela.

Tenía razón, pero si lo reconocía abiertamente, estaría cavando mi propia tumba.

—Me alegro por ellos —fue todo lo que dije.

La abuela negó con la cabeza:

—Colton, ¿tengo que decírtelo con todas las letras?

—No, en realidad preferiría que no lo hicieras.

—Mi querido nieto, ¿cuándo fue la última vez que nos presentaste a alguien?

—Ni siquiera me acuerdo.

Ella asintió:

—Exacto. ¿No crees que te vendría bien tener una mujer a tu lado? ¿Alguien que pueda hacerte entrar en razón?

—¿Señor Whitley? Necesito… —interrumpió Zoey, que entró en la oficina antes de detenerse en seco—. Oh, lo siento. No sabía que tenía compañía.

Miró a la abuela, que se levantó de la silla con mucha más agilidad de la que yo la creía capaz.

—No te preocupes por mí. Adelante.

Zoey me miró y yo asentí. Caminó con pasos rápidos hacia mi escritorio. Estaba increíblemente atractiva vestida con una falda lápiz y tacones altos. Me resultó imposible ignorar el contoneo de sus caderas.

—He trabajado en un informe con sugerencias para mejorar la comunicación con el equipo y el resto de los trabajadores. Estaría

bien que le eche un vistazo.

Miré la gran pila de papeles antes de responderle:

—Menudo tocho. Me llevará un buen rato.

Zoey enarcó una ceja y respondió:

—Podemos revisarlo juntos si quiere. Le enviaré una invitación a través del calendario para ver cuándo nos podemos reunir.

Valoraba su persistencia. Maldita sea, era exasperante tener a una persona respirándome en la nuca, pero ella me gustaba.

—Tú debes ser la nueva consultora, ¿no? —preguntó la abuela.

Giré la cabeza para mirarla. *¿Cómo demonios se ha enterado? Apuesto a que uno de mis hermanos se lo contó.*

—Sí —dijo Zoey, tan confundida como yo—. Acabo de empezar en la empresa… Discúlpeme, pero creo que no nos han presentado aún.

—Soy la abuela de Colton, Jeannie Whitley. Encantada de conocerte. —Le tendió la mano y Zoey se la estrechó.

—Me resulta familiar —dijo Zoey. De repente chasqueó los dedos y agregó—: Dios mío, se parece muchísimo a Gina Delaware, una de las actrices favoritas de mi madre. Parece su gemela.

La abuela sonrió de oreja a oreja:

—Cariño, *soy* Gina Delaware. Es mi nombre artístico.

Zoey se quedó boquiabierta, y algo se agitó en mi interior. *Joder*. Yo, que siempre presumía de tenerlo todo bajo control, no era capaz de mantener la compostura cuando se trataba de ella.

—¡No me lo puedo creer! ¡Verá cuando le cuente a mi madre que la he conocido! —Me miró un momento, y volvió a mi abuela antes de preguntar—: ¿Le importa hacerse una foto conmigo? Significaría mucho para ella.

—¡Por supuesto! —contestó mi abuela. Hacía tiempo que no oía tanta alegría en su voz. Había sido una prestigiosa actriz de teatro, pero no era habitual que la reconocieran en la calle—. Colton, ¿serías tan amable de hacernos una foto?

—Claro.

Zoey me dio su teléfono y se puso al lado de la abuela, que inmediatamente le pasó un brazo por los hombros. Dudó un momento, pero aceptó el abrazo con una enorme sonrisa. Joder, qué preciosa estaba. No podía creer que le hiciera tan feliz hacer eso por su madre. Hice unas cuantas fotos antes de devolverle el teléfono.

—Se la enviaré ahora mismo. Le va a encantar —dijo Zoey sin poder borrar la sonrisa.

—¿Tu madre también es actriz? —preguntó la abuela.

—No, es pintora, al igual que mi padre. Ella siempre la ha admirado como artista.

—Oh, qué bonito. ¿Viven en Boston?

—Sí, pero ahora están en el norte de Europa, exponiendo obras en varias galerías. Me encanta que tengan la oportunidad de hacerlo, pero también estoy deseando que vuelvan. —Apretó los labios—. Lo siento, estoy hablando de más.

Me hubiese gustado decirle que ese era exactamente el efecto que Jeannie Whitley provocaba en las personas. Siempre lograba que se abrieran con ella.

Me gustó saber que echaba de menos a sus padres. En mi opinión, hablaba bien de ella.

—Ha sido un placer conocerla, Jeannie.

—El placer es mío, Zoey.

Salió del despacho y la abuela me miró con gesto severo.

—¿Qué? —pregunté.

—Te he dicho que si vives encerrado en la oficina, jamás encontrarás a nadie con quien salir, y te terminarás convirtiendo en un Grinch… peor aún, en un Grinch viejo y arrugado.

En cuanto la abuela terminó de decir esa frase, se escuchó un grito ahogado proveniente desde el exterior del despacho. Estaba seguro de que era Zoey.

—Pero veo que me he equivocado. Podrías salir con Zoey —continuó la abuela.

Caminé hacia la puerta y eché un vistazo al exterior. Efectivamente, mi nueva consultora se alejaba con pasos rápidos. Cerré la puerta de mi despacho y, cuando me volví hacia mi abuela,

me di cuenta de que no era una coincidencia ni se había ido de la lengua por accidente. *Quería* que Zoey la oyera.

Me aclaré la garganta mientras elegía mis palabras con cuidado:

—Abuela, no puedes hablarme así en la oficina.

—Lo siento, no era mi intención. Perdona a tu abuelita, ya sabes que solo quiero lo mejor para ti.

Eso me desarmó por completo. Sabía que tenía buenas intenciones, aunque no me gustaran sus métodos.

—Está bien. Pero ten presente lo que te dije. —Y un momento después, añadí—: Nunca saldría con alguien que trabaja para mí. No soy como mi padre.

La abuela palideció:

—Claro que no. Pero tampoco es la misma situación.

Tenía razón. Mi padre había llevado una doble vida: por un lado estaba casado con mi madre, con quien tenía cinco hijos, y por otro, mantenía una relación con una mujer que había trabajado para él. Luego ella se mudó a otra ciudad, pero continuaron el vínculo, y tuvieron tres hijos. Esa señora nunca supo que mi padre estaba casado. Yo aún seguía sin entender cómo se las arreglaba para compaginar dos familias. Cómo mi madre no sospechó que sus frecuentes viajes de negocios no estaban relacionados con el trabajo. Cómo la otra mujer le creyó cuando dijo que no se casaba con ella porque mis abuelos no lo aprobaban.

Mi hermano Jake descubrió la infidelidad y la familia se vino abajo. Fue una época muy dura para todos. Mi padre se fue a Australia, mi madre enfermó y falleció dos años después. Yo estaba en la universidad en ese momento, pero mis hermanos menores pasaron una etapa muy problemática. Mantener la familia a flote fue lo más duro que nos tocó vivir, los abuelos se hicieron cargo de nosotros y nos guiaron por el buen camino.

—Colton, hay que ver las cosas que dices. Eres un joven soltero y atractivo, y ella no lleva anillo.

No pude contenerme y solté una carcajada:

—¿En serio te has fijado en eso?

La abuela sonrió:

—Por supuesto. Es lo primero que miro.

—Aún así, puede estar en una relación.

¿Y eso qué importancia tiene? Está fuera de los límites por el mero hecho de trabajar aquí.

—Creo que es una buena candidata para ti.

—Apenas has estado con ella —repliqué.

—He visto todo lo que necesitaba ver.

—A ver… cuéntame qué has visto en ella tan especial en un par de minutos.

—Para empezar, te planta cara. Zoey te pidió que revisaras un documento, tú no mostraste mucho interés, pero ella no se rindió.

—¿Y eso es algo bueno? —pregunté, sin dejar traslucir que era un rasgo que también me había gustado de ella.

—Sí. Está claro que necesitas a alguien que se anime a… —Las comisuras de sus labios se elevaron mientras vacilaba— llevarte la contraria.

Estaba demasiado aturdido para decir nada.

—El hecho de que pensara inmediatamente en hacer una foto para su madre dice mucho de su personalidad. Tiene buen corazón.

Negué con la cabeza, comprobé la hora y me levanté del escritorio:

—Venga, vamos a comer o llegaremos tarde.

La abuela sonrió:

—Por cierto, olvidé decirle a Zoey que si su madre quiere un autógrafo, estaré encantada de enviarle uno. ¿Puedes decírselo?

Me eché a reír:

—Claro, abuela. Lo haré.

—Bien. ¿Pensarás en lo que te he dicho?

—Vas a seguir con esto durante todo el almuerzo, ¿verdad?

Me dio una palmadita en el brazo:

—Qué bien me conoces, querido.

Capítulo Cinco

Zoey

—Sandra, ¿puedo tentarte para salir de aquí y almorzar juntas? —pregunté.

Ella levantó la vista del ordenador y se puso de pie:

—Claro, vamos. ¿A dónde te gustaría ir? —Cogió su bolso del cajón del escritorio y su abrigo del perchero.

—A la hamburguesería de la planta baja. Está buenísima.

Ella asintió:

—Es verdad. Pero suelo evitar ese sitio porque me agobia cruzarme con todos los del trabajo.

—Podemos pedir las hamburguesas para llevar y comerlas en el muelle.

—¡Qué buena idea! —dijo.

—Y así aprovechamos para tomar el sol. Que de aquí a poco empieza el frío.

Mientras bajábamos, no dejaba de mirar para todos lados, preguntándome si Jeannie Whitley seguiría por allí. No podía creer lo que le había dicho a Colton y que él no hubiera respondido. Me gustaba que respetara a su abuela a pesar de hacerle pasar un mal rato. Casi me parto de risa cuando le dijo que terminaría como un Grinch viejo. Eso fue… No sabía qué pensar al respecto, pero me sentí orgullosa de haber reprimido la carcajada. Aunque sospechaba que mi fuerte resoplido me delató.

—Hoy he conocido a Jeannie Whitley —le dije a Sandra después de recoger las hamburguesas y salir a buscar un lugar tranquilo en el muelle—. ¿Viene a menudo a la oficina?

—No. De hecho, creo que es la primera vez que la veo en persona. Pero por lo que tengo entendido, Colton y sus hermanos se turnan para llevarla a comer cada semana —respondió Sandra.

—Qué considerados.

—Sí, aunque aparentemente se entromete mucho en la vida de sus nietos.

Me moría por conocer más detalles, pero no quería que Sandra pensara que tenía un interés personal en Colton ni en su vida privada. Mi único interés era laboral… principalmente.

—Incluso me llegó el rumor de que se hacía llamar "la celestina" de la familia —añadió.

—Eso más que un rumor suena a confesión oficial —dije con una risa.

Sandra se sonrojó, y le dio un bocado a su hamburguesa.

—Conozco a gente de Recursos Humanos de otras sucursales de *Whitley Industries* —dijo después de tragar—. Sabes cómo es esto… la gente habla. Lo único que puedo decirte es que el año pasado todos los hermanos Whitley estaban solteros, y ahora tres de ellos se han casado. ¿O hay dos casados y uno comprometido? No lo tengo muy claro.

Sandra me caía bien. Era un poco cotilla, pero no de mala manera, porque no juzgaba a nadie. Aún así elegí mis palabras con cuidado:

—Parece que a la señora Whitley se le da bien lo de ser celestina, ¿eh?

—Parece que sí. Me pregunto si tendrá algo planeado para Colton. En tal caso… le deseo toda la suerte del mundo. Ese hombre vive para sus investigaciones y apenas sale del laboratorio. Nunca he visto a alguien tan comprometido con su trabajo.

—Sí, hay pocos CEOs tan implicados —dije, dando otro bocado a mi hamburguesa—. Me pregunto por qué.

—Yo conozco el motivo —dijo Sandra con indiferencia.

—¿De verdad? Cuéntame.

—Su madre falleció cuando él estaba en la universidad, tras lo cual cambió de carrera para poder hacerse cargo de *Whitley Biotech*.

—Oh, Dios mío.

—Sí, la pobre mujer tuvo una vida muy complicada. Su marido fue un cabrón, y luego su enfermedad.

Sandra estaba dando por sentado que yo conocía la historia de la familia Whitley, pero no era el caso.

—Creo que me estoy perdiendo algo. ¿Qué quieres decir con que el padre de Colton era un cabrón? —pregunté con el ceño

fruncido.

—¿No lo sabes? —preguntó asombrada.

—¿Saber qué?

—El escándalo que hubo en la familia Whitley.

—No. —Pensé en todo lo que había leído para prepararme para el trabajo, pero no me vino nada a la cabeza—. Investigué un poco sobre la empresa, pero no recuerdo que hubiera nada sobre un escándalo.

—Fue algo que ocurrió hace mucho tiempo… Resulta que su padre tenía una familia paralela secreta.

—¿Qué? ¿Lo dices en serio? —pregunté con los ojos desorbitados.

—Fue hace años. Dejó a los chicos y todos los negocios en la estacada, así que hubo una crisis de liderazgo en *Whitley Industries* hasta que sus hijos se hicieron cargo.

Fue entonces cuando varias piezas empezaron a encajar. Sabía que *Whitley Industries* era una empresa antigua y consolidada de tercera generación, pero no tenía idea de cómo había sucedido. Ahora sentía una renovada admiración por Colton y sus hermanos.

—¿Has hecho algún progreso con él? —preguntó Sandra.

Sonreí tímidamente y respondí:

—No como esperaba, pero me lo estoy tomando con calma. Ya le he dado los primeros informes para revisar.

—Lamento decírtelo, pero mejor que esperes sentada… es probable que se ponga en contacto contigo el mes que viene. No le presta atención a nada que no esté directamente relacionado con su investigación —dijo con una sonrisa.

—Mi plan es irrumpir en su despacho cuando vuelva del almuerzo y revisar el informe con él.

Me reí de mi propio comentario: claro que me presentaría en su despacho, pero por mucho que quisiera, no podía aparecer allí y echar abajo la puerta.

Sandra parpadeó:

—Es un buen plan. —Dio un sorbo a su bebida y añadió—: Me alegro de que asumas ese rol. Colton está acostumbrado a que yo

esté detrás de él, pero quizá tú seas más eficaz. Quiero decir, por eso estás aquí, y no pareces intimidada por él.

—No, no me intimida —respondí, y me encogí de hombros.

Sandra se rió:

—Creo que eres la primera persona en decir eso a la semana de trabajar con Colton. A los simples mortales nos llevó entre un mes y dos años llegar a ese punto.

—Es que solo tengo un año para lograr mi cometido. Tengo que avanzar rápido para que pueda mejorar su capacidad de organización y se sienta cómodo con el proceso. —También había una diferencia de la que Sandra no parecía haberse percatado. Colton no podía despedirme. Si se rehusaba a trabajar conmigo, seguiría trabajando para *The Consulting Experts,* y me asignarían a otro cliente—. Además, tengo experiencia con hombres así de intransigentes. Después de crecer con dos hermanos, es como si me hubiera sacado un doctorado.

—Ahhh, ahora entiendo todo —dijo Sandra.

Sonreí y me pregunté si tendríamos suficiente en común para convertirnos en amigas de verdad, no solo meras compañeras de trabajo.

—¿Quieres postre? —preguntó—. ¿Algo que te dé fuerzas para soportar al jefe?

—Me caes bien, Sandra —dije con una risa.

—Tú también.

Acabamos compartiendo un trozo de tarta de chocolate, y tenía razón: me dio un chute de energía. No estaba segura de si Colton había vuelto de su almuerzo, pero ya estaba ensayando lo que iba a decirle. No quería transmitirle el mensaje de que pensaba dominarlo, porque no era el caso. Mi trabajo consistía en ayudarle a comunicarse más fácilmente con su equipo y a organizar mejor su carga de trabajo. A lo largo de los años, había desarrollado un plan de organización con el que podía beneficiarse. Solo era cuestión de presentarle mis ideas, y sabía que tenía muy poco tiempo para convencerle antes de que me diera vuelta la cara.

Pasé por su despacho de camino al mío y vi que aún no había vuelto.

Cómo me gustaría ser invisible para escuchar la conversación con la abuela en el restaurante. Estaba segura de que Jeannie Whitley le habría lanzado más comentarios sagaces y divertidos.

Le agradecí mucho que me hubiera hecho esa foto. Inmediatamente se la envié a mi madre, pero aún no había respondido. Sabía que le alegraría el día. Jeannie era fuente de inspiración para ella.

De vuelta en mi despacho, me paseé de un lado a otro, repasando lo que iba a decirle a Colton.

Había consultado su agenda antes de comer, que estaba a disposición de todo el mundo, y no tenía ninguna reunión marcada. Estuve a punto de enviarle una solicitud, pero decidí no hacerlo. Si me presentaba en persona en su despacho, le costaría más sacarme de allí.

No podía creer que mi "gran plan" consistiera en tenderle una emboscada.

Me sobresalté cuando oí su voz atronadora en el pasillo. Abrí la puerta de mi despacho, para comprobar si también estaba Jeannie. Pero al escuchar únicamente su voz, deduje que había vuelto solo. Enderecé la espalda y, aunque deseé haberme mirado en un espejo, me limité a pasarme la lengua por los dientes por si quedaba algún resto de comida, y a alisar la falda con las manos. La blusa blanca que llevaba ese día me parecía demasiado formal, pero eso era lo de menos.

Bien, llegó el momento. Voy a tenderle una emboscada antes de que tenga la oportunidad de volcarse en otra cosa.

Pero al acercarme a su despacho, vi que entraba otra persona. *Maldita sea*. Volví a consultar su agenda. De repente, tenía la tarde plagada de reuniones. ¿Cómo podía ser? Intentaría abordarlo cuando terminara la última, aunque no tenía mucho tiempo porque había quedado con mis hermanos para tomar unas copas.

A las seis, corrí prácticamente hasta su despacho y llamé a la puerta antes de entrar.

—Señor Whitley —dije con toda la confianza que pude reunir —, necesito cinco minutos.

Me miró sorprendido:

—Pasa.

Al menos no me había dicho que no a la primera.

Me acerqué al escritorio con paso decidido, pero no me senté. Me limité a señalar los papeles que le había dejado antes del almuerzo, y que estaban apartados en el rincón más alejado.

—Quiero que repasemos este informe.

Me pareció ver que se dibujaba una sonrisa en sus labios, pero en realidad era una simple mueca:

—¿Y puede hacer todo eso en cinco minutos?

Cambié mi postura de una pierna a otra:

—Tal vez siete.

—Me gusta que sea así de persistente —dijo.

—Bien, al menos no me está echando. Lo tomaré como una victoria. Entonces, ¿puedo empezar?

—Con una condición.

—Lo escucho.

—¿Puedo llamarte Zoey? —Al ver que ella asintió, continué—: ¿Escuchaste lo que dijo mi abuela cuando salías de mi oficina?

Mierda. No pensé que me preguntaría eso. Sabía que Colton sería un hueso duro de roer, pero ni se me había pasado por la cabeza preocuparme por ese simple comentario. A decir verdad, casi lo había olvidado después de que Sandra me soltara toda esa información sobre la familia.

Recordé las palabras de la abuela, y no sabía si Colton estaba molesto porque había escuchado por accidente, o si le hacía gracia. Su expresión era ilegible. Para suavizar el ambiente, me decanté por ser un poco descarada:

—Depende de ti, Colton. ¿Quieres la verdad o no?

Capítulo Seis

Colton

—La verdad, siempre —respondí.

Hice un gran esfuerzo para no mirarle las caderas: estaba irresistible con esa falda que se ceñía a su preciosa figura.

—Vale. Entonces debo decirte que sí, lo escuché. Pero no era mi intención… Me detuve un momento delante de la puerta para enviarle la foto a mi madre. No esperaba oír ninguna conversación. Y mucho menos esa.

—Mi abuela es todo un personaje. Sé que quiere lo mejor para mí, pero a veces no elige la mejor forma de hacerlo. Siento que hayas tenido que escuchar eso.

—De verdad, no es para tanto —respondió con un gesto como para restarle importancia, pero detecté un leve rubor en sus mejillas.

—Me gustaría compensarte.

—Vaya, eso no me lo esperaba —dijo con una sonrisa.

Me senté más erguido y continué:

—No quiero ponerte en una situación incómoda.

—¿Crees que tu abuela me ha incomodado? —preguntó con una risa.

—A *mí* sí me ha hecho pasar un mal rato.

Miró hacia abajo y luego volvió a subir la mirada. Parecía muy divertida con la situación:

—Vale, sí, ha sido un poco raro.

—De ahí mi obligación de compensarte.

Zoey se acercó y se sentó frente a mí:

—Bien. Quiero que te tomes veinte minutos para revisar el informe conmigo.

—Madre mía, qué lista eres —dije, tras soltar un silbido.

—Lo sé.

—*Touché*. Venga, acércate para que podamos mirar el informe juntos.

—Sí, buena idea —dijo.

Se levantó y coloqué su silla al lado de la mía. Su perfume me embriagó: olía delicioso, y me moría por acercarme para inhalarlo más profundamente. Desde mi posición, tenía una vista inmejorable de su escote.

Joder, tengo que apartar esta imagen de mi mente ahora mismo.

Desvié rápidamente la mirada y noté cómo se apartaba su pelo castaño, dejando al descubierto su cuello. La curva me atrajo de inmediato, y me pregunté si sería uno de sus puntos sensibles. Qué maravilla sería poder explorarla, y si alguna vez tuviera ese privilegio, lo haría con devoción. No dejaría ni un centímetro sin recorrer, sin tocar… o sin lamer.

Levanté la mirada de su cuello a sus ojos. Se humedeció los labios y tuve que reprimir un gruñido. Mis hermanos me decían que mi cara de póquer no tenía competencia, pero en ese momento no podía fingir.

Lo último que quería era que se sintiera incómoda conmigo. Tenía que recuperar la compostura y corregir mi comportamiento. Yo no era como mi padre y estaba decidido a no seguir sus pasos, por muy diferentes que fueran nuestras circunstancias.

—Una de las principales quejas de tus socios comerciales es tu falta de receptividad: tardas mucho en responder a un correo electrónico, a una llamada o a cualquier tipo de comunicación.

—Es cierto, pero es que recibo mucha correspondencia todos los días —contesté. Joder, si hasta mi propia familia se quejaba de lo mismo.

—¿Por qué no empezamos por los correos electrónicos? Puedo ayudarte a clasificarlos por prioridad, si son laborales, comerciales, de índole personal. Te sorprenderá lo eficaz que es este sistema de gestión. También te ayudará a priorizar las llamadas telefónicas, los mensajes de texto y el resto. ¿Te parece bien?

—¿Quieres acceder a mis correos electrónicos? —pregunté, solo para asegurarme de que había entendido bien. No estaba seguro de si Zoey era consciente de que se trataba de información confidencial.

—Dicho así, parezco la villana de la película.

—Es mucho pedir. Es información sensible.

—Colton, ya he firmado un acuerdo de confidencialidad, y estoy dispuesta a firmar lo que haga falta para que estés tranquilo.

Me parecía estupendo que hubiera firmado un contrato con Recursos Humanos, pero eso no significaba que estuviera de acuerdo en darle acceso a todos mis correos.

—Si te tranquiliza, quiero que sepas que lo hago con todos mis clientes. Nunca compartiría ni usaría información sin tu consentimiento. Es ilegal. —Zoey parecía un poco molesta conmigo, y lo entendí. Mi vacilación daba la impresión de que la estaba acusando de algo, y esa no era mi intención.

Comunicación asertiva, Colton.

—Vale. Es cierto que me vendría bien un poco de ayuda con la bandeja de entrada —dije. Y era la verdad.

Zoey sacó un papel de la pila que me había dejado antes. Era una captura de pantalla de una bandeja de entrada con miles de etiquetas.

Quizás esto de la consultora externa no sea tan malo después de todo.

Zoey bajó los hombros y soltó un suspiro, como si se hubiera quitado un gran peso de encima. ¿En serio había sido tan capullo como para que un gesto tan simple supusiera un alivio para ella?

—Bien. Antes de empezar, necesito hacerte unas cuantas preguntas, y es probable que al principio te parezca una pérdida de tiempo…

Abrí la boca para decir que efectivamente era una pérdida de tiempo, pero ella continuó:

—…pero no lo es, créeme. A la larga, te ahorrarás mucho más de lo que imaginas. Solo te pido que me des el beneficio de la duda. Y una semana para organizar el sistema.

—Vale —acepté.

—Deberíamos pedirle a tu abuela que te visite más a menudo y te haga pasar vergüenza si eso significa que puedo salirme con la mía —dijo con una sonrisa.

La miré fijamente:

—¿"*Me* haga pasar vergüenza"? No llegaste a escuchar todo lo que dijo, ¿verdad?

—No, me fui cuando empezó a regañarte porque no salías con nadie.

—Entonces te perdiste la parte en la que me sugirió que saliera contigo.

No sabía qué me había impulsado a decir eso, pero su expresión cambió al instante: abrió la boca, las mejillas se le tiñeron de rojo, y se llevó la mano al cuello, acariciándose la piel mientras tragaba saliva. Era tan expresiva que me hizo preguntarme si salir con Zoey sería efectivamente una buena idea.

—Dios mío, ahora entiendo eso de que querías compensarme. Cuando me lo dijiste al principio no me cuadraba. —Se rió con nerviosismo.

Echó un vistazo a la pila de papeles y luego a la pantalla que tenía delante, donde estaba abierta mi bandeja de entrada. Su rubor se intensificó:

—¿En qué estábamos?

Maldita sea, qué preciosa es.

Su voz era aguda, y yo estaba disfrutando cada segundo. Hasta ahora, era ella quien lograba ponerme nervioso, pero por primera vez, le estaba devolviendo la jugada. Y su reacción… era simplemente irresistible.

—Creo que me estabas diciendo que mi abuela debería avergonzarme más a menudo para que puedas salirte con la tuya.

—Oh, sí —murmuró.

Apartó la vista de la pantalla en mi dirección. Estaba seguro de que empezaría a hablar de los correos electrónicos, pero parecía que se moría de ganas de hacerme una pregunta.

—Si quieres decirme algo, adelante —dije.

—¿Por qué Jeannie ha dicho eso? Quiero decir, ¿qué pinto yo en todo eso?

—No tengo una explicación razonable, creo que simplemente le has gustado mucho —dije con una sonrisa.

—A mí también me cae muy bien. Parece una persona muy cariñosa.

—Lo es —dije—. Se lo debo todo. Y a mi abuelo también. Los dos sufrieron mucho y se echaron el peso de cuidar de toda la familia al hombro.

—¿Después de que tu padre se marchara? —De pronto sentí una ráfaga de frío. Nunca hablaba de mi padre—. Lo siento —murmuró—. Acabo de enterarme y me he quedado muy impactada.

—¿No sabías nada de mi familia antes de empezar a trabajar aquí?

—La verdad es que no. Me limité a leer la historia reciente de la empresa, y nunca se me ocurrió investigar sobre tu familia. De todos modos, siento haber sacado el tema. No es asunto mío.

Y efectivamente, no lo era. Podría haber cambiado de tema en ese momento, pero, sin saber por qué, me encontré respondiendo:

—Nuestros abuelos son personas increíbles. Y yo consiento mucho a la abuela.

—Eres un buen nieto —dijo Zoey con voz suave. Miró de nuevo al ordenador—. Empecemos.

No insistió, no presionó, ni preguntó nada más, y lo agradecí enormemente.

Pasamos los siguientes veinticinco minutos revisando cien de mis correos electrónicos, Zoey fue tomando nota de cada remitente y proyecto. Fue un buen comienzo.

Al mismo tiempo, me iba explicando cada hoja del informe.

Fue un milagro que consiguiera hacer todo eso en veinticinco minutos, pero por primera vez desde que me enteré de que tendría una consultora en la empresa, no me pareció una pérdida total de tiempo. Entendí por qué sería beneficioso, pero había otro motivo que no podía negar: me gustaba estar con ella. Era inteligente, ingeniosa y, desde luego, no se cortaba a la hora de plantarme cara.

—Muy bien, Colton, tengo un sistema configurado con diferentes banderas de colores. Durante las próximas semanas, controlaré tu bandeja de entrada y la ordenaré según las prioridades en esta carpeta de aquí. —Señaló a la izquierda de la pantalla—. ¿Qué te parece? Así ahorrarás tiempo y abordarás los temas más importantes con mayor rapidez.

Volví a oler su perfume. Me tenía obsesionado. Era un aroma a miel combinado con algo más que no terminaba de reconocer.

—Me parece bien —dije.

—También existe la posibilidad de reducir el número de respuestas. Ya que vienes a la oficina todos los días, muchos asuntos se pueden resolver más eficientemente en persona.

Entrecerré los ojos:

—De ninguna manera, en las reuniones presenciales se pierde mucho tiempo con charlas triviales.

Zoey desvió la mirada, pero estaba seguro de que estaba reprimiendo una risa:

—No eres una persona precisamente sociable, ¿eh?

—Para nada —admití.

—Vale, creo que hemos terminado. Gracias por tu tiempo.

—Nos ha llevado media hora, no veinte minutos como dijiste.

Zoey sonrió tímidamente. *Es adorable*.

—Soy buena negociadora, ¿no?

—¿Y si tuviera planeado algo importante?

—No era el caso, he revisado tu calendario antes de venir. Respeto tu tiempo, Colton, y el trabajo que haces. De verdad, no soy tu enemiga.

—Estoy empezando a aceptarlo.

—Sí —se rió—. Lo tomo como un enorme avance. Antes de que me olvide… me debes una, ¿verdad? ¿Por los comentarios de tu abuela?

—Sí —respondí, preguntándome por qué volvía a sacar el tema.

—¿Así que puedo pedir cualquier cosa y no puedes decir que no?

—No, esto no funciona así.

—Sabía que no debía tentar a la suerte —murmuró.

—¿Qué quieres? —pregunté. Probablemente querría irse antes o tomarse un día libre, pero su petición me pilló por sorpresa.

—Me gustaría ver tu laboratorio.

Capítulo Siete

Colton

—¿Para qué quieres entrar? —pregunté.

Acto seguido, me senté más recto contra el respaldo y aparté mi silla unos centímetros hacia atrás. No podía pensar con claridad. Su maldito perfume estaba jugando con mis sentidos y mi mente.

—Nunca antes había colaborado con un CEO que además fuera científico, y creo que me servirá para tener una idea más global de tu trabajo. Muchos de los correos que recibes a diario están relacionados con las investigaciones.

—El laboratorio es de acceso restringido.

Zoey se pasó una mano por el pelo y respondió:

—No pienso revelar ningún secreto de la empresa, Colton. Mi propósito es que sirva para la organización del trabajo, pero si esa es tu decisión…

—Está bien —dije al tiempo que me levanté bruscamente de la silla.

—¡Guau! ¡Qué rápido! —Se puso de pie de un salto—. Vamos antes de que cambies de opinión.

Estaba corriendo un riesgo enorme al permitirle entrar al laboratorio. Muy poca gente había tenido ese privilegio. Además de mi lugar de trabajo, era un refugio donde podía estar tranquilo con mis pensamientos. A veces también realizaba allí tareas no relacionadas con la investigación científica.

Una vez fuera del despacho, Zoey caminó delante, y me deleité con el contoneo de su trasero y sus caderas. Estaba irresistible con esos tacones.

Su único cometido es ayudarte a gestionar la comunicación laboral, eso es todo. No estropees las cosas, Colton.

La culpa la tenía mi abuela… sus palabras se me quedaron grabadas en el cerebro, y me dieron ideas inapropiadas. Tendría que hablar seriamente con ella, no podía soltarme ese tipo de cosas.

Menos del cinco por ciento de mis empleados había entrado alguna vez en el laboratorio. No tenían porqué hacerlo; las

instalaciones para realizar las investigaciones estaban en la segunda planta, y todos los científicos tenían sus propias áreas de trabajo privadas. Rara vez había necesidad de que alguien entrara en la mía.

Activé la seguridad biométrica con la retina y la puerta se abrió. Por acto reflejo, cogí la bata blanca del gancho pero luego la volví a colgar.

—¿Hay que ponerse bata? ¿Tengo que ponerme algún tipo de protección? —preguntó Zoey.

—No, es la costumbre.

—Mmm… esperaba algo diferente —dijo Zoey mientras miraba a su alrededor.

Me reí:

—La mayoría de la gente espera otra cosa cuando entra a un laboratorio. Aquí es donde hago todas mis investigaciones científicas, a veces incluso otros tipos de trabajo.

—¿Cómo es que ninguno de tus hermanos se dedicó a la biotecnología?

—Yo era el único interesado. Y menos mal, porque *Whitley Industries* está tan diversificado que tuvimos que repartir las empresas entre todos. Incluso con nuestros medio hermanos.

—¿Medio hermanos? —preguntó, de pie junto a la pizarra.

La escruté con la mirada. Percibí que sentía verdadera curiosidad.

—Sí. Tengo tres.

—¿Prefieres cambiar de tema?

—¿Tan evidente soy?

—Tus respuestas son más cortantes y se te nota en la cara. Para mí es más que suficiente. —Hizo una breve pausa, y prosiguió —: Entonces, si no te encuentro en tu oficina, ¿debería venir a buscarte aquí?

—O puedes mandarme un mensaje.

—¿Hay cobertura en este búnker?

Asentí:

—Sí. No me gusta estar aislado del mundo. Paso mucho tiempo aquí y quiero estar localizable por si algo le pasara a mis abuelos o hubiese una emergencia.

Zoey, que pareció conmovida por mi respuesta, colocó las manos en el borde de la mesa del laboratorio, y se inclinó ligeramente para observar lo que tenía delante. Desde mi posición, tenía una buena vista de ella desde arriba. Sin siquiera intentarlo, podía ver su escote, y era increíble.

Aparté rápidamente la mirada. *Joder, tengo que controlarme*. No podía desear a Zoey. No podía ser como mi padre.

Ella se giró, se recostó contra la mesa y, al cruzarse de brazos, hizo que su escote se acentuara.

Respiré hondo. Zoey me miró, pero esa vez no aparté la vista. Todo pensamiento racional abandonó mi mente. No me importaban mis reglas. Maldita sea, ni siquiera podía recordarlas en ese momento. Lo único que quería era saborearla, capturar su boca, poseerla. Me incliné hacia ella que separó los labios con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

En cuanto mis labios entraron en contacto con los suyos, Zoey se entregó a mí.

Madre mía, cómo necesitaba esto. Necesitaba estar con ella.

Su boca era cálida e irresistible, y no podía saciarme. Su sabor era increíble y los sonidos que emitía eran deliciosos. Sus tímidos gemidos vibraban en mi cuerpo y repercutían directamente en mi polla. Se me iba a poner dura si seguía besándola, pero no podía parar. Quería profundizar el beso y aumentar su placer. Cuanto más la exploraba, más hambre tenía.

Un gemido me recorrió, aunque a decir verdad no estaba seguro de si era suyo o mío. Puse una mano en su cintura, y la subí ligeramente hacia arriba, rozando con el pulgar el borde inferior de su sujetador. Ella me recompensó con un gemido y retiró la mano. Tragué saliva y la miré.

—Colton —murmuró.

—Zoey.

—No sé qué decir.

—No suelo hacer esto.

—¿Te refieres a besar a chicas en tu laboratorio? ¿Acaso este es tu rincón secreto?

Di un paso atrás y respondí:

—No, nunca he traído a una mujer aquí.

—Estoy por decir que eso suena a cuento barato, pero noto que de verdad te estás rallando. Me acabas de dar un beso de infarto… y, aun así, esas arrugas en la frente han vuelto como si nada —dijo con la mirada entornada.

—Zoey —me acerqué a ella de nuevo—, en serio, no hago estas cosas.

—Bueno… todos hacemos cosas que se supone que no debemos hacer —murmuró.

Quería darle una explicación, pero no encontraba las palabras. No estaba acostumbrado a tener que dar explicaciones. Normalmente hacía lo que me daba la gana y no me importaba lo que los demás pensaran de mí, pero no quería que ella pensara que era un gilipollas.

—¿Tienes planes para esta noche?

—Esto está yendo demasiado rápido.

—No me refería a eso. —Zoey no tenía pelos en la lengua, pero no podía negar que me gustaba—. Quiero invitarte a cenar y contarte qué me pasa.

—¿Te refieres a por qué, a pesar del beso ardiente, llevas cara de amargado? —preguntó con una sonrisa. Parecía inmune a todo. Nunca había conocido a alguien que lo tomara todo con tanto humor, capaz de soltar una coña en cualquier momento—. Hoy no es el mejor día, a menos que quieras que mis hermanos te den una paliza.

—¿Por qué? —pregunté.

—He quedado con ellos para tomar algo. No les gustará un pelo que cancele a último momento, y menos para morrearme con mi nuevo cliente.

Mi polla reaccionó al oír la palabra *morrearme*. Respiré hondo y volví a besarla. Necesitaba probarla otra vez. Estaba aún más irresistible que antes.

Apretó su cuerpo contra el mío, subió una mano hasta mi cuello, para hundir los dedos en la nuca y gimió. Me di cuenta de que estaba de puntillas para besarme con más intensidad. Era mucho más bajita que yo.

La levanté y la senté sobre la mesa del laboratorio, separándole los muslos. De pronto, escuché un sonido de tela desgarrada, y ella resopló antes de apartarse de mí.

—Mierda —dije, dando un paso atrás mientras ella saltaba de la mesa—. Mi falda. —Se pasó la mano por el muslo—. Bueno, por suerte es solo un pequeño desgarro en la costura.

—Lo siento —me disculpé—. No me di cuenta.

—Tranquilo. Nunca nadie me había besado con tanta intensidad como para hacerme olvidar que llevaba una falda ajustada. Eres el primero.

Tragué saliva y me costó horrores no volver a inmovilizarla contra la mesa.

—Déjame compensarte —insistí.

—Lo harás, no te preocupes. Y si se te olvida, no me cortaré un pelo en recordártelo. Pero ahora tengo que irme. Si no me cambio de ropa, mis hermanos van a preguntarme qué le ha pasado a la falda.

—Te acompaño al ascensor.

—No hace falta. Además, parece que se te están ocurriendo ideas peligrosas —dijo con una risa.

—Muy peligrosas —confirmé mientras ella retrocedía hacia la puerta.

—Por eso mismo. —Y tras abrir la puerta, saludó—: Buenas noches, Colton.

—Buenas noches, Zoey.

Capítulo Ocho

Zoey

Había quedado con Dean y Alex en un bar de la calle Kingston, y les envié un mensaje para avisarles que llegaría veinte minutos tarde. Tenía que ir a casa a cambiarme; mis hermanos sabían que las costuras rasgadas no estaban de moda.

Una vez en casa, me cambié rápidamente, me puse unos pantalones y unos zapatos planos cómodos. Me dolían los pies de llevar tacones todo el día. Luego me dirigí en Uber al bar donde habíamos quedado. Podría haber ido en bicicleta, pero como pensaba tomarme una copa o dos, la vuelta me resultaría muy cuesta arriba.

Cuando entré en el pub, busqué a mis hermanos con la mirada hasta que Dean me saludó desde la esquina opuesta a la barra. Alex sostenía dos bebidas y ya había pedido mi margarita favorita. Me dirigí a ellos a paso acelerado.

—Hola, pitufina —dijo Alex.

Así empezó a llamarme cuando tenía un año, por ser la pequeña de la casa. Y ya se quedó para siempre. No me molestaba.

Les di besos y abrazos a los dos.

—No puedo creer que ya te estén haciendo trabajar horas extras —comentó Dean.

Alex enarcó una ceja:

—Conociendo a nuestra hermana, estoy seguro de que nadie la obliga. Lo hace porque quiere.

—Tienes que tomártelo con más calma —insistió Dean.

Bebí un sorbo de mi margarita antes de responder:

—No me entretuve en la oficina, pero tuve un percance y quería pasar por casa a cambiarme.

—¿Qué pasó? —preguntó Dean.

Podría haber evitado el tema o inventar algo, pero me moría de ganas de compartirlo con alguien.

—Es una historia graciosa… Colton me estaba enseñando el laboratorio, y una cosa llevó a la otra. Me besó, la cosa se puso un

poco intensa y… bueno, olvidé que llevaba una falda ajustada, y se me rajó por la costura.

Levanté la vista de la copa unos segundos, al ver que ninguno de los dos decía nada. Sus caras eran un poema: Dean tenía la boca abierta, y Alex parpadeaba como loco mientras negaba con la cabeza, como si aún estuviera intentando procesar lo que acababa de decir.

—¿Qué has hecho qué? —inquirió Alex.

Ahora era Dean quien negaba con la cabeza:

—Nos estás tomando el pelo, ¿verdad?

—¿Estamos hablando de Colton? ¿El que tiene la reputación de tipo duro? —preguntó Alex despacio, como si aún no se lo creyera.

Asentí:

—Sí, el mismo. Resulta que besa como los dioses.

Dean se enderezó:

—¿Qué coño…? No puede aprovecharse de ti.

—¿Por qué piensas que se está aprovechando de mí? —pregunté mirándolo a los ojos.

—Es tu jefe.

—No, técnicamente es mi cliente, y yo también lo besé a él. Claro que me tomó por sorpresa, pero…

Mis hermanos intercambiaron una mirada:

—No sé qué decir —dijo Alex.

Exhalé un suspiro y bebí otro sorbo. Ese era uno de esos momentos en los que deseaba tener una hermana o una mejor amiga. Había cosas que era mejor hablarlas con las mujeres.

—Lo siento, no pretendía haceros sentir incómodos —dije—. Quería compartirlo con alguien… y os ha tocado a vosotros.

—Te parecerá bonito… —comentó Dean.

Alex guardó silencio unos segundos, dando un sorbo a su bebida.

—¿Así que ahora sales con él? —preguntó finalmente.

Abrí los ojos y levanté una mano:

—Espera un momento, Alex. Solo nos besamos, no pasó nada más. Aunque me preguntó si quería salir con él esta noche. Le dije

que corría el riesgo de que vosotros le dierais una paliza.

—Podríamos hacerlo de todos modos —dijo Dean— Por principios.

—Para que sepa que no debe cagarla contigo —añadió Alex.

—Os avisaré si es necesario —dije con un guiño.

Dean tamborileó con los dedos sobre su copa.

—¿Qué es lo que te preocupa? Suéltalo —le señalé.

Cogió la copa y bebió un trago enorme. Sabía que era un intento por ganar tiempo.

—No lo sé, Zoey. ¿Crees que es inteligente salir con un cliente?

Me mordí el labio. Dean no era un aguafiestas, sabía que si me transmitía esa inquietud era porque estaba muy preocupado.

—No lo sé. No hay ninguna norma ni cláusula que lo prohíba… pero, claro, otra cosa es el sentido común —respondí con el ceño fruncido.

—Sí —bromeó Alex—. Estoy de acuerdo con Dean.

—¡Pero qué pesados sois! No sé por qué os lo he dicho.

—Porque somos tus hermanos y has disfrutado dejándonos sin palabras —dijo Alex con una sonrisa.

—Es verdad. Deberíais haber visto vuestras caras —dije riéndome.

Dean se aclaró la garganta y preguntó:

—Pero hablando en serio, ¿no crees que esto te podría jugar en contra?

—Dean, le das demasiadas vueltas a las cosas. Solo nos hemos besado. Es probable que mañana finjamos que nada ha pasado. La verdad es que no lo sé… ha sido algo del momento. —Decidí cambiar de tema—: ¿Cuándo pensáis que volveremos a ver a papá y mamá?

—Podríamos planear un encuentro todos juntos en algún lugar de Europa —dijo Alex.

—Es buena idea —respondí—. Además creo que les haría ilusión que los acompañemos a alguna de sus exposiciones.

Tenía que revisar mi cuenta para ver si podía permitirme un billete en avión a Europa. Si lo buscaba con mucha antelación, quizá

encontrara alguna oferta. Ganaba bien y tenía unos ahorros considerables, aún así, y por la infancia que había tenido, siempre persistía el profundo temor a quedarme sin dinero.

—¿Sabemos si mamá y papá están vendiendo sus obras? —preguntó Alex.

Tomé otro trago del margarita mientras Dean se aclaraba la garganta:

—Cuando les pregunté, me cambiaron de tema.

—¿Crees que necesitan ayuda? —pregunté.

Alex se encogió de hombros:

—Puede ser. Ya sabéis cómo son esas cosas. Todo el mundo piensa que si expones tus obras en galerías internacionales, estás haciendo dinero. Pero lo cierto es que llevar los cuadros de una galería a otra no genera un duro.

Lo sabíamos perfectamente. Cuando éramos pequeños, mis padres luchaban por llegar a fin de mes. Mientras se abrían camino en su arte, cogían trabajos de media jornada que no alcanzaban para mantener a la familia. Hubo varias ocasiones en las que incluso nos llegaron a desahuciar.

De niña compartía habitación con Dean y Alex hasta que ellos se fueron de casa. Respetaba a mis padres por no abandonar sus sueños, pero eso les hacía la vida más difícil. Ahora los tres estábamos en condiciones de arrimar el hombro y ayudar siempre que lo necesitaran. Mis hermanos tenían trabajos estables y buenos salarios.

—No siempre nos cuentan la realidad —dijo Alex.

—Intentaré sonsacarle información. Les quiero invitar el próximo hotel donde se alojen o algo así —dijo Dean.

De todos nosotros, él era el que mejor sabía encontrar la manera de ayudar a nuestros padres sin que se dieran cuenta del verdadero propósito. Ellos nunca decían que necesitaban dinero, pero a nosotros nos gustaba echar una mano siempre que podíamos.

—Bien, ya hemos hablado de nuestros padres y de mi alocada vida. ¿Y vosotros qué? —pregunté.

—El trabajo va bien —respondió Dean rápidamente. Trabajaba en un banco de inversiones, y estaba muy implicado en la empresa —. Puede que haya empezado a salir con alguien.

—¿Puede? —preguntó Alex.

Dean lo fulminó con la mirada:

—Compartiré la información cuando llegue el momento.

—¿Cómo es que no lo sabes? —dijo Alex.

—Oye, no insistas. Cada uno va a su ritmo —intervine—. Y no todo el mundo permite que su cliente lo bese hasta romperle literalmente la falda.

Alex negó con la cabeza antes de decir:

—Venga ya, que me estás haciendo pasar vergüenza. Vaaale… *estoy* saliendo con alguien.

—¿Desde cuándo? —pregunté, atónita.

—Desde la semana pasada.

Parecía tan confiado que me pregunté si nos la presentaría pronto.

Me quedé con mis hermanos hasta bien entrada la noche. Luego esperaron a que me subiera a un Uber antes de llamar al suyo, lo habitual cuando salíamos hasta tarde. Estaba un poco achispada: el segundo margarita se me había subido a la cabeza antes de pedir pollo frito.

Las palabras de Dean resonaban en mi mente. ¿Había sido una estúpida por besar a Colton? No lo había planeado en absoluto, aún así, podría haberlo evitado. Pero por supuesto que no quería. En cuanto su boca estuvo sobre la mía, olvidé por completo dónde estábamos y qué se suponía que estábamos haciendo. No me arrepentía de nada.

Cuando llegué a casa, me di una larga ducha que me despertó por completo. Después, me recogí el pelo mojado en un moño, mi truco favorito para ondularme el pelo.

En lugar de irme a la cama, me fui al salón, encendí la tele y puse una de mis series favoritas de Netflix sobre detectives. No entendía por qué me relajaba tanto ver a un grupo de personas investigando y resolviendo un asesinato, pero prácticamente podía

sentir cómo se me aligeraban las piernas a medida que las escenas se volvían más intensas.

La pantalla de mi teléfono se iluminó justo cuando el detective principal hizo un descubrimiento importante. Pausé la escena para no perderme ni un momento. Había olvidado avisarle a mis hermanos que había llegado a casa, y supuse que eran ellos. Probablemente Alex. Y aunque no tenía agendado el número que aparecía en la pantalla, contesté de todos modos.

—¿Aló?

—Hola, Zoey. —Era Colton.

Me removí en el asiento con una sonrisa:

—Hola.

—¿Qué estás haciendo?

—Viendo mi serie favorita. Y también intentando comprar un regalo para el cumpleaños de mi madre con entrega en Estocolmo, y que no cueste un ojo de la cara.

—¿Cuándo es su cumpleaños? —preguntó.

—La semana que viene. Mis hermanos y yo decidimos sorprenderla con una tienda de campaña. A mis padres les gusta ir de acampada, es algo que hacíamos muchos de niños. ¿Y tú?

Vaya. No entiendo por qué acabo de contarle todo eso.

—Nunca fuimos de acampada. Aunque mis hermanastros mencionaron una vez que mi padre los llevó de campamento.

Había tensión en su voz. Mierda, ¿cómo se me ocurrió mencionar aquello? Estaba segura de que le traía recuerdos dolorosos.

—¿Te llevas bien con tus medio hermanos? —pregunté.

—Lo intento —dijo—. Pero la verdad, es que no le pongo mucho empeño.

—¿Están en Boston?

—Sí. Crecieron en Maine, pero cuando terminaron la universidad, mis abuelos los invitaron a mudarse aquí. Se ocupan de algunos negocios de *Whitley Industries*.

—¿Así que cada uno de tus hermanos y medio hermanos dirige una rama de la compañía?

—Sí. Jake está al mando de *Whitley Advertising*. Cade, la industria cafetera. Spencer, la editorial. Y Gabe la destilería, que expandió a pasos agigantados. Y de mis medio hermanos, Nick dirige una cadena de *fitness* y deportes de mucho éxito. Maddox diseña espacios de oficina, y Leo gestiona una empresa de seguridad. Pero no tengo un vínculo muy cercano con ellos.

Percibí mucho respeto en su voz cuando hablaba de los logros de sus medio hermanos.

—¿Te gustaría tener un vínculo más cercano con ellos? —pregunté.

Pareció dudar de nuevo.

—Creo que es injusto que les guarde rencor. Al fin y al cabo, no fue culpa de ellos ni nuestra. Mis otros hermanos, sobre todo Gabe, pero también Cade y Spencer, tienen una relación mucho más estrecha. Somos Jake y yo los que lo hemos pasado peor, pero él ha logrado hacer borrón y cuenta nueva. Son buenas personas y eso es lo que importa. Para mis abuelos es importante que todos nos llevemos bien.

Me pareció muy entrañable que ese cascarrabias acostumbrado a dirigirlo todo con mano de hierro, y a hacer que todo el mundo cumpliera su voluntad, se empeñara tanto en complacer a sus abuelos.

—Creo que vuestros abuelos tienen mucha suerte de teneros.

—A la abuela le caes bien. Y rara vez se equivoca con la gente.

—Ya veo. ¿Así que ese es el motivo por el que te estás acercando a mí?

Él gruñó y yo solté una carcajada:

—Vale, vuelvo a mi serie. Está en la mejor parte.

—¿No quieres que te distraiga?

—Claro que no.

—Solo quería oír tu voz —dijo—. Y saber que seguimos en la misma sintonía.

El corazón me dio un vuelco, pero intenté mantener la compostura:

—¿Sobre qué?

Dudó antes de murmurar:

—Sobre todo.

Dios mío. Eso podía significar mil cosas.

—Así es, estamos en sintonía —contesté, aunque no estaba muy segura de lo que quería decir. Como no dijo más nada, agregué —: Buenas noches, Colton.

—Disfruta de tu serie.

Suspiré mientras colgaba la llamada. Entonces me llegó un mensaje.

Colton: Desearía que no te hubieras ido del laboratorio.

Se me aceleró el pulso. Pasé los dedos por encima de la pantalla unos segundos antes de contestar.

Zoey: ¿Por qué? ¿Qué más pensabas hacerme?

Guardé su número rápidamente. Justo cuando terminé, apareció otro mensaje.

Colton: Muchas cosas.

Crucé las piernas y sentí un leve palpitar en mi vientre.

Coltón: Y cuando dije que nunca hice algo así, es en serio. Jamás he llevado a una mujer al laboratorio antes.

Zoey: Te creo.

Colton: Todavía te debo una explicación.

Fruncí el ceño. *¿Qué explicación?*

Colton: ¿Estás libre el lunes por la noche?

Zoey: Sí.

Colton: Estoy deseando volver a verte.

Mi cara estalló en una sonrisa. Yo también lo estaba deseando.

Capítulo Nueve

Zoey

Cuando aquel lunes me senté frente al ordenador para consultar la agenda de Colton, no pude evitar fruncir el ceño. De repente, tenía muchas más reuniones de lo que recordaba. A decir verdad, la semana anterior tuvo varias reuniones cada día, ahora parecía que estaría reunido desde primera hora de la mañana hasta el final de la jornada. Se suponía que tenía que ir a su despacho a las nueve, pero no veía ningún hueco.

Cogí mi teléfono para enviarle un mensaje y descubrí que ya tenía uno suyo.

Colton: Cambio de planes. Mis socios, los farmacéuticos, están aquí para ultimar algunos detalles, de modo que estaré reunido con ellos toda la semana, cenas incluidas. Lo siento. Tenía muchas ganas de verte hoy.

Zoey: Mi método está surtiendo efecto, ¿eh?

Colton: TÚ estás surtiendo efecto en mí. Quería seguir donde lo dejamos por teléfono.

Zoey: ¿Y no donde lo dejamos en el laboratorio?

Colton: Eso también… pero más tarde. De verdad, tenía muchas ganas de verte.

¿Qué era eso que sentía en mi pecho? Mi corazón suspirando, claro que sí.

El resto del día fue muy ajetreado, y no pude ver a Colton en ningún momento. Había hecho grandes avances en mi labor: leía diligentemente su bandeja de entrada a diario, y como la mayoría de los remitentes eran siempre los mismos, el trabajo era muy sencillo.

La otra parte de mi trabajo consistía en optimizar la comunicación y organización de la empresa en su conjunto a largo plazo. Me hice una idea de quiénes eran los actores clave y quiénes necesitaban más directivas que otros, pero iba paso a paso. Me di cuenta de que una de las formas más sencillas de procesar el papeleo era instalar un *software* de firma digital.

Fui directamente al departamento de Recursos Humanos con esa idea.

—Todos tenemos la firma digital —dijo Sandra—. Excepto Colton.

—¿Y eso por qué?

—Se lo propuse una vez y no mostró el más mínimo interés.

—De acuerdo, a ver cómo lo consigo —dije con una mueca.

—Me encanta tenerte aquí. Y que asumas el papel de mala de la película —dijo con una sonrisa.

—Claro, por eso os encantan los consultores externos: siempre tenéis a quién echarle el muerto. No me importa ser la mala de turno —respondí con una risa.

La primera vez que escuché su voz fue el martes por la tarde. Estaba acompañado, así que no tuve margen para acercarme. En cambio el miércoles, vi mi oportunidad cuando le oí ir a su despacho y entré de inmediato.

—Colton —dije con la voz más profesional que pude pronunciar.

Aún no se había sentado y estaba arremangándose la camisa. Parecía cansado. Pero aunque estuviese exhausto me resultaba muy sexy. Me miró y su boca se curvó en una sonrisa. Me sentí victoriosa.

—Zoey…

—No te quitaré mucho tiempo.

—Qué pena.

Sentí que se me calentaban las mejillas.

—Oye, todos en la empresa tienen firma digital. Solo falta la tuya.

—Creo que Sandra me lo comentó en algún momento.

—Sí, y es muy fácil de gestionar. Solo voy a necesitar tu firma.

—¿Solo mi firma?

—Sí. —Estaba segura de que me lo estaba ganando.

Ese era uno de mis puntos fuertes. Antes de plantear una idea, pensaba cuáles serían las reticencias de la persona, y abordaba primero esos puntos. Sabía que para Colton era crucial no perder

tiempo rellenando formularios. Estaba segura de que Sandra lo había intentado, pero mi idea era presentárselo como si fuese la cosa más sencilla del mundo.

—Vale —fue su respuesta.

—Colton —una voz masculina lo llamó desde el pasillo.

Parpadeé, sorprendida:

—Vaya, ¿ya tienes que volver a la sala de reuniones?

—Sí. —Frunció el ceño, acercándose a mí—. ¿Cómo estás tú? ¿Cómo te tratan los empleados? —preguntó mientras cerraba la puerta del despacho.

Respiré hondo. Parecía que estuviéramos a kilómetros de distancia de todo lo que ocurría fuera de su despacho.

—Bien. Todos son muy amables —sonreí, decidiendo aligerar la situación—. Y contra todo pronóstico, me estoy ganando al director general.

—Hmm —respondió—. ¿Estás logrando que el CEO se abra contigo?

—Mucho más que eso… He conseguido que me diera un beso ardiente —respondí con una sonrisa.

—Zoey —dijo con un gruñido.

—Ups, se me escapó.

Me miró los labios con atención antes de preguntar:

—¿Qué vas a hacer esta noche?

Me mordí el interior de la mejilla y respondí:

—He quedado en hacer una videollamada con mis padres. Hace tiempo que no hablo con ellos, pero puedo posponerla.

—No, haz la llamada. Es probable que mis socios quieran salir a tomar unas copas de todos modos. Quién sabe cuánto tardarán.

Los dos nos quedamos un rato en silencio.

—Qué bien hueles —dijo Colton.

Volví a morderme el labio.

—Es mi perfume favorito. *Honey,* de Marc Jacobs. Pero como se me está acabando, estoy pensando en probar otro. —Al darme cuenta de que estaba divagando, tomé aire para recomponerme—. En fin, no te entretengo más.

—Colton. —La voz que lo llamó desde el pasillo sonó más firme.

—Nos vemos, Zoey —dijo justo antes de abrir la puerta y desaparecer.

Yo estaba acostumbrada a tomar la delantera, a bromear y descolocar a los demás… pero no tanto a que me lo hicieran a mí.

***

El jueves encontré un paquete en mi mesa. Lo desenvolví con cuidado.

Era un perfume: *Black Opium* de Yves Saint Laurent.

Me lo rocié en las muñecas, e inhalé su fuerte aroma. Olía a flores, pero también tenía un toque de vainilla. Me encantó y, aunque no traía ninguna nota, supe perfectamente quién lo había enviado. Mi corazón latía con fuerza cuando le mandé a Colton la foto del perfume.

Zoey: Gracias. ¿Cuándo tuviste tiempo de conseguirlo?

Respondió enseguida.

Colton: Anoche, después de las copas, fui a unos grandes almacenes, y ese aroma me hizo pensar en ti.

El calor se acumulaba entre mis muslos. Me levanté de la silla y deambulé por el despacho.

Colton: ¿Has hablado con tus padres?

Sonreí. No me esperaba que me preguntara eso.

Zoey: Sí, los dos están muy contentos. Dijeron que es probable que se queden más tiempo en Europa. Me alegro por ellos, por supuesto, pero los echo mucho de menos.

Colton: No puedes ser más adorable. Y hablando del perfume… quiero que te lo pongas.

Estuve a punto de decirle que no me gustaba recibir órdenes, más bien todo lo contrario, pero lo cierto era que sí quería ponérmelo.

Desafortunadamente, no pude ver a Colton ese día para que comprobara que lo llevaba puesto.

A la mañana siguiente, me lo rocié en la muñeca y el cuello. Me estaba volviendo adicta a su seductor olor.

Mientras revisaba los correos electrónicos de Colton, encontré uno de un remitente que nunca había visto antes: Maddox Whitley.

Fruncí el ceño. ¿Whitley? Eso significaba que era pariente de Colton. Pero no era uno de sus hermanos. Entonces recordé que era el nombre de uno de sus hermanastros. Eso significaba que debería ser un asunto personal, no relacionado con *Whitley Biotech*, y no lo abrí.

Presioné con el ratón con la intención de catalogarlo como personal, pero acabé abriéndolo accidentalmente y leí la primera línea:

"Hola chicos, os reenvío este email que me ha mandado papá".

Lo había enviado a varios destinatarios. *¡Mierda! No era mi intención fisgonear.*

Dejé a un lado el correo electrónico y me centré en completar los campos para la firma digital.

A las nueve, oí su voz en el pasillo. Por fin parecía estar solo. Tenía una reunión en cinco minutos, pero con que me dedicara tres, me bastaba. Así que salí corriendo de mi despacho, procurando no alargar demasiado el paso, porque llevaba un vestido ajustado y lo último que quería era que este también acabara rasgado.

Llamé al abrir la puerta y él levantó rápidamente la vista:

—Zoey —dijo—. Entra y cierra la puerta.

—Tenemos solo unos minutos hasta que empiece tu reunión.

—Tienes razón.

Le miré y le dije:

—Dos cosas. Primero: hoy dejaré todo terminado para la firma digital. Más tarde necesitaré tu firma real.

—Puedo firmarlo ahora, si quieres.

—Mejor lo dejamos para el último paso.

Asintió:

—De acuerdo. ¿Y la segunda cosa es?

—¿Has mirado tu correo esta mañana?

—Todavía no.

—Hay uno de Maddox Whitley, y me preguntaba si debería hacer una carpeta para asuntos personales. Mi recomendación es reenviar automáticamente los emails personales a otra dirección de correo. Puedo configurarlo si me das una lista de contactos personales.

Su expresión cambió al instante y las comisuras de sus labios se torcieron hacia abajo. Sacó su teléfono y se quedó mirando la pantalla. Sus fosas nasales se ensancharon y luego me miró:

—Sí, es un asunto privado. Y no hace falta etiquetarlo. Maddox no tiene mi dirección de correo personal, por eso lo envió al del trabajo, pero lo arreglaré.

¿Cómo podía cambiar de humor tan rápidamente? Se puso serio de un momento a otro. De pronto, sonó una alarma y di un respingo.

—Lo siento, es mi teléfono. Un recordatorio de que tengo que ir a la sala de reuniones. Te veré más tarde.

Al pasar junto a mí, se detuvo en seco:

—Llevas el perfume que te regalé.

Tragué saliva:

—Así es.

—¿Lo has llevado toda la semana?

—Sí.

Inspiró profundamente.

—Hueles delicioso.

—Deberías irte —murmuré.

—Sí, joder, debería. Pero no sabes las ganas que tengo de cerrar la puerta y comerte a besos.

Me quedé inmóvil, aún ruborizada incluso después de que se marchara.

Capítulo Diez

Colton

Siempre había sido consciente de mis puntos fuertes y debilidades. Uno de los motivos de mi rotundo éxito laboral era que me dedicaba a cosas que dependían únicamente de mis puntos fuertes. Al empezar a trabajar con Zoey, comencé a darme cuenta de que mi equipo pagaba las consecuencias de ello y de mi mayor debilidad: la organización. Ahora tenía una visión mucho más clara de mi bandeja de entrada.

Zoey insistía en que la manera más eficaz de tratar los correos electrónicos era abrir un mensaje y decidir inmediatamente qué hacer con él, en lugar de dejar que se acumularan. Ese había sido mi *modus operandi* durante años, y la verdad era que nunca los respondía. Los correos se quedaban en el fondo de la bandeja de entrada, hasta que otra persona se ocupaba del asunto. Ese día me propuse revisar mi bandeja de entrada por la mañana.

La única área en la que no estaba dispuesto a delegar era el trabajo de laboratorio. Mi equipo llevaba años insistiendo en que delegara más en ellos, pero no lograba soltar el timón.

Después de otra reunión, volví a mirar el correo electrónico de Maddox. Aún no había leído el mensaje original de mi padre.

Hola chicos, os reenvío este email que he recibido de papá. Hace años que no hablo con él, así que no sé muy bien por qué se pone en contacto conmigo. Como veréis en el mensaje, necesita ayuda económica. Aún no le he contestado, y creo que deberíamos decidir entre todos qué hacer.

Minimicé el mensaje, con la intención de ignorar por completo la situación y seguir con mi trabajo. Mis hermanos ya pensarían qué hacer al respecto. Cuanto menos supiera, mejor. Me daba lo mismo lo que decidieran.

Diez minutos después, no podía seguir ignorándolo. Maldita sea, quería saber de qué se trataba. ¿Cómo demonios se atrevía a

escribirnos pidiendo ayuda? ¿Y por qué Maddox simplemente no eliminó el correo electrónico?

Sabía que no estaba siendo razonable. Maddox había hecho lo correcto, y demostraba lealtad a la familia al no haberlo manejado a nuestras espaldas. Quería que todos lo supiéramos y decidiéramos juntos.

Me reconfortó saber que Maddox llevaba años sin hablar con él. Siempre me había preguntado si mis medio hermanos seguían en contacto. Me desplacé para leer el mensaje de mi padre.

Hola, Maddox.

Soy papá. Sé que perdimos el contacto hace años. No sé si este mensaje es bien recibido por vosotros. Todos sabéis, más o menos, dónde vivo, y mi perfil profesional está en internet. Supongo que, si nadie me ha escrito hasta ahora, es porque no queríais saber nada de mí.

¿Cómo coño se atreve a hacer sentir culpable a Maddox por no mantener el contacto? Había arruinado nuestras familias.

He intentado emprender mi propio negocio, pero por desgracia, fracasé y me he quedado bastante endeudado. Sé que a todos os va muy bien, y me duele pedir ayuda. He agotado todas las demás opciones, y este es mi último recurso. Aquí tienes mi número de teléfono en caso de que quieras ponerte en contacto conmigo. Estaré esperando tu llamada.

Papá

Inmediatamente borré el correo electrónico. ¿Por qué coño no lo había hecho antes? La rabia bullía en mi interior, retumbando en mi pecho y en mis venas. Sentía una obstrucción en el pecho y me costaba respirar hondo.

¡Qué poca vergüenza!

Eché la silla hacia atrás, me levanté y me giré para mirar la ciudad por la ventana. La vista solía tranquilizarme. Era la forma más rápida de despejarme la cabeza. Pero no estaba funcionando.

Mi padre había intentado levantar un negocio de nuevo. ¿Realmente no aprendió nada del desastre que hizo en *Whitley Industries*? Nos estaba yendo bien, sí, pero no gracias a él. De hecho, nos iba bien *a pesar* de él. Había dejado las empresas en ruinas y costado un esfuerzo descomunal y muchos años para volver a encarrilarlas y obtener ganancias.

Estuvo a punto de destruir nuestro legado, ¿y ahora quería dinero? Era el disparate más grande que jamás había oído. Nunca le ayudaría, ni en un millón de años, y más les valía a mis hermanos que tampoco lo hicieran. No debíamos abrir esa puerta para que estuviera de vuelta en nuestras vidas.

Me puse de espaldas a la ventana y eché un vistazo a mi escritorio. Había un montón de cosas que tenía que finiquitar ese día. Necesitaba recomponerme antes de volver con los del departamento financiero. Me senté y me quedé mirando la pantalla del ordenador, pero enseguida me di cuenta de que era inútil. Tenía que despejarme y subir al *ring*.

Al salir de la oficina, me detuve junto al escritorio de Darla.

—Oye, Colton, tenemos que hacer unos cambios en tu agenda… —empezó.

—Hablaremos de ello más tarde —dije—. Voy a salir.

—Vale —frunció el ceño, mirando el calendario—, pero sabes que tienes unas cuantas reuniones hoy.

—Cancela todo. Me voy a boxear.

Darla se limitó a asentir. Todos sabían que si cancelaba una reunión para ir al *ring*, era porque me había pasado algo. También sabían que no tenían que llamarme. Darla era una *crack* manteniendo a salvo mi privacidad.

—Muy bien, considera todo cancelado.

—Estupendo. Te lo agradezco.

***

Zoey

Eran las seis cuando terminé el papeleo para la firma electrónica. Si conseguía que Colton firmara de su puño y letra antes de las siete, podría terminarlo ese mismo día. Cogí mi iPad y me apresuré a ir a su despacho, pero no estaba allí.

Qué raro. Revisé su calendario y vi que no tenía ninguna reunión programada.

Le envié un mensaje:

Zoey: Hola, ¿dónde estás? Necesito solo dos minutos para que me firmes de forma manual, así podré finalizar el proceso de firma digital.

Esperé unos minutos antes de volver a comprobar el teléfono. No solo no había contestado, sino que ni siquiera lo había visto.

Maldita sea. De verdad quiero dejar esto terminado hoy mismo.

Decidí preguntarle a su asistente dónde estaba. Tenía su propio despacho, justo al lado del suyo, y llamé a la puerta abierta. Darla tenía unos cincuenta años, el pelo negro azabache con un corte recto que le sentaba muy bien.

—Hola, Darla.

Levantó la vista y sonrió:

—Zoey, ¿en qué puedo ayudarte?

—¿Sabes dónde está Colton? Necesito desesperadamente que me firme un documento.

—Se ha ido a entrenar, y ya no volverá hoy a la oficina. ¿Puedo ayudarte? Yo también estaba a punto de irme.

Mierda. Me mordí el interior de la mejilla y Darla volvió a concentrarse en su portátil.

Me acerqué a su mesa:

—¿Hay alguna posibilidad de que me digas dónde está entrenando?

—Zoey, no quiero que te haga la cruz. El gimnasio es el único sitio donde desconecta por completo.

—Quiero cerrar este asunto hoy mismo, pero no puedo hacerlo sin su firma. —Finalmente estaba avanzando con Colton, y

no quería arriesgarme a perder todo lo que había conseguido—. Así que, ya sabes… ¿qué fue primero el huevo o la gallina? Mira, hagamos una cosa: tú dime dónde tengo que ir, y te prometo que no le diré que me lo has dicho tú.

—Eso no es lo que me preocupa. Todo el mundo sabe dónde entrena Colton. Me preocupo por ti porque a él no le gusta que lo molesten cuando está allí.

—Correré el riesgo —dije.

—Como quieras, aquí tienes la dirección —dijo y me extendió un *post-it* amarillo.

Le hice una foto con el móvil por si perdía el papel.

—Gracias. Me has salvado la vida. —Le envié un beso al aire antes de salir a toda prisa de su despacho.

Cogí un Uber. Intentaba no pasarme con los taxis para cuidar el bolsillo, pero le pasaría el gasto a la empresa.

No me molesté en buscar la dirección en Google, y di por hecho que se trataba de un gimnasio exclusivo o algo similar, así que me llevé una gran sorpresa cuando llegué frente a un decrépito edificio. Y por muy poco atractivo que fuese, sabía que esa era la dirección correcta. Había un pequeño cartel con el nombre del local encima de la puerta, casi imperceptible para los transeúntes.

Entré y parpadeé, volviendo a mirar la dirección. Al final, quizá me había equivocado de sitio. Aquello no parecía un gimnasio, sino más bien un club de boxeo o algo por el estilo.

Estaba a punto de llamar a Darla cuando vi a Colton en el otro extremo de la sala y casi se me cae el iPad. Estaba en el *ring* con los guantes de boxeo y golpeaba a su oponente con precisión.

Mis piernas se desplazaron por sí solas hacia él. Una parte de mi cerebro pensaba que no podía ser Colton, sino alguien que se le parecía mucho. No me entraba en la mente que además de CEO y científico también fuera boxeador. De alguna manera todas esas cosas no encajaban como atributos de una misma persona.

Lo miré, paralizada, con el iPad apretado contra el pecho. No había nadie más en la sala, salvo ellos dos, que ni siquiera se dieron cuenta de que estaba allí.

Madre del amor hermoso. Colton estaba en forma y bueno de cojones. Tenía un tatuaje en el torso, abdominales marcados, y sus hombros, brazos y muslos estaban perfectamente esculpidos. Incluso su espalda era sexy.

No tenía ni idea de cuánto tiempo pasó hasta que su oponente dio tres pasos atrás y dijo:

—Madre mía, Colton. Qué intenso es entrenar contigo. —Entonces se fijó en mí—: Oh, hola. Soy Theo. ¿En qué puedo ayudarle?

Colton giró la cabeza en mi dirección:

—Zoey… —Su voz era aún más áspera que de costumbre, probablemente por el entrenamiento.

—Trabajo con Colton —le dije a Theo, orgullosa de haber recuperado el habla.

Colton caminó hacia mí y tragué saliva. ¿Cómo podía estar tan bueno? El tatuaje de su pecho era increíble. El sudor resbalaba por su piel y, de algún modo, eso lo hacía parecer aún más sensual.

—Voy a cambiarme —anunció Theo—. Colton, ¿te importa que me vaya?

—No pasa nada —respondió y posó su mirada en mí.

—Si te quedas más rato, cierra el gimnasio, por favor —dijo Theo.

Colton asintió, pero no me quitó los ojos de encima.

Le di la vuelta al iPad con torpeza, para enseñárselo. Tenía que ser profesional.

—Tengo todo listo para la firma digital, pero necesito tu firma manual para dejarlo finalizado hoy mismo.

Le entregué el lápiz del iPad. Lo cogió rozando el dorso de mis dedos con las puntas de los suyos, y un temblor me recorrió. Su piel estaba ligeramente húmeda. Crucé las piernas y respiré hondo. Me devolvió el iPad, lo apreté contra mi pecho y levanté la vista.

—Eres la primera persona del trabajo que viene aquí —afirmó.

—¿Les has prohibido la entrada? ¿Por qué conocen la dirección, entonces?

—Para un caso de emergencia. Pero saben que no quiero que me molesten aquí por nada del mundo. Vengo a desahogarme.

Mis hombros se hundieron.

—¿Tanto te afectó lo de esta mañana?

Mantuve el contacto visual y no bajé la mirada para admirar su torso ni una sola vez desde que empezamos a hablar. *Qué bien me estoy portando*. Pero, por todos los santos, me moría de ganas. Más que mirarlo, quería estirar la mano y tocarlo.

Sus fosas nasales se ensancharon, pero no me pareció que estuviera enfadado.

—Voy a darme una ducha rápida. Y creo que te debo una cena.

Me reí con nerviosismo:

—Puesto así parece como si fuera una obligación.

Tragó saliva y respondió:

—Eso no podría estar más lejos de la verdad. Sería un placer para mí.

—Me quedaré aquí e iniciaré el proceso de… No importa, haré mi trabajo. Tómate tu tiempo.

Después de que Colton desapareciera, probablemente camino de los vestuarios, accedí a la plataforma y subí la foto con su firma. En cinco minutos había terminado la tarea.

Metí el iPad en el bolso y miré a mi alrededor. Se abrió una puerta y contuve la respiración por un segundo, pero no fue Colton quien salió, sino su compañero de entrenamiento.

—Zoey, me voy a casa con mi familia. Hoy ya no vendrá ningún cliente. ¿Puedes recordarle a Colton que cierre el gimnasio? Él sabe cómo hacerlo.

—Claro —dije.

El hombre me miró con una sonrisa cómplice. *Dios mío. No es momento para ponerte colorada, Zoey*. ¿Se habría dado cuenta de que no me había presentado allí solo para terminar un trabajo?

—Siento haber irrumpido así antes. Necesitaba a Colton en persona —le expliqué.

—Sí, sí. —Me guiñó un ojo—. Divertíos.

¿Qué ha querido decir? ¿Colton le ha contado algo? ¿Acaso llevo escrito en la cara que estoy loca por él?

Por suerte, Colton saldría del vestuario completamente vestido, porque si llegaba a aparecer desnudo, sudado y con esos tatuajes… me abalanzaría sobre él sin pensarlo. Sin besos ni caricias. Me lanzaría *literalmente* sobre él.

Salió unos minutos después, con el pelo aún mojado. La camisa que llevaba parecía diferente a la de esa mañana, como si le quedara un poco pequeña. Pero aunque iba vestido y no se le veía ni rastro del tatuaje, la imagen de Colton sin camiseta seguía dando vueltas en mi cabeza. No podía parar de pensar en ello.

—Theo ya se ha ido. Dijo que debías cerrar.

—Claro.

—¿Cómo es que tienes la llave de este lugar? —pregunté.

—Soy uno de sus clientes más antiguos y además somos muy buenos amigos. Incluso le ayudé a montar el local. A cambio, tengo las llaves y puedo venir cuando no haya nadie.

—¿Con quién peleas cuando vienes solo?

—Con un saco de boxeo. Es un entrenamiento muy eficaz.

—Ya lo creo —respondí.

Se rió entre dientes:

—¿Quieres que me quite la camisa para que puedas ver mejor mi tatuaje? Antes no podías dejar de mirarlo.

Me quedé sin aliento y casi me trago la lengua.

—Yo… eh… no he podido evitarlo.

—Ya veo.

Cada segundo que pasaba me volvía más torpe, lo que no era propio de mí.

—No pensé que nada pudiera dejarte sin palabras —respondió.

—Yo tampoco. Pero, por lo visto, tú tienes un don especial —Fruncí el ceño—. Mira, siento haberme plantado aquí sin avisar.

—No te preocupes por eso, ¿vale? Te agradezco que te tomes tu trabajo tan en serio. Pero es tarde, y basta de hacer horas extras.

Me encogí de hombros y me aparté un mechón de pelo detrás de la oreja.

—No suelo hacerlo, pero tú eres un buen incentivo.

—¿Ah, sí? —preguntó, arqueando una ceja.

Puse los ojos en blanco:

—No lo digo en ese sentido, me refiero a que nunca había visto a alguien tan entregado a su trabajo. Es… inspirador.

—Algunos me tildan de obsesivo.

—Una cosa no quita la otra —bromeé.

Miró la bolsa que había dejado en uno de los bancos y luego volvió a fijarse en mí:

—¿Qué te apetece cenar?

—Pizza, tal vez —sugerí.

Tenía un montón de preguntas para hacerle. ¿Cuándo empezó a boxear como terapia? ¿Por qué le había afectado tanto el correo de su medio hermano?

Miró su teléfono y murmuró:

—No conozco ninguno de los restaurantes que hay por aquí.

Sin apartar la vista de la pantalla, cogió mi bolso del banco, me lo colgó al hombro y me rozó la clavícula con el pulgar. Separé los labios y exhalé con fuerza. Colton alzó la mirada, se fijó en mi boca y repitió el gesto, esta vez deslizándome el pulgar por el cuello.

¿Cómo podía excitarme tan rápido? Ese simple roce fue como si me tocara los pezones o dibujara una línea directa desde el ombligo hasta mi entrepierna.

Tragué con fuerza, intentando recuperar el aliento.

—Qué sexy eres —dijo.

Estaba segura de que sabía perfectamente lo mucho que me provocaba. Sabía que me estaba derritiendo a sus pies, que podía hacerme lo que quisiera y no ofrecería resistencia.

Me rodeó la cintura con un brazo y me acercó a él. Era toda la invitación que necesitaba. Llevé las manos a su pecho; me moría de ganas de tocarlo por todas partes, y no me decepcionó. Estaba aún más fuerte de lo que había imaginado. Olía a gel de ducha con aroma a pino. Necesitaba que me besara más que respirar. Y lo hizo… pero no como me esperaba.

Bajó la cabeza y fue dejando pequeños besos desde el lóbulo de mi oreja hasta la comisura de los labios. Gimió al tiempo que me estrechaba más contra su cuerpo. Y entonces me besó con esa

pasión e intensidad que mostraba en el *ring*. No se contuvo en absoluto, pero yo quería más. Quería toda su lujuria, y la quería ya.

No tenía problema en reconocer que era impulsiva, pero tampoco una persona imprudente. Sin embargo, con Colton, nada parecía importarme.

Capítulo Once

Colton

Su sabor era incluso mejor de lo que recordaba. Me moría por besarla. Llevaba días soñando con ese momento. Desde aquel beso en el laboratorio, no pensaba en otra cosa. Quería besarla hasta hacerla temblar, hasta que me suplicara por más. Quería entregarme por completo.

Más temprano ese día, estuve a punto de cerrar la puerta de la oficina y besarla con desenfreno. Pero era consciente de que una vez que empezara, no habría forma de parar y dejarla salir. La tumbaría sobre el escritorio y la haría mía allí mismo.

Empecé a besarle el cuello lentamente conteniendo el ansia que me desbordaba. Quería sentir cada una de sus reacciones, aprenderme su cuerpo y memorizar lo que la excitaba.

Un pequeño temblor la recorrió, pero no fue suficiente. Quería que se corriera.

Bajé hasta su pecho, recorrí con la lengua el escote de su vestido y la clavícula derecha. Entonces gimió. Sonriendo contra sus pechos, empecé a trazar un camino ascendente de besos.

—Colton… —murmuró.

Exploré su cuello con la boca, hasta la mandíbula, y luego me incorporé para abrazarla. Tenía los ojos cerrados con fuerza. Su respiración era agitada, al igual que su cuerpo.

Lentamente, abrió los ojos y me miró.

—Te deseo, Zoey. Demasiado.

—Yo también te deseo.

Olvidando por completo dónde estábamos, la besé con tanta fuerza que dio un traspié. Sin dejar de besarla, la guié hasta apoyarla contra el poste más cercano, la apreté contra el duro metal, y la seguí besando hasta que gimió contra mi boca.

Apoyó las manos en mi pecho y, por un instante, creí que iba a rodearme el cuello. Pero entonces sentí cómo tiraba de los botones de mi camisa.

¡Madre mía! Me quiere quitar la ropa.

Apenas recordaba que estábamos en el *ring*. No era el momento ni el lugar adecuado para lo que estábamos a punto de hacer. Pero nada de eso importaba.

Bajó la mano hasta la hebilla de mi cinturón. Me quedé inmóvil. Mi polla se tensó y un gemido me recorrió el pecho.

—Zoey, si sigues así perderé el control completamente.

—Eso es justo lo que quiero.

El deseo se disparó tras sus palabras, y el instinto se impuso al pensamiento racional. La haría mía esa noche.

Me armé de valor y le acaricié la mejilla con el dorso de la mano:

—¿Estás segura? —pregunté haciendo un esfuerzo sobrehumano. No quería que luego se arrepintiera.

—Sí —asintió—. ¿Tienes condones?

Asentí antes de devorarla de nuevo. La giré con suavidad; Zoey se agarró al poste con ambas manos mientras yo le apartaba el pelo para besarle la nuca. Luego, deslicé lentamente la cremallera de su vestido.

—Con cuidado —dijo en tono burlón—. No quiero que te cargues este también.

—No puedo prometerte nada.

Le bajé el vestido por los hombros hasta caer sobre sus muslos, y ella terminó de quitárselo.

Gemí cuando me di cuenta de lo que llevaba puesto.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Unas medias que se ajustan con una banda de silicona… No importa. —Hizo un amago para quitárselas, pero la detuve.

—Yo quiero quitártelas. Ponte recta, Zoey.

Ella se enderezó con ambas manos en el poste. Estaba temblando ligeramente.

—¿Tienes frío? —pregunté.

—No, para nada.

Joder, estaba temblando por mí.

Mientras me deshacía de sus medias, le besé las nalgas, primero una y luego la otra. Eran redondas, firmes y jodidamente perfectas. No podía saciarme de su cuerpo. Besé su espalda,

pasando mis manos por los lados de su cuerpo y rozando su sujetador mientras subía. Cuando estuve de pie detrás de ella, lo desabroché.

—Qué preciosa eres —le susurré al oído.

Dejé caer el sujetador al suelo y le di la vuelta para mirarla. Mi polla palpitaba en mis pantalones. Como si supiera exactamente lo que pasaba, Zoey la tanteó por encima de la tela. Eché la cabeza hacia atrás y gemí. Sentí sus labios en mi cuello y sus manos volvieron a tirar de mi cinturón. Esa vez no la detuve. Acto seguido, los dos nos quitamos los zapatos.

Me ocupé de mi camisa mientras ella me desabrochaba el cinturón, luego el botón y la cremallera. Tiré la camisa al suelo antes de deshacerme también de mi camiseta interior. Me bajó los pantalones de un tirón y me despojé completamente de ellos. Entonces sentí sus manos en mi torso, trazando el tatuaje.

—No sé para qué te has tomadola molestia de vestirte… si te has quedado desnudo en menos de cinco minutos —se burló—. Deberíamos haber empezado esto mucho antes.

—Tenía que ducharme.

—Mmm —dijo ella—. Me encantó verte sudado. Estabas muy sexy.

Con una sonrisa llevó la boca a mi pecho y me pasó la lengua por el pezón. Al mismo tiempo, me agarró la polla. Fue como una descarga explosiva para mi cuerpo.

Pero no podía perder el control. Todavía no. Antes quería explorarla.

Siguió bajando por mi pecho, trazando las líneas de mi abdomen hasta llegar al ombligo. Luego se incorporó sin dejar de bombear mi polla con su mano, y entonces tomé el relevo. Le agarré las muñecas con una mano, para levantarle los brazos por encima de la cabeza y sujetarlos contra el poste.

—Necesito tener el control absoluto —dije.

Sus ojos se abrieron de par en par, su boca se entreabrió y se limitó a asentir.

Tracé una línea recta desde su sien hasta su mejilla, mordiendo el lóbulo de su oreja. Le solté las manos, bajé por su

cuerpo para cartografiar cada centímetro de su piel con mis dedos y mi boca. Necesitaba conocer su cuerpo hasta el más minimo detalle.

Cuando llegué a su abdomen, sentí cómo Zoey contraía el vientre. Su respiración era agitada.

—No tengo los abdominales precisamente marcados —dijo.

—Eres preciosa, y me encanta tu cuerpo. Eres increíble y sexy de cojones. Quiero que te relajes conmigo, Zoey. Por completo.

Exhaló con fuerza y se relajó.

Eso es. No quería que pensara ni por un segundo que no me gustaba alguna parte de su cuerpo. Disminuí el ritmo antes de llegar a su ombligo y al pubis. Cuando ella inclinó ligeramente las caderas, supe lo que necesitaba, e iba a cumplir su deseo. Le bajé las bragas y le acaricié la piel sensible de su centro íntimo. Estaba empapada.

Le acaricié la entrada y sentí cómo todo su cuerpo se tensaba. Luego levanté uno de sus muslos y lo apoyé sobre mi hombro, mientras me arrodillaba frente a ella.

—Colton —murmuró.

Le acaricié la entrada arriba y abajo con el pulgar, antes de cogerle los glúteos para inclinar su pelvis hacia arriba.

Tomé su clítoris entre mis labios para frotarlo con la boca y los dedos, al tiempo que me inundaban sus gemidos de placer. Todo su cuerpo vibraba. Estaba a punto de correrse; sentía cómo se contraía con cada lametón.

Podía hacer que llegara al clímax de ese modo, pero quería intensificar la sensación y sabía exactamente lo que necesitaba para ello. Cuando sus gemidos se hicieron más fuertes, y aunque el dolor de mi polla se tornaba insoportable, introduje dos dedos en su apretado calor. En cuanto curvé mis dedos para acariciar su interior, ella se corrió al instante. Ya no parecía tener control sobre su cuerpo.

Verla rendirse ante mí fue increíble. Su pierna derecha temblaba violentamente. Coloqué ambas manos en su cintura, para mantenerla estable y segura mientras yo me incorporaba.

—Colton, ha sido…

No llegó a terminar la frase, porque ya la estaba besando. Sus besos eran distintos después del orgasmo, como si todo su cuerpo

aún estuviera asimilando el placer.

Me abrazó, y cuando empezó a frotarse sobre mi erección me di cuenta de que me estaba provocando.

—Joder… —No podía aguantar un segundo más.

—¿Dónde tienes el condón? —susurró.

Busqué a ciegas mis pantalones en el suelo. Saqué el preservativo de mi cartera, me lo puse y eché un vistazo a la sala buscando algún sitio donde pudiera hacerla mía con comodidad.

—Vamos a la derecha.

Cogí un par de toallas y las extendí sobre unas colchonetas. Elle dedicó una sonrisa.

—¿En qué estás pensando? —pregunté.

—Te lo diré más tarde. Ahora, vuelve a lo que estabas haciendo antes. Lo estaba disfrutando mucho.

Bien. Porque estaba desesperado por estar dentro de ella, pero antes quería asegurarme que estuviera lista.

Me arrodillé sobre la colchoneta e hice que ella me imitara. Quedamos frente a frente. Le acaricié los hombros, y luego deslicé las manos hasta sus pechos, deteniéndome en sus pezones endurecidos.

Zoey emitió un leve gemido:

—Estoy muy sensible… por todas partes.

Llevé una mano a su entrepierna con la intención de volver a estimular su clítoris. Pero entonces me di cuenta de que estaba empapada. *Joder, ya está preparada. ¿Qué digo? Más que preparada, al igual que yo.*

La recosté de lado sobre la colchoneta, de forma que quedáramos uno frente al otro. Me apoyé en un codo y le levanté una pierna, rozándole la entrada con la punta de mi polla.

Observé su cara mientras me introducía centímetro a centímetro. *¡Qué jodidamente preciosa es!* Su cara de asombro era maravillosa, como si no pudiera creer que tanto placer fuera posible. No había hecho más que empezar. Planeaba poner su mundo del revés esa noche.

Me gustaba la postura en la que estábamos; me permitía mirarla, acariciarla, tocar su cuerpo y darle placer al mismo tiempo.

La penetré con largas embestidas y sus paredes internas se contrajeron en torno a mi polla con una intensidad que nunca había sentido antes.

Puse una mano a un lado de su cintura, extendí los dedos sobre sus costillas y me incliné para llevarme un pezón a la boca y lamerlo, mientras aumentaba el ritmo de mis acometidas.

—¡Colton! —exclamó, mientras se retorcía sobre la colchoneta. Tardé un segundo en darme cuenta de que quería tocarse, y ese mero pensamiento casi me hace explotar.

—Espera un segundo, preciosa, y podrás hacer todo lo que quieras —dije mientras la acomodaba para que quedara boca arriba.

Le sujeté las rodillas con los antebrazos para elevarle la pelvis, de modo que la parte baja de su espalda quedara apoyada sobre mis muslos. Zoey empezó a acariciarse los pechos, cerró los ojos justo cuando le rozaba el clítoris con el pulgar, y se contrajo con tanta fuerza a mi alrededor que casi me expulsa. Seguí penetrándola con intensidad, y entonces sentí su mano junto a la mía, en su pubis. Bajé la mirada, hipnotizado al ver cómo se tocaba. Sus dedos rozaban mi polla con cada embestida. Todo mi cuerpo estaba tenso y en estado de alerta máxima mientras perseguía esa tan ansiada liberación.

Observé con inmensa satisfacción cómo el placer abrumaba a Zoey. Cerró los ojos y se llevó las manos a los costados. Estaba tan abrumada que ni siquiera se atrevía a tocarse. Pero yo iba a hacer que se corriera con fuerza.

Espacié mis embestidas para acariciarle el clítoris con lentos círculos. Cuando sentí que se corría, empecé a arremeter de nuevo. Su orgasmo fue aún más fuerte: estaba completamente desbocada, y gritaba mi nombre en voz alta mientras arañaba la colchoneta. Apretó los talones contra los costados de mi cuerpo. Era casi doloroso, pero me encantaba. Seguí penetrándola, y cuando vi que se recuperaba, dejé de luchar contra mi propio clímax. Se apoderó de mí con tal fuerza que perdí el control absoluto de todo: mis músculos, mi mente, y mis sentidos. No entendía nada. Lo único de lo que era consciente era de las increíbles sensaciones que me recorrían y de la suave piel de Zoey mientras me inclinaba sobre ella.

Todavía de rodillas, coloqué los brazos junto a sus hombros y apoyé la frente entre sus pechos. Cuando me retiré, Zoey enredó los dedos en mi pelo. Su respiración era agitada. Al igual que la mía.

Poco a poco, fuimos recobrando la compostura. Levanté la cabeza y la miré antes de incorporarme: estaba bostezando con una sonrisa de satisfacción. Se le puso la piel de gallina, se levantó y miró a su alrededor.

—Vaya, no me esperaba esto —murmuró.

—Yo tampoco —admití.

—No pensé que me asaltarías aquí mismo —bromeó.

—¿Asaltarte? —pregunté con una sonrisa.

—Bueno, ¿cómo lo llamarías si no? ¿Seducirme?

Incliné la cabeza:

—Ese era el plan, pero tú… me lo has puesto imposible. Gracias a Dios que no hay cámaras por aquí.

—Ni siquiera consideré esa posibilidad —dijo, tapándose la boca con expresión de pánico.

—No te preocupes, yo sí lo pensé. Jamás te habría expuesto a eso.

—Primero me besas en tu laboratorio, luego me follas en el gimnasio —dijo con una sonrisa.

Me incliné hacia ella y le susurré:

—Zoey, como sigas diciendo esas cosas, no saldremos de aquí en lo que queda de esta noche.

—No hablas en serio, ¿verdad? —soltó entre risas.

—Siempre hablo en serio.

Capítulo Doce

Colton

—Vamos a asearnos y a empezar nuestra noche como Dios manda —le dije a Zoey.

—Ya ha empezado con buen pie.

Nos duchamos y nos vestimos rápidamente.

—Enhorabuena por no arrancarme el vestido. La cremallera todavía funciona —dijo—. ¿Por qué me miras así?

Sonreí con satisfacción:

—Porque estás aún más sexy que antes.

—Totalmente despeinada y los labios hinchados…

—¿Tienes hambre? —pregunté.

—Sí, pero no me apetece ir a un restaurante.

—Podremos ir a mi casa y pedir algo —sugerí.

—Me parece genial —respondió con entusiasmo.

—Entonces vamos.

—¿Dónde vives?

—En uno de los áticos en la parte superior del edificio.

—¿Qué quieres decir? Esto no parece tener ningún ático.

—No, me refiero a la oficina.

Zoey abrió los ojos como platos, pero enseguida apartó la mirada:

—Vale.

Tras cerrar y salir el gimnasio pregunté:

—¿Has venido en coche?

—No, cogí un Uber. Le pasaré el gasto a la empresa.

—Entonces vamos en mi coche.

Vi cómo se subía al asiento del acompañante. Era evidente de que se moría de ganas de soltar un comentario insolente, y yo quería saber de qué se trataba.

Antes de encender el motor, dije:

—Sigo esperando.

—¿El qué?

—Que me digas por qué te escandaliza tanto que viva encima de la oficina.

Zoey se aclaró la garganta:

—Cuando me enteré que había viviendas en la planta superior, lo primero que pensé fue: ¿quién en su sano juicio querría vivir en un edificio de oficinas? Me parece un lugar totalmente impersonal.

—La verdad es que es muy cómodo: ahorro tiempo en desplazamientos, y si se me ocurre una idea, puedo bajar directamente al laboratorio y ponerme a ello —respondí con el ceño fruncido.

—Ahora entiendo por qué tu abuela estaba preocupada por ti. Los de la enciclopedia deberían incluir tu foto al lado de la definición de *adicto al trabajo*.

—Hoy estás más descarada que nunca.

—Debe de ser por los dos orgasmos —dijo con una sonrisa.

Unos minutos más tarde, entrábamos en el garaje de mi edificio. Le rugía el estómago.

—Tendríamos que haber hecho el pedido antes —dije.

—O puedo darme un festín contigo mientras llega la comida.

—Espera a que estemos arriba —respondí, riendo.

Después de salir del coche, Zoey se dirigió a los ascensores que subían a la empresa.

—¡No! —la detuve—. Los ascensores residenciales están en otra zona.

Cruzamos el garaje hasta el otro extremo. Al entrar en el ascensor, pasé una tarjeta especial que nos llevaría directamente a mi planta.

Zoey se quedó boquiabierta:

—Estas tarjetas para el ascensor… solo las había visto en las películas.

—El edificio cuenta con seis áticos, cada uno en una planta distinta. Sin la tarjeta, no tendríamos acceso a nuestros pisos —expliqué.

—Me siento como si hubiera entrado en un universo paralelo. Me da mucha curiosidad.

Zoey era una mezcla perfecta de ternura y sensualidad, y me tenía más enganchado de lo que imaginaba.

—¡Vaya! —exclamó cuando entramos en mi casa—. Esto es impresionante.

El ático estaba tenuemente iluminado. Las luces se activaban mediante sensores de movimiento y se encendían gradualmente a medida que avanzábamos por la sala. Como ya era de noche, podíamos ver el brillante horizonte de Boston a través de todas las ventanas.

—Es un piso enorme, mucho más grande de lo que necesito, pero como te dije antes, es muy conveniente.

—Colton, me retracto de lo que dije… y de mis tontos prejuicios. Este lugar es muy acogedor. Da igual que esté en un edificio de oficinas. No sé por qué di por hecho que sería frío, como un espacio de trabajo. Ah, y tienes fotos de tu familia —añadió, señalando la repisa sobre la chimenea eléctrica.

El salón era enorme, con dos zonas de estar separadas con sofás de cuero, un *home cinema* integrado y una mesa de comedor a un lado. Todo estaba decorado en tonos marrones y blancos. Le había pedido al decorador que utilizara madera gastada tanto y cuanto fuera posible.

Se acercó directamente a las fotos y preguntó:

—¿Quién es este pequeñajo?

—¿Pequeñajo? —pregunté, y ella sonrió—. Es Ben, mi sobrino, el hijo de mi hermano Spencer.

—¿Es el único niño de la familia hasta ahora?

—Sí.

—Apuesto a que lo consienten mucho.

—Creo que aún es muy pequeño para eso, pero de momento sí, lo miman mucho.

Su estómago volvió a refunfuñar.

—Vamos a pedir comida —dije.

—Hay un restaurante chino por aquí. Hemos pedido un par de veces en la oficina.

—Adelante, pide —le dije, dándole mi teléfono.

Me miró con los ojos muy abiertos:

—¿Quieres que use tu teléfono?

—Sí. Ya que no he podido llevarte a cenar fuera, al menos déjame invitarte a comida china.

Tocó la pantalla rápidamente y dijo, algo cortante:

—Tienes una notificación. No la he leído ni nada. —De repente, parecía nerviosa.

Miré el teléfono:

—Es una aplicación que monitorea mi nivel de actividad física diaria. ¿Quieres añadir algo al pedido?

—No.

Elegí lo que me apetecía comer, y pulsé el botón verde para finalizar el pedido.

—Se supone que llega en veinte minutos. —Guardé el teléfono en mi bolsillo—. ¿Quieres decirme por qué te has puesto tan nerviosa?

—¿Qué dices?

—Me miraste como si fuera un extraterrestre cuando te pasé el móvil.

—Ya… es que la mayoría de los hombres son muy recelosos con su teléfono, y mirar siquiera la pantalla es casi un delito.

—Eso pasa cuando tienes algo que ocultar.

Tragó saliva, se apartó un mechón de pelo detrás de la oreja y desvió la mirada. Era la primera vez que se mostraba vulnerable delante de mí.

—Supongo que tienes razón. Y ya que hablamos de esto, el motivo por el que rompí con mi último novio fue porque me engañó con muchas mujeres. Con muchísimas, en realidad. Lo descubrí una mañana, al coger su móvil por error en vez del mío para mirar el tiempo… y tenía un montón de notificaciones de Tinder.

—Joder, qué hijo de puta.

—Sí, y lo peor es que me echó la culpa a mí por fisgonear. Sus palabras textuales fueron "si confiaras en mí, no habrías mirado mi móvil".

—¿Pero qué disparate es ese? —repliqué—. Suena al típico tío que no tiene las cosas claras.

—Exactamente. Me hizo sentir una mierda.

Me acerqué a ella y le acaricié la mandíbula:

—Eres una mujer increíble. —¿Con qué clase de idiotas había salido para que la hicieran sentir poco importante?

—Colton —murmuró, acariciando el dorso de mi mano—. Eres un enigma: cuanto más tiempo paso contigo, más me sorprendes.

Bajé la mano, besé rápidamente el lateral de su cuello y luego su frente antes de preguntar:

—¿Quieres algo de beber?

—¿Tienes vino?

—Tengo una nevera llena de vinos. Coge el que más te apetezca.

—¿Te he dicho lo mucho que me gusta tu casa? Parece mentira lo prejuiciosa que he sido. ¿Utilizas alguna habitación como despacho?

—No, nunca me traigo trabajo a casa.

—¿Así que nunca traes trabajo a casa? Ja. Pues mírame a mí: formo parte del trabajo y aquí estoy, en tu casa —dijo con tono burlón.

Gruñí, la acerqué a mí y la acorralé contra la puerta de la nevera.

—Contigo estoy cruzando todos los límites, Zoey, pero no puedo evitarlo. He estado luchando conmigo mismo desde que entraste en mi laboratorio.

—¿Por qué? —susurró.

Acaricié su mejilla con la yema de los dedos, trazando el contorno de su boca, y luego tragué saliva mientras daba un paso atrás:

—Te he contado que mi padre tenía otra familia paralela.

Sus ojos se oscurecieron y asintió.

—Pues resulta que la otra mujer era una empleada que trabajó durante años para él —continué. Zoey echó los hombros hacia atrás, entrelazando los dedos de sus manos—. Ella se mudó después de un tiempo, y mi padre siempre ponía la excusa del trabajo para volar hasta allí y estar con su otra familia. Vivían en Maine… —Negué con la cabeza. *¿Por qué demonios estoy hablando de esto? No hace falta que sepa todos los detalles*—. Para resumir,

me prometí a mí mismo que nunca saldría con alguien del trabajo. Y aquí estoy, rompiendo mi regla. No puedo evitar hacer comparaciones entre mi padre y yo.

—Colton —dijo con cautela, y se acercó a mí—. No estoy muy enterada de lo sucedido, pero aunque te conozco desde hace poco, puedo decir con certeza que no te pareces en nada a tu padre.

—Es imposible que sepas eso.

Sonrió y me tocó el pecho con el dedo índice:

—Sí que lo sé. Tengo un sexto sentido con la gente, y tú no eres un imbécil. Gruñón y adicto al trabajo, sí, pero no un imbécil. Esa es la diferencia —dijo, dándose la vuelta—. Quiero ese vino. —Señaló una botella de *pinot noir* de Bodegas Maxwell.

—Buena elección.

Saqué el vino de la vinoteca. Tenía dos mandos giratorios, con temperaturas diferentes para el blanco y el tinto. Inmediatamente descorché la botella y serví dos copas.

—Por una gran noche —dijo a modo de brindis.

—Por el comienzo de algo grande. Esta noche no ha ido como había planeado, pero tengo el resto para compensarte.

Sonrió, bebió un sorbo y dijo:

—Para que lo sepas, creo que hemos tenido un comienzo fantástico.

—Te mereces más que un revolcón en un gimnasio, y te lo voy a dar. Se me fue completamente la olla.

—Eso es música para mis oídos —dijo. Su estómago volvió a protestar con fuerza mientras tomaba otro sorbo de vino—. Que sepas que esto se me subirá a la cabeza, pero tengo la sensación de que igualmente pensabas aprovecharte de mí.

—Zoey —protesté.

—Pero no tengo ninguna queja, por si te lo estabas preguntando —dijo, restregando descaradamente su culo contra mi entrepierna. Yo ya empezaba a ponerme duro.

—Madre mía, mujer… ya te asalté en el gimnasio.

—¿Así que lo confirmas? ¿De verdad pensabas aprovecharte de mí?

—Joder, sí —admití—. Pero me hace quedar muy poco caballero.

—Es verdad, pero eso no quita que lo vayamos a disfrutar.

Zoey era única. Estaba llena de vida, le gustaba divertirse y disfrutar de cada momento. Estaba seguro de que también habría pasado por cosas difíciles, pero no dejaba que eso le quitara la alegría.

—Cuéntame de tu familia —pedí.

—Bueno, como te he dicho, somos tres: mis hermanos y yo. Soy la más pequeña.

—Debe de haber sido muy divertido.

—Totalmente —murmuró—. Los chicos son muy sobreprotectores conmigo.

—Yo también lo sería si tuviese una hermana pequeña.

—También estamos muy unidos porque compartimos habitación durante años.

—¿Compartíais habitación? —pregunté con el ceño fruncido.

—No teníamos mucho espacio, así que no podíamos tener cada uno nuestra propia habitación. Mis padres quisieron cederme la suya cuando llegué a la pubertad, pero de ninguna manera podía permitir que durmieran en el sofá. Aun así, encontramos soluciones creativas para poder tener algo de intimidad. Mi madre pintó un precioso biombo y lo colocó delante de mi cama. Todavía lo conservo en mi apartamento. Mis padres siempre tuvieron alma de artistas, y aunque nunca tuvimos mucho, hicieron todo lo posible por cuidar de nosotros. En cuanto mis hermanos y yo tuvimos edad para trabajar, empezamos a contribuir con la economía familiar.

No había ni rastro de reproche ni resentimiento en su voz al hablar de la situación económica de sus padres, y eso me sorprendió. Mucha gente les guardaría rencor.

Nunca había conocido a alguien con una visión tan positiva de la vida. Continuó hablando:

—Me alegra que hayan seguido con su arte, porque ahora parece que empieza a dar sus frutos. O eso es lo que pensamos. Mi hermano está intentando averiguar si de verdad les va bien económicamente o si necesitan nuestra ayuda. Cuando éramos

niños, nos bastaba con ver la comida encima de la mesa para saber si la cosa iba bien.

—¿Qué? —pregunté completamente atónito.

Zoey asintió y prosiguió:

—Tuvimos unos años muy duros en que lo pasamos canutas. Cogían trabajos de media jornada para poder mantenernos, pero no era suficiente. Eran estudiantes de arte, así fue como se conocieron, y carecían de habilidades comerciales. Pero salimos adelante. Me alegro mucho de que por fin hayan tenido éxito. Los dos son muy apasionados de lo suyo. —Ladeó la cabeza—. ¿Por qué me miras así?

—Nunca imaginé que habrías pasado por momentos tan duros en tu infancia.

—Bueno, quizá no teníamos muchos juguetes y cosas, pero nuestra casa estaba llena de amor. Nos apoyamos unos a otros. Mis padres nos dieron lo mejor que pudieron, ¿qué más se puede pedir?

—No estoy acostumbrado a que la gente tenga una visión tan positiva de la vida.

Sonrió:

—Será mejor que te acostumbres. Como te decía, mi hermano Dean es quien hará un balance de la situación actual de mis padres. Me reuniré con ambos mañana, y veremos qué dice.

—¿Los ves todas las semanas?

Zoey negó con la cabeza y yo me incliné para besarle el hombro:

—Depende de la semana. ¿Y tú?

—Mañana he quedado con mi familia para desayunar en casa de mis abuelos. Solía ser algo habitual, pero ahora que algunos de mis hermanos tienen su propia familia, no es tan fácil quedar.

—Y todos recibieron un empujón de Jeannie, ¿eh? —dijo con una sonrisa satisfecha.

—¿Por qué te hace tanta gracia? —pregunté con una ceja levantada.

—No sé. Me hubiera gustado tener una abuela entrometida. Todos mis abuelos fallecieron cuando yo era pequeña. Jeannie parece divertida. A propósito, a mi madre le encantó la foto.

—¿Más vino? —pregunté.

Ella asintió:

—Sí, por favor. Me gusta que te adelantes a lo que necesito.

Y yo quería hacer mucho más que eso. Quería anticiparme a todos sus deseos *y* hacerlos realidad. Nunca antes había sentido la necesidad de cuidar de alguien fuera de mi familia, pero Zoey tenía un efecto inexplicable en mí. No quería que le faltara nada. Ella quería cuidar de sus padres. Y yo quería cuidar de ella.

La comida llegó minutos después. Le di una generosa propina al repartidor y llevé las cajas a la encimera de la cocina. Zoey abrió los contenedores y al sentir el olor a comida dijo:

—¡Oh, qué buena pinta! Me encanta la comida china, aunque la griega es mi favorita.

—¿La comida griega?

—Una vez fui a Creta a visitar a una amiga del instituto y me enamoré de la gastronomía. El pastel *Revani* es mi postre favorito. Pero ahora vamos a comer. Me muero de hambre.

Ella había pedido algo con pollo, y yo, cerdo con champiñones. Serví la comida en dos cuencos y nos sentamos a comer en la barra de la cocina.

—No te habría tomado por alguien a quien le gusta la comida china —dijo con una sonrisa.

—¿Por qué no?

—No lo sé. No es muy elegante.

—¿Me estás tildando de pijo? —repliqué, al tiempo que le di un ligero pellizco en el culo.

Ella apretó los labios:

—No, para nada. Pero tus camisas y elegantes gemelos no me cuadran con alguien que pida comida china a domicilio. —Al ver que yo levantaba una ceja, añadió con una sonrisa—: ¿Me equivoco?

Le besé la mejilla y hundí mis dedos en su sedoso pelo. Qué bien olía. Quería hundir la nariz en él y perderme en su aroma, en ella.

—Colton, se te está enfriando la comida.

—Lo sé, pero no me canso de ti.

Zoey se estremeció levemente y contestó:

—Mmm… soy tan irresistible que hasta te olvidas de comer, ¿eh?

—Eres tan irresistible que olvido lo que estoy haciendo, lo que pienso… hasta quién soy.

Zoey enderezó los hombros, me miró y se humedeció los labios. Le di un beso en la frente y volví a mi comida.

—¿Quieres hablar del correo electrónico de tu hermano? —preguntó.

Tomé un bocado de cerdo y, tras tragarlo, respondí:

—Vale… Maddox recibió un correo electrónico de nuestro padre. Básicamente para pedirle dinero. Nos lo reenvió a todos para que estemos al tanto y tomemos una decisión conjunta.

—¿Es normal que recibáis noticias de vuestro padre?

—Es la primera vez, que yo sepa. Lleva años sin contactar con ninguno de nosotros. Me sorprende que se haya puesto en contacto ahora. Y también me cabrea muchísimo.

Ella asintió:

—Así que estás enfadado con tu padre, no con Maddox.

—Creo que él ha hecho bien al contárnoslo a todos.

—¿Qué vas a hacer al respecto?

—No tengo ninguna intención de estar en contacto con mi padre.

—Es increíble lo mucho que te afecta este tema —dijo.

—¿Cómo lo sabes?

Puso su mano en mi espalda, presionando entre mis omóplatos:

—Aquí tienes mucha tensión acumulada.

Percibí el punto que me indicó. Pero bastó el calor de su mano sobre mis músculos para que todo mi cuerpo se relajara.

—Puedo sentir como te relajas. El vino también está ayudando, ¿verdad? —preguntó.

Me di la vuelta, cogí su mano y le besé el dorso:

—No es el vino, eres tú.

—Lo normal es que un hombre le endulce el oído a una mujer para llevársela a la cama. Contigo no sé qué pensar… antes eras un gruñón de manual y, aun así, me tienes completamente enganchada.

Yo tampoco sabía qué pensar. Pero que mencionara a otros hombres, aunque fuera de pasada, me sentó como una patada.

—Una demostración más de que te gusta hacer las cosas a tu manera, ¿no? —preguntó.

—Claro que sí.

Capítulo Trece

Colton

A la mañana siguiente, fui a casa de mis abuelos para un *brunch*. Agradecía que todos pudieran estar allí ese sábado, pero estaba agotado. Zoey y yo apenas habíamos dormido.

Fui el primero en llegar a su casa del barrio de Dorchester. Vivían allí desde que yo era niño, y esa casa era prácticamente mi hogar. Había pasado muchas horas en ese porche. La fachada verde y las molduras blancas de las ventanas habían sido reformadas hacía tres años, así que la casa estaba en buenas condiciones. Siempre me encargaba de anticiparme a las refacciones necesarias para aliviar la carga de mis abuelos.

—Cariño, ¿quieres café? Parece que necesitas una dosis extra de energía —me dijo la abuela al recibirme en casa.

—Jeannie, no te abalances sobre el chico, por el amor de Dios. Acaba de entrar por la puerta —añadió mi abuelo.

Asentí:

—Me vendría bien un café.

Tenía el hábito de observarlos con ojo crítico. Primero examinaba a mi abuelo, que parecía bastante saludable. Mi abuela seguía tan enérgica como siempre. A mis hermanos y a mí nos ponía de los nervios que se negaran a recibir ayuda en casa. La convencimos para que contratara a una empresa de limpieza mientras el abuelo se recuperaba, pero en cuanto volvió a estar bien, la abuela insistió en que lo tenían todo bajo control. No entendía por qué no se dejaban ayudar, pero era su decisión, y no podía hacer nada al respecto.

Fui a la cocina y me hice un café. La abuela estaba preparando una fuente con pan tostado, beicon y huevos. A partir de ahora, nuestros encuentros deberían ser siempre a desayunar: era mucho menos trabajo para la abuela. Cuando nos reuníamos a comer o cenar, preparaba comida como para un batallón.

—Abuelo, ¿cómo va todo? Hace semanas que no te vemos. Tu compañero de pesca, que creo se llama Darren, ¿sigue viniendo

todas las semanas?

Mi abuelo dejó el periódico que había cogido del salón:

—No, ha cogido una gripe. No se le quita, por eso lleva un tiempo sin venir.

—¿Y qué haces cuando la abuela sale con nosotros? —pregunté.

Maldita sea. ¿Acaso la abuela me lo dijo y yo no puedo recordarlo? Estaba tratando de estar más pendiente e implicado con mi familia, y no solo sumergido en el trabajo.

La abuela me dirigió una mirada intensa y decidí que hablaría de eso con mis hermanos. Le estábamos prestando más atención a ella porque él parecía mantenerse ocupado y tenía gente que lo visitara. Había estado confinado en casa mientras se recuperaba, pero ahora podíamos llevarlo a pescar o incluso a comer. El abuelo también necesitaba atención, pero nunca lo decía. Me sorprendió, sin embargo, que la abuela tampoco lo hubiera mencionado.

Cuando mi abuelo volvió con su periódico al salón, me acerqué inmediatamente a ella.

—No empieces —me advirtió.

—Solo quiero saber por qué no me dijiste que se quedaba solo.

—Porque tu abuelo, que es más terco que una mula, me lo prohibió terminantemente.

—¿Y desde cuándo haces caso a lo que te piden?

Me miró de reojo, negando con la cabeza:

—Es mi marido, tengo que estar siempre de su lado. A vosotros sí que puedo daros guerra. —Era tan sincera que no pude evitar soltar una carcajada—. ¿De qué te ríes?

—De que lo admitas tan abiertamente.

—Nunca oculto mis intenciones. De todos modos, ya que has llegado tú solo a esa conclusión, le vendría bien que le visitarais de vez en cuando.

—Estaba pensando justo en eso.

—Son todos unos nietos estupendos. Maddox lo vino a buscar la semana pasada, y pareció disfrutar el paseo.

Me callé al oír el nombre de mi medio hermano.

—¿El abuelo se lo pidió a ellos?

—No, pero se dieron cuenta más rápido. Maddox quería decírselo a Spencer en su partido de tenis semanal, pero creo que no llegaron a hablarlo.

Mencionar a mis medio hermanos no era lo que más me gustaba. Sabía que era inmaduro y cabezota de mi parte, y que mi reticencia estaba causando fricciones en la familia. Mis hermanos se llevaban mucho mejor con ellos que yo. Pero estaba decidido a hacer un esfuerzo por el bien de mis abuelos y también por el de mis hermanos.

—Creo que ha llegado alguien.

Tenía razón, había mucho alboroto en la puerta principal. Jake y Natalie habían llegado junto con Spencer, Penny y Ben. Mi sobrino estaba creciendo a pasos agigantados. Algunos días todavía me costaba creer que mi hermano se hubiese convertido en padre de manera tan inesperada. Pero tuvo que hacerse responsable de la noche a la mañana, y se adaptó con notable rapidez. Era un padre excelente y tenía todos mis respetos.

—Hermano, estás demacrado —dijo Spencer—. ¿Te has pasado la noche encerrado en tu laboratorio?

—No, no estuve trabajando —respondí.

Jake se enderezó. Iba a susurrarle algo a Natalie, pero de repente los dos me miraron.

Spencer enarcó una ceja. Penny lo miraba interrogante. Incluso Ben dejó de hacer sonidos de bebé y me miraba fijamente. Me sentí como si estuviera bajo una lupa.

—Entonces, ¿qué pasó? ¿Tuviste una emergencia o algo así? —preguntó Jake.

—No —respondió Spencer—. Pasó la noche acompañado.

Atónito, miré a mi hermano:

—¿Y tú qué sabes?

—No me cuadraba que llevaras esa sonrisa tonta en la cara, pero ahora lo entiendo. Me alegro por ti.

Eché un rápido vistazo alrededor de la habitación:

—Pero ni una palabra a la abuela.

—¿Ni una palabra de qué? —dijo la abuela, que entraba en el salón con dos platos llenos de pan tostado, huevos y beicon.

—No importa —respondí.

Escuché unas risas a mis espaldas. Podía ser Jake o Spencer. Apostaba lo que fuese a que era Spencer.

—Vamos, traigamos todos los platos —dije.

Pasamos junto al abuelo, que traía unas tazas llenas de café. Jake, Spencer y yo cogimos platos del armario de la cocina.

—Tío, eso no va a funcionar… será mejor que se lo confieses a la abuela —dijo Jake.

—Se olvidará de todo cuando volvamos al salón —dije con confianza.

Spencer silbó:

—Eso no te lo crees ni tú. La tregua durará noventa segundos como máximo.

Tenía razón. En cuanto volvimos al salón, la abuela preguntó:

—Colton, ¿qué me estás ocultando exactamente?

A veces se me olvidaba que le gustaba inmiscuirse en los asuntos de todo el mundo. En los últimos años, la abuela se había entrometido más de lo normal, pero la había ignorado. Yo no dejaba de pensar ni un segundo en el trabajo, incluso cuando estaba con mi familia.

—Abuela, ¿hay alguna posibilidad de que no insistas con el tema? —pregunté, mientras nos sentábamos alrededor de la mesa.

—Mmm, lo estoy considerando.

—No me lo puedo creer —dijo Spencer, con los ojos abiertos de par en par.

—El hecho de que quieras ocultármelo significa que es algo que me gustaría saber.

—¿De dónde viene esa lógica? —pregunté, con total conciencia de que ella tenía razón.

—De la experiencia.

Entonces me di cuenta de que si no se lo explicaba, pensaría eso que no quería que pensara: que había pasado la noche entera en el laboratorio. Era consciente de lo mucho que le preocupaba mi adicción al trabajo, y quería evitarle disgustos.

—Mis hermanos me estaban dando la lata porque anoche apenas dormí. Estuve… *entretenido* con otras cosas.

Y esa era toda la información que estaba dispuesto a dar. De ninguna manera admitiría haber pasado la noche con una mujer. Sí, era un hombre adulto, pero estaba hablando con mi abuela. Tenía mis principios.

—Me alegro por ti —dijo la abuela—. Veo que seguiste mi consejo.

La miré fijamente.

—Espera, ¿qué? ¿Qué consejo? ¿Qué me he perdido? —preguntó Spencer.

—Pero qué cotilla eres —dijo Penny con una risa entre dientes.

—Es un rasgo familiar con el que me he tenido que reconciliar —respondió Spencer.

—Espera, ¿la abuela está haciendo de celestina otra vez y nosotros no nos hemos enterado? —preguntó Jake.

Esperaba que Spencer se uniera al asedio, pero no Jake.

Sonó el timbre, y el abuelo se ofreció:

—Yo voy. —Luego me miró—: Colton, hijo, lo siento, pero hoy te ha tocado comerte el marrón a ti.

—¿De qué hablas? —pregunté, desconcertado.

Salió a abrir la puerta. Por lo que parecía, Gabe había llegado con Cade y Meredith. Los tres entraron en el salón al mismo tiempo que el abuelo.

—Siento llegar tarde. Levantarme temprano no es lo mío —dijo Cade. Se sentó, miró alrededor de la mesa y preguntó—: ¿Qué está pasando por aquí?

—Haré una breve recapitulación a los recién llegados —dijo Spencer—. Resulta que Colton pasó la noche en vela, y no por trabajo. Apuesto a que estaba con una chica, y la abuela estaba a punto de decir que continúa con su labor de celestina con Colton, pero nosotros no estábamos enterados.

—Oh, gracias a Dios —dijo Gabe—. Me preocupé cuando os vi tan callados. Pensé que podríais estar planeando algo para mí.

—Puedo hacer varias cosas a la vez —respondió la abuela, mirándole fijamente.

Mi hermano tragó saliva:

—Vale, yo solito me he metido en la boca del lobo. —Pero entonces me miró con interés.

Cade tenía una sonrisa de idiota en la cara y yo sabía que ocultaba algo. La abuela y él intercambiaron una mirada.

—Es esa consultora que acaba de empezar en tu empresa, ¿verdad? —preguntó, y hubo una ronda de resoplidos en la mesa.

—Madre mía, Colton —dijo Gabe—. No habéis perdido un minuto.

—Chicos —reprendió la abuela—, ¿podéis ser un poco más respetuosos?

—Han aprendido de la mejor, abuela —dije, con una risa.

—Me limité a hacer un simple comentario. Eso es todo.

—¡Venga ya! Reconoce lo que has hecho —le dijo Cade—. Fue lo mismo que hiciste conmigo y Meredith, ¿verdad? Plantar la idea en su cabeza.

—Todos tenéis libre albedrío, pero cuando tengo una corazonada, no puedo quedarme de manos cruzadas. Suelo acertar de vez en cuando —añadió con un guiño.

El abuelo suspiró:

—Chicos, quiero que sepáis que no tengo nada que ver con lo que diga vuestra abuela, ¿vale?

La abuela lo miró:

—Menos mal que te tengo a ti para que me cubras las espaldas, Abe.

—Sabes que normalmente lo hago. Pero no puedo estar de acuerdo con todo esto. Aunque a vosotros tres os ha ido muy bien —dijo mirando a las parejas.

—¡Por eso mismo! —exclamó la abuela.

Un sábado más en la familia Whitley. Nunca hablábamos del tiempo o de cosas triviales como esas. Íbamos directamente al terreno personal.

—Así que la abuela está tramando algo, ¿verdad? —preguntó Spencer.

—No sé vosotros, pero yo no estoy acostumbrado a estas cosas… —empecé.

—Eso es porque te mantuviste al margen como dos años —dijo Spencer—, pero sigue.

—Pero no voy a compartir ningún detalle con nadie —zanjé.

—No tienes que compartir nada —dijo la abuela.

La miré fijamente:

—¿Ahora te pones de mi lado?

—Cariño, cuando empiezo un proyecto, lo único que hago es dar un empujón. El resto lo tienes que hacer tú. —Y mirando a Spencer, añadió—: Y nadie tiene derecho a meterse contigo.

Mi abuela actuaba de forma misteriosa, pero por suerte la conversación tomó otro rumbo.

La verdad era que no podía dejar de pensar en Zoey. Habíamos pasado toda la noche despiertos, conversando, pero tenía muchas más preguntas que hacerle y un deseo ardiente de conocer cada detalle de su vida, de *ella*. No habíamos hablado del futuro ni del trabajo porque, sinceramente, eso iba en contra de todo lo que pregonaba. Tuve que luchar contra todos mis instintos, pero ya no había vuelta atrás.

Zoey era mía.

Capítulo Catorce

Zoey

Cuando el lunes por la mañana entré en la oficina, estaba un poco nerviosa. Aunque el día anterior había dormido hasta tarde, aún seguía cansada. Pero ese no era el único motivo por el que estaba ansiosa… sino porque no sabía cómo reaccionaría al ver a Colton. Habíamos pasado una noche increíble, sin embargo, no tenía idea de lo que pretendía para nosotros.

Pero como me tomaba muy en serio mi trabajo, hice de tripas corazón. Me senté en mi escritorio, encendí una vela con aroma a lavanda y abrí mi bandeja de entrada para abordar los primeros correos electrónicos.

Para la hora del almuerzo, ya estaba empezando a preocuparme. No había oído la voz de Colton en ningún momento. De modo que aproveché la excusa de ir a buscar un café para pasarme por el escritorio de Darla. Su agenda indicaba que estaría todo el día reunido, pero el caso era que ni lo había visto llegar a la empresa.

—Oye, ¿Colton está en una reunión? —pregunté.

—Sí, pero no aquí, sino en la oficina de los socios farmacéuticos.

—Oh, ya veo.

—No vendrá a la oficina en toda la semana.

Sentí una punzada de decepción en el estómago. *¿No lo veré en toda la semana?* No podía creer la tristeza que me invadía. Volví a mi escritorio, haciendo un leve puchero mientras volvía a sumergirme en mi bandeja de entrada.

Mi estómago dio un vuelco cuando vi un correo electrónico de Colton. El asunto decía **"Urgente"**, pero el cuerpo del mensaje se reducía a **"Revisa tu teléfono"**, lo cual me pareció muy extraño porque lo tenía justo al lado.

¡Mierda! Lo tenía en modo avión. ¿Cómo es posible?

Presa de la excitación, quité el modo avión, pero toqué dos veces la pantalla y lo único que conseguí fue volver a activarlo.

Tranquilízate, Zoey. Colton solo te ha enviado un mensaje. Y lo más probable es que esté relacionado con el trabajo.

Pero no creía que fuera el caso, porque podría haberme enviado un correo electrónico.

Cuando por fin conseguí sacarlo del modo avión, esperé unos segundos hasta recuperar la señal e internet, y entonces me llegaron cuatro mensajes suyos. Sentí que tocaba el cielo con las manos. No me había dado cuenta de lo mucho que había deseado que me escribiera hasta ese mismo momento.

El primer mensaje fue por la mañana temprano. *Maldita sea. ¿Llevo toda la mañana en modo avión?*

Colton: Cambio de planes de último momento en mi agenda, estaré fuera toda la semana, salvo el viernes. Quiero verte. ¿Estás libre por la noche?

El siguiente llegó una hora más tarde.

Colton: ¿Estás libre el viernes por la noche?

Colton: Tengo una sorpresa para ti para el almuerzo del viernes. Avísame cuando recibas esto.

Y hacía unos minutos, me había enviado un signo de interrogación.

En mi prisa por responder, se me cayó el teléfono. *Si mis hermanos vieran lo nerviosa que estoy, se meterían conmigo para siempre*. Respiré hondo y tecleé.

Zoey: ¿Qué clase de sorpresa?

Lo envié rápidamente y luego recordé que también había preguntado por la noche del viernes. Tenía ganas de ver a Colton, pero mi amigo Tom y yo habíamos quedado para vernos y sabía que él estaba deseándolo. Hacía tiempo que no lográbamos ponernos al día porque estaba ocupadísimo. Tenía muchas ganas de verlo y conversar largo y tendido.

Zoey: Ya tengo planes para el viernes por la noche.

Entonces se me ocurrió una idea y volví a teclear.

Zoey: Pero podríamos vernos después. Aunque no estoy segura de a qué hora terminaré.

Colton respondió unos segundos después. *¡Qué emocionante es todo esto!* Había olvidado cómo era ligar… sobre todo cuando

parecía algo prohibido.

¿Por qué estoy pensando eso? No había nada prohibido. Éramos dos adultos que… bueno… no tenía muy claro qué estábamos haciendo, pero me lo estaba pasando en grande.

Colton: Avísame cuando termines, y si no es muy tarde, podemos vernos. En cuanto al almuerzo, te he reservado mesa en un restaurante griego de la zona. Te paso los detalles.

Sonreí y me llevé el teléfono al pecho.

Un momento. Colton no especificó si vendría a almorzar conmigo, y me generó confusión.

Zoey: ¿Vas a tomarte un descanso el viernes para comer conmigo?

Colton: No, es para ti sola. Mi idea era que fuéramos juntos, pero no quiero que te lo pierdas por mi culpa.

***

El resto de la semana pasó volando. Era extraño estar en la oficina sin Colton. No podía explicar por qué, pero parecía un lugar diferente. Nos enviábamos mensajes todos los días aunque yo intentaba mantener el coqueteo al mínimo.

Pero fracasé estrepitosamente.

El viernes, justo antes de la hora de comer, me di cuenta de que no tenía los detalles de la reserva.

Zoey: Mándame la dirección del restaurante e iré a comer por los dos.

No lo decía en broma.

Colton: Me alegro mucho. Envíame una foto.

Zoey: Lo haré.

Me envió la localización, y la hora de la reserva.

Cuando llegó el momento, salí de la oficina y caminé a paso ligero. Al llegar al restaurante, observé el entorno. La fachada estaba pintada de blanco con contraventanas azules.

Al entrar, sentí una agradable sensación de serenidad. Era un lugar perfecto para almorzar. Lo único que me faltaba para que

fuese incluso mejor, era que Colton estuviese allí conmigo.

Un joven camarero se acercó:

—Buenas tardes, señorita, ¿tiene una reserva?

—Sí. Creo que a nombre de Zoey, o tal vez Colton Whitley.

El chico me dedicó una enorme sonrisa:

—Por aquí. El señor Whitley se ha encargado de realizar la reserva. La llevaré a su mesa.

Cuando nos adentramos en el restaurante, me di cuenta de que contaba además con una sala contigua, que era más pequeña y acogedora. Cuando llegamos a mi mesa, vi un enorme ramo de rosas.

—Es para usted, por cortesía del señor Whitley —dijo.

Me quedé inmóvil, y asentí. No sabía cómo reaccionar. No me lo esperaba.

Tomé asiento y leí la tarjeta que acompañaba a las flores. Esperaba ver letras impresas, pero estaba escrita a mano. Estaba segura de que era la letra de Colton:

Pásatelo bien. Ojalá estuviera allí contigo.

No podía creer que hubiera hecho eso.

El mismo camarero volvió y dijo:

—Este es nuestro menú. Y tenemos su postre favorito.

Me quedé boquiabierta:

—¿Cómo sabes cuál es mi postre favorito?

—Porque el señor Whitley se aseguró de que lo tuviéramos en el menú antes de hacer la reserva. Me atrevo a decir que, en caso de que no tuviésemos ese postre en nuestra carta, nos habría convencido para prepararlo. Es un hombre muy persuasivo.

—Desde luego. —Totalmente de acuerdo—. Muy bien, ya sé lo que quiero. Pinchos de cerdo con ensalada griega.

—Por supuesto. Enseguida, señorita.

Cuando se fue, no podía dejar de mirar el ramo. Era precioso. No recordaba la última vez que me habían regalado flores, si es que el ramillete del baile de graduación contaba como tal.

Hice una foto y se la envié a Colton.

Zoey: Gracias.

No podía decir más nada… me había quedado sin palabras.

Colton: ¿Lo estás pasando bien?

Zoey: Sí. ¿Y tú?

Colton: Diablos, no. Estoy atrapado en esta reunión de los cojones en lugar de estar allí contigo.

El corazón me latía más deprisa. En un arrebato de descaro, me vi tentada a provocarlo: le envié una foto de mis piernas. No era nada indecente, pero suficiente para mostrar que llevaba falda.

Colton: Estoy a dos segundos de abandonar esta reunión. ¿Es eso lo que quieres?

Me estaba pasando un poco de la raya, pero tenía un deseo ardiente de verlo. Aún así tenía que comportarme.

Dejé el teléfono y respiré hondo. *Contrólate*. Si me lo repetía las veces suficientes, quizá lo hiciera.

Abrí los ojos y respondí.

Zoey: No. Concéntrate en tu reunión. Te prometo que dejaré de enviarte fotos.

Colton: No tienes que hacerlo. Ya te estoy imaginando desnuda en mi cama… en la encimera de la cocina y en el sofá.

Podía sentir cómo mis buenas intenciones se iban al garete. Pero no, no podía tentarlo. Tenía un almuerzo por delante; luego volvería a la oficina y terminaría mi jornada laboral. Le avisaría a Tom que no podía quedarme mucho tiempo esa noche. Me pareció una buena solución: me pondría al día con mi mejor amigo y después vería a Colton.

Le envié un mensaje justo cuando llegó la comida.

Zoey: Ha llegado mi almuerzo. Esta noche he quedado con mi compi. Voy a hacer todo lo posible para terminar sobre las nueve o las diez. ¿Qué te parece?

Colton: Joder, sí.

Respondí rápidamente.

Zoey: No me distraigas durante mi almuerzo.

Colton: ¿O qué?

Buena pregunta.

Zoey: No lo sé. Pero dejémoslo así. Siento que estamos en terreno peligroso.

Colton: Hace rato que estamos en terreno peligroso.

Me sentía en las nubes durante todo el almuerzo, que estaba delicioso. La tarta *Revani* fue realmente la guinda del pastel. Era un bizcocho bañado en almíbar, y el sabor a limón era muy pronunciado.

Me transportó directamente a mis vacaciones. El único problema fue que, una vez que terminé de comer, me dio un pico de azúcar. ¿Cómo iba a volver al trabajo? Pero tenía que ser responsable y ganarme el pan. No podía escaquearme.

Cuando el camarero vino a recoger la mesa, le pregunté:

—¿Podría traer la cuenta, por favor?

—Está todo pago.

—¿Qué? —pregunté con asombro.

—El señor Whitley ha proporcionado los datos de su tarjeta al hacer la reserva y nos pidió expresamente que cargáramos todo en ella.

—Bueno, dejaré la propina…

—Muchas gracias, señorita, pero no hace falta. El señor Whitley ya lo ha hecho, y muy generosamente. Ha sido un placer tenerla aquí.

Oh, Colton. Iba a compensarlo. Me estaba consintiendo, y yo quería hacer lo mismo con él.

***

La tarde se hizo muy cuesta arriba. Me tomé tres cafés pero no me surtían efecto. Ni siquiera el subidón de azúcar del postre me ayudaba.

Sonreía cada vez que miraba las flores. Las había puesto en un jarrón con agua y las tenía en una esquina de mi escritorio. Varias personas las miraron con curiosidad, pero nadie preguntó nada. En caso de que lo hicieran, mi respuesta sería que me las había comprado yo misma.

Cuando dieron las seis, salí corriendo por la puerta, llevando con cuidado mi enorme ramo de flores mientras me dirigía a la estación de Haymarket.

Había quedado con Tom en un restaurante cerca de Fenway Park. Llegué la primera y puse las flores en la mesa para que él las viera en cuanto llegara. Estaba deseando contárselo todo y saber su opinión.

Mi teléfono sonó justo cuando estaba a punto de pedir. Era Colton, y atendí de inmediato.

Pues qué bien, esta vez no se me ha caído el teléfono. Voy progresando.

—Hola —dije. *¿Por qué me ha salido la voz así?*

—Hola, preciosa. ¿Ya saliste de la oficina?

¿Había ido a la oficina después de todo y me lo había perdido? Maldita sea.

—Sí, ya estoy en el bar, esperando a mi compi. ¿Qué tal tu día? —pregunté.

—Largo y agotador.

—¿Estás seguro de que quieres que nos veamos más tarde? Podemos posponerlo si estás cansado. —No quería dar la impresión de estar desesperada porque no era propio de mí.

—De ninguna manera. ¿Dónde estás y a qué hora debo recogerte?

—Puedo ir directo a tu casa cuando termine —le dije.

—No quiero perder ni un segundo para estar contigo.

—Vale, te enviaré la dirección —respondí, mientras bailaba de alegría en mi asiento.

—Perfecto. Nos vemos luego.

—Genial. Mi compi ya está aquí —dije justo antes de colgar.

Tom se acercó observando el arreglo floral:

—¿Y eso?

—Es una larga historia. Ven, siéntate y cuéntame todo de ti. ¿Cómo está Alicia? —Su esposa estaba embarazada y haciendo reposo, uno de los motivos por los que no habíamos podido vernos antes.

—Feliz de que por fin la haya dejado un poco en paz. ¡Con ganas de suplicarte que me organices una salida semanal! Dice que está harta de que esté todo el día encima de ella.

—¿Pero se encuentra bien?

—Va todo bien, pero tiene que hacer reposo igualmente.

—¿Y tú cómo estás? —insistí.

Se encogió de hombros:

—Pidamos algo de beber. A decir verdad, no veo la hora de que llegue el bebé. El embarazo se está haciendo muy duro. Y el trabajo es más estresante que nunca.

—Siento que no estés en tu mejor momento.

—Es lo que hay. ¿Y qué hay de ti? ¿Con qué quieres empezar: el trabajo o las flores?

—Es complicado porque ambos temas están relacionados.

—Ahora estoy intrigado —respondió, con una ceja levantada.

Mientras pedíamos las bebidas y la comida, se lo conté todo.

—Vaya, no me esperaba nada de esto —dijo, cuando terminé.

—Lo sé. Y no quiero adelantarme, pero debo decir que Colton se lo está currando.

—Está bien. Eso significa que le gustas de verdad.

—A mí también me gusta mucho.

—Entonces, ¿por qué no cancelaste nuestra salida de hoy?

Fruncí el ceño:

—Tom, quería ponerme al día contigo. Sabía que tú tenías ganas de salir.

—Así es. Y para serte sincero, menos mal que me has dicho de quedar temprano porque no quiero dejar a Alicia sola tanto tiempo.

—Eres un gran marido.

Pasamos el rato charlando y no pude evitar maravillarme de cómo cambiaban los temas de conversación con el paso de los años. Cuando íbamos a la universidad, todo giraba en torno a los trabajos, después a las hipotecas. Y ese día… bueno, era totalmente diferente.

A las diez en punto salimos del bar.

—Me quedaré contigo hasta que venga tu chico. Y así tengo la oportunidad de conocerlo también —dijo Tom.

Sonreí:

—Sí. Por favor, toma nota y cuéntame tus impresiones más tarde, ¿vale? Puede que yo esté obnubilada por la lujuria y haya perdido la objetividad.

—No te preocupes, yo me encargo. —Sacó su teléfono y empezó a reírse.

—¿Qué?

Me enseñó una foto y me acerqué para verla: era una enorme barriga con una caricatura aterradora pintada.

—Parece que Alicia estaba aburrida —dijo, entre risas.

—¿Qué está pasando aquí? —La voz de Colton sonó a nuestro lado.

Levanté la vista. Nos miraba a Tom y a mí con expresión pétrea.

—Colton —dije—, este es Tom.

—¿Estabas en una cita?

Parpadeé, y di un paso atrás antes de responder:

—¿Qué dices?

—Amigo, más te vale que te tranquilices —dijo Tom, con la ceja levantada.

—¿Qué quieres decir con que me tranquilice? —replicó Colton, mirándome fijamente—. Me dijiste que habías quedado con tu compi.

—Sí, Tom *es* mi compi. Mi mejor amigo de toda la vida.

Colton negó con la cabeza:

—¿Y esperas que me lo trague?

—Sí, por supuesto.

Maldita sea. Era demasiado bueno para ser verdad. El hombre de mis sueños parecía tener profundos problemas de confianza. Qué cabreo tenía.

—¿Por qué me dijiste dónde habíais quedado? —continuó.

—¿Hablas en serio? —dije con sarcasmo—. ¿De verdad estás montando una escena porque no crees lo que te estoy diciendo?

Se pasó una mano por el pelo:

—¿*Él* es tu mejor amigo? —preguntó Colton, con incredulidad.

—¿Sabes qué? No te debo ninguna explicación. —Me giré hacia Tom—: ¿Puedes llevarme a casa, por favor? —Me sentía como una idiota, sosteniendo mi ramo de flores. Estaba ilusionada por ver a Colton, y resultó ser un completo imbécil.

—Claro que sí —dijo Tom. Miró a Colton—: Estás meando fuera del tiesto. Estoy casado y Zoey es mi mejor amiga desde la universidad. Será la madrina de mi hija. Tú te lo pierdes, tío.

—Zoey… —empezó Colton.

—No, de verdad. Ahora mismo no quiero saber nada de ti —interrumpí. Me di la vuelta y seguí a Tom a ciegas. No tenía ni idea de dónde había aparcado.

—No *puedo* creerlo —dije cuando por fin llegamos a su coche. Dejé las flores en el asiento trasero y me subí al asiento del copiloto.

Tom encendió el motor:

—¿Nunca le mencionaste que tu mejor amigo era un hombre?

—No, solo le dije que había quedado con *mi compi*, y pensó lo que quiso.

El coche se incorporó al tráfico y Tom permaneció en silencio.

—¿Por qué no dices nada? —le pregunté.

—Está mal lo que ha hecho, pero los hombres somos criaturas muy básicas, y a veces el instinto nubla la mente.

—¿Lo estás defendiendo? Ahora también me voy a cabrear contigo.

—Para nada, solo intento ponerme en su lugar. Si cuando empecé a salir con Alicia, la hubiese visto pegada a otro hombre…

—No estaba pegada… —protesté—. Vale, estaba justo a tu lado, pero porque quería ver la foto. Deja de defenderlo.

—No lo estoy defendiendo. Es asunto tuyo. Pero en mi humilde opinión, el chaval parece realmente interesado en ti. Y lo de las flores… no sé si compensa su mala actitud.

—Odio que haya pensado lo peor. Debe tener una opinión malísima de mí —dije, cruzándome de brazos.

—¿Qué quieres que te diga? No creo que estuviera pensando con la cabeza.

—Eres mi mejor amigo. Se supone que debes estar de mi lado.

Sonrió:
—Tienes razón. No diré nada más sobre el tema.

Capítulo Quince

Colton

¿Qué demonios acabo de hacer?

Respiré hondo, intentando calmarme; la adrenalina aún corría por mis venas. Su explicación era lógica, coherente, y le creía. Me había comportado como un auténtico idiota.

No podía dejar las cosas así. Sabía que Zoey estaba enfadada, pero necesitaba hablar y disculparme con ella esa misma noche. Ojalá pudiera ver las cosas desde mi perspectiva. Aunque ni yo mismo entendía lo que había hecho, pero eso ya era otro cantar.

Subí al coche y puse su dirección en el GPS. La había guardado el fin de semana anterior, cuando la dejé en casa. No podía presentarme en su puerta sin más, antes tenía que llamarla.

Arranqué el motor y pensé un plan mientras conducía hacia allí. No sabía qué me había pasado. Siempre fui una persona sensata y no sacaba conclusiones precipitadas. Jamás había perdido los estribos.

Cuando estaba llegando a su casa, caí en la cuenta de que quizá aún no había vuelto. Tal vez todavía estaba con él.

Maldita sea, tenía que tranquilizarme. Era su mejor amigo, estaba casado e iba a tener un hijo. ¿Por qué cojones me generaba tanta inseguridad?

Cuando el GPS indicó que había llegado, la llamé. Pensé que tal vez no respondería, pero lo hizo:

—Si me has llamado para discutir, paso completamente.

Me lo merecía.

—No, Zoey, quiero disculparme.

—Más te vale. Porque eso es lo mínimo que corresponde, ¿no?

Su tono combativo se suavizó, pero seguía latente.

—Oye, estoy frente a tu edificio. ¿Estás en casa?

—Vale, sube —dijo con un suspiro.

Sí. Joder, sí.

—Te veo en un minuto —respondí antes de colgar la llamada. Menos mal porque quería disculparme cara a cara.

Pero por sobre todo, necesitaba verla. Y punto.

Escudriñé su edificio con ojo crítico. No había prestado atención cuando la dejé la otra vez, aunque la acompañé hasta la puerta, porque me tenía completamente hipnotizado. Pero ahora me percaté de que no había portero. *¿Pero qué narices…?* No me consideraba un pijo, pero creía que tener portero era necesario por seguridad.

Vivía en la cuarta planta. Llamé dos veces a la puerta antes de que abriera. Zoey llevaba puesto un vestido dorado.

—¿Vas a salir? —pregunté.

Inclinó la cabeza:

—Iba a tomar algo.

—¿Con esa ropa? —Intenté controlarme y le dije—: Si sales vestida así, todos los hombres se te echarán encima.

Zoey se puso una mano en la cadera:

—Si has venido para eso, ahí tienes el ascensor. Pensé que ibas a disculparte.

—Sí, venía a disculparme. —Me aclaré la garganta—. *Voy* a disculparme. ¿Puedo pasar?

Dudó, mordiéndose el labio inferior antes de dar un paso atrás:

—Vale, pero para que lo sepas, estás a prueba.

—Está bien, me lo merezco.

En cuanto cerró la puerta, me giré hacia ella que se cruzó de brazos:

—Te escucho.

Decidí ser completamente honesto:

—Mira, no sé cómo explicarte lo que me pasó. Creo que me pilló por sorpresa porque esperaba verte con una mujer, y entonces te vi con él, y parecíais estar muy cerca.

—Me estaba enseñando una foto —intervino ella.

—Lo sé. Pero de forma inmediata mi mente pensó lo peor… y se me fue la cabeza. —No tenía intención de expresarlo de ese modo, sin embargo, era exactamente lo que sentía.

—Colton… —Su voz era suave, pero luego apretó la mandíbula como si se estuviera armando de valor—. Esa no es excusa para que pensaras que estaba en una cita justo minutos antes de que vinieras a recogerme. ¿Cómo pudiste pensar eso de mí? Pareces un tío con sentido común. ¿Cómo pudiste llegar a esa conclusión?

—No lo sé, Zoey. Cuando estoy contigo, pierdo el sentido. —Me acerqué más—. *No* suelo enfadarme, ni ser celoso ni impulsivo. Siento que hayas tenido que ver ese lado de mí.

—¿Me prometes que no volverás a dudar de mí?

—Te lo prometo —respondí después de respirar hondo, y darme cuenta de que lo decía en serio.

—¿Estás seguro? Porque no soy una persona sumisa, Colton. No aceptaré ningún ataque de celos —dijo con la mirada entornada.

—No volverá a pasar. Pero antes quiero que aclaremos algo. —Le toqué el cuello con el dorso de la mano. Como no se apartó, le acaricié la mejilla—. Nuestra relación es exclusiva, ¿vale? No podemos salir con otras personas.

Separó los labios y asintió:

—Pues aplícate el cuento. —Su voz era más fuerte ahora.

—Por supuesto. —Le pasé el pulgar por el labio superior—. Ni siquiera he podido mirar a otra mujer desde que te conocí.

—¿Lo dices en serio?

—Joder, sí. No puedo dejar de pensar en ti. —La hice retroceder hasta que la acorralé contra la puerta—. *Todo* el tiempo. Estos últimos días no me reconocía. Al igual que esta noche, pero de otra manera.

—Eso es peligroso —susurró.

Ella sabía que me gustaba hacer las cosas a mí manera. Pero que perdiera el control era inaceptable. Y, sin embargo, estaba dispuesto a correr ese riesgo por ella.

Inclinó la cabeza hacia delante, para besarme la muñeca, y decir:

—Vale, has pasado la prueba.

Me eché a reír:

—Me alegro. ¿He aprobado con buena nota?

Sus ojos brillaron:

—Has aprobado *por los pelos*. Tendrás que currártelo más.

—Reto aceptado.

Acto seguido, sellé mi boca sobre la suya. Su sabor era adictivo. Desplacé mis labios hacia su hombro, primero hacia la derecha y luego bajando por su brazo. Su piel se erizó al instante.

—Colton —murmuró.

—Llevo días muriéndome por hacer esto —confesé—. Me tiene obsesionado.

—No digas eso. Ahora no voy a poder dejar de pensar en ello cada vez que te vea.

—Eso es exactamente lo que quiero.

Sonreí contra su piel y seguí recorriéndola hasta el otro hombro. Suspiraba cada vez que encontraba un punto sensible.

Deslicé la mano hasta su cremallera, bajándola con cautela antes de inclinarme hacia abajo. En cuanto dejé al descubierto un centímetro de piel, lo recorrí con los labios. Quería hacer eso toda la noche. Todas las noches.

Cuando terminé de bajarle el cierre, se bajó los tirantes del vestido hasta las caderas. Gemí al verla.

—No llevas sujetador. —Apenas reconocí mi voz.

—No, el vestido ya tiene sujección, así que no lo necesitaba —dijo con una sonrisa.

No me molesté en bajarle más el vestido. Necesitaba probar más de ella.

Bajé la cabeza y, en cuanto mi boca estuvo a la altura de sus pezones, rodeé uno con la punta de la lengua. Ella jadeó y arqueó la espalda. Pasé al otro pecho, pero en lugar de trazar un círculo, me lo llevé entero a la boca. Zoey se estremeció, me agarró de la nuca y se apretó contra mí. Mordisqueé y lamí su pezón hasta que se endureció por completo, antes de propinarle las mismas atenciones al otro pecho, manteniendo las manos firmemente sobre sus nalgas. Me encantaba sentir cómo se contraían sus músculos mientras se embriagaba de placer.

Tenía hambre de ella. Quería saborear su piel y su intimidad más profunda.

Le bajé el vestido de un tirón. Zoey jadeó y terminó de quitárselo. Luego le bajé las bragas. Necesitaba ver cada parte de ella. Cuando le pasé el pulgar por la pelvis con movimientos circulares para excitarla, tomó aire. Me detuve justo encima del clítoris, trazando un círculo lentamente.

—Colton…

Puso ambas manos en su vientre, al tiempo que se le entrecortaba la respiración. Fue entonces cuando mi dedo entró en contacto con su punto sensible. Zoey gimió, y echó la cabeza hacia atrás. Le junté los muslos, rozando su abertura con el pulgar, pero sin introducir el dedo. Ella gimió aún más.

—Por favor —dijo con la voz entrecortada, como un mero susurro. La tenía a mi merced.

—Haré que te corras esta noche, Zoey, pero bajo mis condiciones.

—Sí, lo que tú quieras —dijo ansiosa.

Le separé los muslos mientras ponía mi cara a la altura de su entrepierna y presionaba la punta de mi lengua contra su abertura.

Luego introduje la punta, midiendo su reacción. Tembló ligeramente. Quería explorarla, pero necesitaba un mejor ángulo. Miré la mesita del salón y la tanteé para evaluar su resistencia.

—Acuéstate aquí, Zoey. De espaldas y con las piernas abiertas para mí.

Se lamió los labios e inmediatamente se tumbó, apoyándose en los codos, y abrió bien los muslos. La atraje hacia mí, de modo que su culo quedó justo en el borde de la mesa. Sus ojos se clavaron en mí.

—Te gusta mirar —concluí.

Ella asintió, y procedí a darme festín con su coño sin piedad, sin restricciones.

Le acaricié el clítoris con los labios antes de introducir la lengua. Mis acometidas fueron alternando entre los dedos y la lengua. Mi polla estaba a punto de estallar contra la cintura de mis pantalones, pero no quería desabrochármelos todavía.

Hice contacto visual con ella mientras lamía su sexo. Parecía desbordada por las sensaciones. Siempre desviaba la mirada. Por lo

general era una persona descarada, pero también había en ella un destello de timidez que no me esperaba. Me detuve cuando sentí que se acercaba demasiado al límite y besé la suave piel del interior de sus muslos. Ella respondió con un vaivén lento de caderas.

—Colton —murmuró, pero en su voz se notaba el descontento. Ya no soportaba la presión. Cerró los ojos y apretó los labios.

Entonces le di la liberación que tanto ansiaba. Me sumergí de lleno en su clítoris con la boca, y a su punto G con los dedos. Un segundo después, explotó.

Se estremeció de una forma tan sensual que me aparté para observarla. Estiró una pierna y volvió a flexionarla. Luego elevó el trasero antes de volver a apoyarlo en la mesa, hasta quedar completamente inmóvil, como si el placer hubiera llegado a su fin. Tenía el pelo húmedo en las sienes. Podía quedarme observándola durante horas, absorber cada parte de ella. Pero también necesitaba estar dentro de ella.

No quería que se levantara; era evidente que aún sentía las réplicas del orgasmo. En lugar de eso, deslicé los brazos bajo sus rodillas y su espalda y la alcé.

—¿Dónde está el dormitorio? —pregunté.

Zoey señaló a la izquierda y me adentré en un pasillo oscuro.

—Sigue recto —me dijo.

Pasé una puerta que probablemente sería la del cuarto de baño, y me dirigí al dormitorio. Me dolía la erección. Necesitaba liberarla de inmediato.

Cuando entramos en el dormitorio, encendí la luz con el codo y coloqué a Zoey en la cama. Apretó los muslos antes de volver a separarlos:

—Voy a memorizar los próximos segundos para siempre —murmuró.

—¿Por qué? —pregunté con la ceja levantada.

—Ver cómo te quitas la ropa delante de mí… eso no se me va a olvidar. Y sospecho que será la única vez que no pierda completamente la cabeza.

Me encantó que dijera que *yo* le hacía perder la cabeza por completo.

Ni siquiera me molesté en desabrocharme más que los tres primeros botones de la camisa antes de quitármela por la cabeza. Luego me ocupé de los pantalones y el bóxer.

—Mmm… Me muero por pedirte que vayas más despacio, pero por otra parte, te quiero dentro de mí ahora mismo. Así que date prisa.

Me reí y respondí:

—Joder. Tengo la cartera en la chaqueta. Ahí tengo un condón —dije dando dos pasos hacia la puerta.

—Un momento, ¿estás sano?

Giré la cabeza hacia ella que me miraba con los ojos bien abiertos.

—Sí, acabo de hacerme un chequeo médico.

Ella asintió:

—Yo también, y llevo el DIU, así que si quieres…

—Joder, sí, claro que quiero —interrumpí, y en una fracción de segundo, estaba junto a ella en la cama.

—Debería haber empezado con eso si sabía que te traería aquí tan rápido —dijo con una risa.

Me tumbé de lado y me apoyé en un codo. Zoey se llevó una mano al vientre primero, luego la pasó por el pecho hasta llegar al cuello. Inclinó la cabeza hacia mí y capturé su boca para besarla.

Olía de maravilla y me deleité con su aroma. Bajé una mano por el costado de su cuerpo hasta sus caderas, y luego la deslicé hasta su culo para acariciarle una nalga. Cuando la coloqué a horcajadas, jadeó y llevé sus manos a mis hombros para ayudarla a estabilizarse.

Froté su centro ligeramente con el glande. Sujetando su cadera con una mano, mantuve su culo suspendido en el ángulo que quería, y mecí las caderas con un leve movimiento, solo para excitarla. Zoey se estremeció en mis brazos. Luego llevó las manos a los lados de su cintura, y bajó la mirada. Deslicé mi polla a lo largo de toda su entrada, una y otra vez. Sus muslos temblaban con más

intensidad. Ella aún no lo sabía, pero iba a hacer que se corriera con ese simple roce, sin llegar a penetrarla.

Observé su rostro mientras me movía con precisión. Sus preciosos ojos verdes se abrieron de golpe antes de gritar mi nombre. Se corrió con fuerza y ya no pude esperar más. Me introduje dentro de ella y me quedé quieto para sentir cómo se contraía a mi alrededor mientras terminaba de correrse por completo. Sus paredes internas me apretaron tan fuerte que me acercaron peligrosamente al límite. El contacto directo con su piel me estaba volviendo loco, y sentir el palpitar del orgasmo era algo de otro mundo. Me sentía parte de ella.

—Colton —jadeó cuando empezó a bajar de la cúspide.

Seguía sujetándola con las manos para elevarla sobre mi cuerpo, al tiempo que empezaba a penetrarla desde abajo. Me retiré y volví a hundirme en ella, presionando con el pulgar sobre su punto sensible, con la intención de volver a ver el espectáculo de un nuevo orgasmo suyo. Zoey no había terminado de recuperarse del último clímax, que yo ya estaba otra vez excitándola.

El placer me caló hasta los huesos como nunca antes. ¿Cómo era posible?

Mi mente estaba completamente en blanco. Tuve que recordarme a mí mismo que debía respirar. Cuando sentí que sus músculos se relajaban en torno a mi erección, supe que ella podía con todo. Podía con todo lo que yo fuera a darle, así que aumenté el ritmo. Zoey jadeó, se arqueó hacia delante, y me presionó el pecho con las manos. Movió las caderas con salvaje abandono. La dejé ser… no deseaba ver otra cosa que a ella misma procurando su orgasmo.

Zoey se corrió primero, y sus gritos desencadenaron mi propio clímax. Nunca había experimentado nada así de intenso. Sentí que mi cuerpo ardía y me fallaban los sentidos. No sabía lo que era real y lo que no, excepto Zoey. Ella era real. Era mía. Y era perfecta.

Cuando estuvo relajada en mis brazos, le indiqué que se tumbara sobre mi pecho.

Zoey apoyó la cabeza en mi pectoral. Yo seguía dentro de ella y no pensaba moverme. Enredé los dedos en su sedoso y húmedo

pelo, que olía a cerezas. Seguía teniendo la respiración agitada. Le masajeé la parte superior de la espalda, bajando hasta la mitad y volvía a subir hasta los omóplatos.

—¿Orgasmos *y* caricias? Debes ser el Hombre Maravilla. Aunque ahora que lo pienso, creo que ese superhéroe no existe, ¿no?

—¿Qué? —pregunté—. No me estoy enterando de nada.

Me miró sonriente. Pero tenía sueño y los párpados semicerrados.

—Acabo de decidir que eres mejor que todos los superhéroes juntos.

—Si tú lo dices… ¿Solo por un orgasmo?

—Tres. Y sí, eso te otorga el estatus de superhéroe.

Le besé la frente antes de ir al baño a asearnos. Cuando nos metimos bajo las sábanas, volví a acercarla a mi pecho.

—¿Colton? —murmuró.

—Sí.

—Has aprobado con nota.

—Me alegro —respondí y la apreté contra mi pecho.

—Te gusta que me recueste sobre ti, ¿eh?

Levanté las cejas:

—Me gusta más tenerte arriba, cabalgándome. Pero esto también me gusta. Quiero que te quedes así toda la noche.

Se tumbó sobre mí y colocó su pelvis encima de mi miembro.

—Mmm… Me encantaría provocarte un poco más, pero se me cierran los ojos del cansancio.

—Duérmete, Zoey. No me moveré de aquí.

Se quedó profundamente dormida en cuestión de segundos.

Capítulo Dieciséis

Zoey

Bostecé y me removí entre las sábanas antes de abrir del todo los ojos. Aún no había amanecido, pero una tenue claridad empezaba a teñir el cielo. Tardé unos segundos en enfocar a Colton, que estaba sentado en la cama con una enorme sonrisa.

—Buenos días, preciosa.

Volví a bostezar:

—¿Qué haces despierto tan temprano? ¿Ha pasado algo?

—El sol saldrá en diez minutos. ¿Quieres verlo?

Madre del amor hermoso, qué romántico es, pensé con una sonrisa. Era una faceta inesperada, como lo había sido aquel extraño arrebato de celos. Pero este lado suyo me gustaba mucho. Y, siendo sincera, con la cabeza más fría, tenía que admitir que también me atraía ese otro, aunque jamás se lo diría. Me encantaba que me quisiera solo para él.

Salimos de la cama, y me sentí sorprendentemente bien. Lógico, eran más de las seis y había dormido lo suficiente.

Colton me cogió de la mano y me condujo fuera del dormitorio. Al llegar al salón, me quedé boquiabierta. Había preparado el desayuno con todo lo que tenía en la nevera: rodajas de tomate, queso, tostadas y beicon. Además de dos tazas de café humeante.

—¿Cómo es que has hecho todo esto?

—Me desperté antes que tú… y al darme cuenta de que el sol saldría pronto, pensé que sería bonito compartir también el desayuno.

—Colton, esto es increíble.

Cogimos nuestras tazas de café y nos quedamos frente a la ventana. Él se colocó detrás de mí, rodeándome la cintura con un brazo. Los dos estábamos completamente desnudos.

—Nunca veo el amanecer, y eso que no es tan temprano —admití.

—Yo tampoco —comentó—. Pero quería compartirlo contigo.

Ese simple comentario le bastó para robarme el corazón. Era un momento especial para los dos.

—Apuesto a que en tu casa se debe ver muy bien la salida del sol.

Me besó en la nuca. Sus labios estaban húmedos por el café.

—Puedes venir a verlo cuando quieras. Incluso podemos verlo en el *jacuzzi*.

—¿Tienes *jacuzzi* y no me he enterado? La próxima vez que vaya a tu casa tendré que estar más atenta.

Ambos permanecimos en silencio mientras contemplábamos el amanecer. Tenía suerte de que los edificios colindantes no eran demasiado altos. Los más altos estaban lejos, y no obstaculizaban el espectáculo de los rayos amarillos del sol.

En ese preciso momento, sentí que estaba viviendo un momento completamente mágico: el amanecer, el brazo de Colton en mi cintura, su aliento contra mi mejilla. Esa conexión era aún más íntima que todo lo que habíamos hecho la noche anterior. Mi corazón estaba a punto de estallar … Colton me lo estaba robando. Y no sabía qué hacer con eso.

Cuando me besó por primera vez, pensé que tendría unos cuantos encuentros sexuales con un hombre taciturno y misterioso. Y poco más.

Cuando salió el sol y terminé las últimas gotas de café, me volví hacia él y le besé el pecho. Luego me puse de puntillas para besarle el cuello.

—Eres demasiado alto —me quejé, antes de dejar la taza en el suelo, y llevar mis manos detrás de su cuello para acercarlo hacia mí—. Así está mejor —dije, besándole el cuello y la mandíbula.

Lo solté y miré hacia la mesa. Colton se sentó en el sofá, y yo quise sentarme a su lado. Pero, para mi asombro, me colocó encima de su regazo. Estuve a punto de caerme, pero me sujetó con una mano.

—Así está bien —bromeé mientras cogía un plato—. ¿No quieres comer?

—Más tarde. Ahora me apetece mirarte.

Hice un rollito con una loncha de queso y me la comí rápidamente:

—No me había dado cuenta de que tenía tanta hambre.

—Anoche gastamos mucha energía y quiero que estés bien alimentada.

—¿Por qué? ¿Qué tienes en mente? —pregunté, dándole un codazo.

—Imagínate… —me dijo. Mientras tragaba la segunda loncha de queso, me preguntó—: ¿Tienes planes para hoy?

Negué con la cabeza:

—No, ¿tú?

—Solo por la noche. —Sus dedos rozaron suavemente mi coxis—. Pero me gustaría pasar el día contigo. Todo el día.

El corazón me dio un vuelco y sentí un brinco en el estómago. La idea de tenerlo solo para mí durante todo un día me resultaba emocionante. Asentí con entusiasmo, moviéndome lentamente sobre él.

—Soy toda tuya —dije—. Todo el día.

—Perfecto. Pensé que ibas a ponerme las cosas difíciles —respondió, con los ojos brillantes.

—¿Por qué?

—Porque te encanta tenerme en ascuas.

Ladeé la cabeza, pensativa:

—Es verdad… Anoche te lo puse demasiado fácil, ¿no? —le dije, tomando un sorbo de su café porque el mío ya se había terminado.

Colton se enderezó y me sostuvo la mirada:

—No tengo ningún problema en seguir arrastrándome por ti.

—Me gusta —concluí.

Justo entonces, sonó un teléfono.

***

Colton

—¿Es el tuyo o el mío? —preguntó Zoey.

—El mío. A ver quién llama.

Salí al pasillo y cogí el móvil de la chaqueta que llevaba puesta la noche anterior.

—No es normal que te llamen un sábado de la empresa, ¿no? —preguntó.

—No, no quiero que los empleados trabajen los fines de semana.

—Pero si *tú* lo haces, de algún modo haces trabajar a los demás.

—No *los* hago trabajar. Pero sí tienen que ocuparse de sus tareas.

—Si tú lo dices…

Miré la pantalla:

—Es el abuelo. A lo mejor la abuela ha cambiado de idea y quiere que vayamos hoy a su casa. —Había cancelado el encuentro familiar el día anterior a última hora, porque se le olvidó que había quedado con una amiga. Tal vez la amiga canceló.

—Hola, abuelo.

—Hola, Colton —dijo, con su voz enérgica.

—¿Pasa algo? —pregunté.

—Sí, pero que no cunda el pánico.

Vaya forma de prepararme. Apreté la mandíbula. Probablemente Zoey notó que algo no iba bien, porque me apoyó una mano en el pecho, con el sorprendente efecto de calmarme. Puse mi mano sobre la suya y la presioné con fuerza contra mi piel.

—Te escucho.

—He traído a la abuela al médico. Ayer no se encontraba muy bien, y esta mañana tenía un dolor de cabeza tan intenso que no podía ni levantarse de la cama.

—¿Dónde estáis?

—En la pequeña clínica del barrio.

—Ya sé cuál es —dije. Era una exclusiva clínica con precios astronómicos, pero con una excelente atención. Pasaba por la puerta cada vez que iba a verlos—. ¿Ha dicho el doctor qué le pasa?

—No, todavía no. Han descartado que sea algo grave, así que el panorama no es tan malo.

Sentí un cierto alivio:

—Voy a pasarme a ver qué puedo hacer.

—No hace falta. Acabo de hablar con los médicos, y me darán información cuando sepan algo más.

—¿Puede recibir visitas?

—Sí.

—Entonces iré y os llevaré a casa cuando le den el alta.

—Eso podría tardar horas, hijo —comentó el abuelo.

—No hay problema. ¿Por eso canceló el almuerzo de hoy?

El abuelo dudó un instante antes de responder:

—Sí.

Tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no reprocharle que no la hubiera llevado al médico el día anterior. Ya estaba bastante preocupado y era lo último que él necesitaba.

—Te veo ahora —añadí y colgué.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Zoey.

—La abuela está en una clínica por un fuerte dolor de cabeza. Voy a verla. Siento tener que irme así, te llamaré en cuanto pueda.

Se mordió el labio:

—Estás muy tenso.

—Estoy preocupado. Me hace muy bien que estés aquí conmigo —admití, aún con su mano sobre mi pecho.

—¿Quieres que te acompañe para darte algo de apoyo moral? —preguntó con una sonrisa.

—Sí, claro que sí. Si no te molestan los hospitales, me encantaría que vinieras.

—No me importa. Además, quiero ver a Jeannie.

—Joder, eres tan… no sé ni qué adjetivo usar.

Volvió a sonreír:

—No hace falta que digas nada. La forma en que me miras lo dice todo.

Que quisiera estar a mi lado cuando la necesitaba me conmovía profundamente. Me removía tantas cosas que apenas podía entenderlo, y mucho menos explicárselo. Así que me limité a besarle la frente y darle un leve pellizco en el trasero. Me encantaba tomarla por sorpresa, claro que sí.

Se echó a reír:

—Venga, vamos para allá. ¿En qué hospital está? ¿El Mass General?

—No, en una clínica más pequeña, cerca de su casa. Quiero asegurarme de que recibe el cuidado que necesita. Está bien equipada, pero es pequeña. No sé si tienen todo lo necesario.

—Seguro que tu abuelo la habría llevado a otro sitio si pensara que allí no están bien preparados.

—Sí, pero el abuelo también tiene noventa años. —Hice una pausa—. No le cuentes que he dicho eso.

Zoey sonrió:

—Prometo que no diré una palabra. Vamos a vestirnos.

Capítulo Diecisiete

Colton

Llegamos a la clínica cuarenta minutos después. Era la primera vez que entraba en ese edificio de dos plantas, con una pequeña recepción atendida por un solo hombre.

—¡Hola! Soy Colton Whitley —dije—. Vengo a ver a una paciente llamada Jeannie Whitley que ingresó esta mañana.

—Claro. Puede subir y reunirse con los demás.

Cogí la mano de Zoey y la llevé escaleras arriba. Preferí no tomar el ascensor, podía tardar demasiado.

—Creo que mis hermanos ya están aquí.

—¿Si? —Zoey preguntó—. ¿Quieres que… espere abajo hasta que se hayan ido?

—No, no creo que sea un mal momento para que los conozcas.

Sus ojos parpadearon:

—De acuerdo.

—¿Qué es esa mirada? —pregunté.

—Nada. Me estaba preguntando si tus hermanos son como tú.

Me reí entre dientes:

—Lo descubrirás hoy mismo.

Oí la voz de mi abuelo incluso antes de verlo, pero algo me detuvo en seco: mis hermanastros también estaban allí. Maddox, Nick y Leo se paseaban por el pasillo. Se parecían muy poco a mis hermanos y a mí. Todos teníamos los ojos azules, mientras que ellos los tenían verdes o marrones. Además, habían heredado el pelo castaño oscuro de nuestro padre, mientras que el nuestro era de tonos más claros.

Ver a mi abuelo sentado y angustiado me puso muy tenso. Apenas llegamos, todos levantaron la vista.

—¡Colton! —exclamó Maddox, que acto seguido dirigió la mirada a Zoey.

—Zoey, estos son mis hermanastros. —Los presenté a cada uno por su nombre, y ella estrechó sus manos—. Abuelo, ¿alguna noticia?

—No, le están haciendo pruebas. Creen que puede ser un simple cuadro de deshidratación. —Negó con la cabeza—. A veces se sumerge tanto en sus cosas que se le olvida beber agua.

—No parece algo grave —dije, algo más relajado.

—Le pusieron una vía con suero —dijo Maddox, que normalmente se tomaba todo con calma, pero parecía preocupado.

Me volví a tensar:

—¿Una vía intravenosa?

—Exacto.

Tal vez fuese más serio de lo que parecía.

—¿Quién fue el último en hablar con el médico?

—Yo —respondió Leo—. Dijeron que probablemente tendrá que quedarse unas horas más, hasta absorber todo el suero antes de volver a casa. Me quedaré aquí, y cuando le den el alta, llevaré a la abuela y al abuelo a casa. —Leo miró al abuelo—. Ahora que lo pienso… ¿por qué no nos vamos tú y yo a casa? Nick o Maddox se pueden encargar de llevar a la Abu cuando hayan terminado.

No tenía palabras suficientes de agradecimiento para Leo. El abuelo no estaba para pasar horas y horas en las incómodas sillas de una sala de espera. Agradecí que mis hermanastros estuvieran allí. Que se preocuparan tanto por nuestros abuelos me hizo verlos con otros ojos.

Nick y Leo me recordaban a mi hermano pequeño, Gabe. Siempre se apresuraban a hacer bromas y a quitarle hierro al asunto, y solían picarse el uno al otro. Pero en ese momento exacto, incluso ellos parecían realmente preocupados.

—Nosotros ya hemos entrado a verla. Puedes ir tú si quieres —dijo Maddox, acercándose a mí.

—¿Los demás están enterados?

—Sí, el abuelo llamó a todos. Gabe está de camino. Yo vine en cuanto llamó. Quería asegurarme de que la clínica contara con todo lo necesario para atender a la abuela y que no fuera necesario trasladarla a un hospital mejor equipado.

Zoey se sentó junto al abuelo y empezaron a charlar en voz baja. El abuelo asintió. Parecía estar un poco más animado. Me sorprendió que le hubiese hecho sentirse mejor.

Entonces el abuelo me miró:

—Colton, ¿por qué no he conocido a Zoey antes?

Me aclaré la garganta:

—Estaba esperando al momento oportuno.

—¿Y pensabas hacerlo con tu abuela ingresada? Cuando se entere, se va a poner contentísima. —Luego el abuelo se volvió hacia Zoey—: Al principio pensé que estaba metiendo la pata con todo este asunto.

—No estoy muy segura de estar entendiendo —comentó Zoey.

Maddox los miró con interés.

—Un día volvió a casa después de haber estado en la oficina de Colton, gritando a los cuatros vientos de que finalmente había conocido a alguien capaz de… plantarle cara a Colton. No puedo creer que haya vuelto a tener razón —explicó el abuelo.

—Joder, ya estamos… —dijo Maddox. Tenía cara de susto, y eso me hizo muchísima gracia. Luego se volvió hacia mí—. Ella también me lo contó, pero pensé que… bueno, mejor lo dejamos estar. No quiero asustar a Zoey con las historias de nuestra loca dinámica familiar.

—Estoy de acuerdo. ¿Podemos ir a ver a la abuela ya? —le pregunté al abuelo.

—Sí. Está despierta, pero el médico dijo que no la agobiáramos. Podéis pasar, nosotros ya la hemos visto, así que esperaremos aquí fuera.

—Vale.

—Es la habitación de la izquierda, al final del pasillo.

—Puedo esperar aquí —dijo Zoey—, si prefieres entrar solo.

—¿Y desatar la ira de la abuela? —pregunté.

Tanto Maddox como el abuelo se echaron a reír. Zoey se levantó de la silla con una sonrisa.

—Has conseguido levantarle el ánimo en pocos minutos —le dije cuando ya no nos oían el abuelo y Maddox—. ¿Cómo lo has

hecho?

—Cambié el enfoque hacia cosas positivas, como lo mucho que admiro la carrera de Jeannie. En lugar de recordarle que su mujer estaba enferma y en un hospital, le hice volver a los momentos en que estaba sana y llena de vida.

—Eso es muy inteligente —dije.

—¿Así que tu abuela pensó que lo ideal para ti era alguien que te plantara cara? ¿Dijo eso cuando estaba en tu oficina y yo me lo perdí?

—No, pero lleva años diciéndolo cada vez que surge la ocasión —aclaré.

—Entonces, démosle un buen espectáculo, ¿te parece?

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Vamos a hacer que se distraiga un rato. Tú solo sígueme la corriente.

—Está bien.

Temía el momento de verla cara a cara, pero la abuela tenía buen aspecto. No me gustaban los hospitales, pero se la veía tranqila e incluso tenía algo de color en las mejillas. Llevaba puestos unos auriculares, que se quitó inmediatamente cuando nos vio.

—Hola, Colton. Vaya, veo que has venido con Zoey.

—¿Interrumpimos algo? —preguntó ella.

—Para nada, estaba escuchando un audiolibro. Quería leer, pero el médico me dijo que no debía. Y tampoco quiero que me vuelvan los dolores de cabeza.

—Tienes que tomártelo con calma, abuela —le dije—. Y beber más agua.

—Dime que no has venido a regañarme —dijo con la mirada entornada.

Me agaché ligeramente hacia delante y volví a enderezarme:

—No he venido solo para eso.

Zoey se sentó junto a su cama y me lanzó una mirada de reojo:

—Oye, sé amable con tu abuela. Esa no es forma de hablarle a alguien que está en un hospital —dijo, y me guiñó un ojo.

¿Y ese comentario? Oh claro, debe ser parte del plan.

Mi abuela sonrió radiante:

—¡Qué alegría! Estoy tan feliz de que mi intuición acertara otra vez.

—Eso no lo sabes —dije, haciéndome el ofendido.

Sabía que el plan de Zoey era distraer a la abuela de su enfermedad, pero tampoco podía decirle que sí a todo.

—¡Ja! —exclamó la abuela—. ¿Me podéis explicar qué hacéis juntos un sábado? Y antes de que preguntéis cómo lo sé, basta con decir que habéis venido juntos.

—Podría ser por muchas razones —desafié.

Zoey volvió a guiñar un ojo con disimulo.

—¿De verdad? ¿No le vas a contar a tu abuela lo que *realmente* pasa entre nosotros?

Qué bien se le daba el teatro. La abuela se lo estaba pasando en grande.

—Está bien, abuela. Tenías toda la razón. Zoey y yo estamos… saliendo.

—¡Me alegro mucho!

Su sonrisa era adictiva. Que Zoey hiciera eso por ella, por nuestra familia, me parecía un gesto admirable.

—Sé que me has dicho que no te regañara, pero tienes que estar más tranquila —insistí.

—Es solo un dolor de cabeza.

—El abuelo dijo que son bastante comunes cuando te concentras demasiado en algo y te olvidas de hidratarte.

—Qué chivato —murmuró.

—Abuela, sabes que solo se preocupa por ti.

Frunció los labios y negó con la cabeza:

—Tienes razón. Empezó con un dolor de cabeza aislado, y no me había dado cuenta de que eran cada vez más fuertes y frecuentes. Voy a cuidarme más. Estoy decidida a vivir para ver los bisnietos que todos vosotros vais a traer al mundo.

—¿Qué? ¿To-todos? —tartamudeó Zoey.

—No le hagas caso —le dije.

—Más te vale que sí, porque lo digo muy en serio —insistió la abuela, con los ojos centelleantes.

Zoey me miró y, por primera vez, parecía fuera de su zona de confort. Incluso un poco asustada. Debería haberla advertido, pero la situación era tan cómica… Nunca la había visto con la guardia baja.

Volvió a dirigirse a la abuela:

—Jeannie, cualquier razón que te ayude a mantenerte a flote es válida.

—Eso mismo digo yo siempre—respondió la abuela. Luego bostezó.

—Creo que deberíamos irnos —dije.

Zoey se levantó inmediatamente de la cama:

—Ha sido un placer volver a verte, Jeannie.

—¡Anda ya! No sé qué tiene de placentero verme postrada en la cama de un hospital, pero no os preocupéis por mí. Me pondré bien enseguida, y os invitaré a comer a casa.

Eso estaba por verse, y no pensaba aceptar un no por respuesta. Pero ese no era el momento para discutir.

Cuando salimos al pasillo, nos percatamos de que el abuelo y Leo ya se habían ido. Maddox y Nick estaban hablando con Gabe, que acababa de llegar. Me miró y, acto seguido, sus ojos se posaron en Zoey. A juzgar por su sonrisa, sabía quién era.

—Vaya, vaya… ¿qué tenemos aquí? —preguntó.

—Gabe, esta es Zoey. Zoey, este es mi hermano menor y un auténtico coñazo.

—Me acaba de quitar las palabras de la boca —dijo Gabe, guiñándole un ojo—. Iba a utilizar la misma descripción para presentarme.

Zoey se rió:

—¿Quieres ir a ver a tu abuela? Será mejor que te des prisa porque parecía muy cansada y a punto de echarse una siesta.

—Claro —dijo Gabe. Su sonrisa se desvaneció—. ¿Cómo está?

—Está bien —le aseguré—. Pero necesita descansar.

—Vale. Por cierto, el resto de nuestros hermanos llegarán pronto.

Cuando se fue, quise preguntarle a Nick qué le había dicho el doctor, pero Maddox se me adelantó:

—¿Has mirado por casualidad el correo electrónico que te envié hace unas semanas?

Zoey se aclaró la garganta y se excusó:

—Voy a abajo a por un café. Colton, avísame cuando nos vayamos a ir.

—Claro.

En cuanto se fue, me di cuenta de que lo había hecho para darnos intimidad.

—Sí, lo leí —le dije a Maddox—. Estuve a punto de ignorarlo y borrarlo.

Él asintió y agregó:

—Yo igual. Pero luego pensé que si no recibe noticias nuestras, podría ponerse en contacto con los abuelos.

Joder, no había contemplado esa posibilidad ni por asomo.

—¿Saben que nos contactó? —pregunté, metiendo las manos en los bolsillos.

Maddox arqueó una ceja:

—Claro que no, no soy imbécil. No les reenvié el correo electrónico.

—Ya, pero hay otras formas de que se enteren —dijo Nick—. No te pongas así, hermano —añadió con tono burlón.

—Venid una tarde a mi despacho —dije.

Maddox parecía atónito. Era una forma de agitar la bandera blanca; llevaba años distanciado de ellos y tenía los cojones de admitir que no había un motivo legítimo para ello. Además, teníamos que hablar de nuestro padre.

—Os enviaré a todos una invitación al calendario —añadí.

Nick se echó a reír y luego dijo:

—Dime que no es en serio.

Fruncí el ceño:

—¿De qué otra forma se supone que vamos a fijar un día?

—Por WhatsApp —dijo Nick lentamente, como si le estuviese hablando a un tonto—. Crearé un grupo —continuó y de inmediato sacó su teléfono—. Quién sabe cuánto tiempo tenemos antes de que cambies de opinión y decidas no cooperar.

Nick no se equivocaba.

—Creo que también deberíamos hacer algo por nuestros abuelos —añadí.

Maddox asintió:

—Sí, también lo he pensado. Pero hoy no hace falta que te quedes. Ve a ocuparte de ese mujerón que te espera junto a la máquina de café. Nosotros nos encargamos.

—Yo también quiero hablar con el médico —dije.

—No —respondió Nick—. Se molestó cuando Gabe y Maddox trataron de hablar con él y dijo que nos informaría cuando tuviera alguna novedad.

—Vale, bueno… llamadme si los abuelos necesitan algo —concluí.

—Puedes quedarte tranquilo —zanjó Maddox, y decidí darles un voto de confianza: habían llegado antes que yo, hablado con los médicos y estaban al tanto de todo.

—Muchas gracias por todo. Estaremos en contacto.

—Claro —respondió Maddox, que me miró con ligera desconfianza.

No le culpaba. Apenas había tenido contacto con ellos.

Bajé las escaleras y encontré a Zoey junto a la máquina de café.

—¡Ey! —dijo cuando me vio, y luego giró su teléfono hacia mí.

—¿Qué es eso? —pregunté. La imagen mostraba lo que parecía una botella.

—Es una botella de agua inteligente. Por lo visto, lleva un control de cuánto líquido bebes al día.

—No te sigo.

—Es para Jeannie. Tal vez esto la ayude a mantenerse hidratada. Es fácil olvidarse de beber agua.

No podía creer que se hubiera tomado la molestia de investigarlo.

—Creo que le puede venir muy bien. *Te* lo agradezco.

—De nada, todo ayuda, ¿no? Obviamente, si no llevas la botella encima o bebes otra cosa, no va a funcionar.

—No me refería solo a la botella. Te agradezco que te hayas preocupado.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Nos quedamos aquí?

—Mis hermanastros se están ocupando de todo, así que por ahora, volvamos a casa.

—¿Alguna vez los llamas simplemente "hermanos"?

—No —respondí inmediatamente—. Es un acto reflejo. Llevo años enfadado, aunque ellos no tienen la culpa de mi padre sea… un gilipollas.

—Parecen buenos chicos. Que se hayan preocupado por Jeannie dice mucho de ellos.

—Sí, pienso igual.

Zoey se había tomado la molestia de levantarle el ánimo a mi abuela. Y ahora me miraba como si el mero hecho de estar allí conmigo fuera suficiente para hacerla feliz. Estaba dispuesto a hacer lo que fuese para que me mirara así todos los días.

Cuando oí unos pasos detrás, supe que mis hermanos debían de haber llegado. Jake y Cade aparecieron primero, con Spencer justo detrás. Ninguno estaba acompañado por sus parejas. Maddox, Gabe y Leo se acercaron también.

—Tranquilos —les dije—. No parece ser algo grave, y lo tienen controlado.

Enseguida vi cómo mi hermanos se calmaban: Jake bajó los hombros, Cade estiró el cuello para relajarlo, y Spencer se limitó a asentir. Tenía ojeras y una expresión de agotamiento permanente en el rostro, que era de esperar, ya que su hijo era muy pequeño.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó Jake.

—Tienen a la abuela en observación y le han puesto una vía. Leo ya se llevó al abuelo a casa, y como dijo Colton, todo está bajo control —respondió Maddox.

Fue entonces cuando mis hermanos parecieron fijarse en Zoey, que los miraba con una sonrisa.

—Os presento a Zoey. Zoey, estos son mis hermanos Jake, Cade y Spencer.

Mientras le daban la mano, me di cuenta de que sus reacciones eran muy comedidas. Pensaba que al menos Spencer o

Cade soltarían un chiste o me dedicarían una sonrisa de gilipollas. Pero cuando vi a Gabe intercambiar una mirada con Cade, habría apostado lo que fuera a que mi hermano pequeño les había hablado de Zoey. Y, en el fondo, se lo agradecí.

—Encantado de conocerte, Zoey —dijo Jake—. Hemos oído hablar de ti.

—¿De verdad? —preguntó, atónita.

—Mi abuela te ha mencionado alguna vez —intervino Cade. Le guiñó un ojo antes de añadir—: Con Meredith y conmigo usó la misma táctica para emparejarnos. Aún así, no deja de sorprenderme. Siempre lo tiene todo planeado.

Zoey se rió:

—No sé ni qué decir.

—No te preocupes, nosotros tampoco —dijo Gabe—. De todos modos, Zoey, gracias por haber venido a visitar a la abuela. Así tiene algo para distraerse y no darnos la lata a los que quedamos solteros.

El ambiente se había relajado considerablemente en los últimos minutos. Saber que la abuela no corría grave peligro era un alivio para todos.

—¿Qué vamos a hacer con la abuela? —preguntó Jake.

—Yo diría que vayamos paso a paso —dijo Maddox—. Primero, veamos qué sugiere el médico. Por ahora parece ser solo un episodio de deshidratación.

—Estoy de acuerdo con él —dije—. No creo que tenga sentido hacer la juntada de esta noche.

Habíamos quedado en el bar de Gabe, pero ninguno estaba de ánimo para eso.

—Vale, chicos, subamos a ver cómo está la abuela —sugirió Jake.

Nos despedimos de mis hermanos y hermanastros, y me quedé solo con Zoey.

—¿Qué te parece si compramos cosas ricas para cuando le den el alta a tu abuela? —preguntó.

Negué con la cabeza:

—Mejor no, necesita descansar. El médico dijo que no la agobiáramos. Sugiero que esperemos a que nos dé luz verde para

visitarla. Y mientras tanto, mis hermanos y yo nos turnaremos para ver cómo está. El conductor de Jake los ayuda con la compra. Mañana por la mañana hablaré con el abuelo para ver si necesitan algo.

—Me da mucha ternura que entre todos cuiden de ellos.

—No creí que diría esto, pero agradezco que mis medio hermanos vivan en Boston.

Zoey sonrió con alegría:

—Me alegro de que veas el lado positivo de las cosas. ¿Te gustaría tener un vínculo más cercano con ellos?

—Eso haría muy felices a mis abuelos. Pero nunca me detuve a pensar realmente qué es lo que *yo* quiero.

—Buen motivo de reflexión, ¿eh?

Zoey tenía un talento excepcional para leerme, no tenía reparos en hacer las preguntas incómodas y persuadirme para hacer introspección. Aún no tenía respuestas.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —preguntó.

—Mis hermanos se quedarán y nos mantendrán informados. La abuela se pondrá furiosa si se entera que todos nos quedamos aquí en la clínica, así que hoy me ocuparé de ti.

—¿Y cómo piensas hacer eso?

—¿Qué te apetece?

—Podríamos pasar el día al aire libre, quizá en un parque. Me temo que estos preciosos días de sol desaparecerán de la noche a la mañana.

Asentí, y saqué mi teléfono:

—¿Qué te parece una excursión a la cascada de Melrose? —pregunté.

Zoey parpadeó y echó la cabeza hacia atrás:

—Un momento, ¿se te acaba de ocurrir esa idea?

—Sí —murmuré.

Aunque no era del todo cierto. La primera vez que me comentó que iba de acampada con sus padres, hice una pequeña investigación, y la excursión a la cascada fue la primera opción que aparecía recomendada como paseo de un día cerca de Boston.

—Me apunto —dijo—, soy toda tuya. No puedo creer que vaya a tenerte para mí sola todo el día.

El concepto de pertenencia a una persona, de que alguien tuviese poder sobre mí, me resultaba completamente ajeno. Sin embargo, me gustaba que Zoey lo hubiese dicho. Me gustaba ser suyo.

Capítulo Dieciocho

Zoey

Primero fuimos a mi casa, y luego a la de Colton, para ponernos ropa cómoda para nuestro día de excursión. El trayecto hasta Melrose duró apenas media hora.

—Nunca había venido antes aquí —dije, mirando a mi alrededor—. No puedo creer que estemos tan cerca de Salem, otro sitio que siempre he querido visitar —comenté tras ver un par de carteles por el camino.

El paisaje era muy colorido, con hojas que iban de los tonos verdes al amarillo. Aparcamos junto a la calle Washington, y el inicio del sendero estaba cerca.

—Esto parece de ensueño —dije después de salir del coche—. ¿Tú ya habías venido?

—No. Me gusta salir a correr, pero no me va el senderismo.

—¿Entonces qué hacemos aquí? —pregunté con el ceño fruncido.

—Dijiste que te gustaba la naturaleza.

—Ay… Si no estuviésemos rodeados de coches y excursionistas, me echaría encima de ti. Solo para que lo sepas.

—Te tomo la palabra para más tarde —dijo con una sonrisa.

Me cogió de la mano y fuimos directo al sendero, que no resultó tan fácil como pensaba, ya que había muchas raíces y hojas que dificultaban un poco el paso.

—Mira, hay gente que también ha traído a sus perros. Siempre he querido tener un labrador… o el perro que sea. Pero antes necesito mudarme a una casa más grande. —Respiré hondo—. Me encanta cómo huele el bosque.

Colton no decía nada. Solo me observaba.

—Me gusta verte tan relajada.

—Se trata de eso, ¿no? De disfrutar el presente.

—Algo que aún tengo que aprender… y evitar que mi mente se disperse en mil cosas.

—O al menos, no pensar en el trabajo.

Colton asintió:

—Más o menos. Estaba pensando en Browning.

—Me suena su nombre. He visto unos correos suyos pidiendo actualizaciones.

—Browning es mi mentor. Lleva unos veinte años en *Whitley Biotech* y conoce el negocio al dedillo.

—¿También trabajó con tu padre?

—Sí, pero en realidad era un buen amigo de mi madre. Después de que todo se torciera, fue como una figura paterna para mí. Estoy deseando presentártelo, aunque últimamente casi nunca está en la oficina.

—Me encantaría conocerlo —dije con sinceridad; me pareció un gesto muy bonito que quisiera presentarme a su mentor.

Unos minutos más tarde, llegamos a la cascada. Era preciosa, pero no pude evitar sentirme un poco decepcionada: pensaba que el camino nos llevaría más tiempo. Quizá hubiese otros senderos para recorrer luego.

Colton se colocó detrás de mí y me rodeó la cintura con los brazos mientras contemplábamos el agua caer. Había bastantes excursionistas a nuestro alrededor, y seguía llegando más gente. Pero estábamos acurrucados en un rincón entre la vegetación, un poco protegidos de las miradas.

—Gracias por traerme aquí —murmuré.

—Como dijiste que te gustaba ir de acampada con tus padres, pensé en este sitio.

—Gracias por escucharme.

—No tienes que darme las gracias por eso.

—Creo que nunca he salido con alguien que me prestara realmente atención —dije con una tímida risa.

Colton me dio la vuelta:

—¿Qué quieres decir?

—Para mi último novio, yo era como una especie de decorado. Nunca tenía tiempo para mí, por mucho que yo me empeñara en organizar planes. A decir verdad, no sé ni para qué estaba conmigo.

—¿Por qué estabas tú con él?

—No sé… siempre he pensado que las relaciones amorosas requieren esfuerzo. Después del chico al que pillé con Tinder, salí con otro que ni siquiera se acordó de mi cumpleaños.

—¿Qué dices?

—No llevábamos mucho tiempo juntos, pero aun así me hizo sentir completamente insignificante, y tengo demasiado amor propio para permitir algo así. Él mismo admitió que yo no era una prioridad.

Forcé una gran sonrisa.

—¿Y eso no te molesta? —Colton parecía perplejo.

—Claro que me molesta. Pero no me gusta admitirlo… ni pensarlo demasiado.

—Zoey, está bien enfadarse si alguien no ha estado a la altura de tus expectativas.

—¿Crees que no tengo expectativas? —pregunté, frunciendo el ceño.

—¿Me equivoco?

Pensé mi respuesta, aún con el ceño fruncido, hasta que lo rodeé con los brazos, sin importar la cantidad de gente a nuestro alrededor. Quería estar cerca de él, y todo lo demás me daba igual. No solía hacer demostraciones de afecto en público, pero en ese momento quería que todo el mundo supiera que era mío.

—No lo sé. Siempre he pensado que es mejor no esperar nada para no decepcionarse. Y quizás por eso he elegido mal.

Colton asintió y me pasó los dedos por el pelo. Parecía que le encantaba acariciar mi cabello.

—No sé qué decirte. La última relación que tuve fue hace años, y ni siquiera recuerdo cómo terminó.

—Pero tú no eres de los que creen en el amor, ¿verdad?

Me soltó y nos sentamos en una de las grandes rocas secas. Me gustaba oír el sonido del agua.

—La verdad es que he dedicado mi vida a *Whitley Biotech*. Y tras la ruptura de mis padres, casarme nunca ha sido algo prioritario.

—Lo entiendo. —Ver cómo tu familia se desmorona, deja profundas cicatrices—. ¿Sabes qué es curioso? Mis padres son muy felices y están enamorados, aún así nunca he soñado con una gran boda ni fantaseado con la pareja ideal. No estoy segura de que

siempre sigamos el ejemplo de nuestros padres. Yo también me centré en mi carrera: quería tener una buena situación económica antes de plantearme tener una familia. —Decir eso en voz alta hizo que me diera cuenta de que quizá estaba *marcada* por ciertas experiencias de mi infancia—. Adoro a mis padres, pero quiero que mis hijos tengan estabilidad económica. Eso siempre nos ha pesado mucho a mis hermanos y a mí. Quiero darle a mis hijos lo que quieran y necesiten, dentro de lo razonable.

Colton sonrió. Descrucé las piernas, aún atenta a su expresión.

—Eres un sol, Zoey.

Abrí la boca, pero no llegué a responder porque un chorro de agua helada me sobresaltó. Me puse en pie de un salto. Colton también.

En menos de un segundo, se puso delante de mí y se llevó la peor parte del aguacero. Varios adolescentes se reían: habían empujado a uno al agua, y no le hacía ninguna gracia. Gritaba que iba a pillar una neumonía.

No me gustaría estar en su lugar. El agua tenía una pinta increíble, pero estaba demasiado fría como para bañarse.

Colton y yo nos alejamos del borde. Cuando se dio la vuelta, no pude evitar sonreír: la camiseta se le pegaba al torso, marcándole los abdominales.

—Estoy flipando con lo increíblemente atractivo que estás empapado. No consigo ni sentir pena por ti.

—¿Ah, no sientes pena por mí? —comentó entre risas.

—Ni un poco.

Me humedecí los labios, intentando mantener las manos quietas. Estaba claro que no podía lanzarme a por él ahí mismo, aunque nadie pareciera prestarnos atención.

—Creo que será mejor que volvamos —dije—. No quiero que te pongas malo.

Sonrió, pero no dijo nada. Probablemente me había pillado: quería su cuerpo sexy para mí. Pero, en mi defensa, también quería que se pusiera ropa seca.

Una vez en el coche, encendió la calefacción.

—Jo, ya te estás secando —dije, haciendo pucheros.

—¿Quieres que me eche una botella de agua en la cabeza?

Le di un golpecito en el hombro:

—Es culpa tuya por ser tan sexy… Me estás dando muchas ideas. ¿Nos vamos a casa? —pregunté ansiosa.

—No, pero me gusta saber que eso es lo que te apetece hacer ahora —dijo con una sonrisa.

—Entonces, ¿a *qué* estamos esperando? —pregunté.

Una vez más, me sentía indecisa. Por un lado, quería ver qué más tenía planeado; por otro, quería estar a solas con Colton. Después de compartir cosas tan íntimas junto a la cascada, me sentía más unida a él.

Encendió el motor y, mientras el coche avanzaba, me fijé en la dirección que había introducido en el GPS de su teléfono y pregunté:

—¿Vamos a Salem?

Me guiñó un ojo:

—Sí. Dijiste que querías ir.

Una oleada de calor invadió todo mi cuerpo. Las sensaciones eran tan confusas que ni siquiera podía explicar lo que estaba pasando. Nunca había sentido algo así.

—Gracias —dije—. No pensé que eras el tipo de persona de hacer planes espontáneos.

—No es propio de mí, pero hago lo que puedo por ti.

Me pasé el resto del trayecto buscando información sobre Salem y dándole la lata con los detalles. No podía ocultar mi emoción; prácticamente bailaba en el asiento.

Cuando llegamos miré el sitio con curiosidad. No podía evitar asociar Salem a los juicios por brujería, y se me erizó el vello de la nuca. Pasamos por delante de una preciosa floristería dentro de un edificio de madera rosa, pegado a otro de color blanco, que a su vez, colindaba con otro de color rosa.

—Mira ahí arriba: globos aerostáticos. Siempre he querido subirme a uno.

Incluso pasamos por delante del Museo de Brujas de Salem, un edificio de estilo gótico con una verja de hierro forjado.

—¿Por dónde quieres empezar? —pregunté—. Hay visitas guiadas a pie que salen a cada hora, pero quizá deberíamos ir primero al museo. Más tarde estará petado, ya había cola cuando pasamos por delante.

—Al museo entonces.

Encontró aparcamiento fácilmente. Después de salir del coche, inspeccioné su camiseta. Maldita sea, ya estaba seca. Pero tendría muchas oportunidades de verlo desnudo más tarde.

Fuimos directos al museo e hicimos la cola. Colton me rodeó con un brazo, y yo sonreí y moví las caderas contra su cuerpo para provocarlo. Él soltó un gruñido, apenas un murmullo, pero lo oí perfectamente.

¿Puede ser la vida más maravillosa?

Estaba dando un paseo inesperado con un hombre extraordinario, a pesar de que esa misma mañana había estado profundamente preocupado por su abuela.

—¿En qué estás pensando? —preguntó.

—Que eres un hombre extraordinario —susurré.

—¿De verdad piensas eso?

—Claro que sí. Eres perfecto.

Se puso un poco rígido y respondió:

—Me gusta hacerte feliz.

—¿Ves? Por eso eres perfecto —volví a susurrar.

No sabía definir qué sucedía entre Colton y yo, pero era mucho más que un rollo. Y estaba feliz como una perdiz.

Capítulo Diecinueve

Zoey

No estaba en mi naturaleza ser una persona soñadora. Y sin embargo, durante las últimas semanas, me sentía todo el día en la luna… incluso en la oficina. *Especialmente* en la oficina. Con tan solo oír la voz de Colton perdía la concentración. Si, por accidente, lo veía, dejaba de soñar despierta y el corazón se me aceleraba… igual que el estómago.

Una tarde, decidí hacer algo atrevido. Colton había bloqueado su calendario con el rótulo "investigación científica" hasta última hora. Me había dicho que ese era el código que utilizaba cuando quería trabajar sin interrupciones. Pero tuve la corazonada de que no le importaría que yo lo hiciera. Haría que valiera la pena.

En una de mis pausas para el café, busqué en Google tiendas de lencería cerca de la empresa. Llevaba ropa interior de encaje, pero necesitaba el toque final: unos ligueros.

Encontré una tienda a solo cinco minutos. Salí corriendo poco antes de que cerraran. *Ojalá tengan ligueros.*

Había tenido un sueño muy erótico, con el laboratorio como telón de fondo. Para mi inmensa alegría, encontré un par de ligueros negros. Cuando volví a mi despacho, el resto del personal ya se había marchado.

Hora de poner en marcha mi plan.

Cerré la puerta de mi despacho y me puse los ligueros. Nadie diría que llevaba algo tan sexy puesto porque mi imagen era completamente profesional.

Comprobé mi aspecto antes de salir de mi despacho, por si alguien aún seguía allí. Entonces entré en la oficina de Colton, pero no estaba.

¡Sí! Definitivamente era mi noche de suerte. Apostaba a que estaba en el laboratorio… y allí podríamos tener una espectacular sesión de sexo prohibido.

Caminé a paso ligero hacia el ascensor, siempre pendiente de mi atuendo, mientras bajaba un piso y cogía el pasillo hasta el

laboratorio. Llamé tres veces a la puerta. Nadie contestó.

Llamé de nuevo, pero me encontré con el silencio más absoluto. Pegué la oreja a la puerta. No se oía nada. Era evidente que no estaba.

El único sitio donde podría estar, aunque no entendía por qué, era en una de las salas de reuniones. Tenía espacio de sobra en su despacho, pero una vez mencionó que le gustaba cambiar de sitio para activar el cerebro. Quizá necesitaba un cambio de aires.

Volví a subir las escaleras, sudando la gota gorda, y tuve que parar para reajustarme el liguero. Uno se había caído. Con las prisas, me di cuenta de que me sudaban las palmas de las manos. Me enderecé y me dirigí a la sala de reuniones más grande, caminando con pasos rápidos. La puerta estaba cerrada.

¡Lo sabía! Colton estaba dentro.

Moví las caderas, esbozando una sonrisa seductora, y abrí la puerta de par en par.

Para mi sorpresa, me encontré cara a cara con todos sus hermanos y medio hermanos.

Colton levantó la vista:

—Zoey, ¿pasó algo?

¡Mierda! Esto no me lo esperaba. No sabía si mi cara de póquer era convincente.

—Ho-hola —tartamudeé—. No sabía que tenías una reunión. Tu calendario ponía "investigación científica".

—Hola, Zoey —dijo Jake.

—¡Hola a todos! —Cualquier otro día me pondría a conversar, pero en ese momento me moría de la vergüenza. Ellos desconocían la intención de mi visita… pero yo sabía muy bien cuál era—. Os dejaré continuar con vuestra reunión.

—Un momento, ¿por qué has venido? ¿Necesitabas algo? —preguntó Colton.

Tragué con fuerza. *No te sonrojes, Zoey*.

—Nada urgente, puede esperar a mañana. Que tengáis buena tarde.

Hubo un coro de "buenas tardes" cuando cerré la puerta y exhalé un suspiro de alivio.

Incendio apagado.

***

Colton

Me quedé mirando la puerta incluso después de que Zoey la cerrara. Me moría de ganas de ir tras ella. Tenía el presentimiento de que había venido por un motivo, y quería saber cuál era.

—Tierra llamando a Colton —dijo Jake.

Aparté la mirada de la puerta. Había reunido a todos en mi empresa y no quería hacerles perder el tiempo, pero aun así, no podía sacar a Zoey de mi cabeza.

—Dadme un momento —dije. Saqué mi móvil y le envié un mensaje.

Colton: ¿Va todo bien?

Puse el teléfono sobre la mesa con la pantalla hacia arriba para poder ver las notificaciones. Luego me centré en mis hermanos que estaban sentados a la mesa.

—Gracias por haber venido —comencé.

—No podíamos decir que no a una invitación del calendario, ¿verdad? —dijo Maddox con humor.

—No le hagas caso a Colton —dijo Gabe—. Le gusta hacer las cosas a su manera.

—Basta de cháchara —dije.

—Tío, no hemos ni empezado —protestó Nick.

—Sí, pero quiere hacerlo rápido —dijo Maddox.

Gabe le guiñó un ojo:

—Tiene a alguien esperándole. Ya te digo yo que Zoey no ha venido aquí por trabajo.

Spencer y Gabe se apresuraron a bromear, como de costumbre. Cade se aclaró la garganta. No era fácil saber cómo reaccionaría: a veces se lo tomaba con humor, pero otras, se ponía muy serio.

Maddox miró a Leo y Nick, arqueando una ceja. Nick se aclaró la garganta y Leo levantó las manos en defensa propia. Estaba claro

que Maddox se imponía a sus hermanos pequeños. Aún no había pasado suficiente tiempo con él para entender la dinámica.

Miré fijamente a mi hermano menor:

—Ni se te ocurra hablar de Zoey. No pienso soltarte ninguna información íntima.

Jake se aclaró la garganta:

—Hemos venido a hablar de otra cosa.

Le agradecí que pudiera ser la voz de la razón cuando yo no podía.

Spencer se pasó una mano por el pelo:

—Sí, por favor, que sea rápido. Llevo dos noches sin dormir. Ben ha tenido fiebre, así que mi capacidad de concentración es mínima. No puedo malgastarla en bromas estúpidas.

Maddox asintió:

—Bien, todos estáis al tanto del correo de papá, ¿no?

—¿Has hablado con él? —le pregunté.

—No, les he dicho a todos que decidiríamos juntos cómo seguir adelante, y eso es exactamente lo que estoy haciendo. No quiero que piense que puede enfrentarnos unos a otros —dijo Maddox.

—¿Por qué crees que te ha contactado a ti? —preguntó Cade.

Maddox se encogió de hombros, mirando a Nick y Leo:

—Creo que porque fui el último que se comunicó con él. Me puse en contacto una vez… hace mucho tiempo. Ni siquiera sé por qué lo hice. De todos modos, después de eso, nunca más quise tener noticias suyas.

—Yo digo que lo ignoremos por completo —dijo Jake.

—Coincido —añadí rápidamente. Nadie más parecía estarlo, porque no hubo asentimientos de aprobación alrededor de la mesa —. ¿Qué? ¿No estáis de acuerdo? —pregunté atónito—. ¿Queréis ayudarle?

—No —respondió Gabe, y miró a Leo, Maddox y Nick. Sospechaba que ya lo habían hablado entre ellos. Mi hermano menor estaba tan unido a nuestros hermanastros como a nosotros—. Pero creemos que, si lo ignoramos por completo, existe el riesgo de que se ponga en contacto con los abuelos.

—Ese es el miedo que yo tengo —dijo Maddox.

—¿Estamos seguros de que no lo ha hecho todavía? —preguntó Cade bruscamente.

Me sorprendió que no estuviera de mi lado y del de Jake. Se había tomado muy mal la infidelidad de nuestro padre.

—La abuela no ha dicho nada —respondió Jake—. He intentado sonsacarle información, pero parece que no oculta nada. ¿Entonces pensáis que deberíamos darle dinero sin más? —Parecía indignado, al igual que yo.

Maddox apoyó la cabeza en una palma, mirándonos de reojo antes de enderezarse:

—Creo que debería hablar con él.

—¿Qué dices? —preguntó Nick, claramente sorprendido—. Eso nunca lo habías dicho.

—Me escribió a mí, y lo lógico es que yo hable con él. En realidad quiero saber para qué necesita el dinero. ¿Piensa reinvertirlo? ¿Pagar deudas? No lo sé.

—¿Qué te hace pensar que será sincero contigo? —preguntó Gabe. Parecía preocupado; nunca lo había oído hablar así.

—No sé si me dirá la verdad —respondió Maddox, frunciendo el ceño—. Pero no creo que haya nada de malo en preguntar. No pienso entregarle dinero sin más.

—Si fuese por mí, no le daría ni un duro —afirmé, aunque con menos convicción que antes.

¿Y si acudía a nuestros abuelos para buscar ayuda? No entendía cómo un hombre adulto era capaz de pedirle dinero a sus hijos. Pero eso era precisamente lo que él estaba haciendo.

—Mira, lo último que necesitamos es que arme jaleo —añadió Nick, poniendo ambas manos sobre la mesa y entrelazando los dedos—. He consultado los medios de comunicación australianos, y al parecer no está causando problemas allí, gracias a Dios. Pero ya sabéis cómo son: si se enteran incluso de un simple rumor sobre él, podría perjudicarnos.

—Tienes razón.

No había pensado en eso. Todos nos habíamos partido el lomo para restaurar la reputación de *Whitley Industries*. No quería

que nada echara a perder lo que habíamos construido, pero no se me ocurría ninguna solución.

Spencer bostezó:

—Pensé que llegaríamos a algún consenso.

—Spencer, vete a casa a dormir —le dije—. No creo que tomemos una decisión esta tarde. En tal caso, te lo haré saber.

Se levantó inmediatamente de la silla:

—Estaré de acuerdo con lo que elija la mayoría. No estoy de ánimo para procesar todo esto ahora.

Lo entendía. Tenía un niño pequeño y poca energía. Nuestro hermano tenía que ocuparse de lo realmente importante.

Una vez que salió, Jake se levantó de la silla y se paseó por la habitación, mirando por la ventana:

—Yo digo que hagamos lo que haga falta con tal de que no se meta en la vida de nadie.

—Estoy de acuerdo —dije a regañadientes.

Maddox asintió:

—Vale. Aún así, no tenemos mucha información, y me gustaría hacer primero algunas comprobaciones. También le diré que he hablado con todos vosotros, para que no se haga ilusiones.

—Bien —dijo Gabe.

—Voy a llamarle ahora mismo —dijo Maddox, que se llevó inmediatamente el teléfono en la oreja.

Como no podía hacer otra cosa que esperar, me puse a revisar los mensajes. Tenía uno de Zoey.

Zoey: Quería sorprenderte con una propuesta indecente… ¡pero no pude ser más inoportuna!

¡Joder! Respiré hondo y solté el aire con fuerza. Maldita sea, no podía creer que estuviera allí, atrapado en esa maldita reunión, mientras ella me esperaba. *¿De qué iba la propuesta indecente?*

Colton: ¿Sigues en la oficina?

Ella respondió de inmediato.

Zoey: No, ya estoy en casa, y a punto de irme a la cama a dormir. Ha sido un día larguísimo. Ven mañana por la mañana si te apetece :)

Una oleada de decepción me invadió. Dejé el teléfono a un lado y miré al grupo. Cade me observaba con expresión suspicaz, alzando las cejas de forma inquisitiva.

—Así que teníamos razón.

—No empieces —le advertí.

Maddox bajó el teléfono, negando con la cabeza:

—No contesta. Sugiero que nos vayamos y dejemos a Colton con sus asuntos. Me pondré en contacto con vosotros en cuanto sepa algo de él.

—Me parece bien —dije.

Jake y Cade intercambiaron miradas. Gabe sonreía y Nick silbó.

—Me alegro por ti —dijo Leo al cabo de un rato, y junto a Nick, fueron los primeros en levantarse de la mesa.

Acto seguido, todos los demás se levantaron y se fueron.

Le envié otro mensaje a Zoey:

Colton: ¿Todavía despierta?

Salí de la sala de reuniones con la intención de ir directamente a su apartamento. Pero como ella no respondió, di por sentado que estaba dormida. Maldita sea, necesitaba verla esa noche, y contarle lo de la reunión. No solo para explicarle el motivo por el cual no había podido recibirla, sino también porque quería compartir con ella lo que estaba pasando en mi familia.

En lugar de eso, me dirigí al laboratorio. Tenía demasiada energía para dormir y podía aprovechar ese subidón para trabajar.

Capítulo Veinte

Zoey

Hice un estiramiento de caderas y brazos, mientras tomaba mi primer café de la mañana. No podía creer que me hubiera quedado dormida a las nueve. Qué bien había descansado.

Colton llegaría pronto. Ya tenía un mensaje suyo cuando me desperté; lo había enviado bastante tarde, lo que significaba que se había acostado pensando en mí.

Quería enseñarle con todo detalle de qué iba mi propuesta indecente.

Después de tomarme el café, me puse los ligueros bajo el vestido rosa satinado. No era apropiado para la oficina, sino más bien un vestido de fiesta, pero aun así no se veían los ligueros a menos que me agachara, cosa que no pensaba hacer.

A las nueve y veinte de la mañana, sonó el timbre. Por costumbre, eché un vistazo por la mirilla, pensando que era Colton, y me quedé atónita.

Mierda. Eran mis hermanos.

Di un paso atrás y me miré rápidamente en el espejo. Si abría la puerta con un vestido así de sensual a primera hora de la mañana, sospecharían de inmediato. Corrí al baño, cogí mi mullida bata color granate y me la puse por encima.

Joder. Aún se veía la parte superior del vestido. No serviría.

El timbre volvió a sonar.

—¡Un momento! —grité.

Corrí a mi dormitorio, me quité el vestido, me puse lo primero que cogí, que era un vestido de algodón de estar en casa, y me volví a poner la bata.

Solo tenía que asegurarme de no desabrochar el cinturón porque ese vestido era demasiado corto y se me veían los ligueros. Lo último que hice antes de abrir la puerta fue mandarle un mensaje a Colton.

Zoey: Mis hermanos han aparecido por aquí inesperadamente. No vengas todavía o te comerán vivo. Te

mandaré un mensaje cuando se hayan ido.

Puse el móvil en la consola junto a la entrada antes de abrir la puerta de un tirón. Dean sostenía tres tazas de café, y Alex bolsas con bollería que olían de maravilla.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunté.

Dean buscó con la mirada detrás de mí:

—¿Estás escondiendo a alguien?

—No —dije rápidamente. En parte, sí estaba ocultando algo, pero no de la manera que él pensaba.

—Queríamos darte una sorpresa, y te hemos traído el desayuno.

—Sí, hace tiempo que no nos ponemos al día —dijo Alex.

—Pasad —dije con voz nerviosa.

—¿Seguro que va todo bien? —preguntó Dean.

Asentí y los invité a pasar al salón.

—Voy a coger unos platos —dije.

Cogí tres de la cocina, los llevé al salón y los puse sobre la mesa de centro que también utilizaba como mesa para comer. Cuando me senté, me ajusté la bata para que me cubriera por completo. *¿Por qué no me había quitado los ligueros?* Mi cerebro no funcionaba bien esa mañana.

—Gracias por traer el desayuno.

—Pareces descansada —dijo Dean.

Asentí:

—Anoche me dormí muy temprano.

—Bueno, ¿cómo va el trabajo? —añadió Alex.

—Todo bien.

—¿Whitley te está tratando bien?

Tragué saliva:

—Podría decirse que sí.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Dean.

Miré a mis hermanos con una sonrisa:

—Estamos saliendo.

—¿Por qué no nos lo has contado antes? —preguntó Alex.

Cogí un dónut de una de las bolsas y lo puse en mi plato:

—Porque es muy reciente.

—Queremos conocer a tu novio —dijo Dean.

Parpadeé y dejé el plato en el suelo:

—No quiero que os refiráis a él como mi novio, ¿vale?

—Joder, lo sabía. Se está aprovechando de ti —dijo Alex, poniéndose en pie y empezando a deambular por el salón.

Ni los dónuts ni todas las cosas ricas que había traído parecían importarle. *Mejor*. *Más para mí*.

—No, no es así —dije pacientemente—. Estoy muy contenta con cómo están las cosas ahora mismo. Y no quiero precipitarme —añadí antes de encogerme de hombros.

—Quiero hablar con él —dijo Alex.

—Claro que sí… ¿te parece bien dentro de mil años?

Crucé y descrucé las piernas antes de darme cuenta de que no debía hacerlo. Volví a cubrirme rápidamente. Por suerte, mi hermano no se había dado cuenta.

El timbre sonó justo cuando estaba a punto de coger un segundo dónut. Me quedé helada.

—¿Estás esperando a alguien? —preguntó Dean.

Por favor, que sea el cartero. Por favor, que sea el cartero.

¿Había olvidado pulsar "Enviar" cuando le escribí el mensaje de texto?

Tragué saliva, me levanté del sofá y me dirigí directamente a la puerta, mirando por la mirilla. Sí, era Colton.

Esto será un baño de sangre.

—¿Quién es? —preguntó Alex.

—Parece que se cumplirá tu deseo después de todo —dije—. Es Colton.

Hablé en voz alta con la esperanza de que Colton pudiera oírme al otro lado de la puerta, y luego la abrí de golpe. Parecía agotado y llevaba una bolsa azul de regalo.

—¿Qué haces aquí? —pregunté—. ¿No recibiste mi mensaje?

Sus cejas se alzaron:

—No, me he quedado sin batería.

—Mis hermanos están aquí —dije en voz baja.

Y cuando dije "aquí", significaba que estaban justo detrás de mí. Parecía que se habían teletransportado desde la sala de estar.

Colton los miró al entrar. Los ojos de Alex y Dean fueron directos a la bolsa azul que él dejó sobre la mesa.

—¿Qué es eso? —le pregunté.

—Un regalo para ti.

Di una palmada y sonreí ampliamente:

—Lo abriré más tarde. Colton, estos son Alex y Dean.

—Encantado de conoceros —dijo Colton.

Para mi alivio, se comportaron bien mientras se presentaron. Luego fuimos todos al salón.

—Han traído el desayuno. Coge lo que quieras —le dije a Colton.

—No tengo hambre —respondió—. He comido algo de camino desde la oficina.

Le miré fijamente:

—¿Por qué estabas en la oficina?

—Me quedé trabajando en el laboratorio hasta altas horas de la noche y acabé durmiendo allí.

Me quedé con la boca abierta. Eso explicaría por qué parecía un poco demacrado. Pensé que era por la sorpresa de encontrarse con mis hermanos. En cuanto nos quedáramos solos, pensaba colmarlo de mimos.

—Colton, mi hermana nos dijo que estáis saliendo, pero te niegas a que te llame su novio. ¿Te importaría explicarnos cómo eso no es aprovecharse de ella? —preguntó Alex.

Casi se me cae el dónut.

—¡Alex! No puedes decirle eso —protesté.

Colton se aclaró la garganta, me cogió la mano y me besó el dorso:

—Déjamelo a mí.

Vaya, eso no me lo esperaba. No tenía ni idea de cómo iba a reaccionar, pero imaginé que o bien saldría corriendo o acabaría soltándole un puñetazo a mi hermano.

Miró a los dos con calma:

—Zoey y yo queremos ir paso a paso. El día que me diga que quiere que sea su novio, estaré encantado de gritarlo a los cuatro vientos. Pero hasta entonces, estamos bien así. Entiendo que como

hermanos queráis protegerla. Pero quiero que tengáis algo claro: jamás me aprovecharía de ella.

Mis hermanos parpadearon, sorprendidos.

Alex asintió:

—Vale, es una explicación razonable.

—No me lo puedo creer —dije—. ¿Por qué os estáis comportando así?

—Solo queremos cuidar de ti, Zoey —dijo Dean en tono suave.

—Pues no voy a tolerarlo —respondí.

Colton se rió entre dientes.

—¿Qué? —le pregunté.

—No tengo hermanas, pero si las tuviera, haría exactamente lo mismo que ellos.

—Me alegra oír eso, tío —dijo Alex, con una voz más amistosa que antes.

¿En serio? ¿Con eso ya les bastó para aflojar con Colton?

Por otro lado, prefería conformarme con lo que había y no buscarle tres pies al gato.

—Bien, creo que ya nos pondremos al día en otro momento —dijo Dean.

Alex pareció a punto de replicar, pero Dean lo frenó con una ceja arqueada.

—Sí, no desaparezcas del mapa, Zoey —añadió Alex.

—¡Siempre estoy para vosotros! —protesté, aunque sabía que los había tenido un poco abandonados desde que había empezado a salir con Colton. Pero pensaba arreglarlo.

Colton y yo fuimos con ellos a la puerta principal y la abrí rápidamente, porque no quería que cambiaran de opinión. Adoraba a mis hermanos, pero ese día estaban insoportables.

Cuando se fueron, cerré la puerta y sonreí a Colton:

—Lo siento mucho.

—No tienes nada de qué disculparte.

Miré detrás de él la bolsa que contenía mi regalo:

—¿Puedo abrirlo?

—Claro, lo compré para ti.

—Que hayas aparecido con un regalo te ayudó a ganar puntos con mis hermanos.

Se rió entre dientes:

—A la única que quiero ganarme es a ti.

Abrí la bolsa y me quedé sin aliento:

—¿Me has comprado algo en Tiffany's?

—Pasé por allí y en cuanto lo vi pensé que te quedaría genial.

Le miré de reojo:

—¿Pasaste por Tiffany's y me compraste algo… así, sin más?

Con los dedos temblorosos, deshice el nudo y desenvolví el papel con cuidado. Era tan bonito que no quería arriesgarme a romperlo. Abrí la caja y me encontré con un collar precioso, con cinco piedras en forma de lágrima, cada una de un color distinto.

—Me encanta.

—¿Quieres que te lo ponga?

—Sí. Gracias, Colton.

Tras engancharme el collar, lo miré en el espejo, y me desabroché el cinturón de la bata para poder ver cómo quedaba sobre mi piel:

—Colton, no tienes que comprarme regalos.

Se colocó detrás de mí, acercó su boca a mi oreja y me miró a través del espejo:

—Quería darte algo que te recordara a mí.

—Lo llevaré siempre —dije con una sonrisa. Era discreto, así que podría llevarlo incluso en la oficina.

Soltó un leve gemido, dando un paso atrás:

—¿Qué llevas puesto?

Me di la vuelta y me miré. Sí, con la bata abierta, los ligueros quedaban a la vista.

Me reí, relamiéndome los labios:

—Es una historia bastante cómica… Ayer, cuando aparecí en tu despacho, llevaba esto puesto con la intención de seducirte y… ya sabes. A decir verdad, el plan original era hacerlo en tu laboratorio.

Sus ojos brillaron y sus pupilas se dilataron:

—Continúa.

—Esta mañana me los puse para cumplir finalmente mi plan indecente. Pero entonces, mis hermanos se presentaron por sorpresa… y no me quedó otra que taparme con la bata.

Colton volvió a gemir y se acercó a mí:

—Así que todo esto es para mí, ¿no?

Asentí.

—Dilo —ordenó.

—Todo es para ti, Colton —susurré.

***

Colton

Parecía una diosa con el collar, el vestido corto y los ligueros.

—Eres la mujer más guapa del mundo —dije.

Abrió la boca y me acerqué para inclinarle la cabeza hacia atrás. Cubrí sus labios con los míos, besándola con lentitud, saboreándola, intentando calmar esa necesidad que llevaba arrastrando desde la noche anterior. El trabajo en el laboratorio no me había aportado ninguna satisfacción. Por primera vez desde que tenía memoria, el trabajo no había sido mi refugio. Necesitaba estar con Zoey.

Sabía a mermelada de albaricoque. Le quité la bata y le pasé los dedos por sus manos, los codos, hasta llegar a sus hombros. Busqué desesperadamente la cremallera del vestido, pero no lograba encontrarla en la espalda.

Al ver que estaba en un lateral, le bajé el cierre y el vestido cayó al suelo. Y cuando vi que llevaba un sujetador sin tirantes, solté un gemido. Era negro, igual que sus bragas, que se unían al liguero. Entonces lo noté: eran completamente transparentes.

—Joder, Zoey. ¿Llevabas puesto esto en la oficina?

Tragó saliva:

—Sí. Como te he dicho, mi plan original era seducirte en el laboratorio. Y para darle un toque aún más *picante*, me escapé a comprar los ligueros.

—Tenía muchas ganas de verte anoche… necesitaba estar contigo —confesé.

Zoey abrió los ojos, intensos y oscurecidos por el deseo, y se pasó la mano por su precioso cabello. Le caía sobre la espalda con un aire salvaje. Y estaba a punto de volverse aún más salvaje.

—¿Qué pasó? —preguntó.

—Me reuní con mis hermanos y hermanastros para hablar de nuestro padre. Maddox está intentando ponerse en contacto con él.

—¿Qué habéis decidido?

—Todavía nada. Nuestro objetivo es evitar que se comunique con nuestros abuelos. Después de que se fueron, te mandé un mensaje.

Hizo pucheros:

—Me quedé dormida.

Pasé mis pulgares por su clavícula y luego más abajo por su pecho hasta llegar a su sujetador.

—Por eso me pasé la noche en el laboratorio. Me ayuda a desconectar, y me tranquiliza.

—¿Pero anoche no funcionó?

—No, te necesitaba a ti.

Ella jadeó, y puso ambas manos en mi cara:

—Colton, siempre estoy para ti. Si vuelve a ocurrir algo así, y de verdad lo digo, no dudes en venir a mi casa y despertarme. Te prometo que no me importará.

—Joder, no digas eso dos veces o me lo tomaré en serio.

—Eso es lo que quiero que hagas —dijo.

Volví a besarla, con el deseo de estar lo más cerca posible de ella y acariciar su cuerpo al completo. Necesitaba conducirla a otro lugar del apartamento o me la terminaría follando contra la pared, y no quería eso.

La llevé hasta el centro del salón y tropezamos con algo. Me aparté de un salto y la sostuve con una mano en la parte baja de la espalda.

—Ups —dijo riendo. Casi tiramos la mesa.

—¿Te has hecho daño? —pregunté.

—Para nada.

Tenía que quitarle toda esa lencería.

—Estás muy sexy con estos ligueros, pero lo único que quiero es arrancártelos.

Me arrodillé para desabrocharle el liguero y tiré de las medias hacia abajo. Luego la miré, saqué la lengua y la deslicé lentamente sobre la tela de sus bragas.

Zoey jadeó, y puso las manos sobre mi cabeza, en un intento de controlarse.

—Colton —susurró—. Podrías haberme avisado.

—No, me encanta sorprenderte y pillarte con la guardia baja.

—¿Por qué? —murmuró, jadeando de nuevo mientras pasaba la lengua desde su entrada hasta el clítoris.

—Así no puedes adelantarte a mi próximo paso —dije mientras besaba la parte delantera de sus muslos.

—Mmm… eres un experto en darme placer.

Ya la había provocado lo suficiente. Ahora quería saborear su piel desnuda. Le bajé las bragas de un tirón y me puse de pie. Ella se llevó una mano a su espalda, pero la detuve:

—No, quiero hacerlo yo.

Dejó caer las manos y las apoyó en los costados. Encontré el cierre con facilidad y desabroché el sujetador. Como no tenía tirantes, cayó instantáneamente y sus pechos quedaron al descubierto. Le aparté el pelo que le cubría el seno izquierdo, y llevé los pulgares a sus pezones.

Meció las caderas de un lado a otro, y cuando le acaricié los pezones, sus gemidos se convirtieron en jadeos.

Sonreí con picardía. Al segundo siguiente, sus manos me estaban desabrochando el cinturón y bajándome los pantalones.

Tomé el relevo para acelerar el proceso. Necesitaba quitarme toda la ropa. No me bastaba con besarla y tocarla: deseaba tanto sentir el contacto de su piel. Mi deseo por ella era profundo y envolvente. Tampoco sería suficiente con hacerla mía una vez, pero teníamos todo el día por delante.

—Alguien tiene prisa —dijo cuando me deshice de los pantalones y los calzoncillos. También me despojé de mi camisa.

—Así es. Estoy loco por ti —dije.

Empecé a besarle los hombros, al tiempo que la hacía retroceder hasta que llegamos a la pared del salón. De un lado había una estantería con libros, al otro, una planta. Continué besándola a lo largo de su cuerpo, pasando por las caderas y volviendo a subir. Quería acariciarle la entrepierna y los pechos al mismo tiempo, de modo que me agarré la polla para frotarla contra su entrada.

—Ohh.

Su voz tembló cuando empecé a trazar círculos alrededor de su clítoris.

Acaricié su pecho con mi mano izquierda. Me volvía loco que fuese más grande que mi palma.

Todos mis planes se fueron al garete cuando Zoey inclinó las caderas y me introduje un centímetro dentro de ella. Estaba perdido. Un gruñido me desgarró, y entonces la penetré del todo. Necesitaba cambiar de posición. Quería hundirme en ella hasta el fondo, pero no quería hacerlo contra la pared.

Apoyé una mano en la estantería y empujé con fuerza, haciendo que los libros cayeran al suelo con un golpe seco. Zoey no dijo nada. La levanté por las caderas, sin salirme de ella.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Sí, pero quiero sentirte más adentro.

Llevó su mano debajo de su rodilla izquierda, para levantar la pierna flexionada. De repente, vi como mi polla desaparecía literalmente dentro de ella.

—¡Colton! —gritó.

Le puse una mano en la parte baja de la espalda y la otra en la nuca, mientras enterraba la nariz en su pelo y saboreaba su cuello. Eso era exactamente lo que quería: estar dentro de ella y envolverla. Quería saciarme de placer, pero empezaba a darme cuenta de que eso nunca sería posible. No importaba cuántas veces la tuviera, siempre necesitaría más y más.

Empecé a embestirla, absorbiendo sus suspiros de placer. Zoey empezó a sudar. La piel de su nuca se humedeció.

Joder, sí. Todo por mí.

Aumenté el ritmo, ciego de deseo. La sensación de su coño apretándome la polla era increíble.

De repente, un sonido llenó la habitación y me quedé inmóvil.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó, y entonces me di cuenta de que el ruido venía de la estantería.

Levanté a Zoey y di un paso atrás justo antes de que se viniera abajo. Ella jadeó y luego se echó a reír.

—Te compraré una nueva —dije.

—Más tarde —murmuró y colocó su boca sobre la mía.

Volví a llevarla contra la pared. No podía hacer otra cosa. Mis embestidas se volvieron más frenéticas. Estaba desesperado por ella, persiguiendo mi liberación como un loco. Cuando Zoey me rodeó con las piernas, deslicé una mano entre nuestros cuerpos y presioné su clítoris con los dedos índice y corazón. No tardé un segundo en captar cada una de las pequeñas descargas que recorrían su cuerpo. No iba a durar mucho. Yo tampoco, pero el desenfreno de nuestros cuerpos me hizo sentir un nivel de conexión que no creía posible. Fue entonces cuando se contrajo a mi alrededor con tanta fuerza que por poco me caigo de rodillas. Explotó, jadeando, apretando los músculos, clavando los dedos en mis hombros, y presionando las uñas contra mi piel. Estaba desatada y me encantaba.

Bajé la mirada para no perderme detalle. Siempre era preciosa, pero en ese momento, desbordada de placer, lo era aún más.

Llegué al límite de forma inesperada. En un momento dado, la estaba observando, y al siguiente, el clímax me golpeó con una fuerza inusitada. Sacudí las caderas hacia delante como si ya no controlara mis embestidas. Me movía por puro instinto y necesidad. El alivio fue tremendo y, sin embargo, ansiaba más de ella.

Capítulo Veintiuno

Colton

El lunes por la mañana fuimos a visitar a mi abuela a su casa.

—¿No crees que puede ser agobiante para ella que la visitemos todos a la vez? —preguntó Zoey mientras nos acercábamos a la puerta principal.

—Hoy seremos solo nosotros dos. Nos hemos coordinado entre los hermanos para no desbordarla.

—¿Os habéis coordinado? Oh, ¡qué bonito! ¿Y cómo lo habéis hecho? ¿Habéis creado un grupo de WhatsApp?

—Ya tenemos uno.

—Es verdad. Lo había olvidado —contestó.

Luego palmeó la pequeña bolsa que llevaba en la mano mientras nos paramos delante de la puerta para llamar al timbre.

—Le he traído un pequeño regalo para animarla durante su recuperación. Espero que le guste.

—Maldita sea, ¿por qué no pensé en algo así? ¿Podemos decirle que es de parte de los dos?

—De ninguna manera —dijo ella—. Es mío y solo mío. Además, si le dijéramos que es un regalo de los dos, ella se daría cuenta de que no es verdad.

Era probable que Zoey tuviese razón. Y lo importante era que la abuela se quedaría muy contenta con ese amable gesto de ella.

El abuelo abrió la puerta:

—¡Hola, chicos! Me alegro de volver a veros.

—Lo mismo digo, señor Whitley.

—Por favor, llámame Abe.

—¿Cómo se encuentra? —pregunté algo brusco.

—Está muy bien.

—¿Ha bajado un poco las revoluciones?

—Sí. La tengo controlada. Intenta escaquearse con algunas cosas, pero no puede. La verdad, me lo estoy pasando en grande.

—¿Por qué? —pregunté, echando un vistazo a Zoey, que fruncía el ceño.

—Por venganza. Por lo mucho que ha estado encima de mí estos últimos años.

Miré a Zoey de reojo. Tenía la boca entreabierta. Aún le quedaban muchas cosas por aprender sobre mi familia, pero mis abuelos conseguían sorprenderme incluso en el presente. No sabía que tuviera un lado vengativo.

—¡Vamos! ¡No montéis la fiesta sin mí! —llamó mi abuela desde el salón, y nos dirigimos allí.

—¡Hola, Zoey! —exclamó cuando nos vio—. Oh, qué bien que hayas venido con Colton.

—Sí, quería ver cómo estabas —dijo Zoey—. Y te he traído algo —añadió, antes de entregarle la bolsa.

—¿Qué es? —preguntó.

—Mis novelas románticas favoritas. Las he leído un millón de veces. Siempre me levantan el ánimo, sobre todo cuando estoy enferma y no puedo hacer otra cosa que leer.

Zoey tenía razón: la abuela no se habría creído ni un segundo mi participación en el regalo.

—¡Gracias, Zoey! Todo el mundo me trae flores, y después no sé qué hacer con ellas. ¡Pero las novelas *sí* me mantendrán entretenida durante un tiempo!

—¿Cómo te sientes? —preguntó Zoey mientras la abuela sacaba un libro.

El abuelo echó la cabeza hacia atrás al ver al hombre de la portada casi desnudo. Me costó mucho esfuerzo no soltar una carcajada.

La abuela miró el resto de los libros tranquilamente, e iba levantando cada solapa como si su intención fuera escandalizar al abuelo —los protagonistas apenas llevaban ropa—, antes de colocarlos de nuevo en la pila.

—Me gustaría decir que me encuentro bien, pero si me excedo, me vuelven los dolores de cabeza. No puedo moverme mucho, aunque sí puedo leer. Por suerte, Abe no me deja sola ni un segundo.

—Pues eres muy afortunada —dijo Zoey—. Como no tenemos la costumbre de cuidar de nosotros mismos, es mejor que otra

persona lo haga por nosotros.

—Creo que nunca lo había pensado así —dijo la abuela—. Cambiando de tema, ¿os apetece algo de comer? He horneado *scones*.

—¿Te has puesto a cocinar? —pregunté, con una vena palpitando en mi sien.

—Jovencito, ese tono conmigo, no. El médico no dijo que estuviera en cama, todo lo contrario: el movimiento es importante para la circulación. Pero me aconsejó que me quedara en casa para minimizar el riesgo de accidentes. Al menos hasta que recupere fuerzas.

—Doy fe de que eso fue exactamente lo que dijo el doctor —intervino el abuelo—. Y Jeannie no se ha excedido—añadió rápidamente, anticipándose a mi siguiente pregunta.

Zoey me miró fastidiada. Tenía que bajar el tono o todos se volverían contra mí.

—¿Dónde están los *scones*? Voy a por ellos a la cocina. —se ofreció Zoey.

—Voy contigo —respondí.

La abuela asintió:

—Vale, Colton sabe donde están.

—¿Cómo es que lo sabes tan bien? —me preguntó.

Una vez fuera del alcance de mis abuelos, le respondí:

—Cada vez que ella preparaba una de sus elaboradas comidas, nosotros nos ocupábamos de recoger todo. Después de un susto con el abuelo, llegaron a tener ayuda en casa por un tiempo… pero no cuajó. Quizá ahora lo acepte de nuevo.

—No conozco tan bien a tu familia, pero creo que estás tensando demasiado la cuerda.

Me eché a reír:

—Creo que has dado en la tecla, aunque debo decir, que hoy los dos están más tensos de lo habitual.

Zoey hizo una mueca con los labios:

—Creo que es normal que estén nerviosos.

Los *scones* estaban aún dentro del horno caliente. Los pusimos en un plato y los llevamos al salón.

—¿Cuándo vienen el resto de tus nietos? —preguntó Zoey, sentada junto a mi abuela, que se iluminó ante la pregunta.

—Vendrán entre hoy y mañana. No sé por qué insistieron en venir todos por separado. Estoy en condiciones de estar en una reunión familiar.

—Sí, pero demasiado ruido y ajetreo pueden provocarte dolores de cabeza, ¿recuerdas? —dijo el abuelo.

Parecía realmente preocupado. Podía ser que los graciosos comentarios que nos había dicho antes fueran un mero intento de encubrir su preocupación. *Vaya, ¿cómo no me he dado cuenta?*

—Claro que lo sé —dijo mi abuela, pero no siguió rebatiéndole, lo que era señal de que estaba de acuerdo con él.

—¿Planeas irte de vacaciones o algo así? —preguntó Zoey—. Un poco de aire fresco te vendría bien, pero no sé si te han puesto restricciones para viajar.

—A decir verdad, el médico mencionó que no sería mala idea —dijo el abuelo.

—Estaba pensando en preguntarle a Jake si le importaría que fuéramos a Martha's Vineyard —añadió la abuela—. Pero dentro de unos meses. Ahora mismo no me apetece.

—¿Tiene un apartamento de vacaciones o algo así? —preguntó Zoey.

—Tiene una casa preciosa. La zona es muy tranquila, y el viaje es corto —respondí.

La idea empezaba a gustarme. En su propia casa, la abuela parecía estar poseída por la necesidad constante de hacer algo. Quizá una escapada le vendría bien para relajarse un poco.

—Estoy seguro de que Jake no tendrá problema —le dije—. Abuela, tengo que confesar que estoy muy orgulloso de ti. Te estás tomando esto más en serio de lo que pensaba.

—Por supuesto. Quiero mejorar rápido. Si no, ¿quién va a emparejar al resto de tus hermanos?

Zoey resopló y se tapó la boca:

—Lo siento. No es propio de mí. Me he quedado…

—¿Sorprendida? —terminé por ella.

—Sí.

La abuela hizo un gesto con la mano:

—Estos jóvenes no saben lo que les conviene. Cuando tengan mi edad, verán las cosas de otra manera, y se darán cuenta de que tener a alguien con quien compartir las alegrías y las penas es lo más bonito que te puede pasar en la vida.

Antes de conocer a Zoey, habría descartado lo que decía mi abuela como una idea nostálgica y un poco ingenua. No la habría tomado en serio. Sin embargo, ahora sabía al cien por cien que tenía razón. No podía imaginar mi vida sin Zoey.

—Jeannie, ni siquiera un percance médico parece distraerte de tu función de celestina —dijo Zoey, con una risa nerviosa.

—Cariño, es lo que me hace seguir adelante. A veces, por las mañanas, me levanto y pienso: "Jeannie, ya llevas casi un siglo en este mundo. ¿Qué puedes hacer para que este día sea diferente?". Entonces me doy cuenta de que aún me quedan cuatro nietos por emparejar, y me pongo manos a la obra.

—Jeannie, de verdad… —le advirtió el abuelo.

—Es inútil reñirla —repliqué.

La abuela silbó:

—¿Ves lo que te digo? Hasta Colton ha aprendido esa lección más rápido que tú.

Yo era el principal partidario de frenar el entusiasmo de la abuela. Pero tenía que reconocer que su *modus operandi* no era precisamente entrometerse, sino plantar una semilla. Le bastó con hablar con Zoey durante un minuto para darse cuenta de que ella era lo que yo necesitaba. Y reconozco que, sin la abuela para abrirme los ojos, habría seguido sin darme cuenta por mucho tiempo.

La abuela bostezó.

—Es hora de que nos vayamos —dije.

—Sí, claro —añadió Zoey, levantándose del sofá.

La abuela también intentó levantarse.

—No, no es necesario —le dijo Zoey—. Abe nos acompañará.

—Eso mismo. Quédate quieta, mujer, por favor. Ya has estado bastante de pie por hoy.

Parecía más estricto con la abuela que de costumbre, pero surtió efecto. Ella sonrió y nos saludó.

—Me alegro mucho de que hayáis venido —se despidió la abuela.

—Me alegro de que te encuentres mejor, Jeannie —respondió Zoey, con una sonrisa.

—Que tengas un buen día, abuela —saludé, y me incliné para besarle la mejilla antes de salir del salón.

Una vez en el vestíbulo, me volví hacia el abuelo:

—Oye, el servicio de limpieza que teníais cuando estabas enfermo…

—Estoy en ello —dijo bruscamente el abuelo, con voz firme—. Poco a poco.

—Abe, ¡no vayas por ahí hablando mal de mí! —gritó la abuela desde el salón.

—¡Madre mía! —exclamó el abuelo—. ¡No estoy hablando de ti!

—¡He oído algo sobre una empresa de limpieza!

—¡Estamos todos de parte del abuelo! —dije en voz alta.

—Ni se te ocurra hacerte el listo. Me las sé todas, ¿vale? Algunas hasta me las inventé yo.

Maldita sea. La había elogiado demasiado pronto. Era mucho más terca de lo que pensaba.

—Escucha. Tengo un plan —dijo el abuelo—. Pero tú mantente al margen.

—Lo haré —le aseguré.

—Sé cómo conseguir que Jeannie esté de acuerdo conmigo, pero necesito tiempo. Si le insisto demasiado, será peor.

—Estoy empezando a darme cuenta —murmuró Zoey.

—¿De qué seguís cuchicheando? —preguntó la abuela.

El abuelo retrocedió señalando la puerta.

Zoey se quedó en silencio cuando salimos de la casa.

—¿En qué estás pensando? —le pregunté.

—Que todos en tu familia sois muy entrañables. Me parece muy bonito que hagáis planes y cuidéis unos de otros.

—Imagino que tú estarás acostumbrada a lo mismo con tus hermanos.

—Es un poco diferente. Lo vuestro tiene raíces profundas, viene de generaciones. Lo mío es distinto: con mis padres fuera todo el tiempo, no hay forma de cuidar de ellos como quisiera.

—Y ellos no tienen la posibilidad de cuidar de ti—añadí.

Zoey se encogió de hombros, pero su mirada revelaba vulnerabilidad.

—Así es. Los echo mucho de menos, pero creo que también me ha ayudado a ser tan independiente, ¿sabes? Todo lo vivido me ha servido para llegar a ser quien soy. —Se apartó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—De todos modos, que sepas que es totalmente válido expresar tus sentimientos.

Entrecerró los ojos mientras nos apoyábamos en el coche:

—No quiero parecer una desagradecida o que estoy descontenta con mis padres y mi educación, porque no es así.

Me tomé un momento para pensarlo antes de decir:

—Creo que una cosa no quita la otra. Tuviste una buena infancia, sí, pero eso no quiere decir que además te hubiese gustado recibir más atención.

—Sí, creo que esa es la palabra correcta. Y no me había dado cuenta hasta ahora. No quiero parecer una quejica.

—No lo eres, para nada. —Le toque la sien y añadí—: Quiero saber todo lo que pasa aquí dentro. —Y acto seguido, señalé su corazón—. Y aquí.

Zoey tragó saliva antes exclamar:

—¡Gracias! —Las comisuras de sus labios esbozaron una pequeña sonrisa—. Pero guárdate todas esas cosas sensuales para ti, o no podré concentrarme en la oficina.

—No veo que sea algo tan grave.

—Sí que lo es. Porque tengo una llamada con mi jefe en una hora, y se supone que debo informarle… sobre ti.

—Mmm, ¿y qué le vas a decir, exactamente?

—Que estamos progresando. Es un buen resumen, ¿no? —sonrió.

Me incliné hacia ella y mordisqueé suavemente su cuello.
—Creo que te quedas corta.

Capítulo Veintidós

Zoey

Me gustaba tanto el collar que me regaló Colton que lo llevaba a la oficina todos los días. Como cada vez hacía más frío, empecé a usar vestidos de cuello alto, y el colgante quedaba oculto bajo la tela. Pero ese viernes en particular, llevaba uno con escote en V, y mi collar era muy visible. Lo llevaba con orgullo, así que cuando Sandra y yo salimos a comer, cosa que hacía tiempo que no hacíamos, ni pensé en esconderlo.

No dejó de mirarlo durante casi toda la comida y, al final, soltó:

—Disculpa que parezca entrometida cariño, pero tengo que preguntar. ¿Estás saliendo con un multimillonario?

—Esa es una pregunta bastante incómoda —respondí, echando la cabeza hacia atrás.

—Es de Tiffany's, ¿verdad?

—Sí.

—Debe costar como diez mil pavos.

Me quedé inmóvil.

—¿Qué? —No podía ser. Parpadeé varias veces, atónita.

—¿No lo sabías? —preguntó.

—No… no conozco los precios de las joyas —dije, con la voz cada vez más incrédula.

—¿En serio? Yo siempre busco todos los precios por internet.

No se me había ocurrido, pero pensé que debería empezar a hacerlo. De haber sabido cuánto costaba, no habría aceptado el collar por nada del mundo.

¿Cómo era posible que Colton hubiese desembolsado semejante cantidad de dinero por mí?

Sandra frunció el ceño:

—No pareces muy contenta.

—Ejem… —Me aclaré la garganta—. Es que… no sé. Es un regalo muy caro —respondí, mientras jugueteaba distraídamente con él—. De haberlo sabido, no lo habría aceptado.

—Está claro que a tu chico le gusta mimarte. Y como ese tipo de hombres no abundan, más te vale que lo disfrutes —dijo Sandra, con una simpática sonrisa.

Le dediqué una sonrisa tensa. Necesitaba hablar con Colton.

Sandra me habló de su novio durante el resto de la comida, pero mi mente seguía pensando en Colton. Apenas pude mantener la concentración en la oficina.

A medida que avanzaba la tarde, no pude aguantar más y le envié un mensaje. No había estado en su oficina en todo el día y había puesto "día de laboratorio" en el calendario.

Zoey: ¿Sigues en el laboratorio?

Cinco minutos después, respondió.

Colton: Sí. ¿Quieres venir aquí a hacerme compañía? Me queda un buen rato antes de irme.

No podía rechazar la oferta de ver a mi científico sexy en su bata blanca.

Apagué el ordenador, pues ya era tarde y no pensaba volver al despacho. Me apresuré a bajar al laboratorio, preguntándome cómo abordar el asunto. Necesitaba sincerarme con él, aún corriendo el riesgo de parecer una ingrata. No me entraba en la cabeza que hubiese soltado semejante cantidad de dinero sin… consultarme primero… Aunque claro, no tenía que consultarme en qué podía gastar su propio dinero.

Vaya, es más complicado de lo que parece.

La puerta del laboratorio estaba abierta, así que pasé.

—Ciérrala después de entrar —dijo Colton.

Había un par de pizarras cubiertas de fórmulas y varias soluciones químicas en frascos de cristal.

—¿Qué es eso?

—El director del departamento científico estuvo aquí hasta hace un momento, desarrollando una idea.

—¿Ya se ha ido?

—Sí —respondió Colton—. ¿Has venido por algún motivo en particular? —preguntó, mirándome fijamente.

Estaba jugando con mi collar y se dio cuenta de que algo no iba bien. Cambié el peso de un pie a otro. Era una sensación

extraña; normalmente no tenía problemas para expresar mis ideas, ni me andaba con rodeos.

—El collar te queda precioso.

—De eso quería hablarte —dije, mordiéndome el interior de la mejilla y pasando la mano sobre su bata blanca—. Hoy salí a almorzar con Sandra, y me comentó que cuesta una fortuna.

—¿Y? —preguntó con el ceño fruncido.

—Colton, el collar cuesta diez mil dólares.

—¿Y cuál es el problema?

—No sabía que fuera tan caro.

—¿Qué más da? Lo vi, supe que te encantaría y no me lo pensé dos veces. Por eso lo compré.

—¿Has soltado una pasta así como si nada? —pregunté para asegurarme de que entendía lo que estaba diciendo.

—Sí.

Por primera vez desde que Colton y yo empezamos a salir, me di cuenta de que teníamos conceptos muy diferentes sobre el dinero. En ese momento me estaba mirando como si no pudiera entender cuál era mi punto.

—No estoy acostumbrada a recibir regalos caros. Te lo agradezco mucho, pero no puedo aceptarlo. No lo habría aceptado de haber sabido lo que costaba.

Colton me acarició la mandíbula con la punta de los dedos:

—Zoey, el precio es lo de menos… Lo único que importa es que te gusta y te hace feliz… lo habría comprado por setenta dólares, o setecientos o el importe que fuera.

—Colton, hay que ver las cosas que dices…

—Y lo digo en serio. Te amo Zoey, y quiero darte todo lo que te guste.

Sonriendo, apoyé las manos en sus hombros y me lancé sobre él. Varios segundos después, oí el inconfundible sonido de una tela rasgándose. Él soltó una risa, me agarró por la cintura y me apoyó en la mesa más cercana.

—Esta ha sido mi apasionada manera de decirte que yo también te amo —dije—. No puedo creer que me haya roto el vestido. Algo pasa en este laboratorio.

Colton me besó con fuerza y con la misma pasión. Cuando profundizó el beso, separé las piernas y me desplacé hasta el borde de la mesa. El vestido se rasgó aún más, pero estaba demasiado perdida en Colton como para preocuparme. Sentir sus labios en mi boca y sus manos en mi cuerpo, me sobrecogió como nunca antes. Habíamos hecho cosas mucho más indecentes, pero eso era diferente. Más íntimo.

Colton soltó un gemido, y detuvo el beso:

—Salgamos de aquí.

—¿Pero no dijiste que tenías que quedarte hasta tarde?

—A decir verdad, tendría que quedarme a dormir aquí para averiguar por qué esta fórmula no funciona, pero no me apetece. Quiero pasar la noche contigo. El laboratorio y el trabajo tendrán que esperar a mañana.

—¡Pero qué rebelde estás! Parece que soy yo la mala influencia —bromeé.

—Antes, ni se me habría pasado por la cabeza salir del laboratorio en este punto del proceso, pero tú me estás cambiando.

—Eso me hace muy feliz —confesé, con una sonrisa.

Las cosas también estaban cambiando para mí. Antes de Colton, nunca había pensado en cómo sería mi vida dentro de diez o quince años, y menos con un hombre a mi lado. Pero con Colton, podía visualizarme a largo plazo.

Me veía entrando en su laboratorio, tomándolo de la mano y llevándolo a casa, donde nos esperarían nuestros niños para mimarlos.

¿Por qué estoy pensando esas cosas? Me daba miedo. Siempre había sido feliz con lo que tenía, pero de repente, soñaba con algo más.

Y pensar que todo había empezado con un beso y una falda rasgada.

Capítulo Veintitrés

Colton

A la mañana siguiente, me desperté más tarde de lo habitual. Instintivamente me giré hacia un lado, con la intención de contemplar a Zoey un rato antes de decidir cómo despertarla. Mi método favorito solía ser meterme bajo las sábanas, besarle el pecho, y para cuando llegaba a su vientre, ya estaba reaccionando.

Pero la cama estaba vacía.

Me levanté, abrí la puerta del dormitorio y oí su voz desde el salón. Sus cosas estaban esparcidas por todas partes, tanto que por un segundo pensé que alguien había entrado a robar. Luego fui al baño a cepillarme los dientes. Tenía productos para el pelo en un estante y cremas faciales en otro. Se notaba que pasábamos más tiempo en mi casa que en la suya. Y, joder, me encantaba. Nunca pensé que diría eso, pero me gustaba ver las pruebas de que Zoey vivía en mi casa.

Aunque en realidad no lo hiciera… *todavía*.

Después de asearme, fui directamente al salón.

—Me alegro de que hayas llamado —decía Zoey al teléfono.

En cuanto se fijó en mí, se le iluminó la cara con una enorme sonrisa. Me hizo un gesto y me di cuenta de lo que quería transmitirme. Asentí.

—Por cierto, Colton está aquí —dijo al teléfono. Supuse que hablaba con sus padres.

—Oh, ¿podemos conocerlo? ¡Hola, Colton! No te vemos —dijo una voz de mujer.

Zoey se rió entre dientes:

—Mamá, aún no está frente a la cámara.

Me senté a su lado y me concentré en la pantalla. Sus padres saludaban animadamente, mirando a cualquier parte menos a la cámara. Eché un vistazo a Zoey: negaba con la cabeza casi imperceptiblemente y tenía los labios apretados. Estaba claro que no se llevaban bien con la tecnología. Su padre me recordaba

vagamente a su hermano Alex, pero Zoey no se parecía en nada a su madre.

—Me alegro de conocerte por fin, Colton. Hemos oído hablar mucho de ti.

—En especial, por parte de sus hermanos —dijo su padre.

—¿Y Zoey no les ha hablado de mí? —comenté con humor.

Me dio un ligero codazo.

—Sí, pero la opinión de nuestros hijos es más imparcial —añadió su madre.

—Eso es muy cierto —dije.

—Bien, no quiero entreteneros más, jovencitos —dijo su madre.

—¿Qué hacéis despiertos a estas horas? —pregunté.

—Tenemos que coger un vuelo.

Ahora que lo decían, caí en la cuenta de que estaban en un aeropuerto. Cada uno llevaba un auricular puesto.

—Tuvimos que levantarnos a las tres de la mañana. No nos hemos subido al avión, y ya tenemos *jet lag* —continuó su madre.

—¿Adónde vais ahora? —pregunté.

—A Roma. Aprovecharemos para hacer un poco de turismo antes de la exposición de nuestra próxima galería.

—Pasadlo bien y enviadme muchas fotos. ¿Tenéis alguna idea de cuándo volveréis? —preguntó Zoey. Percibí cierto recelo en su voz.

Su madre sonrió:

—Cariño, nos han dicho en la galería de Copenhague que quizá prorroguen la exposición un mes más y se queden con nuestros cuadros. Nos han pedido que estemos presentes en algunos eventos.

Zoey le devolvió la sonrisa:

—Me alegro por vosotros. No olvidéis de mandarme fotos, ¿vale?

—Te lo prometo. Tenemos que embarcar pronto —dijo su madre—. Te quiero.

—Yo también os quiero. —Zoey sopló un beso.

—Un placer conocerte, Colton —dijo su padre.

—Igualmente —respondí.

Cuando colgaron, me giré para mirar a Zoey. Ella soltó un suspiro mientras guardaba el teléfono.

—Los echas de menos —dije.

Ella asintió:

—Sí, pero sé que la temporada de exposiciones terminará pronto, y entonces volverán. Así que los tendré a los dos para mí. —Sonrió tímidamente—. Sí, ya sé que lo que acabo de decir suena un poco posesivo.

Aún llevaba puesto el camisón. Le toqué los labios:

—Creo que es bonito que quieras pasar tiempo con ellos.

Bostezó antes de responder:

—No llegué a ducharme porque llamaron y quise atenderlos. Voy a aprovechar para ducharme ahora.

La subí a mi regazo y le besé el cuello:

—Oye, estaba pensando… ¿te gustaría que añadiera una balda en el baño? Así tendrías más espacio para tus cosas.

Se quedó quieta, mirando un punto fijo de mi torso.

—¿Quieres poner una balda en tu baño solo para mí? —repitió.

—O algo que te dé más espacio, para que tengas tus cosas a mano.

Se quedó callada un segundo antes de preguntar:

—¿Y no te importaría?

—Para nada, por eso te estoy preguntando —respondí, frunciendo ligeramente el ceño.

Ella se humedeció los labios:

—No lo sé, Colton. Esto es nuevo para mí.

La acerqué para que sus pechos quedaran presionados contra el mío.

—También es nuevo para mí, Zoey. Pero me entusiasma vivir esta nueva etapa de mi vida contigo.

Me regaló una sonrisa antes de besarme primero una comisura, y luego la otra. El gesto fue tan tierno que me pilló completamente desprevenido. Su sonrisa se iluminó, y se contoneó en mi regazo:

—Vale, entonces voy a buscar un estante para el baño. ¿Tienes planes para hoy? —preguntó.

Incliné la cabeza:

—Debería volver al laboratorio, pero no me apetece nada de nada.

—Me pregunto por qué.

—Yo igual —bromeé.

—¿Tiene algo que ver conmigo?

Batió las pestañas. *Joder, qué guapa es.*

Mis labios recorrieron su cuello, y al colar la mano bajo su camisón, su cuerpo reaccionó con un estremecimiento y un suave jadeo. Continué mi recorrido, descendiendo hasta su trasero y su entrepierna.

—¡Oye! ¿Te has levantado tan temprano pensando solo en hacer guarradas?

—Siempre me apetece —respondí—. Joder, siempre.

—Puede que me convenzas —respondió, pero cuando mi teléfono vibró en la isla de la cocina, no pude evitar resoplar.

—Espera, te lo traeré.

Saltó de mi regazo y corrió a la cocina, para alcanzarme el teléfono. Se dispuso a sentarse a mi lado, pero la volví a colocar en mi regazo. Zoey sonrió y se inclinó para besarme el cuello. Cuando se enderezó, miré el teléfono.

—Joder —dije.

—¿Qué pasa? —Su voz estaba llena de preocupación—. ¿Jeannie está bien?

—Sí, se trata de nuestro padre. Maddox finalmente habló con él y quiere que nos reunamos para tratar el asunto.

—Me parece bien, es mejor que hacerlo por teléfono.

Zoey me masajeó la frente con los pulgares, recorriendo mis cejas hasta las sienes.

—¿Qué haces?

—Alisar las arrugas de tu entrecejo.

Me llegó otra notificación:

—¿Qué narices…? —pregunté.

—¿Qué pasa?

—Dicen que vayamos todos al gimnasio de Nick. Han cambiado su partido de tenis semanal con Spencer y Cade. ¿Creen que no tengo nada más importante que hacer?

Zoey se aclaró la garganta, y yo la miré fijamente:

—¿Qué?

Las comisuras de sus labios se elevaron y sonrió:

—No vaya a ser que aceptes un plan de último momento…

—No es eso —dije—. Es una conversación muy importante, y me gustaría que me avisaran con un poco más de antelación.

—Colton, si no vas a estar a gusto, será mejor que no vayas. Pero… no creo que los asuntos familiares necesiten tanta planificación. Además, tú haces cosas espontáneas. Me llevaste a Salem y fue increíble.

—Te estás divirtiendo a mi costa, ¿verdad? —dije con una sonrisa.

Ella asintió.

Me puso las manos en el pecho, y me acarició con movimientos ascendentes. Sus masajes me calmaron, pero tomé en cuenta sus palabras. Antes de conocer a Zoey, habría ido al laboratorio sin pensarlo, y le habría dicho a Maddox que tendríamos que cambiar la reunión. Pero ese día no quería ir a trabajar. Tenía planeado pasar el fin de semana con Zoey.

—Vale. Iré al club, pero solo si vienes conmigo.

—¿Hablas en serio?

—¿Acaso lo dudas?

Quería que Zoey formara parte de cada faceta de mi vida. Tenía un impulso irrefrenable de compartir todo con ella. Solo había ido una vez al club de Nick, y esa vez quería que me acompañara.

—Vale, iré contigo —respondió—. Traje una bolsa con ropa de deporte aquí. Me visto, y nos vamos.

—¿De verdad no te importa pasar así el sábado? —pregunté cuando me levanté del sofá.

Se encogió de hombros:

—Me adapto a todo. A diferencia de ti, Colton Whitley, no planifico mis fines de semana, así que soy feliz con cualquier cosa que surja.

Apoyando las manos en su espalda, la besé con fuerza, haciéndola retroceder hasta tocar una pared. No me cansaba de estar con ella. Pese a que dormía en casa a menudo, buscaba excusas continuamente para que estuviéramos juntos. A veces para besarla, a veces solo para mirarla. Era una sensación increíble.

Sonrió mientras me apartaba. Tenía la boca roja.

—Vamos, date prisa. Podemos dejar las guarradas para más tarde.

***

Una hora más tarde, llegamos al club. No me gustaban los gimnasios, es más, los consideraba una pérdida de tiempo. La cinta de correr y el banco de pesas que tenía en casa me hacían el apaño, además del *ring*.

—Que sitio más chulo —dijo Zoey, mirando a su alrededor.

Ambos llevábamos ropa de deporte. Zoey insistió en que podíamos hacer ejercicio después de reunirme con mis hermanos.

La rama del *fitness* no formaba parte del grupo original de empresas de *Whitley Industries*. Mi padre lo había fundado, y Nick lo transformó en un negocio muy lucrativo.

Recordaba haber leído los informes financieros de todas las empresas de *Whitley Industries* cuando empecé a trabajar en *Whitley Biotech*. El sector del *fitness* estaba al borde de la quiebra. Considerando que Nick lo había expandido y transformado en uno de los mejores gimnasios del país, estaba seguro de que le iba extraordinariamente bien, al menos desde el punto de vista económico.

Nos acercamos al mostrador de recepción, donde se encontraba una chica frente a un ordenador.

—Buenos días, soy Colton Whitley.

Su expresión cambió de inmediato, y nos dedicó una sonrisa nerviosa a Zoey y a mí.

—Nick me dijo que vendría. Lo están esperando. Puedo enseñarles las instalaciones o pueden dirigirse directamente a los vestuarios. Como deseen.

Me volví hacia Zoey:

—Podemos hacer el recorrido más tarde, ¿no?

—Claro. Me encantaría ver el gimnasio y probar todo.

No pude evitar soltar un gruñido ante la desalentadora idea de tener que pasar horas en el gimnasio.

—Venga ya, no seas tan gruñón —dijo, y me reí—. Lo sé, no es fácil ser una persona tan alegre como yo. Pero si lo finges, igual lo consigues. —Su entusiasmo era contagioso.

Zoey tenía razón: podríamos hacer un recorrido por las instalaciones. En cualquier caso, no estaría mal verla hacer ejercicio, aunque me costara la vida misma mantener las manos alejadas de ella. Cuando entrenaba en la sala de ejercicios de mi casa, me bastaba con verla en ropa deportiva ajustada, para que se me pusiera dura. Y no creía que eso cambiara aún estando en público.

—Nick me pidió personalmente que los hagamos sentir como en casa, así que no duden en consultarme si necesitan algo —dijo la amable recepcionista.

Agradecí ese gesto, y estaba decidido a esforzarme más con mis hermanastros. Yo era el responsable del vínculo distante que teníamos.

La única vez que estuve en el club, pasé todo el rato con mis hermanos en el bar. En ese momento, Spencer necesitaba nuestro consejo, y no quería fallarle.

La recepcionista nos indicó el camino al vestuario. Zoey y yo acordamos encontrarnos en la puerta. Cinco minutos después, salí y miré a mi alrededor. Había una fuente para rellenar la botella de agua que me entregaron en recepción, por lo que me dirigí a llenarla. Noté que alguien se me acercaba, y me aparté a la derecha.

—Oh, hola. Gracias, eres todo un caballero. Pero termina de llenar tu botella.

—No, adelante.

—No te he visto por aquí antes —dijo con una sonrisa.

—Es la segunda vez que vengo.

—Yo llevo años viniendo. Podría enseñarte las instalaciones si quieres. Conozco los mejores sitios.

—¿Los mejores sitios del gimnasio?

—Ya sabes, donde no hay demasiada gente —dijo—. Donde podamos tomar una copa, si te apetece invitarme una.

Fue entonces cuando me di cuenta de que me estaba tirando los tejos.

—He venido acompañado, así que no va a poder ser, gracias.

La mujer dio un paso atrás y se encogió de hombros:

—Lo siento. No sabía que estabas pillado —dijo con una sonrisa, mientras me miraba la mano derecha.

¿Pero qué cojones? De repente, me di cuenta de que estaba buscando un anillo.

—No estoy interesado —repetí.

—Ya te he escuchado, cariño —dijo, antes de darse la vuelta.

Negué con la cabeza y finalmente llené mi botella de agua. Entonces oí un ruido cercano y miré de reojo. Era Zoey.

—Oye —le dije—, ¿de dónde has salido? No te he oído.

—No, estabas hablando con esa mujer.

—¿Has escuchado la conversación?

—Sí.

—¿Por qué no dijiste nada?

—No lo sé… me quedé demasiado sorprendida.

Me acerqué a ella, le di la botella de agua llena y llené la otra que estaba vacía.

—Te dejo unos segundos solo y se acercan a ligar contigo, ¿eh?

Levanté la vista. Su voz no sonaba como de costumbre.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Nada… No lo sé…. Fue una sensación extraña. No tonteaste ni un segundo con ella.

Parpadeé:

—¿Y eso qué tiene de raro? No me di cuenta de sus intenciones hasta que me pidió sin rodeos que la invitara a una copa.

Zoey tragó saliva y me rodeó el cuello con los brazos:

—No puedo creer que seas real.

Llevé mi mano a su cintura, luego ascendí por su hombro, hasta acariciarle el cuello. Tuve que mantener el contacto visual

porque, maldita sea, estaba demasiado sexy con esa ropa. Le susurré al oído:

—Eres la única que me importa, cariño. Lo eres todo para mí.

Aquello la hizo estremecer, y tuve que luchar contra mi instinto de inmovilizarla contra la pared más cercana. Joder, estaba para comérsela y tenía la mala suerte de estar en público.

—Veo que ya habéis llegado —saludó Nick a lo lejos—. Oh… mierda. No quise interrumpir.

Me di la vuelta, y Zoey soltó un suspiro.

—No quiero ser un jodepolvos, pero debo advertiros que hay cámaras por todas partes —comentó Nick, con una sonrisa.

Zoey se puso roja como un tomate, lo que la hacía aún más irresistible.

—Gracias por la información —contesté de manera cortante.

Capítulo Veinticuatro

Colton

—Este lugar es una pasada —dijo Zoey.

—Debo admitir que has hecho un gran trabajo —le dije a Nick —. ¿Dónde están los demás?

—A punto de empezar el partido de tenis. ¿Te apuntas? —me preguntó.

—No.

—Pero podemos ir a animaros desde las gradas —dijo Zoey.

Nick se rió y luego volvió a ponerse serio:

—Espera, ¿lo has dicho en serio? Creo que Colton te va a mandar a freír espárragos.

—Vale, vayamos a las gradas —dije.

Nick miró a Zoey con los ojos desorbitados:

—Vaya, eres muy buena influencia. Colton sonríe mucho más desde que te conoció. —Y cuando oyó que yo resoplaba, agregó—. Es el tío más gruñón que he conocido en mi vida. Venga, seguidme.

Zoey me sonrió, y envió un beso al aire mientras seguíamos a mi hermanastro por las instalaciones. Nos enseñó las distintas secciones: sauna, sala de vapor, masajes y aromaterapia. Luego, bajamos por una escalera.

—¿La pista está en el subsuelo? —pregunté.

—Sí, tenemos algunas al aire libre, y otras techadas para esta época del año en que hace demasiado viento, y puede influir en el juego. Tenemos salas de *ping-pong*, ráquetbol, bádminton, y tenis.

Qué bien pensado. Ofrece actividades para todos los días del año.

Todos estaban en la pista, aunque Maddox, Leo, Nick y Cade eran los que realmente jugaban al tenis. Gabe, Jake y yo, en cambio, nunca habíamos cogido una raqueta.

Jake estaba sentado. Cuando nos acercamos con Zoey, se levantó y me dio la mano.

—Lo sabía —dijo Jake.

—¿Qué?

—Desde el momento en que aceptaste venir aquí, dimos por hecho que Zoey debió de haberte convencido —dijo Maddox.

Miré a todos mis hermanos:

—¿Tenéis conversaciones sobre mí a mis espaldas?

—No, solo esta vez —aclaró Leo.

—Vale, chicos, vamos a jugar —dijo Spencer.

—¿Qué tal si hablamos primero? —sugerí.

—No podemos, tío. La pista está reservada —contestó Cade.

—Sí, pero por suerte, conoces al dueño —respondió Nick con un guiño—. Puedo reservar la pista más tiempo si queréis hablar primero.

—Yo prefiero ir directamente al lío —sugirió Jake.

—¿Preferís que me vaya? —preguntó Zoey.

—Claro que no —respondí.

—Joder, qué velocidad para responder —se burló Cade.

—Yo, por mi parte, primero quiero deshacerme de todo el exceso de adrenalina que tengo acumulado en el cuerpo —dijo Spencer.

Eso sí que no me lo esperaba. Mi hermano era de tomarse las cosas con calma. Cade siempre era el impulsivo, y Spencer quien contrarrestaba ese ímpetu.

—Porque ahora mismo mi instinto me grita que lo mande a la mierda, pero no sería lo más sensato —continuó.

Maddox enarcó una ceja y miró alrededor del grupo.

—Me parece bien. No tengo ningún otro plan para hoy —dije.

Cade miró a Zoey:

—¿Quién eres, y qué has hecho con Colton? Este no es nuestro hermano. ¿Será que en uno de sus experimentos consiguió clonarse a sí mismo, y nuestro verdadero hermano está encerrado en su laboratorio?

—Para nada —respondí entre risas.

Tener hermanos para esto…

—¿Eso ha sido un cumplido? —Zoey le preguntó a Cade—. No creo que funcione.

Gabe silbó:

—Tendrías que darnos clases, Zoey.

—¡Venga! ¡A jugar! —dijo Spencer—. Después charlamos.

Observé a mi hermano atentamente. Era cierto que estaba cansado desde la llegada de Ben, pero me preguntaba si le pasaba algo más, si necesitaba más apoyo del que pedía. Yo no tenía ni puta idea de cómo cuidar de un niño, especialmente de uno tan pequeño como Ben. Pero podía ofrecerle otro tipo de ayuda, como quitarle parte de la carga de trabajo en *Whitley Publishing*.

Pese a que no sabía mucho de tenis, disfrutaba viendo a mis hermanos. Iban rotando de posición entre sets, así podían jugar todos.

Cuarenta minutos después, Spencer dijo:

—Creo que está bien por hoy, no debí insistir en hacer este partido —comentó, tras perder de manera apabullante.

—Sí, no me digas —replicó Cade, que parecía molesto—. ¿Por qué estabas jugando tan mal?

Spencer negó con la cabeza:

—Hace días que no duermo bien. Ben está con cólicos.

—Eso debe de doler —opinó Jake.

—Venga, vamos a tomar algo. Tú te pides un *espresso* doble —le dijo Nick a Spencer.

—¿En qué estás pensando? —me preguntó Zoey, mientras subíamos juntos al bar.

—Voy a preguntarle a mi hermano si necesita ayuda con la empresa o lo que sea, a ver si puedo echar una mano.

—¿Estás dispuesto a asumir más responsabilidades de las que ya tienes? —preguntó con una sonrisa.

—Puedo manejarlo —le aseguré.

—Eres un gran hermano. Si quieres, puedo ayudarte con todo lo relacionado a las comunicaciones.

Si mis hermanos no hubieran estado con nosotros en ese momento, ya la habría inmovilizado contra la pared y besado hasta hacerle temblar las piernas. No podía creer que se preocupara tanto por mí y por mi familia, y que además se ofreciera para ayudar. Entendió lo importante que eso era para mí, sin necesidad de explicarle nada.

Zoey entrecerró los ojos:

—Es mi impresión… ¿o estás pensando en hacer guarrerías?

—Has dado en el clavo —dije.

—¿Ah, sí? Cuéntame más.

Al llegar a la planta superior, Nick nos condujo al bar y a la zona de descanso. Había mucha gente, pero casi todos estaban sentados en los sillones y sofás.

—¿Seguro que no quieres que vaya a hacer ejercicio mientras vosotros habláis? —preguntó Zoey—. No quiero molestar.

—Cariño, eres parte de la familia en lo que a mí respecta. Quiero que lo sepas todo.

Zoey me regaló una radiante sonrisa.

Tomamos asiento en los taburetes junto a la barra. Hasta donde sabía, el bar no servía alcohol, sino unos zumos de fruta que no me apetecían en absoluto.

—¿Estáis todos listos? —preguntó Maddox.

Asentí. Solo quería enterarme de lo esencial y ver si podía afectar de algún modo al apellido Whitley, o a nuestros abuelos.

—Nuestro padre acumuló deudas con bancos e inversores. Le pregunté a bocajarro si había pedido dinero a gente de dudosa reputación y me aseguró que no. No amenazó con acudir a nuestros abuelos o a la prensa.

—Menos mal—dijo Cade. Su voz era tensa.

—No me extrañaría que intentara chantajearnos —dijo Jake.

Yo pensaba lo mismo. En lo que respectaba a mi padre, mis expectativas estaban por los suelos.

Maddox se aclaró la garganta:

—Sin embargo, me recalcó que poseía acciones de *Whitley Industries*.

Me empezó a latir una vena en la sien. Tenía un porcentaje minoritario, el abuelo jamás le había adjudicado el porcentaje mayoritario. En lugar de eso, le otorgó a todos sus nietos las correspondientes participaciones al cumplir dieciocho años. Pero nuestro padre conservaba ese mínimo porcentaje, y había recibido los respectivos dividendos durante años. Lo cual, ahora que lo pensaba, era una buena cantidad de dinero.

—Para resumir, quiere que le compremos su parte —finalizó Maddox.

Como nadie dijo nada, fui el primero en romper el hielo:

—Joder, eso no me lo esperaba… —empecé mientras me enderezaba en mi asiento—. Pero estoy dispuesto a darle lo que sea, con tal de que renuncie a su participación.

El problema era que a pesar de que nuestro padre tuviese un mínimo porcentaje, la cantidad de dinero necesaria para comprarle su parte era astronómica. Pero estaba seguro de que podríamos conseguirlo. Y eso significaría que nuestro padre, por fin, estaría desvinculado de *Whitley Industries* —y de nuestras vidas— para siempre.

Maddox se encogió de hombros:

—Yo pienso lo mismo. Podría haber empezado directamente con eso en vez de soltarnos que necesitaba dinero.

—Te aseguro que pensó en pedirnos dinero en primera instancia, para así quedarse además con sus acciones —dijo Jake—. Sigue siendo el mismo miserable de siempre.

—¿Por qué siempre tenemos que pensar lo peor de él? —preguntó Spencer.

Mi hermano, el conciliador, está de vuelta.

—Sí, por supuesto que pensamos lo peor —respondió Cade.

Gabe, Leo y Nick guardaron silencio.

—¿Vosotros tres no vais a decir nada? —pregunté—. Para mí, está clarísimo.

Zoey enroscó su brazo alrededor del mío y sus dedos se aferraron a mi muñeca. Me lanzó una mirada seria.

—Colton —dijo, dándome un ligero codazo.

—¿Qué? —pregunté, esperando a que los chicos respondieran a mi pregunta.

—Hermano, está intentando decirte que aquí no eres el jefe —intervino Maddox con cautela.

Jake contenía la risa.

Gabe silbó:

—Pero eso no significa que no lo intente, Zoey. Todavía tienes algunas cosas que aprender sobre nuestro hermano.

Cade se enderezó:

—De todos modos, estoy con Colton. Deberíamos hacer números y ver cuánta liquidez tenemos. Estamos hablando de una cifra cercana a doscientos millones.

Sentí cómo Zoey se tensaba a mi lado. Sabía que no estaba acostumbrada a ese tipo de conversaciones. Le pasé el brazo por los hombros para que se sintiera segura.

—¿Por qué no revisamos las finanzas, cada uno considera su posición, y volvemos a reunirnos? —sugerí.

Por mucho que quisiera acabar con el asunto, no era algo que pudieramos decidir a la ligera.

—¿Alguien más siente que le estamos dando lo que él quiere? —preguntó Jake con voz tensa.

—Son *sus* acciones —señalé.

Gabe me miró:

—Al final, Colton siempre consigue imponer su punto de vista.

—Sí, tiene un talento impresionante —dijo Zoey—. Estoy empezando a aprenderlo.

Leo le guiñó un ojo:

—Nosotros también.

Nick y Leo no habían dado su opinión aún.

—¿Qué os dice vuestro instinto? —les pregunté.

—Tengo que pensarlo —dijo Nick.

—No me gusta tomar una decisión tan importante sin antes analizarla a fondo —añadió Leo—, pero tu planteamiento es bueno. Deberíamos revisar primero las finanzas. Si eso no cuadra, ya sabemos cuál será la respuesta.

Fruncí el ceño y miré a Jake y Gabe. A todos mis hermanos les iba muy bien, pero *Whitley Biotech* era el líder indiscutible. Pharma había sido extremadamente rentable desde el primer día.

Me aclaré la garganta:

—Escuchad, no os sintáis presionados. No tiene por qué repartirse a partes iguales, ¿vale? Que cada uno vea cuánto dinero puede destinar a la compra de las acciones, y yo pondré el resto.

—Espera un segundo —empezó Jake.

Todos empezaron a protestar al mismo tiempo.

Esa conversación me estaba sirviendo para conocer más a mis hermanos y medio hermanos. Les gustaba divertirse y decir tonterías, y aunque parecían poco serios, no era así. Valoraba que tuvieran mente analítica y sopesaran los pros y los contras. Se parecían mucho a Gabe.

—Dejemos ese tema para otro momento —dije—. Pero tenedlo presente.

Tras un murmullo, todos estuvieron de acuerdo.

—Maddox, gracias por convocar la reunión y por todo lo que has hecho —comentó Cade.

Maddox asintió:

—No hay de qué. No le diré nada a nuestro padre por ahora. Esperaré a que tomemos una decisión entre todos.

—Por cierto —intervino Leo—, también deberíamos hablar de esto con nuestros abuelos.

—Es verdad —respondí. También lo había considerado.

Todos los demás asintieron.

Una cosa era protegerlos de los tejemanejes de nuestro padre, pero otra cosa era comprar su parte de *Whitley Industries*. Tenían derecho a saberlo y a vetar la decisión si así lo deseaban.

—Bien. ¿Quién quiere ir a jugar al tenis otra vez? —preguntó Nick—. Me acaban de avisar que tenemos una pista libre para nosotros.

Leo, Nick, Cade y Spencer se pusieron inmediatamente de pie.

Gabe dijo:

—No, tío. Lo siento, pero no contéis conmigo. Ni siquiera para mirar.

—Lo mismo digo, tampoco me entusiasma tanto—coincidió Jake—. Además, tengo que irme. Le prometí a Natalie que la recogería de casa de los abuelos después de la reunión. Está con Meredith.

Jake se marchó cuando los demás se fueron a la pista. Gabe todavía estaba allí con nosotros.

Me bajé del taburete y me coloqué junto a Zoey, pasé los dedos por su pelo y me acerqué para poder aspirar el aroma de su

champú.

—Bueno —dijo Gabe—, yo también me voy.

—Espera, quería hablarte de Spencer —dije—. Parece un poco desbordado. ¿Crees que necesita ayuda? Podría echarle una mano con la empresa.

Gabe se rió, y echó la cabeza hacia atrás:

—Parece que tú y yo tenemos algo en común, ¿te lo puedes creer? Bromas aparte, ya le ofrecí ayuda, y me mandó a tomar por culo. Te recomiendo que ni te le acerques.

—Vale —respondí.

Mi hermano menor se había ganado todos mis respetos. Le había ofrecido ayuda aún estando hasta arriba de trabajo con la expansión de la destilería y el bar.

—Hora de irme. Seguiré pensando en este asunto y estaré en contacto.

—Qué suerte que Maddox se ha ofrecido para intermediar con papá. Está haciendo un buen trabajo.

Gabe se encogió de hombros:

—No creo que sea tan fácil para él como dice.

—Creo que tienes razón —dijo Zoey—. Parecía un poco inquieto, y como si se esforzara por disimularlo.

—¿Cómo te has dado cuenta? —pregunté.

—No lo sé. Es solo una observación.

Gabe la señaló y le hizo un gesto con el pulgar hacia arriba:

—Creo que has dado en el blanco. Voy a buscar la manera de preguntarle cómo lo lleva.

Zoey suspiró:

—Vaya. Eso de apoyarse entre todos es un rasgo familiar, ¿eh? Uno que mola muchísimo, por cierto.

Me aclaré la garganta, y ella me dijo con la mirada entornada:

—Por favor, dime que no estás celoso de tu propio hermano.

Gabe echó la cabeza hacia atrás, riendo a carcajadas:

—Sabes, tengo que reconocer que la abuela tenía razón, y que su sexto sentido nunca falla. Zoey, eres exactamente lo que Colton necesitaba.

Nos guiñó un ojo y se bajó del taburete. Se marchó tras despedirse de nosotros.

Me centré en Zoey, moviendo las cejas:

—¿Qué tal si hacemos ejercicio ahora?

—Mmm… ¿de verdad quieres hacer ejercicio? ¿O solo quieres mirarme?

—Puedo hacer ambas cosas.

—Eso ya lo sé.

Entonces, mi teléfono vibró dos veces, lo que significaba que me había llegado un nuevo correo electrónico. Había olvidado ponerlo en modo avión. Lo saqué con la intención de ir a la configuración, pero no pude evitar revisar la bandeja de entrada.

El asunto del correo rezaba **"Reunión de dividendos"**. Browning me había enviado un correo electrónico solicitando una reunión para hablar de los resultados del trimestre.

Qué extraño.

Tampoco era algo inaudito, pero llevábamos años sin hacerlo. Si la empresa obtenía beneficios, no era necesario convocar la reunión, y nos estaba yendo muy bien. Aún así, nunca estaba de más.

—¿Qué pasa? —preguntó Zoey.

Le enseñé brevemente el correo electrónico, y me miró interrogante.

—No es nada raro —dije.

—¿Cuándo quiere hacer la reunión? —preguntó.

—No lo dice, pero estará en la oficina el lunes, así que pasará por mi despacho. ¿Quieres estar presente? —Le pregunté—. Me gustaría que lo conocieras.

—Me encantaría —respondió con una sonrisa.

—Estupendo. Entonces… ¿qué tal un poco de ejercicio?

—¿Por qué suena como si estuvieras insinuando algo? —dijo Zoey, pellizcándome los abdominales.

La acerqué a mí:

—Porque así es. Serán los mejores juegos preliminares…

Capítulo Veinticinco

Zoey

El lunes por la mañana, Colton y yo fuimos juntos al despacho de Browning, que estaba en la cuarta planta.

Llamamos a la puerta, pese a que estaba abierta, y Browning se puso inmediatamente de pie. Supuse que tendría unos sesenta años, pero parecía estar en forma.

—Hola, Colton —saludó, y en cuanto me vio, agregó—: Ah, y tú eres Zoey, ¿verdad?

—Así es —respondí con una sonrisa.

—Me alegro de conocerte. He oído muchas cosas sobre ti. Tantas, de hecho, que no estaba seguro de si existías o eras un mito —bromeó—. Gracias a ti, por fin Colton responde a nuestras peticiones y correos electrónicos.

—Apenas le he dado algunos consejos y trucos —respondí.

—No le restes importancia a tu trabajo —respondió Colton.

—Para nada, pero es un trabajo en equipo. Imparto técnicas a mis clientes, pero si no están abiertos a ponerlas en práctica, mi esfuerzo no tiene ningún sentido. —Di una palmada al aire—. Bueno, sé que tenéis cosas que hablar. Vuelvo a mi despacho.

—Zoey, a decir verdad, debería quedarse —dijo Browning—. Me gustaría escuchar más sobre su trabajo.

—Browning, he venido a aquí en referencia al correo electrónico —intervino Colton.

Browning desvió la mirada hacia Colton. Me senté más erguida, elevé los hombros, y me puse en alerta. Había algo raro.

—Colton, ¿por qué mejor no acordamos una hora para vernos y tratar ese asunto?

—Si algo va mal, quiero saberlo ahora —dijo Colton.

—Bueno, está bien. —Browning se pasó una mano por el pelo —. Hablemos de ello ahora. Toma asiento… Tomad asiento los dos. Quizá Zoey pueda ayudar con el tema que nos ocupa.

—¿Qué tema? —pregunté. Eso no me gustaba.

Miró directamente a Colton:

—Mira, eres un hombre muy inteligente. Llevamos muchos años juntos y nunca he visto a nadie trabajar con tanta dedicación. Puede que la gente te considere un adicto al trabajo, pero esa es la clave de tu éxito. Te entregas al mil por ciento.

—No entiendo a dónde quieres llegar —dijo Colton.

Browning volvió a apartar la mirada. Maldita sea, ¿por qué no iba directo al grano?

—He revisado la documentación actual de tus avances.

—¿Has encontrado errores? —preguntó Colton, sonando ofendido.

—No, errores no —dijo Browning. Me dio la sensación de que estaba controlando sus gestos y eligiendo cuidadosamente sus palabras—. Pero no estás avanzando como esperaba. Basándome en todos estos años, después de dos meses de trabajo, lo normal es que tengas mucho material para revisar. No soy quién para decirte qué hacer con tu tiempo libre, pero he oído que últimamente te vas temprano de la oficina.

—¿Me has estado vigilando? —preguntó Colton, con tono cortante.

—¡No! Por supuesto que no. Pero siempre hemos bromeado con que eres un adicto al trabajo. ¿Es posible que hayas perdido el foco? —Acto seguido, Browning se volvió hacia mí—: Tal vez tú puedas ayudar con eso, Zoey. Después de todo, has hecho un milagro en cuanto a comunicación se refiere.

Intenté mantener la compostura. Browning se estaba pasando tres pueblos ¿Cómo narices se atrevía a decirle a Colton que no se esmeraba lo suficiente? Si era el trabajador más entregado que había conocido, *además* de ser el CEO de la empresa. Era libre de disponer de su tiempo como quisiera.

—Hasta donde sé, señor Browning, Colton sabe organizar perfectamente su carga laboral. Su tiempo libre no me compete en absoluto. Eso sería *sobrepasar los límites,* y mi función. —Enfaticé aquellas últimas palabras, con la esperanza de que captara la indirecta.

Pero no pareció importarle. En su lugar, se volvió hacia Colton:

—Sí, sí, claro que puedes tener todo el tiempo libre que quieras, pero la cuestión es que… bueno, esta investigación en concreto está avanzando a un ritmo más lento de lo habitual. No sé si eres consciente de ello.

—Soy consciente —contestó Colton, que se levantó de la silla. Yo también me puse de pie—. Te respeto mucho. Tus conocimientos y tu contribución a la empresa son cosas que siempre valoraré, así como tu inquebrantable lealtad a mi madre. Pero espero que esta sea la última vez que cuestiones cómo empleo mi tiempo.

Browning levantó las manos en señal de defensa:

—Vale. No pretendía… —me miró— "sobrepasar los límites", como dijo Zoey, sino un simple llamado de atención. Si eres consciente de todo, entonces mis disculpas. Pero si hay algo que te hace perder la concentración, entonces te pido que por favor…

Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

—Browning… —dijo Colton, fríamente.

—Solo quiero lo mejor para ti, lo sabes.

—Como he dicho, te respeto por muchas cosas. Pero no vuelvas a sacar este tema.

—Entendido —dijo Browning—. Zoey, ha sido un placer conocerte.

—Lo mismo digo —respondí, pero mi voz sonaba distante.

Salimos del despacho de Browning caminando uno al lado del otro en silencio, hasta que llegamos a la puerta del despacho de Colton. Lo normal hubiera sido que regresara a mi oficina, pero debido a la situación, quería hablar con él, así que lo acompañé a su despacho. Cerró la puerta.

—Siento que hayas tenido que presenciar esa escena. Jamás pensé que me soltaría algo así —dijo.

—Eres consciente de que lo que ha dicho es completamente ridículo, ¿verdad?

Colton se recostó contra el borde del escritorio, apoyando las manos a los lados:

—Sí y no. Tiene razón en algo: estoy trabajando a un ritmo más lento de lo habitual.

Me acerqué hacia él con pasos rápidos:

—Colton, lo de antes era inhumano e insostenible.

Me miró y se encogió de hombros:

—Lo hice durante años, y dio resultados. El problema es que ahora no doy con esta maldita fórmula, y no sé por qué. No puedo resolverla.

Cerré los ojos, y sentí su frustración. Cuando los abrí, me acerqué y le puse las manos sobre los hombros. Estaba tenso.

—Es verdad, ¿pero que toda tu familia te considere un adicto al trabajo no significa nada para ti?

Se inclinó y me besó el brazo izquierdo:

—Tienen razón: antes la empresa era mi vida entera. Pero últimamente no es así.

Entrecerré los ojos:

—Quizá Browning tenía razón sobre la cantidad de trabajo que hace falta, pero no de la manera en que ambos pensáis. Creo que la clave está en delegar. Tienes un equipo de científicos brillantes, y si algo no funciona, pueden encontrar la respuesta entre todos, o al menos guiarte en la dirección correcta. No todos los descubrimientos tienen que recaer sobre tus hombros.

—Me gusta trabajar solo —replicó.

—Lo dices porque no has probado otra cosa —expliqué, presionando mi frente contra la suya—. Creo que deberías planteártelo. Al menos inténtalo, a ver si funciona.

Mi ritmo cardíaco estaba acelerado. Colton tragaba saliva con fuerza. Quería ayudarle, pero sin presionar como una insoportable sabelotodo.

Volvió a besarme el brazo hasta llegar a mi mano:

—Siempre he sentido una imperiosa necesidad de trabajar… y estar dentro de ese laboratorio era la única cosa que me hacía sentir bien. Incluso feliz. Pero eso ha cambiado últimamente. —Me cogió de la mano—. Desde que empecé a salir contigo… —Levantó la cabeza y me miró a los ojos—. Joder, eres lo único que necesito —dijo, incorporándose y acercándome a él.

Mi corazón volvió a su ritmo normal, pero seguía sintiéndome un poco inquieta.

Me besó la frente, y noté por su lenguaje corporal que seguía tenso.

Llamaron a la puerta:

—¿Puedo pasar? —Me pareció que era uno de los directivos del departamento científico, pero no recordaba quién era.

—Claro —dijo Colton.

En cuanto me alejé de él, se abrió la puerta.

—Hola, Zoey. Siento interrumpir, pero me pareció que había alguien dentro. Colton, ¿podrías venir al laboratorio? Necesitamos tu ayuda.

—Claro, voy enseguida.

—Bien —dijo el hombre, y salió pitando por la puerta, cerrándola tras de sí.

Colton tomó mi mano, la besó y sostuvo mis dedos:

—Hablaremos más tarde, ¿vale?

Volví a respirar hondo y asentí.

Temía que estuviera considerando lo que dijo Browning sobre eliminar las distracciones de su vida.

Porque la única distracción… era yo.

Capítulo Veintiséis

Colton

El resto de la semana fue una locura total. Pasé más tiempo en el laboratorio que en todo el mes anterior. Al mismo tiempo, mis hermanos y medio hermanos tomaron una decisión unánime: comprar la parte de nuestro padre. Pero primero teníamos que hablar con los abuelos.

Por eso, el sábado nos reunimos todos en casa de Spencer. Su jardín no era tan grande como el de nuestros abuelos, pero tenía espacio de sobra para todos. Vivía en un barrio estupendo. Había comprado la casa justo después de enterarse de que había sido padre, para que su hijo tuviera jardín y espacios verdes al aire libre para jugar. Antes vivía en un piso de soltero muy parecido al mío.

Habíamos acordado decírselo ese día a los abuelos. Tenían derecho a saber que habíamos decidido comprar el porcentaje de la empresa de nuestro padre. El abuelo era el fundador, y ambos tenían que estar de acuerdo.

—Está muy a gusto contigo —comentó Penny.

Llevaba la última media hora con Ben en brazos. Todos en la familia querían sostenerlo, pero lloraba cada vez que Jake, Natalie, Meredith o Gabe intentaban cogerlo. Parecía que solo quería estar conmigo.

Y me sentía jodidamente orgulloso por ese privilegio.

—Parece muy calmado en tus brazos —volvió a comentar Penny, que tocó su pequeña mano, y Ben le sonrió.

Me alegraba mucho de que mi hermano hubiera conocido a Penny. Cuando nos contó que su ex había tenido un hijo suyo, fue un gran *shock* para todos. Ni siquiera le había contado que estaba embarazada, porque pensaba que el bebé era del hombre con el que engañó a mi hermano. Pero Spencer hizo lo correcto por el bien de su hijo. Así era él: sabía mantener la calma aún en las situaciones más difíciles.

Luego conoció a Penny, que se preocupaba mucho por Ben y básicamente lo consideraba su hijo.

Entré con Penny en la casa cuando Ben empezó a quejarse. No sabía cómo prepararle el biberón. Observé a Penny atentamente, para memorizar todos los pasos. Parecía bastante fácil. Hasta entonces, los únicos miembros de la familia que habían cuidado de él durante un largo tiempo, noche incluida, habían sido mis abuelos. Cuando nació, me parecía tan pequeño y frágil, que no quería cogerlo en brazos por miedo a hacerle daño. Pero había crecido, y ya incluso comía alimentos sólidos. Estaba deseando pasar más tiempo con mi sobrino.

Zoey se acercó:

—Oye, ¿necesitáis ayuda? —preguntó, y empezó a hacerle tiernos gestos al bebé.

—Te apetece coger a Ben en brazos, ¿eh? —preguntó Penny, entre risas.

—¿Cómo lo sabes? No dije nada porque hay lista de espera.

—Así que esperaste a que no hubiera nadie cerca. Qué lista eres —dijo Penny.

Me gustó el buen rollo que había entre Zoey y las mujeres de mis hermanos. Se acababan de conocer, pero parecían llevarse bien.

Zoey se acercó aún más, y me miró con impaciencia.

Pensaba mover a Ben de todos modos para que pudiera tomar el biberón, pero lo transferí a los brazos de Zoey. Lo observé atentamente, dispuesto a actuar ante la mínima señal de que no estaba cómodo. Pero el pequeño se rió inmediatamente con ella.

—Oye, conmigo no se ha reído —dije.

—Oh, y ahora estás celoso. —Penny se rió—. Creo que tus hermanos son demasiado duros contigo: no eres tan gruñón después de todo.

—Sí, lo es. Hazme caso —respondió Zoey, mientras sonreía a Ben.

Algo se removió en mi interior. Me encantaba verla con el bebé.

—Aquí está el biberón —dijo Penny, comprobando la temperatura—. Está bien. Spencer me está haciendo un gesto para que salga. ¿Quieres darle de comer, Colton?

—Claro.

Cogí el biberón. Normalmente pedía instrucciones sobre todo lo relacionado con Ben, pero eso parecía sencillo. Incliné el bibi y el pequeño empezó a comer.

—Eso es. No podéis ser más monos —dijo Penny con una sonrisa.

Después de que Penny se fuera, no dejé de mirarlo ni un segundo, intentando descifrar si todo iba bien.

—Relájate, Colton —dijo Zoey—. Está feliz en mis brazos.

—Se te dan muy bien los bebés. ¿Estás disfrutando del día? —pregunté.

Llevábamos un par de horas en casa de Spencer y Penny, que habían pedido pizza para todos. No querían complicarse: era una comida que le gustaba a todo el mundo y, además, se ahorraban tener que cocinar y limpiar. Todos salían ganando.

—Jeannie se ve mucho mejor.

No podía creer lo mucho que se preocupaba por mi abuela. Incluso le llevó esa botella de agua que había mencionado en la clínica. La abuela la aceptó a regañadientes, pero si el regalo hubiera venido de alguno de mis hermanos, o medio hermanos, nos habría puesto a parir sin pensárselo dos veces.

Zoey tenía razón: la abuela tenía mucho mejor aspecto, aunque aún no había hecho planes para Martha's Vineyard. Tampoco había pedido coger a Ben en brazos ni una sola vez. En el pasado, apenas lo soltaba, así que eso era una señal clara de que todavía no estaba del todo recuperada. Aun así, me tranquilizaba ver que lo aceptaba y actuaba en consecuencia.

Por otra parte, no podía dejar de pensar en la investigación. El director del departamento científico pasaría el día en el laboratorio. Le había dejado algunas fórmulas para que probara. Estaba intentando delegar un poco el control, pero no lo conseguía. Lo normal habría sido que pasara allí todo el fin de semana, pero mis hermanos y yo decidimos no posponer más la conversación con los abuelos.

—Vale, creo que el pequeñajo ha terminado —dijo Zoey, al ver el biberón vacío.

Spencer entró en ese momento:

—Hola chicos, Penny me ha dicho que os habéis encargado de darle de comer a Ben. Voy a hacerle eructar.

—¿Puedo hacerlo yo? —preguntó Zoey con voz tímida. Nunca la había escuchado así.

—¿Estás segura? —preguntó Spencer. Y como Zoey asintió, prosiguió—: Aquí tienes un paño para cubrirte el hombro. Ya no necesita eructar tanto como antes, pero le duele la barriga si no lo hace.

Zoey mantuvo a Ben sobre su hombro durante unos minutos y luego Spencer me miró:

—¿Qué tal si salimos y hablamos de lo que nos trae aquí?

Asentí:

—Vamos.

El resto de la familia se encontraba afuera. Mis hermanastros y Gabe se ubicaron cerca de la abuela, mientras que el abuelo se sentó entre Natalie y Meredith. Jake, por su parte, estaba junto a su esposa.

—¿Sabéis cómo sé si Jeannie está bien? Por su nivel de planificación. Diría que ahora mismo está al noventa y cinco por ciento —comentó el abuelo.

—¿Ya tiene planes para la próxima víctima? —preguntó Natalie.

—Por supuesto —le aseguró el abuelo.

—Entonces, ¿quién es el siguiente? —preguntó Meredith.

Me alejé rápidamente de la conversación. No quería estar al tanto de esa información. Me sentiría obligado a decírselo a quien fuese su próxima víctima… y por experiencia propia, era mejor no estar enterado.

Me aclaré la garganta. Gabe levantó la vista; estaba sonriendo, pero bajó el tono. Maddox pareció darse cuenta de inmediato y le dio un codazo a Nick, que estaba compartiendo algo con Leo y la abuela.

Leo también se quedó callado.

La abuela entrecerró los ojos:

—¿Qué está pasando?

—¿Cómo sabes que pasa algo? —preguntó Leo.

—Chicos, si os pasáis el día entero metiéndoos el uno con el otro, y de repente, os quedáis todos callados, entonces es obvio que algo pasa. —La abuela miró a su alrededor y luego dijo—: Soltadlo ya mismo

Miré a Maddox y asentí. Él era quien había estado en contacto con nuestro padre y, por tanto, el indicado para presidir la conversación.

Eché un vistazo a mi alrededor y vi que Jake nos miraba fijamente. Quizás lo estaba pasando peor que todos los demás; había sido él quien descubrió las pistas que condujeron a revelar la infidelidad de nuestro padre.

—Abus, tenemos que compartir algo con vosotros.

Todavía me rechinaba escuchar "abus". Para mis hermanos y para mí siempre habían sido la abuela y el abuelo. Nuestra madre insistió en que los llamáramos correctamente.

—Nuestro padre se puso en contacto conmigo hace un tiempo —comenzó a contar Maddox.

En ese mismo instante, el abuelo se puso blanco, y la abuela apretó los labios.

—Necesita un rescate económico —continuó Maddox—. Su negocio fracasó y ahora tiene que pagar varias deudas.

—¿Y ha tenido el descaro de pediros dinero? —preguntó el abuelo.

Hacía años que no lo oía tan enfadado. Era lo que yo solía llamar su *voz de presidente*, la cual había oído apenas unas pocas veces.

Nadie decía una palabra. Ni siquiera Ben se movía en los brazos de Zoey.

—Lo hemos hablado entre todos los hermanos —dijo Maddox —, y pensamos que no sería mala idea comprarle su porcentaje de acciones de *Whitley Industries*. Pero antes queremos conocer vuestra opinión al respecto.

—Si no estáis de acuerdo, no le compraremos sus acciones —aclaré.

—Para mí es irrelevante —dijo la abuela—. Estoy de acuerdo con lo que os parezca bien, chicos.

—¿*Whitley Industries* tiene suficiente liquidez? —preguntó el abuelo. Por supuesto, lo primero que le vino a la mente fueron las finanzas.

—Sí —respondí—. Hemos hecho los cálculos y podemos permitírnoslo.

El abuelo nos miró uno por uno, y se detuvo en Jake:

—¿Estáis todos de acuerdo?

Jake habló a continuación:

—Sí. Eso resolverá el problema y hará que esté fuera de nuestras vidas para siempre.

No teníamos contacto con él desde que se fue. Recibía dinero de sus acciones, pero de eso se encargaba el departamento contable. Ese sería el final de nuestros tratos comerciales, además de cualquier contacto futuro con él. No podía echarnos ningún muerto. Sería un paso definitivo.

—Está bien —dijo el abuelo—. Si os soy sincero, yo también creo que es lo mejor. De esta manera, vosotros tendréis el control de todo. ¿Os vais a repartir las acciones a partes iguales? —Su voz era tensa y no pude evitar sonreír.

—Por supuesto —dijo Jake.

—Colton va a poner la mayor parte del dinero —declaró Maddox—, así que debería llevarse la mayor parte de las acciones.

—No —negué categóricamente—. *Whitley Industries* nos pertenece a todos, así que la repartiremos por igual.

La abuela me regaló una sonrisa que le nació del alma. Sabía lo mucho que significaba para ella. Mi decisión no solo hacía felices a nuestros abuelos; Maddox, Leo y Nick eran tan Whitley como Gabe, Jake, Cade, Spencer y yo.

—¿Para eso nos habéis convocado aquí? —preguntó la abuela y se rió.

—En parte, sí, pero *también* queríamos sacaros un poco de casa —respondió Maddox.

—Estoy de acuerdo con vosotros, chicos —concluyó el abuelo, e hizo un gesto de asentimiento.

—Bien, entonces le indicaré a los abogados que se pongan manos a la obra —dije.

Whitley Industries contaba con un departamento jurídico de profesionales altamente capacitados en el mundo empresarial, de modo que no hacía falta buscar a alguien externo. Saqué mi teléfono para enviar un correo electrónico al abogado que se encargaría de hacer la gestión. Me contestó enseguida, diciendo que lo tendría todo listo para el día siguiente por la mañana.

Entonces vi un correo electrónico del director del departamento científico y lo contesté inmediatamente.

***

Zoey

El día estaba siendo absolutamente perfecto.

—¿Puedes hacernos una foto a Ben y a mí? —le pregunté a Gabe, que era quien estaba más cerca.

Estábamos sentados al sol, un poco alejados del grupo. Spencer había puesto calefactores en el jardín, pero aun así hacía demasiado frío, y era probable que pronto volviéramos a entrar en la casa.

—Claro.

No pensaba soltar a Ben ni por un segundo. Lo quería para mí sola. No podía dejar de besarlo. Era un bebé precioso.

Gabe me hizo una foto e inmediatamente se la envié a mis padres, a mis hermanos y a Tom, que fue el primero en contestar.

Tom: Vaya, eso no lo sabía... No me habías dicho que te gustaban tanto los bebés.

Zoey: Ni yo misma lo sabía.

Hasta entonces, no había tenido la oportunidad de estar cerca de un bebé.

Tom: Bueno, que sepas que vas a hacer de canguro más veces de las que crees.

Zoey: Me iba a ofrecer de todos modos.

Después de guardarme el teléfono en el bolsillo, Gabe preguntó:

—¿Dónde está Colton?

Miré a través del ventanal que daba al salón:

—En la mesa. Tiene mala cara, por el trabajo.

—¿Pasa algo?

—Está un poco nervioso —dije. Y entonces las palabras brotaron de mi interior sin que pudiese contenerme—: Creo que su mentor le ha hecho sentir que no está avanzando lo suficientemente rápido.

Gabe echó la cabeza hacia atrás, sorprendido:

—¿Qué?

—Dijo que, en comparación a proyectos anteriores, estaba yendo muy despacio.

—Porque mi hermano se ha partido el lomo durante años… ¡trabajando las veinticuatro horas del día! —exclamó Gabe.

—Lo sé. Colton dice que pasa olímpicamente de Browning, pero no estoy tan segura. Parece más estresado de lo normal.

—¿Crees que volverá a ser el mismo gruñón de siempre?

—No voy a permitirlo.

—Así me gusta —dijo Gabe, claramente descontento con Browning.

Ben empezó a inquietarse. Me preguntaba si podría sentir mi nerviosismo.

—Oye, yo también quiero cogerlo —protestó Gabe. Era muy bonito ver a los tíos derretidos con su sobrino.

—Claro, vamos a intentarlo —respondí.

Se lo pasé a Gabe, y esa vez parecía contento de estar en brazos de su tío. Sentí una punzada de celos. ¿Qué me pasaba?

—Voy a por otro trozo de pizza —dije.

Pese a que ya había comido unas cuantas porciones, me apetecía una más. Además, Meredith, Natalie y Penny también estaban en la mesa y quería charlar con ellas.

—Oye, nos preguntábamos si quieres otra porción —dijo Penny—. Solo quedan estas cuatro. Tendríamos que haber pedido más.

—Qué va, si todos hemos comido a reventar —le aseguró Meredith—. Y si nos entra hambre, podemos pedir otra cosa más tarde. Por cierto —se detuvo un momento para mirar a Natalie, que

se limitó a asentir—, te aviso que Jeannie ha mencionado la palabra *boda* más de una vez. No te sorprendas si te la suelta a ti también.

Me quedé boquiabierta.

—Te dije que se quedaría de piedra —comentó Natalie.

—Sí, tenías razón —coincidió Meredith—. Deberíamos haberla preparado.

—¿Boda? Pero Colton y yo…

—Lo sabemos. Y ella lo sabe, pero Jeannie no atiende a razones. No queríamos que te pillara con la guardia baja —explicó Natalie.

—Y os lo agradezco —respondí—. Prefiero que me sorprendáis… vosotras.

Penny se rió:

—Me gusta que no te compliques por nada.

Me caían muy bien las chicas, había muy buen rollo entre ellas y parecían muy enamoradas de sus parejas. Eché un vistazo en la sala, pero ya no veía a Colton.

—¿A dónde ha ido Colton? —pregunté.

—Me preguntó si podía usar la oficina de Spencer. Creo que el director del departamento científico le escribió un correo. Puedes subir a la segunda planta, el despacho está junto a la habitación de Ben.

—Gracias. ¿Seguro que no hay problema de que deambule por la casa?

—Por favor, siéntete como en casa.

—A ver si consigo que vuelva aquí con la familia.

Subí las escaleras hasta la planta superior. La casa estaba decorada con muy buen gusto, en tonos blancos y grises, y aunque era de estilo minimalista, resultaba muy acogedora. La habitación infantil era la excepción. Me asomé para echar un vistazo y me morí de amor al ver tantos colores y juguetes.

A continuación, entré en la habitación contigua. Colton estaba en una videollamada con su móvil.

No quería molestarle, así que me quedé esperando junto a la puerta. Pero el director del departamento científico pareció verme, e interrumpió la conversación:

—Creo que Zoey necesita hablar contigo.

Maldita sea. No le habíamos contado a nadie de la oficina sobre nuestra relación, aunque tampoco era que quisiera ocultarlo.

Como en realidad no estaba contratada por *Whitley Biotech*, lo que el equipo pensara de mí me traía sin cuidado. Mi trabajo como consultora de Colton había progresado más rápido de lo esperado, así que no me quedaría mucho más en la empresa.

Colton me miró de reojo, y su expresión se transformó inmediatamente.

—Vale, de acuerdo. Nos pondremos al día más tarde.

—Insisto, no tienes por qué venir hoy.

—Lo sé, pero avanzaremos más rápido si lo hacemos juntos.

—Okey.

Colgó la llamada y se giró hacia mí. Entré y cerré la puerta.

—He venido a buscarte para que bajes al salón con tu familia —dije—. Hace un día precioso y no puedes estar aquí encerrado.

—Estaba a punto de bajar —respondió.

Luego, me hizo un gesto con el dedo para que me acercara a él, y seguí sus indicaciones. Me puse delante de él y decidí sentarme en su regazo. Abrí bien las piernas y me coloqué a horcajadas sobre su entrepierna. Entonces, Colton soltó un leve gemido.

—¿Todo bien? Gabe está un poco preocupado de que vuelvas a caer en tu adicción al trabajo.

Colton negó con la cabeza.

—Pero hay algo que te tiene preocupado —añadí.

—Mi mentor tenía razón —respondió.

Me quedé sin aire por un segundo:

—¿Qué quieres decir?

—A estas alturas, la investigación tendría que estar mucho más avanzada.

—Colton, esto no es algo lineal. Las investigaciones llevan su tiempo. Dos pasos adelante, uno atrás, y así sucesivamente.

Asintió:

—Sí, pero por lo general, en la etapa en la que estamos, ya habríamos dado dos pasos definitivos hacia adelante. Y solo hemos dado uno. Tengo que volcarme más.

Sentí cómo un nudo de ansiedad se formaba en mi garganta.

—Colton, no puedes ser tan duro contigo mismo. Deja que te mime —murmuré, inclinándome hacia delante y mordisqueándole la oreja, antes de besarle el lado derecho del cuello. Luego pasé al lado izquierdo, para propinarle los mismos besos.

Soltó un leve gemido y subió sus manos hasta mi cintura, para luego ascender lentamente hasta mis hombros.

—Me estás convenciendo.

—¿Ah, sí? —bromeé, aunque en el fondo me sentía un tanto incómoda con aquella situación.

Su mentor le estaba comiendo el coco, y no iba a permitir que pensara que yo era una distracción. Es decir, en realidad sí lo era, pero estaba convencida de que le hacía bien.

—Mira lo que has hecho.

—¿Qué he hecho? —preguntó entre risas.

—He venido para convencerte de que bajaras, y por tu culpa, has conseguido que me olvide del plan y me ponga a seducirte.

—¿Por mi culpa? —dijo en tono de broma—. ¿No eres responsable de nada?

—Por supuesto que no. Siendo tan sexy, ¿cómo quieres que piense con claridad? —Me incorporé un poco, echándome hacia atrás, hasta prácticamente apoyar mi trasero en sus rodillas. —No podemos montárnoslo en el despacho de Spencer.

—Sí que podemos —sugirió, con un movimiento de cejas.

—No. Joder, no me tientes.

Se echó a reír:

—Eres tú la que me está tentando tocándome por todas partes, cariño.

—Te repito que es tu culpa que me hagas perder la cabeza.

Entonces me levanté torpemente, alisándome el jersey y los vaqueros, intentando recomponerme, sin mucho éxito.

—Venga, bajemos —dije.

Se levantó de la silla y me cogió de la mano. Luego, mientras salíamos de la habitación, me pellizcó el culo.

Intenté fingir que no había pasado nada cuando nos reunimos con los demás. ¿En qué estaba pensando al ponerme a horcajadas

sobre él en casa de su hermano? Así de irresistible era Colton.

Pasamos otra hora todos juntos. Los hermanos acordaron reunirse temprano al día siguiente, para firmar la documentación. Me impresionó la rapidez con la que habían actuado los abogados.

Como Colton quería ir al laboratorio, fuimos los primeros en marcharnos.

—Si quieres, puedo coger un taxi —sugerí.

—No, te llevo a donde necesites, cariño.

—He quedado con Tom en el centro.

—Entonces te dejaré allí.

—Gracias —dije con una amplia sonrisa, y subimos al coche.

El trayecto duró apenas quince minutos. Tom me esperaba delante del bar de la calle Exeter.

—¿Hasta que hora estarás en el laboratorio? —le pregunté a Colton, mientras el coche reducía la velocidad.

—No lo sé. Pero seguro que hasta tarde.

—Avísame si crees que llegarás a tiempo para la cena.

—Sí, te llamaré de todas formas, para que no me esperes despierta.

A pesar de sus palabras, me di cuenta de que ya tenía la cabeza en el trabajo. Besé sus labios antes de salir del coche. Luego, mordiéndome el labio, añadí:

—Colton…

—¿Sí?

—Puedo lidiar con un novio adicto al trabajo, pero no con uno que pase completamente de mí.

—¿Por qué dices eso? No estoy pasando de ti —replicó con el ceño fruncido.

—Vale, porque *no* toleraré que eso pase —respondí con una sonrisa, antes de alejarme.

Pese a todo, estaba deseando que saliera del trabajo para colmarlo de mimos.

Capítulo Veintisiete

Colton

—Creo que deberíamos dar el día por terminado —sugerí.

—La noche, mejor dicho —contestó John, el director del departamento científico, que se bajó las gafas y se frotó los ojos. Éramos los únicos que quedábamos en el laboratorio.

Madre mía, habíamos pasado toda la noche allí metidos.

—Olvidé mirar el reloj —respondí—. No creo que hoy podamos llegar al fondo del asunto.

—Podríamos avanzar más si todo el equipo participara en esta fase de la investigación —dijo John, con cautela. Ya lo había sugerido antes y yo lo había rechazado, pero ahora me lo estaba planteando seriamente.

—Reunámonos el lunes. Convoca al equipo, para buscar una solución entre todos.

John parecía atónito:

—Vaya. No pensé que ibas a tomar en cuenta mi comentario.

—Hay una primera vez para todo. Que tengas un buen día, John —le dije.

Cuando se fue, colgué mi bata blanca junto a la puerta, y aproveché para revisar mi móvil, que estaba sobre una mesa al lado de la entrada. Vi la pantalla encendida con una notificación.

Maddox: Joder, tío. ¿Dónde estás? ¿Has cambiado de opinión?

Maldita sea. Había olvidado por completo que esa mañana firmaríamos los papeles. Me lo había enviado hacía media hora. También vi mensajes del resto de mis hermanos, pero decidí llamarle a él. Contestó al primer timbre.

—No me estaba escaqueando —fue lo primero que dije—. Estuve trabajando toda la noche.

—Sí, eso han dicho tus hermanos. —Había un gran murmullo de fondo.

—¿Estáis todos en el bar de Gabe?

—Sí, hemos quedado aquí porque está cerrado, y no hay nadie. Ya ha firmado todo el mundo, solo faltas tú.

Qué pena que la firma digital que Zoey había gestionado no sirviera para eso.

—Salgo corriendo para allí, llegaré en media aproximadamente.

—A esta hora no pillarás tráfico.

—Bien —dije.

Maddox tenía razón: no había nada de tráfico. Atravesé las puertas de *Whitley Distillery and Bar* veinte minutos después. Pensé que estarían sentados junto a la barra, pero en cambio vi que Gabe me saludaba desde el otro extremo de la sala.

Mientras me dirigía hacia ellos, admiré las reformas que mi hermano hizo en el bar. Había quedado estupendo.

Leo, Nick y Maddox estaban sentados en un sofá más pequeño, mis hermanos en el más grande, y yo ocupé el sillón que quedaba libre.

—Hablando del rey de Roma —se burló Gabe.

Levanté las manos en señal de defensa:

—Os debo una disculpa a todos. Estuve en el laboratorio y perdí la noción del tiempo.

—Al menos has mirado el teléfono —dijo Jake.

—A decir verdad, cogí el móvil cuando el director del departamento científico se fue a su casa al darnos cuenta de que no lograríamos avanzar mucho más por hoy.

Cade silbó, y miró a nuestros hermanastros:

—Os aseguro que esto no es nada nuevo. Colton tiene la costumbre de dormir en el trabajo.

—¿He venido a que me deis la lata o a firmar los papeles? —pregunté.

Maddox sacó una pila de papeles y los colocó sobre la mesa, delante de mí. Ya había revisado la documentación la tarde anterior, cuando los abogados me enviaron un correo electrónico, así que firmé sin dudarlo.

Que Ryan Whitley recibiera su parte, y no tener que lidiar nunca más con él, era en cierto modo, muy liberador.

—Asunto terminado —dijo Maddox.

—¡Por fin, joder! —exclamé.

—¿Soy el único que piensa que lo estamos recompensando? —preguntó Jake.

Me sorprendió que mi hermano insistiera con esa pregunta. Creía que había logrado entender la parte buena de la situación: quitar a nuestro padre de en medio.

—No lo veo así —repliqué—. Hay que reconocer que estuvo al mando de *Whitley Industries* durante un buen tiempo.

—Pero casi echa todo a perder —apuntó Gabe en tono cortante. Normalmente era más indulgente con nuestro padre, pero tenía razón.

—Es verdad, pero en cierto modo, sentó las bases para que pudiéramos hacernos cargo —explicó Nick—. Creo que la pregunta es si realmente se merece tanto dinero… No obstante, contribuyó a que *Whitley Industries* sea lo que es hoy.

—Creo que deberíamos hacer un brindis —dijo Gabe—. Propondría chupitos de tequila, pero apenas son las nueve de la mañana. Además, la ocasión merece algo mejor.

—Estoy de acuerdo —contesté.

Acto seguido, Gabe cogió una botella de champán, copas y le entregó la botella a Maddox:

—¿Quieres hacer los honores? Después de todo, fuiste tú quien habló con papá.

—Claro. Voy a enviar los documentos, y espero no tener que volver a hablar con él.

Gabe tenía razón: no había sido fácil para Maddox.

—¿De verdad no habéis estado en contacto todos estos años? —le pregunté.

—No —respondieron Maddox, Leo y Nick al mismo tiempo.

—Cuando nos enteramos de todo, quisimos mantener las distancias con él —dijo Leo.

—Nuestra vida era una mentira —señaló Nick con voz cortante—. Sus frecuentes "viajes de negocios" a Boston, las excusas de por qué no podía casarse con nuestra madre…

Nunca, ni una sola vez, me había puesto en el lugar de mis hermanastros. Nosotros tuvimos una infancia diferente y más tradicional, por decirlo de alguna manera. No me había parado a pensar en cómo habría sido crecer en Maine, con el estigma familiar de que los padres no estuvieran casados. Y luego descubrir que el padre en realidad tenía otra familia… Lo debían de haber pasado tan mal como nosotros.

Maddox descorchó la botella de champán y nos sirvió una copa a cada uno.

—Creo que lo peor fue ver cómo nuestra madre se vino abajo —comentó Maddox.

Me quedé paralizado mientras levantaba la copa.

—Ni siquiera sé cómo se las arregló para salir adelante —continuó Nick.

Me había negado a ponerme en su lugar, pero ahora quería hacerlo. En ciertos aspectos, habíamos pasado por lo mismo.

—Fue una situación horrible para todos los implicados —dije.

Maddox me miró fijo:

—Sí, totalmente.

Levanté mi copa junto a… todos mis hermanos:

—Por *Whitley Industries*, que ahora pertenece solo a los hermanos Whitley —brindé.

—¡Salud!

Después de que todos hubiéramos bebido nuestras copas, Cade me hizo un gesto de aprobación:

—Deberíamos darle a la abuela una medalla por lo que ha hecho por ti y Zoey. Ya sé que solo te dio un empujón, pero vaya si lo aprovechaste.

—Pues sí —respondí.

—Esto es para celebrarlo. Todos sabemos *exactamente* cómo habría sido este día si Colton no hubiese conocido a Zoey. —Eso vino de Spencer—. Para empezar, creo que ni siquiera habrías aparecido por aquí.

—Y si hubieras venido, no estarías de humor para celebrar nada —añadió Cade, sin ningún tipo de tapujo.

—Hablando de Zoey… —dijo Gabe, cambiando de tema—, la noté preocupada.

—¿Cuándo hablaste con ella? —pregunté, con el ceño fruncido.

—¿Cómo crees que nos enteramos de que estabas en el laboratorio?

—Ah, tiene sentido—respondí.

—Me preguntó si es normal que pases la noche allí, o si estás enfadado por algo… Me dio la sensación de que no se atrevía a preguntarme si estás enfadado con ella.

—Claro que no. ¿Eso ha dicho Zoey? No sé por qué pensaría algo así —comenté, buscando la mirada de mis hermanos.

—Nosotros no sabemos nada. Me estoy enterando ahora que Gabe habló con ella —explicó Maddox.

Obviamente, Gabe era la mejor fuente de información en ese momento.

—¿Te ha dicho algo más? —pregunté.

—No, creo que se ha preocupado porque estuviste encerrado en el laboratorio durante… dijo algo así como catorce horas. Parecía que estaba pendiente del reloj.

—Joder. —Repasé mi última conversación con Zoey—. Ahora entiendo lo que pasa.

—Cuéntanos —pidió Nick. Cade y Spencer también me miraron con curiosidad.

—¿Qué pasa? ¿De repente os ha picado la curiosidad? —pregunté.

—Oye, ellos tienen pareja y te pueden dar una mano con este asunto —señaló Nick.

—Vale. La cosa es que hace poco fui a ver a Browning, y Zoey me acompañó porque quería presentarlos. Para resumir, me dijo que desde que dejé de vivir exclusivamente para el laboratorio, he perdido el foco.

Gabe negó con la cabeza:

—Lo sé. Zoey me lo ha contado. Eso es un disparate. Browning no está en posición de decir esa mierda.

Me quedé mirándolo. ¿Zoey había hablado con mi hermano de eso?

—¿Qué coño? —preguntó Spencer—. Sé que le tienes mucho cariño, pero no tiene derecho a decir eso.

—Lo sé, y le dije que estaba completamente equivocado. Pero creo que Zoey carga con la culpa de ser el motivo de mi distracción.

Jake se encogió de hombros:

—A ver… Está claro que te *está* distrayendo, pero era lo que necesitabas, hermano. Alguien que te muestre que la vida no consiste solo en trabajar. Me alegro que hayas cambiado eso.

—Habías dejado de ser tú mismo —dijo Cade, volviéndose hacia él—. Me gusta haber recuperado a mi hermano.

Todos coincidieron con su comentario.

—Así es hermano —agregó Jake.

—Pero lo he hablado con ella y asegurado que es una buena influencia en mi vida. —Miré a mi alrededor en busca de un reloj—. ¿Qué hora es? Tengo que ir a su casa ahora mismo.

Entonces me di cuenta de que había prometido llamarla la noche anterior y no lo hice. *Mierda.*

—Está bien… mejor apagar el fuego antes de que siga propagándose —dijo Gabe.

—Pero no se lo digas a *ella* con esas palabras —suigiró Spencer.

—¡Por supuesto que no! Era solo una forma de hablar.

Durante muchos años sentí la necesidad de demostrar que era el mejor en mi sector. El trabajo era lo único que hacía y lo único que me importaba. Cada medicamento nuevo que sacaba al mercado, tenía la posibilidad de salvar alguna vida… algo que no había podido hacer con mi madre. De ahí mi motivación y compromiso.

Pero conocer a Zoey me cambió por completo. No necesitaba trabajar ni progresar profesionalmente para sentirme realizado. Me bastaba con estar con ella para ser feliz, y quería que ella lo supiera.

—Vale —dije, poniéndome de pie—, nos pondremos al día en otro momento. Tengo que ir a ver a Zoey.

Leo y Nick miraron a Maddox y dijeron:

—Sí, teníais razón. La abuela debe estar frotándose las manos.

Maddox agitó la mano:

—Estamos fritos. Ya podéis tachar a Colton de la lista.

Así era. En lo más profundo de mi ser, tenía la certeza de que Zoey era lo único que necesitaría el resto de mi vida. Y quería que no tuviera la más mínima duda.

Capítulo Veintiocho

Zoey

Al ver que Meredith me estaba llamando por teléfono, atendí del tirón:

—Buenos días, Meredith.

—Hola, Zoey. No te he despertado, ¿verdad?

—No, qué va. Llevo un buen rato despierta.

—Estupendo, porque Penny, Natalie y yo hemos pensado en ir a dar un paseo y disfrutar del sol. ¿Te apetece venir con nosotras? Y así aprovechamos para conocerte mejor.

—Claro, no tengo ningún plan para hoy.

El día anterior, habíamos hablado para vernos ese día, pero no habíamos confirmado nada.

A decir verdad, esperaba que el buenorro de mi novio me llamara, pero a esas alturas no estaba segura de cuándo iba a ocurrir. Era mejor salir un rato y disfrutar del día, que quedarme deprimida en casa.

—¡Perfecto! —exclamó—. ¿Paso a recogerte en una hora?

—Genial, así me da tiempo para prepararme.

Me gustaba madrugar, pero no los fines de semana.

—¡Me alegro de que vengas!

—¿Cuál es el plan? —pregunté.

—Un poco de todo —dijo vagamente.

No parecía que tuviese algo planeado, pero no me importaba. Improvisaríamos sobre la marcha.

Dejé el móvil cerca mientras me vestía y me preparaba, pero Colton no envió ningún mensaje ni llamó. Estaba claro que seguía ocupado con el trabajo, pero yo cada vez estaba más triste de no saber de él.

Toqué el collar que me regaló con nostalgia. Quería estar con él. Estaba locamente enamorada, y amaba a ese hombre con todo mi corazón.

Una hora más tarde, bajé las escaleras y esperé delante de mi edificio. Un Range Rover negro se detuvo frente a mí. Meredith

conducía, Natalie estaba de copiloto, y Penny en la parte de atrás. Abrí la puerta trasera y me subí a su lado.

—¡Hola, chicas! —saludé.

Meredith se dio la vuelta y me miró de forma extraña:

—¿Qué tal tu día?

Me encogí de hombros:

—Una perezosa mañana de domingo como cualquier otra.

Me mordí el interior de la mejilla, pensando en preguntarles si tenían novedades de Colton, pero decidí no hacerlo.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—¿Qué te parece una visita a Salem? —dijo Penny, que también me miraba de manera diferente.

Qué curioso. ¿Acaso sabrían que ya había estado allí con Colton?

Oh, para de darle vueltas, Zoey. Disfruta el día con las chicas.

—Genial, hace poco fui con Colton.

Entonces me percaté de que Natalie también me estaba observando por el retrovisor. Algo no me cuadraba, pero no las conocía lo suficiente como para pensar que había gato encerrado. Tal vez mi cabeza me estuviera jugando una mala pasada.

—Súper —dijo Penny—. Entonces podrás enseñarnos la zona. ¿Quién quiere hacer una parada para comprar cositas ricas para el camino?

Me reí.

—Pero si son solo treinta minutos de viaje —dijo Natalie.

—¿Qué más da? Aún así necesitamos provisiones para amenizar nuestro viaje por carretera —respondió Penny.

Sonreí, y me sentí como en una hermandad. Nunca había tenido un grupo de amigas, y lo estaba disfrutando un montón.

Acabamos haciendo tres paradas: una para tomar café, otra para tomar helado y la última, para comprar galletas en una pastelería que le gustaba a Natalie. Se pasó todo el trayecto suplicando que paráramos allí.

—Dios mío, *están buenísimas*. Tenías razón —comentó Penny.

Todas nos encontramos comiendo galletas mientras salíamos de nuevo a la carretera.

—¿Cómo pueden estar tan ricas? —pregunté.

Había probado miles de galletas con pepitas de chocolate, pero esas estaban a otro nivel. Eran suaves, y cremosas, pese a que no llevaran nata. Eran, sin duda, el mejor manjar que había probado en mucho tiempo.

Habíamos comprado suficientes galletas para todo el día, y aún así, cuando llegamos a Salem ya nos las habíamos zampado todas. Me encantó empezar el domingo con un capricho dulce.

—¿Os apetece visitar algún museo? —pregunté—. O, si lo preferís, podemos hacer un *tour* guiado a pie. Los hay a cada hora.

—Claro, me gusta lo del recorrido a pie —dijo Meredith, aunque no parecía muy convencida.

—¿Qué dirección has puesto en el GPS? —pregunté, y me di cuenta de que aún no habíamos llegado a destino. Pensaba que había puesto una ubicación al azar.

—Es… un *parking* —dijo con voz extraña.

Meredith miró atentamente a su alrededor mientras conducía por las callejuelas. La ciudad estaba llena de turistas, pero no era de extrañar teniendo en cuenta el tiempo tan estupendo que hacía.

Tres curvas después, llegamos a un aparcamiento en el que había un solo coche: un BMW que me resultaba familiar. Para mi sorpresa, Colton estaba allí, de pie junto al vehículo.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunté.

—No sé cómo he aguantado todo el viaje sin decir nada —dijo Penny.

—Te mereces una medalla —replicó Natalie—. Hubo un par de veces en las que pensé que se te escaparía algo, sobre todo después de las galletas de chocolate.

Penny apretó los labios:

—Los dulces me sueltan la lengua.

—No entiendo nada. —Mi corazón iba a mil por hora—. ¿Me habéis tendido una trampa?

Meredith se dio la vuelta con una sonrisa:

—Pues sí. Colton me llamó esta mañana y dijo unas cosas tan bonitas sobre ti que casi me muero de amor.

—Nosotras no tuvimos esa suerte —añadió Natalie—, pero le pediremos a Meredith que nos lo cuente todo, así nosotras también nos morimos de amor.

—Nunca pensé que alguien hablaría de Colton de ese modo —comentó Penny—. Creo que los chicos son demasiado duros con él.

—Aquí termina nuestra implicación en el plan —añadió Meredith.

—¡Si nos damos prisa, podremos coger la próxima visita guiada a pie! —exclamó Penny.

—Vale, chicas, me voy —avisé, abriendo la puerta.

Meredith guiñó un ojo:

—Pásatelo bien.

Penny asintió:

—Estoy segura de que será un día increíble.

Me temblaban ligeramente las piernas al salir del coche. No podía entender lo que estaba pasando.

¿Por qué vinimos hasta aquí solo para encontrarme con Colton? ¿Por qué no en Boston?

Meredith salió del aparcamiento rápidamente. Colton avanzó y se detuvo frente a mí. Estaba guapísimo, pero tenía cara de cansado. Pese a sus ojeras, sus ojos tenían un brillo especial.

—Buenos días, preciosa —dijo—. ¿Cómo te trataron las chicas?

—Son geniales. —Levanté una ceja y pregunté—: Colton, ¿qué está pasando, y qué estamos haciendo aquí?

Me apartó el pelo y pasó los dedos por él:

—En primer lugar, sé que teníamos planes ayer, y te fallé por completo.

Exhalé bruscamente, mordiéndome el interior de la mejilla:

—Tenías que trabajar.

—Así es, pero no es excusa para no haberte llamado. Me he enterado de que has estado preguntando por mí.

—¿Gabe te lo ha dicho? —pregunté tras soltar un suspiro.

—Sí. Así que a partir de ahora ya sabes que mi hermano es un chivato. No lo hace a propósito, hasta se delata a sí mismo.

—Está bien saberlo. —Inspiré hondo antes de seguir—: Hablé con él porque…

Suavemente, puso un dedo en mis labios, y guardé silencio.

—No tienes que explicarme nada. Yo, en cambio, sí quiero decirte algunas cosas.

—¿Cómo qué?

—Como lo mucho que te amo y cuánto has cambiado mi vida.

La emoción fue tan grande que me encontré con los ojos entrecerrados:

—¿Acaso quieres que me derrita?

—En parte sí, pero lo que digo es completamente cierto. Antes de conocerte, no me importaba otra cosa que el trabajo. Me cerraba a todo, incluso a mi familia. Pero estar contigo hizo que mi vida adquiriera una nueva dimensión. Me abriste al mundo. Y te quiero más que a nada por hacerme mejor persona, joder. Después de firmar los documentos con mis hermanos…

—Lo había olvidado por completo. ¿Cómo te sientes?

—Aliviado. Pero luego hablaremos de eso. —Bajó una mano a mi hombro y luego a la parte baja de mi espalda.

No sabría explicar por qué, pero siempre me sentía extremadamente segura y protegida cuando él me tocaba la espalda.

—No quiero darte nunca un motivo para dudar de lo mucho que significas para mí —continuó, con voz suave pero sincera.

—Nunca he dudado de ti —murmuré—. Es solo que… temía que te hubieras tomado muy en serio las palabras de Browning.

—Escúchame, Zoey. Creo que me conoces lo suficiente para saber que a las opiniones ajenas me las paso por el forro. Eres demasiado importante para mí como para que un comentario me haga dudar de lo que tenemos. De lo que siento por ti.

—Oh, Colton.

—Rectifico: acepto consejos. El tuyo, por ejemplo. He hablado con el director del departamento científico para que asuma más responsabilidades.

—Un momento…. ¿qué? ¡Madre mía! Es una noticia increíble —sonreí—. Pero… ¿vas a decirme de una vez por todas qué estamos

haciendo aquí?

Colton asintió e hizo que me diera la vuelta:

—¿Recuerdas cuando vinimos aquí?

—Con pelos y señales —confirmé.

—Dijiste algo de montar en globo aerostático.

Me detuve a observar mi alrededor. Visualicé una especie de balón gigante a lo lejos.

—¿Vamos a montar en globo aerostático?

—Sí —confirmó.

A pesar de que estaba detrás de mí, llevé mis brazos hacia atrás para abrazarlo torpemente. Luego me di la vuelta y le di un gran abrazo.

—¡Qué emoción!

—Yo estoy igual de emocionado —dijo—. Estoy deseando que estemos a solas allí arriba.

No me atreví a corregirle, pero parecía que no había reparado en que no nos permitirían volar solos en globo aerostático. *Oh, Colton*. *Tú y tus ideas*.

—Muchas gracias por hacer esto por mí. Es mi sueño.

—Quiero cumplir cada uno de tus sueños, durante toda nuestra vida, Zoey. Y lo más importante, que sepas que eres mi prioridad absoluta, cada segundo de cada día.

Me rodeó los hombros con un brazo mientras caminábamos hacia la nave, donde supuse que vendían las entradas o guardaban el equipo. Le pasé el brazo por la cintura y apoyé la cabeza en su pecho, lo que nos dejó a los dos en una postura bastante incómoda para caminar.

—Sé lo que estás haciendo —dijo Colton con voz ronca, cuando estábamos llegando.

Quizás no había sido tan sutil como pensaba. Le miré inocentemente:

—Estoy tratando de encontrar la manera más cómoda de caminar abrazados.

—¿Y para eso tienes que tantear mis abdominales?

Sonreí.

—Por supuesto. —Como no veía a ninguna persona a nuestro alrededor, aproveché para manosearle el culo—. Y esto también es muy necesario.

Junto a la entrada, había una pizarra escrita a mano en la que se enumeraban las distintas actividades que se podían hacer, entre ellas, paseo en globo.

Un joven se acercó a recibirnos y preguntó:

—¿Señor Whitley?

—El mismo —respondió Colton.

—Llega un poco temprano, pero no se preocupe, estoy disponible para atenderlos.

—Genial.

El hombre se detuvo a observarnos y comentó:

—Veo que no traen suficiente abrigo.

Yo llevaba unos vaqueros, camiseta y una chaqueta ligera; Colton tenía puesto unos vaqueros, camisa y una chaqueta de vestir. Estaba claro que si la temperatura bajaba abruptamente durante el vuelo, no teníamos la ropa adecuada.

—Cogeré algunas chaquetas que tenemos de reserva, por si les hace falta. Siempre hace más frío de lo que parece —comentó, antes de volver a la nave.

Colton parecía atónito, y no pude evitar reírme:

—¿De verdad creías que subiríamos los dos solos?

Me dio la vuelta, y me apretó contra él:

—Pues sí… se me habían ocurrido muchas ideas.

Yo también deseaba estar a solas, aun a riesgo de volar hasta el quinto pino.

—Te voy a pedir que te comportes durante el vuelo —dije, luchando por mantener la voz firme, porque me estaba derritiendo bajo su mirada ardiente e intensa—. No quiero que me distraigas. Es un acontecimiento único en la vida.

—Tampoco es así, cariño. Puedo llevarte a volar en globo cuando quieras.

Y con eso terminé de derretirme por completo.

Sonreí e hice un sugerente movimiento de cejas.

—¿Qué? —preguntó con una risita.

Volví a poner mis manos en su pecho. Parecía un gesto tierno e inocente, pero en verdad, le estaba tocando los pectorales con lujuria.

—No dejo de pensar en todas las guarradas que voy a hacerte más tarde —dije.

El trabajador volvió unos instantes después con chaquetas y mantas.

—Bien. ¿Preparados?

Colton me miró. Sonreía. Me gustaba esa expresión juguetona de su cara.

Nos llevaron a la parte trasera de la nave, donde había visto antes el globo. Estaba bastante lejos, así que caminamos con paso rápido, ansiosos por probar la experiencia. Arriba, en el cielo, divisé otro globo de colores flotando. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Era evidente que estaba demasiado perdida en ese hombre tan sexy y las cosas tan bonitas que me dijo, como para prestarle atención a otra cosa.

—Por cierto —dijo el muchacho—, he olvidado presentarme. Soy Ron.

—Encantado de conocerte, Ron —respondí.

—¿Quién está más emocionado?

—Creo que yo —respondí, mirando a Colton.

Acercó su boca a mi oreja:

—Me encanta hacerte sonreír así.

Una vez más, quise abalanzarme sobre él allí mismo, pero no estábamos solos. Ese era el efecto que me producía. Aún estaba en éxtasis cuando llegamos al globo.

—¿Vamos a subir los tres solos? —pregunté.

—Así es —respondió Ron con orgullo—. El señor Whitley solicitó una excursión privada.

—Puedes llamarme Colton —dijo.

—Bueno, Colton lo solicitó de ese modo.

Cuando entramos, sentí aún más éxtasis que antes. Era lo bastante grande para diez personas, al menos eso me pareció a mí.

Ron nos explicó los detalles de seguridad, pero escuchaba a medias. El corazón me latía tan deprisa que apenas distinguía las

palabras.

Unos minutos después, despegamos. Fue una sensación inolvidable: nunca había experimentado nada parecido. Solía marearme en los aviones, pero en el globo no sentía ni la más mínima náusea.

Miré hacia abajo mientras nos alejábamos del suelo.

—¡Esto es precioso! —exclamé.

—A que sí —respondió Colton.

Ron dejó de hablar mientras maniobraba el globo y flotábamos. Miré los árboles que teníamos debajo. Algunos eran verdes, pero muchos también de tonalidades doradas y rojas.

—¿Tienes frío? —preguntó Colton.

—Un poco, pero estoy bien.

Respiré hondo. El aire cambiaba a medida que subíamos, la humedad iba en aumento, era como sumergir la cabeza en agua. Cerré los ojos y apoyé la cabeza en Colton.

Juraría que sentía los latidos de su corazón contra el mío, aunque no creía que eso fuera posible, porque tenía la espalda pegada a su pecho. Me sentía profundamente conectada a él, sobre todo cuando entrelazamos nuestros dedos.

Veinte minutos después, Ron inició el descenso. Colton no dejó de abrazarme en ningún momento.

Al bajar del globo, Ron dijo con mucho orgullo:

—¿Les apetece un poco de champán? Es cortesía de la casa por cada viaje en globo. Pero sé que a muchos clientes no les apetece una copa en mitad del día.

Quería champán, pero lo que más quería en el mundo era estar a solas con Colton.

Me pasó un brazo por la parte baja de la espalda y me miró. Como iba en zapatillas, tuve que echar la cabeza hacia atrás más de lo normal para mirarle. Me encantaba que fuera tan alto.

—Tú decides —dijo.

Negué con la cabeza:

—No gracias, estamos listos para irnos.

Los ojos de Ron se tornaron tristes:

—Vale, aún así, ha sido un placer viajar con ustedes hoy. —Ron me tendió dos tarjetas—. Si les ha gustado la experiencia, por favor, dejen una reseña en Tripadvisor o Yelp.

—¡Pues claro! —dije, guardándolas cuidadosamente en mi bolsillo.

Tras despedirnos, nos dirigimos directamente al coche. El aparcamiento estaba prácticamente vacío.

—¡Me ha encantado! ¡Estoy flipando! —exclamé emocionada, mientras Colton me abría la puerta del coche.

—Me alegro mucho.

—¿Qué tienes planeado ahora? —pregunté.

—Entra al coche primero.

Me subí con una sonrisa e hice memoria de la lencería que llevaba puesta. Como pensaba que pasaría un día con las chicas, no elegí nada demasiado provocador, aunque la mayor parte de mi ropa interior era sexy de todos modos. No recordaba si llevaba encaje negro o blanco, así que eché un vistazo a mi sujetador. Vale, era negro. También tenía las bragas a juego. La lencería negra parecía provocar el lado más salvaje de Colton.

Nada más entrar, preguntó:

—¿Qué te parece si pasamos aquí el fin de semana?

—¿En serio?

Asintió:

—He visto una cabaña no muy lejos de aquí.

—Un momento, ¿has planeado pasar la noche aquí? —pregunté con una enorme sonrisa.

—Nos vendrá bien un tiempo a solas.

—Volver a Boston con este calentón habría sido una tortura… ¡Menos mal que has pensado en todo! ¡Eres un genio! —exclamé.

—La primera vez que vinimos, recuerdo que dijiste que era el lugar ideal para una escapada de fin de semana.

Estaba tan enamorada de ese hombre que se me nublaba hasta la razón.

—¡Vamos! No puedo esperar más —dije emocionada, mientras acariciaba su brazo.

—¿Qué haces? —preguntó, mientras ponía el coche en marcha.

—Tenías razón: me está costando mantener las manos apartadas de ti. Y como es un viaje corto, no pienso controlarme. —Me incliné para desabrocharle los botones de la camisa, y dibujar un círculo en su piel.

—Zoey —dijo Colton con una voz peligrosamente serena—. Como sigas así, aparco el coche ahora mismo en un lugar apartado, y te hago mía.

Me enderecé en el asiento, y mantuve las manos en el regazo. Aunque la idea de ponerme a horcajadas en el coche me resultaba atractiva, prefería llegar al lugar que había reservado. Necesitaba espacio para potenciar mi creatividad, y quería explorar todo su cuerpo.

Introdujo la dirección en el GPS de su teléfono y lo colocó debajo de la radio. Condujimos por pequeñas calles que no habíamos visto la primera vez.

Unos minutos más tarde, llegamos frente a una cabaña de ensueño. Era de madera, con modernas ventanas, y parecía que había sido pintada recientemente. Lo que más me gustó fue el porche y la parte delantera rodeada de árboles. Era pleno otoño, y los tonos naranjas y rojos se entremezclaban con hojas amarillas y marrones. Cada tanto, se divisaban algunas hojas verdes.

—Colton, este lugar es increíble.

—Sabía que te gustaría. Eso sí, en la web salía todo mucho más verde, se notaba que eran fotos de verano.

—¿Te ocupaste *tú* de buscar este sitio?

—Sí. Quería asegurarme de que te gustara —respondió, y me rozó el cuello con el dorso de los dedos.

—Podría quedarme aquí para siempre —murmuré.

—Veamos el interior. Si te gusta, puedo comprarlo y así podemos venir cada fin de semana.

Me quedé boquiabierta. Lo dijo completamente en serio.

—C-Colton —tartamudeé—. No, no tienes que comprar esto solo porque a mí… Bueno, no importa. Veamos el interior. Tengo curiosidad por explorarlo.

—Y yo quiero explorarte a *ti* —dijo acercando su boca a mi oreja.

Me estremecí en sus brazos. Se me puso la piel de gallina, aunque él no lo notó porque llevaba manga larga.

—Eso también —acepté.

El interior era igual de encantador. La decoración de madera y los grandes ventanales daban la sensación de estar en plena naturaleza. También tenía chimenea.

—Esto debe de ser muy acogedor en invierno —comenté, señalando la chimenea.

—Podemos volver aquí también en invierno —señaló, mirando a su alrededor.

—Ha sido un día perfecto —confesé.

Se puso delante de mí, acarició mi mejilla e introdujo su mano libre en mi pelo. Me encantaba que hiciera eso, y su forma de abrazarme… como si estuviera desesperado por hacerme suya.

Eso es lo que quería hacer durante el resto del día.

Durante el resto de mi vida.

Capítulo Veintinueve

Colton

—Gracias por organizar esta escapada —dijo Zoey.

—Lo que sea con tal de hacerte feliz.

Lo decía más en serio de lo que ella pensaba. Estaba considerando comprar esa cabaña o lo que fuera para complacerla, y nada me parecía excesivo ni complicado. Me había encantado verla tan emocionada en el globo aerostático.

Llevé mi boca a su mejilla, y alcancé su oreja para mordisquearle el lóbulo, antes de trazar una línea de besos por su mandíbula y pasar a la otra mejilla.

—Te amo —dije—. Lo único que quiero en la vida es estar siempre contigo. No necesito nada más. Le has dado un sentido completamente nuevo a mi vida… el trabajo ha quedado en segundo plano.

Un ligero escalofrío recorrió su cuerpo. Ya estaba excitada y ansiosa. Bajé las manos por sus brazos, con la intención de quitarle la ropa y tocar su piel desnuda. Pero todavía no. Tenía que ir más despacio. La deseaba con desesperación, pero quería respetar sus tiempos.

Entonces, le di la vuelta para besarle la nuca y conseguir que se estremeciera aún más.

—¿Tienes la piel de gallina? —pregunté.

—Sí —susurró.

Subí las mangas de su camiseta hasta los codos. Joder. Tenía la piel de gallina por todos los brazos.

Me moría de ganas de desnudarla. Llevaba todo el día soñando con hacerla mía, y ya casi no podía contenerme. No me cansaba de estar con ella, y lo primero que hice fue besarle la nuca y el cuello con ansia.

Subí la mano desde su cadera hasta la cintura, para finalmente detenerme en sus senos. Cuando los acaricié por encima de la ropa, ella se retorció entre gemidos. Noté que apenas

soportaba el contacto de la tela contra los pezones, y me moría por ver cómo reaccionaría ante las caricias de mi lengua.

Agarré el bajo de su camiseta y tiré hacia arriba. Zoey levantó los brazos para facilitar que le quitara la prenda.

Era la mujer más guapa del mundo, y yo un cabrón con suerte por tener el privilegio de desvestirla. Me prometí a mí mismo que jamás dejaría de venerarla, y que estaría a la altura de lo que ella se merecía.

Me puse frente a ella para recorrer un extremo a otro de su clavícula, y trazar una S alrededor de su pecho. Noté cómo su respiración se aceleraba.

—Eres increíblemente preciosa. —Exploré un pecho con los dedos, atravesando el valle entre ellos antes de llegar al otro.

La piel de gallina se le había extendido hasta el vientre. Quería ver hasta dónde llegaba, así que desabroché el botón de sus vaqueros y se los bajé hasta los muslos. Luego, deslicé la mano bajo sus bragas para acariciarle el pubis.

—Me encanta que se te haya puesto la piel de gallina en todo el cuerpo.

Entonces, echó la cabeza hacia atrás y gimió, mientras yo profundizaba mis caricias. Bastó con un simple roce para que su cuerpo se estremeciera. Nunca me cansaría de darle placer, de verla entregarse a mí por completo. Era una mujer de armas tomar, pero en la cama, le gustaba que yo tuviese el control. Y eso me excitaba muchísimo.

Me incliné para besarle el cuello; no pude resistirme a la tentación. Acto seguido, retiré la mano de sus bragas.

—No. ¡¿Por qué?! —protestó ella.

Sonreí contra su piel. Zoey se enderezó y me apartó ligeramente:

—Te estás burlando de mí.

La besé con fuerza, y al sentir el contacto de mi lengua en su boca, noté que apretaba los muslos. Los besos ardientes siempre la excitaban. No había comprobado si estaba mojada, pero iba a hacerlo de inmediato.

Necesitaba deshacerme de toda su ropa. Interrumpí el beso y me concentré en bajarle los vaqueros, que ella misma terminó de quitarse. Cuando me incorporé, me agarró de la camisa y tiró de mí.

—Quiero quitarte todo esto ya —dijo, y tras desabrocharme los tres primeros botones, fui yo quien terminó de quitarme la camisa por encima de la cabeza—. Así está mejor. Por fin… llevo todo el día soñando con esto.

Me pasó las manos por el pecho y por la parte baja de la espalda. Luego me acarició el culo con una mano y me agarró la polla con la otra.

—Desabróchame el cinturón, Zoey —pedí, con un gemido.

Zoey abrió los ojos de par en par y, humedeciéndose los labios, se puso manos a la obra. No tardó en deshacerse del cinturón, tirando de él con tanta fuerza que lo sacó de golpe.

Me deshice por completo de los vaqueros y los calzoncillos mientras volvía a besarla. Estaba empalmadísimo, rozándole el vientre con mi pene.

Ella gimió, y enseguida se puso de puntillas para poder restregarse contra mí. Necesitaba mi polla, pero aún no estaba preparada; quería que llegara a su punto de máxima excitación, y no iba a precipitarme. Aún no era el momento de hacerla mía, y no quería correr el riesgo de hacerle daño ni de arruinar su placer.

La hice retroceder hasta llegar a la mesa del comedor, que estaba contra la pared, junto a dos grandes ventanales. Pero como la propiedad estaba completamente rodeada de enormes árboles, estábamos a salvo de miradas indiscretas.

Le acaricié los pechos y le toqué los pezones. Ella levantó los hombros y cerró los ojos. Coloqué mi polla sobre su entrada para provocarla, pero con cuidado de no introducirla; sabía que aún no estaba preparada. Pronto lo estaría.

Gimió y sus muslos temblaron cuando volví a acariciarle el clítoris. Me encantaba verla llegar lentamente al límite de la tensión que podía soportar. Quería verla correrse.

Me aparté y me agaché delante de ella. Me encantaba verla llegar al clímax con mis labios en su clítoris y la lengua enterrada en

su coño. Bajé las manos, le acaricié los tobillos y le pasé los dedos por detrás de los muslos, para equilibrar la postura.

—Pon tu pierna izquierda aquí —dije, tocando mi hombro derecho—. Quiero que te abras y te entregues a mí.

Ella asintió y levantó la pierna. La aseguré en mi hombro, y tuve mejor acceso a su centro. Su respiración era aún más agitada que antes, pero eso no le impidió mirarme con atención. Le gustaba ver, y yo iba a darle un espectáculo.

Me toqué la polla, con la intención de bombear solo una vez. Pero no podía parar. Necesitaba más.

Empecé a lamer alrededor de su entrada, rozando apenas su clítoris.

—Joder, sí —dijo, sin poder evitar mecer sus caderas hacia adelante.

Prácticamente se estaba restregando contra mi boca. Necesitaba correrse desesperadamente, y yo iba a complacerla. Pero para eso, tenía pensado otra cosa.

—Apoya el culo sobre la mesa —le ordené.

Se lamió los labios, e hizo lo que le pedí.

La mesa estaba a la altura perfecta. Mantuve sus muslos sobre mis hombros y me sumergí en su entrepierna, alternando lametones con ligeras penetraciones de mi lengua. Estaba empapada y me encantaba saborearla.

Apretó los muslos contra mis orejas y, con los ojos bien abiertos, volvió a relajar las piernas. Me dejé llevar por mi instinto y dibujé círculos en su centro con la punta de la lengua, viendo cómo se sacudía salvajemente sobre la mesa.

Utilicé una mano para levantarle el trasero. No quería que estuviera incómoda. Además, de ese modo, tenía un control total sobre ella.

La sujeté firmemente mientras la devoraba, pasando la punta de mi nariz y mis labios contra su clítoris. Sus gritos se hicieron más fuertes. Estaba temblando con fuerza, y sentí cómo sus piernas, que colgaban por mi espalda, temblaban con intensidad. Fue glorioso absorber esas sacudidas de placer en mi cuerpo.

Cuando un gemido la desbordó, supe que no podía seguir excitándola. Necesitaba correrse con urgencia. Empecé a presionarle el clítoris con dos dedos, al tiempo que la penetraba con la lengua. Fue impresionante la sensación de sus paredes internas contrayéndose alrededor de mi lengua. Luego aparté la boca para no abrumarla, pero mantuve los dedos, y observé cómo el clímax la arrollaba.

Me levanté para abrazarla, y ella apoyó la cabeza en mi pecho. Respiraba con dificultad. Ambos seguíamos agitados, aunque de una forma distinta a la de antes de que llegara al clímax. Acompañé sus movimientos mientras recuperaba el aliento.

Entonces, Zoey inclinó la cabeza hacia atrás. Sabía lo que quería… que la besara. Y eso hice, sin prisas, limitándome a explorarla con calma.

Mi erección le rozaba el abdomen. Al intensificar el beso, sentí que bajaba la mano para tocarme, y gemí contra su boca. Ese gesto desató algo en mi interior: estaba más que listo, y besarla ya no me bastaba.

La levanté de la mesa. Había visto la puerta del dormitorio cuando llegamos, y quería que estuviera cómoda cuando me hundiera en ella. Me rodeó con las piernas y apoyó las manos en mis hombros. No dejé de besarla mientras nos movíamos, echando un vistazo de vez en cuando para asegurarme de que íbamos en la dirección correcta.

Pasé junto al tocador de camino a la cama, y entonces ella giró las caderas, rozando la longitud de mi polla con su coño desnudo y húmedo. Y no pude esperar ni un segundo más. Me introduje en su apretado calor, y me clavó los talones en la parte posterior de mis muslos. Pero yo necesitaba más fricción y otro ángulo para poder penetrarla más profundamente.

Quería ser parte de ella. Y satisfacer el primitivo deseo de reclamarla como mía. Pero en lugar de ir a la cama, acabé empotrándola contra la ventana, con el culo apoyado en el alféizar.

Zoey jadeó:

—Está frío, pero me gusta.

Tenía razón. Mi cuerpo caliente contra el suyo y la fría ventana era el contraste que necesitaba. Apreté mi frente contra la suya, mirando hacia abajo y viendo cómo mi polla desaparecía en su interior. Retrocedí, observando cada centímetro antes de volver a embestirla. Sentía sus pezones presionarse contra mi pecho con cada acometida. Nuestros cuerpos estaban completamente sincronizados.

Éramos el uno para el otro. En el dormitorio y fuera de él, para el resto de nuestras vidas. Estaba tan seguro de que ella era la indicada como de que era un Whitley. Formaba parte de quién era: el hombre de Zoey.

Me aparté lo justo para ver cómo su rostro se transformaba. Estaba en la cúspide, luchando por mantenerse atenta y no perderse nada de lo que estaba ocurriendo. Un instante después, dejó de luchar y se rindió al placer. Apoyó la mano en la ventana, cerró los ojos, gritó mi nombre, y me apretó la polla con tanta fuerza que el orgasmo me golpeó de forma totalmente inesperada. Un segundo la contemplaba, y al siguiente, el torbellino de sensaciones me arrastró y me perdí en ella.

Sentí cómo sus talones se deslizaban desde la parte posterior de mis muslos hasta la de mis rodillas mientras me hundía dentro de ella. Incluso después de que la oleada de placer amainara, me quedé disfrutando del ritmo de su corazón contra el mío, hasta que finalmente nos apartamos de la ventana y la volví a bajar al suelo.

Señaló la cama con una sonrisa y comentó:

—No hemos conseguido llegar a la cama.

—No te preocupes, en la próxima ronda lo lograremos.

—Genial, porque me encantaría inaugurar cada rincón de este precioso lugar.

—Podemos empezar ahora mismo.

Zoey se echó a reír cuando la tumbé sobre la cama, y me atrajo hacia ella. La atrapé debajo de mi cuerpo, hundí la nariz en el hueco de su cuello e inspiré hondo.

Ella era mi perdición y mi refugio… todo a la vez.

Capítulo Treinta

Zoey

Cuatro meses después

—Me hace mucha ilusión empezar el trabajo nuevo —le comenté a mi jefe.

—¿Segura que no quieres tomarte una semana para descansar? —preguntó.

—No, en serio, estoy preparada.

La semana anterior, había terminado mi consultoría en *Whitley Biotech*, mucho antes de lo esperado. Ya estaba deseando empezar el próximo proyecto.

—De acuerdo. Les diré entonces que estarás allí el lunes a primera hora.

Colgué la llamada con una sonrisa, dejé una caja en el suelo y eché un vistazo a mi alrededor. Aún no me creía que me estuviera mudando al piso de Colton. Todavía recordaba lo prejuiciosa que había sido la primera vez que me dijo que vivía en ese edificio.

Habíamos decidido irnos a vivir juntos, pero esperaríamos a que terminara mi trabajo en la empresa. No era que me importara demasiado el qué dirán, pero tampoco quería poner a Colton en una situación incómoda. Y que me vieran salir todos los días de su ático daría pie a todo tipo de cotilleos.

—¿Dónde quieres que pongamos esto? —preguntó Dean.

Alex estaba justo detrás de él, y llevaban tres cajas cada uno. Mis padres también estaban allí, y mi madre llevaba un montón de vestidos en los brazos. Se empeñó en que los guardara en bolsas de almacenamiento con perchas, y había sido todo un acierto.

—Mamá, puedes pasar al dormitorio y colgar los vestidos en el armario que te enseñé. —Miré las cajas y me dirigí a mis hermanos y a mi padre—: ¿Por qué no las dejáis todas aquí en el salón, y yo las ordeno luego?

—Lo que tú digas —respondió Dean, mientras dejaba las cajas.

Colton se unió a nosotros unos segundos después.

—¿Ya está todo? —preguntó Alex. Colton asintió.

Mi madre salió del dormitorio y dijo:

—Chicos, si ya habéis terminado, podemos irnos.

—¿Tan pronto? —pregunté—. Podríais quedaros a merendar o hacer algún plan. Colton y yo no tenemos nada que hacer hasta la noche.

Teníamos previsto ir a casa de Jeannie y Abe, que al día siguiente partirían rumbo a Martha's Vineyard y querían despedirse de todos antes de irse.

Mi madre fulminó con la mirada a mis hermanos y a mi padre. Alex abrió la boca, dispuesto a aceptar mi invitación, pero ella zanjó el asunto:

—No, ya tenemos planes para esta tarde.

Parpadeé, extrañada. *Qué raro*. Había dado por hecho que se habían reservado el día entero para ayudarme con la mudanza, ya que no sabíamos cuánto tiempo nos llevaría subir todas las cajas desde mi antiguo piso. Colton se ofreció a contratar una empresa de mudanzas, pero yo me negué en rotundo. Le gustaba mimarme con regalos exagerados, sí, pero no pensaba aprovecharme de su dinero.

Me encantaba ver cómo estaba aprendiendo a delegar. Tenía más tiempo para él, para mí y para su familia. Además, su nuevo proyecto de investigación avanzaba mucho más rápido de lo previsto. Browning no dejaba de disculparse en cuanto tenía ocasión, pero Colton no le guardaba rencor.

—Es verdad, mamá —respondió Dean.

—Bueno, nos vemos pronto. Y llámame si necesitas ayuda —añadió Alex.

—Estamos bien —les aseguré.

Miré a Colton, sorprendida de que no insistiera en que se quedaran. Quizá ya le habían contado qué planes tenían para esa tarde. Imposible saberlo. Mis padres tenían previsto quedarse un mes en Boston, y pensaba disfrutar todo el tiempo posible con ellos. Pero ese día en particular, me tocaba deshacer las maletas.

Cuando se fueron y Colton cerró la puerta, sonreí mientras miraba a mi alrededor.

—No me lo puedo creer, necesito pellizcarme. ¡Por fin me he mudado! He terminado mi etapa en *Whitley Biotech*, y el lunes empiezo con un cliente nuevo.

—¿Qué? —preguntó Colton, sorprendido, mientras se acercaba a mí. Me puso las manos en los hombros y me miró con seriedad—. ¿No vas a tomarte ni *un descanso* entre un cliente y otro?

Negué con la cabeza:

—Hay que seguir trabajando.

—¿Quién es el nuevo cliente?

—¿Acaso importa? —pregunté, un poco molesta por su pregunta.

Creo que ese brillo en sus ojos… ¿son celos?

—Cuéntame más sobre él —dijo.

—¿De quién?

—Sobre el CEO con el que vas a trabajar.

Me eché a reír, y la risa me recorrió todo el cuerpo. Apreté mis tetas contra su pecho y le rodeé el cuello con los brazos.

—Bueno, por mucho que me gustaría continuar con este pequeño espectáculo de celos y ver a dónde quieres llegar, la CEO en cuestión es una mujer de setenta y cuatro años que es una experta en su sector, pero se niega rotundamente a utilizar la tecnología. Los que trabajan con ella ya no saben qué hacer. Y mi trabajo es convencerla de que un poco de tecnología le facilitará la vida. A decir verdad, confío en que puedo lograrlo. Más aún teniendo en cuenta que mi anterior cliente era el jefe más gruñón que jamás había conocido, y logré ganármelo —bromeé. Era divertido pinchar a Colton.

—Un jefe gruñón, ¿eh? Pero creo que al final te ha gustado.

—Lo amo —dije, y me puse de puntillas para darle un beso en la mandíbula.

Colton pareció relajarse un poco. Lo cierto era que disfrutaba de provocar al cavernícola que habitaba en su interior.

Aún así, entrecerré los ojos y solté:

—Pero esa escenita de celos no me ha gustado nada. Eso tiene que acabar, amor mío.

Subió las manos desde mis brazos hasta el cuello y acarició mis lóbulos con los pulgares.

—Estoy muy feliz de que ya estés viviendo aquí conmigo.

—Yo también —susurré.

Me besó la frente.

Justo en ese momento sonó su móvil. Lo miró durante un segundo y volvió a guardárselo en el bolsillo.

—Voy a coger la última caja.

—Pero mi hermano me dijo que tú ya habías terminado de subir todo.

—No, aún queda una —respondió, evitando mi mirada.

—Vale. Pues yo empezaré a deshacer las maletas.

Tenía trabajo para rato, pero estaba decidida a terminar con todo lo antes posible. Quizá no era la mejor idea tener todas las cajas apiladas en el salón, porque quedaba fatal. Pero eso me motivó aún más para terminar ese día.

Procedí a abrir la primera caja. Mis libros. Mierda, no me había dado cuenta que necesitaría una estantería entera para colocarlos. Cerré la caja y volví a dejarla en el suelo. Pesaba una barbaridad; ya la movería más tarde.

Estaba empezando con la siguiente caja cuando oí el ascensor y miré de reojo. Colton venía cargando una caja de regalo roja, con un lazo en la parte de arriba.

—¿Y eso? —pregunté.

De repente, me pareció oír unos sonidos que venían de la caja.

¿Estoy oyendo… lamentos?

—¿Qué es eso? —volví a preguntar. Pensé que quizá era una máquina de ruido blanco o algo por el estilo.

—Algo que siempre has querido —dijo Colton.

¡Ja! La lista era interminable. Pero entonces caí en la cuenta: esos lamentos… y algo moviéndose dentro de la caja.

—¡Madre mía, Colton, no me digas que eso es un…?

Le cogí la caja y empecé a deshacer el lazo antes de darme cuenta de que solo era decorativo. Al quitar la tapa, solté un grito:

—¡Dios mío, un labrador! —El cachorro era completamente blanco y empezó a mover la cola al verme. Lo cogí y dejé la caja en el suelo. Lo apreté contra mi pecho y miré a Colton—. Es el mejor día de mi vida.

Colton me miró fijamente con ojos cálidos. Luego se puso delante de mí, volvió a besarme la frente y bajó la boca hasta la comisura de mis labios.

—Te amo, y haría cualquier cosa para hacerte feliz.

—¿Tiene nombre?

El cachorrito se retorcía en mis brazos y me lamía el cuello. *Ay, me muero de amor.* Adoraba a esa bola de pelos más que a nada en el mundo… bueno, excepto a mi increíble novio.

—No. Y es una hembra. Puedes ponerle el nombre que quieras. Está entrenada para hacer sus necesidades e incluso responde a órdenes básicas.

—¿Cuánto tiempo tiene?

—Veinte semanas.

—Es una edad ideal—dije—. Ya no eres tan peque, ¿eh? Has estado bastante tiempo con tu mami, ¿verdad?

Me lamió la cara y volví a abrazarla con fuerza.

—¿Quieres un poco de agua? —pregunté. Y entonces caí en la cuenta—: No tenemos comida para perros, ni cuencos para el agua.

Colton sonrió:

—Ya me he ocupado de todo, fíjate en el armario bajo el fregadero.

Corrí a verlo, con el cachorro en brazos y Colton pisándome los talones. Luego me giré para mirarle:

—Oye, ¿es por esto que mis padres no se quedaron? ¿Sabían lo del cachorro?

—Exactamente —dijo.

—Pero… podría haber disfrutado de esta preciosa sorpresa con ellos aquí presentes.

Colton abrió el armario bajo el fregadero y sacó los cuencos. No bromeaba. También había comprado comida para cachorros.

—Podemos elegir juntos una cama para la perrita, si quieres —dijo, mientras llenaba un cuenco con agua y otro con comida, y los dejaba sobre la isla de la cocina.

Ya los bajaría al suelo más tarde, pero en ese momento quería tenerla cerca, sobre la encimera.

—¿Has oído eso? Vas a tener tu propia cama. Vas a ser la perrita más mimada de la historia —le dije a mi cachorra. Bueno… a *nuestra* cachorra.

Estaba a punto de dejarla en la encimera cuando vi que de su collar colgaba una pequeña cajita. ¿Cómo no lo había notado antes?

—¿Y esto? —pregunté—. Parece un regalito. —Era una caja azul con un lazo blanco. Miré a Colton—. No me digas que ya le has comprado algo a la cachorra en Tiffany's.

—Qué mona eres —fue su respuesta.

Colton cogió la cachorra de mis brazos, la apoyó sobre la encimera, y dijo:

—¿Puedes hacer los honores?

¿Es mi imaginación o está un poco nervioso?

Inmediatamente saqué la caja y la abrí.

Dios mío. No era algo para la perrita. ¡Era un anillo de compromiso!

Miré a Colton y luego al anillo.

—Maldita sea. No lo he planeado bien. Se suponía que tenía que arrodillarme —dijo, regañándose a sí mismo.

Empezó a agacharse, pero entonces la cachorra empezó a llorar y Colton se incorporó al instante. Luego sacó el anillo de la caja.

—Es precioso —susurré, al ver el enorme diamante—. Ahora entiendo *por qué* se han ido mis padres.

Colton sonrió:

—Zoey, te amo. No puedo expresar con palabras lo mucho que significas para mí. Lo mucho que me importas.

—Yo tengo el pálpito de que eres el hombre de mis sueños.

—Y pasaré el resto de mi vida demostrándote lo mucho que te amo y que no te has equivocado conmigo. Quiero ser mi mejor versión, por ti.

Deslizó el anillo en mi dedo. Me aclaré la garganta:

—¿No me lo vas a preguntar? Eso va antes de ponerme el anillo.

Tragó saliva con dificultad. Me di cuenta de que no le salían las palabras. Entonces se aclaró la garganta y preguntó:

—¿Quieres casarte conmigo?

Abrí la boca, pero era yo quien se había quedado sin habla. Finalmente logré esbozar un ahogado "sí".

Colton selló nuestro compromiso con un beso tan descarado que habría escandalizado a cualquiera.

Lo amaba con cada parte de mi ser. Nuestra vida era simplemente perfecta: Colton delegaba cada vez mejor el trabajo de laboratorio, gracias al sistema que yo había implementado, de modo que tenía tiempo para mí. Ahora vivíamos juntos y estábamos prometidos.

De repente, un sonido rompió la magia. Di un paso atrás y miré a la cachorra. Colton la había dejado en la encimera, y ella se había desplazado hasta el borde más alejado de la isla, y miraba hacia abajo con miedo. Colton la cogió con una mano y la acercó a nosotros. La cachorra alzó una patita en mi dirección.

—Te quiere más a ti que a mí —dijo Colton. Entonces, para mi sorpresa, apoyó su cabecita contra su mejilla.

Oh, me derrito.

Sujetando a la cachorra con un brazo, me acercó con el otro y volvió a besarme. Esa vez fue aún mejor. Me puse de puntillas y le rodeé el cuello con los brazos. Me besó hasta que me temblaron las piernas. Las contraje, sintiendo el calor acumularse entre mis muslos. Y entonces, sentí algo esponjoso interponerse en el beso.

Volví a dar un paso atrás, riendo. La cachorra estaba metiendo la cabeza entre nosotros, claramente necesitada de atención.

Colton se rió:

—Sabía que tendríamos que adaptarnos a ti —dijo, mirando directamente a la perrita—, pero no imaginé que serías una jodepolvos desde el minuto cero.

Me eché a reír y le tapé las orejas a la cachorra:

—Oye, no le digas eso. Se lo creerá.

—Lo digo en serio.

—No le hagas caso, cachorrita. Ya nos has robado el corazón.

Colton resopló:

—La querría aún más si no hubiera interrumpido mi discurso.

—Creo que me estabas besando —repliqué, con la mirada entornada.

—Justo estaba por llegar a la parte importante… Este es el mejor día de mi vida, Zoey. Y me hace muy feliz saber que estaremos juntos para siempre —dijo.

Sonreí, suspirando:

—Voy a hacerte el hombre más feliz de la tierra. Te lo prometo.

La cachorra volvió a lloriquear, y me reí.

—No quería darle la razón a Colton, pero veo que no eres muy oportuna, ¿verdad? Igualmente, te queremos. —Luego miré a Colton y pregunté—: ¿Podemos llamarla Liv? Siempre me ha gustado ese nombre.

—Claro.

Pasamos el resto del día en la cama y cuidando de Liv. Por la noche, fuimos a casa de Jeannie y Abe, que se iban a Martha's Vineyard durante un mes, para que ella pudiera descansar.

Jeannie nos saludó en la puerta:

—Me alegro mucho de que hayáis venido. ¡Y enhorabuena por el compromiso! Veo que habéis traído a Liv.

Habíamos hecho una videollamada más temprano, para ver cómo iban, y Jeannie se dio cuenta del anillo en el primer segundo.

Le dedicó una sincera sonrisa a Colton:

—Espero que la hagas muy feliz.

Mi corazón se llenó de amor. No podía estar más de acuerdo con sus palabras.

—Pero no creas que me he olvidado de los bisnietos —continuó.

Colton me pasó el brazo por los hombros:

—Abuela, déjanos ir paso a paso.

—Vale, os dejaré tranquilos *por ahora*.

—Gracias. Muy amable de tu parte —contestó en tono sarcástico.

El resto de la familia llegó en los cinco minutos siguientes, y todos se quedaron boquiabiertos al ver a la cachorra y el anillo. Estaba un poco nerviosa porque, aunque Colton me había asegurado que Liv sabía hacer sus necesidades fuera, no quería que tuviera un accidente en casa de Jeannie.

La comida llegó veinte minutos más tarde. Ya estaba acordado en la familia que, para evitar que Jeannine hiciera el esfuerzo de cocinar para tantas personas, y como no le gustaban los servicios de *catering*, se pedía comida a domicilio. Hubo un ajetreo en el comedor cuando todos fuimos a coger los platos y a poner todos los recipientes de comida en la mesa.

—Mmm —dijo Jeannie, examinando el pedido.

Había de todo: comida china, italiana, mexicana, y hasta hamburguesas.

—Oye, la verdad es que es una idea estupenda —dijo Gabe, cuando todos nos sentamos, con el plato a rebosar—. Y así podemos comer un montón de cosas en lugar de…

Jeannie se aclaró la garganta.

—Tío, te estás cavando tu propia tumba —comentó Maddox.

Gabe se encogió de hombros:

—Lo siento, abuela. Me encanta tu comida. No quería ofenderte.

—No pasa nada —respondió.

—¿Sabes cuál es la parte buena de que te vayas un mes, abuela? —preguntó Nick.

—¿Cuál? —respondió Jeannie, con la mirada entornada.

—Que durante ese tiempo no tenemos que preocuparnos por ningún plan de emparejamiento.

—Me imaginé que tu comentario venía por ese lado —dijo ella, entre risas.

Colton se inclinó hacia mí y me susurró al oído:

—Mira cómo pone en marcha su plan maestro.

—Para tu información, en Martha's Vineyard tendré más tiempo libre para pensar y hacer aún más planes —continuó Jeannie.

A Maddox se le borró la sonrisa y quedó en *shock*. Fue muy gracioso ver su reacción, al igual que las caras perplejas de Nick y Leo. Gabe parecía ser el único que estaba tranquilo.

—Vosotros tres podéis relajaros un poco —les dijo a mis medio hermanos, y luego se volvió hacia Gabe—. Pero tú, prepárate para mi regreso. Voy a presentarte a todas las nietas de mis amigas.

—¿Por separado o todas juntas a la vez? —preguntó Gabe, con dudosa chulería.

Todos los comensales se echaron a reír.

—No es ninguna broma, jovencito. Está bien que te lo tomes con humor, si te hace sentir mejor. Pero en cuanto vuelva, prepárate, porque puede ocurrir cualquier cosa.

—Como siempre, abuela— comentó Gabe—. ¿Sabes qué? Ya estoy deseando que vuelvas.

Este es el final de la historia de Colton. La serie continúa con la historia de Gabe. Puedes preordenarlo aquí.

Suscríbete a mi boletín para recibir un libro mío gratis y para recibir noticias sobre nuevos libros y ventas.

Lista de Libros:

Los Hermanos Maxwell

La Familia Bennett

La Familia Connor

Solteros Muy Irresistibles

Contacto de la Autora

Suscríbete a mi boletín aquí

Únete al Grupo de Lectores de Layla